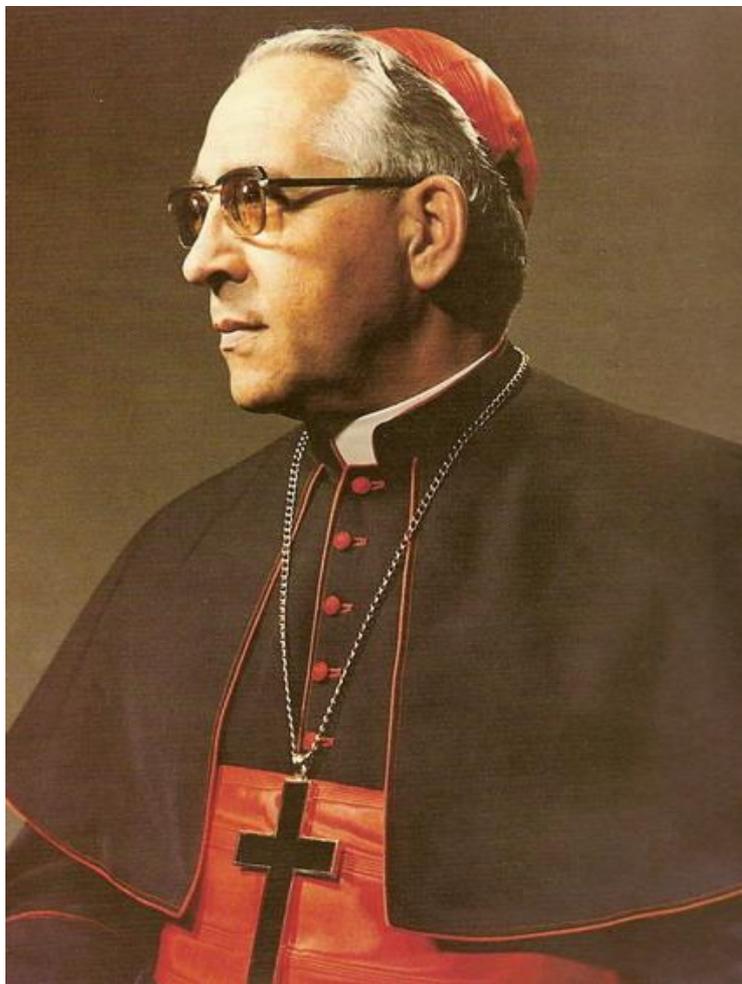


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



IX

Los valores de siempre

PRÓLOGO: DON MARCELO, PREDICADOR

Nuestro Cardenal Arzobispo, don Marcelo, ha sido siempre y es, sobre todo, predicador. Como sacerdote, primero, y después como obispo. Al ministerio de la palabra ha dedicado sin interrupción sus mejores energías. Muchas. Segunda así con fidelidad el ejemplo del Señor Jesús, al que retrata san Lucas «predicando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios» (Lc 8, 1) Y obedece al mandato del Apóstol Pablo, de predicar la doctrina en toda ocasión, por encima de avatares circunstanciales (cfr. 2Tm 4, 2).

Quien tenga curiosidad y tiempo para recorrer lo que podríamos llamar el itinerario fotográfico de don Marcelo, encontrará, tal vez con sorpresa, un extraordinario número de instantáneas que retratan de mil maneras al señor Cardenal en el preciso momento de ejercer el ministerio de la palabra. Ha predicado desde la cátedra académica, la mesa de conferencias, la presidencia de congresos, el ambón improvisado bajo el dosel de la naturaleza, la sede del altar, el viejo púlpito con tornavoz e incluso desde el ring del Price de Barcelona, plataforma eventual de sus conferencias cuaresmales en la ciudad Condal...

Ya desde sus años de estudiante en la Universidad de Comillas, don Marcelo vio con meridiana claridad interior que el ministerio de la palabra ocupaba un puesto preeminente en la obra evangelizadora. En toda época. En momentos serenos y en días de tormenta. Con el testimonio insustituible de una vida consecuente y con el uso de la palabra transmisora del misterio de la fe. «La fe nace de la audición del mensaje: mensaje que es el anuncio de Cristo» (Rm 10, 17).

Esta primacía de la predicación cobra relieve destacado en el cuadro del servicio episcopal, porque fue, es y será «el ministerio principalísimo» de los Apóstoles y de sus sucesores, los obispos¹. «Enseñar, comenta el Doctor Angélico, es decir, explicar el Evangelio, pertenece propiamente al obispo, cuya labor peculiar es perfeccionar... Y perfeccionar es lo mismo que enseñar²».

Lector asiduo y discípulo atento del Aquinate, también lo ha sido don Marcelo de San Juan de Ávila. Parece haber tenido muy presentes, desde su ordenación sacerdotal, los dos sapientísimos consejos que el Apóstol de Andalucía dictó a don Pedro Guerrero, recién elegido arzobispo de Granada, consejos cuya actualidad permanece acuciante: «Lo primero, que Vuestra Señoría se convierta de todo corazón al Señor, frecuentando el ejercicio de la oración... Lo segundo sea el ejercicio del predicador, el cual ha de ser muy continuo, como San Pablo dice: *opportune et importune*, que, pues los lobos no cesan de morder y matar, no debe el prelado dormir ni callar³.

«Entre los principales oficios de los obispos –recuerda la constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II– se destaca la predicación del

¹ S. TOMAS DE AQUINO, *Suma de Teología*, 3 q.67 a. 2 ad 1.

² *Ibidem*, a.1 ad 1.

³ S. JUAN DE ÁVILA. *Carta 177*. BAC 313, p. 619, Madrid 1970.

Evangelio⁴». «Este encargo que el Señor confió a los pastores de su pueblo es un verdadero servicio, que en la Sagrada Escritura se llama con toda propiedad diaconía, o sea, ministerio⁵».

En los volúmenes de las Obras del Cardenal Marcelo González Martín, que con el presente concluimos, puede comprobar el lector, incluso estadísticamente, la dedicación y asiduidad de don Marcelo a la práctica de la predicación, y debo hacer constar que es grande el número de homilías y sermones que forzosamente ha tenido que dejar fuera la Comisión preparatoria de la edición.

En visión panorámica, de conjunto sobre cuanto queda incluido en este y en los ocho volúmenes anteriores, se evidencia cómo en nuestro Prelado concurren los tres requisitos indispensables del orador sagrado: dotes naturales eminentes, formación y estudios y lecturas bien asimilados, y sentido exacto de la época y de los auditorios. De los dos primeros hago merced al lector, por resultar evidentes, aunque quiero señalar, de pasada, el espléndido dominio de la universal lengua castellana que don Marcelo posee. Debo, sin embargo, decir algo del tercer elemento o requisito, el de la certera y como intuitiva sensibilidad oratoria ante los tiempos y los auditorios.

En la predicación del señor Cardenal de Toledo no se han dado lagunas, ni se han producido silencios. El Obispo de Astorga primero, Arzobispo de Barcelona después y por último Cardenal de Toledo, ha cubierto todos los géneros propios de la oratoria sagrada. Y ha atendido, con atención alerta, a toda el área de los dogmas y de la moral católicos, con adaptación a sus oyentes en cada situación. Podemos referir con todo derecho a don Marcelo las palabras que Posidio escribe a propósito de S. Agustín: «Predicó la divina palabra con asiduidad, celo, valentía, con claridad y vigor intelectual⁶».

En horas de confusión ha iluminado con foco potente sectores de pensamiento y de vida, sobre los que se espesaba un silencio connivente, o se alzaban voces de perturbación alarmante. No ha ocultado la luz de la verdad bajo el celemín, la ha colocado sobre el candelabro, a la vista de todos los de casa y de cuantos entraban en ella (cfr. Lc 8, 16 y Mt 5, 15). Tampoco ha edulcorado las exigencias de la ascética, ni rebajado los niveles de la entrega que el Evangelio pide. Ha expuesto y promovido cuanto postulan con razón los tiempos, sin ceder ante las pretensiones de un temporalismo desorbitado, que olvida o relega a segundo plano la principalidad de lo eterno. Ha urgido la necesidad de la acción, y de una acción decidida, multiforme y abnegada, pero potenciando previa y simultáneamente la superior necesidad de la vida interior. Ha reiterado la severidad de cuanto piden el cumplimiento de los mandatos divinos y la generosidad evangélica, pero sin olvidar la misericordia comprensiva, la psicología del buen samaritano, y la infinita capacidad del perdón divino ante la debilidad humana. También ha cantado con voz insobornable el amor entrañable por la patria terrena y por el alma del pueblo, hoy tan asediados, pero ha insistido al mismo tiempo, con ejemplar equilibrio, en el amor sin fronteras y en la soberanía inmarcesible de la patria definitiva, la «Jerusalén de arriba» y «madre nuestra» (Gal 4, 26; cfr. Ap 12, 17). «En el vértice de la separación que señala

⁴ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, 25.

⁵ *Ibidem*, n. 24.

⁶ POSIDIO, *Vida*, XXXI, 4.

la convergencia de la eternidad y el tiempo, se inicia este estado definitivo. La virtud de la perseverancia hace de puente, abrazando las riberas de la fe y de la visión, de la expectación y el encuentro, de la búsqueda y la posesión⁷».

Por estos y otros muchos valores, que la obligada brevedad de un prólogo impide enumerar, considero que en estos volúmenes de dimensiones arquitectónicas poco comunes queda recopilado para la generación presente y las generaciones futuras todo un prontuario certero, que facilita el camino a cuantos, por la misericordia del Señor, formamos parte del Pueblo de Dios que peregrina en el tiempo, bajo el cielo hispano, y mirando a la eternidad. Este ha sido al menos el propósito de quienes hemos trabajado cordialmente, con ilusión, con esfuerzo y con cariño, en esta edición monumental de la obra selecta del señor Cardenal Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín.

Gracias, don Marcelo, por el regalo que nos ha hecho.

Su magisterio sigue aleccionando a muchos y orienta pasos de hermanos vacilantes y de otros que buscan reafirmar su seguridad.

¡Stet et pascet in fortitudine tua, Domine!

RAFAEL PALMERO RAMOS
Obispo Auxiliar de Toledo

⁷ R. PALMERO RAMOS, *Ecclesia Mater en san Agustín*, Madrid 1970, 211.

NOTA DE PRESENTACIÓN

Con el anterior volumen, el VIII, pensábamos cuantos integramos la Comisión Preparatoria de la edición que nuestro trabajo había alcanzado en plenitud su objetivo. Pero los documentos producidos con posterioridad a la fecha del referido volumen y el hallazgo de algunos otros, anteriores en el tiempo, que se resistían a su exacta localización, nos han movido a añadir este nuevo tomo, que sí es el definitivamente último.

Figuran en el elenco de este volumen de cierre algunos escritos que podrían ser calificados de relativamente *minores*, pero la mayor parte de los recogidos pertenecen al sector de los que con razón calificamos de *maiores* por su extensión, contenido y circunstancias. En los unos y en los otros lucen el sentido de actualidad que ha caracterizado siempre el magisterio episcopal de don Marcelo, y simultáneamente la fidelidad constante al depósito de la fe y a los valores del hombre, a los valores permanentes, que dan título al volumen.

El Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo expresa su agradecimiento a cuantos han hecho posible, con su generosa aportación económica, el proyecto, ya realizado, de la publicación de las Obras Selectas del Cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España.

Parte Primera

Cartas y exhortaciones pastorales

CUARESMA, PRIMAVERA DE LAS ALMAS

Exhortación pastoral, dirigida el 28 de febrero de 1968, a los fieles del Arzobispado de Barcelona, publicada en el *Boletín oficial del Arzobispado de Barcelona*, marzo de 1968, p. 147-158.

“Alégrese el corazón de los que buscan a Dios”. Con estas palabras del salmo 44, que recoge la Misa de la 4ª semana de Cuaresma, en su canto de entrada, os invito a celebrar gozosamente, que es tanto como decir con la mejor de las disposiciones, el misterio Pascual, eje y centro de nuestra vida cristiana.

Sé que estáis animados por un espíritu de superación constante en todos los órdenes y, si cualquier esfuerzo humano de perfeccionamiento merece nuestra atención, con mayor motivo un esfuerzo religioso y ascético que quiere sintonizar con la Palabra de Dios, proclamada en estos días, y con las exigencias de nuestra fe cristiana, conocida, vivida y amada.

PRIMERA PARTE

1. Cuaresma, preparación para la Pascua

La Cuaresma “por un lado, se presenta, por su naturaleza, como un retiro de cuarenta días ininterrumpido, hecho en común por toda la comunidad cristiana, y en unión con Jesús, en el desierto según un programa lo más conforme en lo posible al suyo: vida de oración y penitencia más asiduas, apoyadas en una mortificación corporal de la que el ayuno era una de sus formas, no la única. Por otro lado, este retiro, al desembocar en la fase inicial de la Pasión y no en su fase final, ofrecía la ventaja de patentizar el estrecho lazo de unión que une en una misma solemnidad todas las etapas del misterio; los cristianos tenían conciencia de prepararse de este modo, no solamente para rendir un piadoso homenaje al misterio de la Resurrección, sino para compartir los dolores y ser crucificados con Cristo, para resucitar con Él y caminar hacia una nueva vida”¹.

¿Hemos perdido –os pregunto– los cristianos del siglo XX el verdadero sentido de la Cuaresma? No. Cristo está para renovar entre nosotros su camino pascual, ofreciéndonos la posibilidad de renovarnos interiormente en la fe y en la caridad.

¹ R. PIERRET, *Carême*, DS 2,136-140.

El aspecto privado de la penitencia evangélica, hoy como siempre, cobra un aspecto de esfuerzo comunitario en este tiempo “aceptable”. Las tres formas clásicas de penitencia cristiana, ayuno, limosna y oración, aparecen en el Evangelio con todo el perfume de las virtudes internas y personales². Se descarta el abuso de estas prácticas penitenciales al servicio de la soberbia, pero esto no significa ausencia de la Cuaresma como ejercicio comunitario. La Iglesia primitiva, tal como aparece en el Nuevo Testamento, prepara con ayunos la elección de sus dirigentes, reza en común y reparte sus limosnas³.

Ahora bien, la visión de una Iglesia en marcha, caminando compungida y penitente hacia la tierra prometida, no deja de ser un espectáculo desconcertante para los hombres de hoy. El hombre actual huye del dolor y del sacrificio como en ningún otro tiempo de la historia⁴. Sin embargo, es la propia Iglesia, que preparaba y fortalecía a los catecúmenos durante el periodo cuaresmal, la que invita, en este **Año de la fe**, a una purificación en la austeridad. El ejercicio ascético sigue siendo un elemento inseparable de la doctrina cristiana como lo fue la cruz en la vida de Cristo, como lo fue su muerte para participar en su Resurrección. “¿Ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte?” (Rm 6, 3). “Y así –nos recuerda el Concilio– por el Bautismo los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con Él, son sepultados con Él y resucitan con Él”⁵.

A) Valor positivo de la ascética

Tratando de enmarcar la ascesis en el cuadro de la teología actual, comprenderéis la oportunidad de esta invitación a vivir cristianamente la Cuaresma. El pensamiento teológico contemporáneo presta cada día más atención a las exigencias de la condición humana. Estamos lejos de la condición maniquea del mundo. La teología nos hace ver que no es lícito separar la creación de su Creador. A pesar de las dificultades que puede plantearnos el problema del mal, en su doble vertiente de pecado y enfermedad, es absurdo separar a Dios de la humanidad y de las criaturas. ¿Por qué, pues, mortificar el cuerpo que nos dio el Creador? Parece un contrasentido destruir la obra maravillosa de Dios en nosotros. Aquí está el primer peligro del cristianismo actual: el no ver más que el aspecto negativo de la mortificación y la renuncia en la ascesis cristiana.

Tiene, sin embargo, este esfuerzo, otra perspectiva, puesto que responde, no ya a un odio, sino a un amor que comienza en nosotros y termina, pasando por la naturaleza por Él creada, en el mismo Dios.

² “Cuando hagas limosna no vayas trompeteando; ...que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha” (Mt 6, 23); “cuando ayunes perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre” (Mt 6, 17-18); “cuando oréis no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en la sinagoga y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; ...entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto” (Mt 6, 5-6).

³ Cf. Hch 13, 2; 14, 23; 12, 5.

⁴ LÓPEZ IBOR, *Rasgos neuróticos del mundo contemporáneo*, Madrid 1964, cita en p. 20 unas estadísticas reveladoras del fabuloso consumo de medicamentos analgésicos y de bebidas inhibitoras y euforizantes.

⁵ SC 6.

En efecto, para conseguir un equilibrio interno de fuerzas y seguir el curso de nuestra propia naturaleza, abierta a una integración más alta, es necesario recurrir a una ascética saludable, tan antigua y tan nueva como el hombre. Aquí, precisamente, radica el aspecto más noble de la Cuaresma, en función de la Pascua y de la Cruz, preludio de la Resurrección.

B) Significado de la Pascua

Pascua etimológicamente significa tránsito, es decir, paso de un lugar o situación, a través de otros, a lugar o situación distintos. Pascua del Señor es el tránsito de su vida mortal a la gloriosa, a través de una Muerte y de una Resurrección.

Así lo entendió la primitiva Iglesia, al referir la Pascua no sólo a la Resurrección, sino también a la Pasión de Cristo. “Celebramos la Pascua –escribe San Agustín a Genaro– no sólo como memoria de lo que pasó, a saber, que Cristo murió y resucitó...”⁶. Y, si bien es verdad que posteriormente se añadió a la Semana Santa o Mayor la celebración de la institución eucarística, el Jueves Santo, y ha venido llamándose “Triduo Sacro” el formado por ese día y los dos siguientes, la Liturgia antigua llamaba “Triduo Pascual” al Viernes, Sábado y Domingo, como refiere implícitamente el mismo Obispo de Hipona en la mencionada carta: “Atiende, pues, al sacratísimo triduo del crucificado, sepultado y resucitado”⁷.

“Las cosas esencialmente conexas entre sí –escribe un autor de nuestros días– no las disgrega la Liturgia. Los misterios pascuales del Verbo Encarnado, a saber, pasión, muerte, sepultura, resurrección y ascensión, son esencialmente uno. Por lo cual, todos estos misterios los celebra la liturgia juntos, y ninguno de ellos, por ejemplo la resurrección, se disgrega de los demás”⁸. “Esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios... –reafirma el Concilio Vaticano II– Cristo la realizó principalmente por el Misterio Pascual de su bienaventurada Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión”⁹.

La Pascua, por consiguiente, tanto en su significación etimológica como en el sentido de “designio eterno que (Dios) se propuso en Cristo Jesús” (Ef 3, 10), abarca la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

C) Renovación, aumento de vida cristiana

A la luz de estas premisas, la conmemoración que vamos a revivir es algo más que un aniversario. Junto a la celebración litúrgica descubrimos cada año la inmensa riqueza de una gracia que nos toca estrenar, capaz de obrar la renovación que vamos buscando.

En efecto:

- a) Cristo con su muerte destruyó nuestra muerte, ofreciéndose voluntariamente al Padre para reparar la ofensa de la humanidad y

⁶ *Ad inquisitiones Ianuarii liber secundus*, Epist. 55,1,2 PL 33, 205.

⁷ *Ibíd.*, 14, 24: PL 33, 215.

⁸ H. SCHMIDT, *Introductio in Liturgiam Occidentalem*, Roma 1960,486.

⁹ SC 5.

satisfacer por ella. Borrado el pecado, quedó destruida la muerte, consecuencia del mismo.

- b) Con su resurrección se convirtió en autor de una nueva vida, incoada en la tierra y que, por la fe, crece, mientras la obra de la redención se consume plenamente hasta que llegue el retorno glorioso del Señor.

“Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (Cf. Jn 12, 32 gr.); habiendo resucitado de entre los muertos (Rm 6, 9) envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia, y por medio de ella, unirlos a Sí más estrechamente y hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre. Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu Santo y por él continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra propia salvación” (Cf Flp 2, 12)¹⁰.

Labrar esta salvación equivale a conseguir no sólo una perfección humana, sino una plenitud divina. Hacia ella ha de orientarnos la vida ascética, como brújula en alta mar, sin ella corremos el peligro de navegar a la deriva. Vida ascética que se traduce en disciplina y esfuerzo para aprovechar todas las energías en orden al desarrollo íntegro de nuestra personalidad físico-espiritual en una síntesis equilibrada y armoniosa.

2. Los tres equilibrios

A) Equilibrio humano

Comencemos por el equilibrio antropológico. El hombre no es solamente un cuerpo. La psicología moderna corrobora la existencia de fuerzas dispares en lo más íntimo de nuestra personalidad humana. El presupuesto fundamental del psicoanálisis es la situación de conjunto (neurosis) creada por este antagonismo interno y por ciertas incompatibilidades con el mundo exterior. La numerosa galería de personajes frustrados, desde los reprimidos y descontentos hasta los exaltados y autosuficientes, es la mejor prueba de este antagonismo humano, bellamente descrito por San Pablo con las imágenes plásticas del hombre nuevo y el hombre viejo, del espíritu y la carne, del ángel y la bestia, del revestirse de Cristo. La antropología cristiana insinúa la necesidad de mantener una postura equilibrada entre el espiritualismo puro y el materialismo absurdo. No habla de cuerpo y de alma; de caballo y caballero. El primer objetivo de la ascética es el de conseguir este equilibrio psicosomático: domar el potro desbocado de nuestros instintos fieros.

B) Equilibrio cósmico

Pero no basta con un equilibrio subjetivo. El hombre es un ser perfectamente combinado en el conjunto del universo. Tiene características y posibilidades

¹⁰ LG 48.

propias. Catástrofes y crímenes se han cometido en la historia por personas internamente equilibradas en aras de un ideal. Pero nunca fue un ideal objetivo. La normalidad psicológica necesita adecuarse a la realidad objetiva. Por eso la psicología moderna tiende a una mayor abertura del yo egoísta. Los grandes maestros de la psicología analítica actual atestiguan que el amor-donación es la clave de la sana conducta humana¹¹. Algo parecido ocurre con la filosofía moderna, la cual tiende a una rehabilitación objetiva de los “valores” frente al peligro de disolver toda la realidad ontológica en el sentimiento de un psicologismo puramente estimativo¹².

Pues bien, también aquí entra en juego el papel importante de un sano ascetismo. Para salir de uno mismo movido por el amor al prójimo, para darse a la verdad y al bien, a los demás y a Dios, es necesario saltar de la barrera del propio yo, lo cual no significa destruirla, sino salvarla para comunicarse con los demás. El hombre que Dios creó no es un ser aislado y egocentrista. El paso del sujeto al objeto se efectúa por medio de la caridad generosa y de la humildad fecunda, que hacen posible ese otro equilibrio que bien podría llamarse cósmico. He aquí la segunda finalidad de la Cuaresma y de la ascesis cristiana.

C) *Equilibrio religioso*

Finalmente, junto al sosiego humano y el orden cósmico, hemos de considerar el equilibrio religioso. En la insatisfacción del hombre hay una inquietud insaciable. ¿Razón? La necesidad que siente de Dios. Tanto en su estructura interna como en su dinamismo está abierto siempre a un Ser trascendente. Por dentro, una voluntad permanente de auto-superación; por fuera, un proyectil en busca de objetivos muy altos que escapan a nuestra mirada. Todos los paraísos terrenos no bastan para aquietar sus aspiraciones infinitas. Cuanto más ahondamos en las profundidades de su ser, mejor se descubre la impetuosa angustia vital, que de algún modo le define en su ordenación a Dios. De aquí que la literatura moderna no cante los peligros del mundo exterior, sino el gran peligro de verse eternamente frustrado y perdido en el mar tenebroso de nuestras propias aspiraciones.

Para evitarlo, viene la ascesis a cumplir su tercer objetivo: el de conectar a Dios con el hombre y a la creatura con su Creador. No basta con superarse para encontrar un lugar en el mundo y dominar el universo. La figura del superhombre y del héroe no responde exactamente a la del santo. Los primeros rebasan la humanidad sin llegar a Dios; el santo juzga positivamente, como estímulo, su insatisfacción, sin considerarse animal inacabado, sino peregrino del cielo. El santo es el hombre que no separa a Dios de su creación; al contrario, parte de un humanismo inicial para llegar a las últimas consecuencias de la escatología cristiana. Es héroe en función de Dios.

¹¹ Así: ADOLF HESNARD, ERICH NEUMANN Y ERICH FROMM. Es sabido que muchos casos de psicología patológica vienen por falta de donación.

¹² LOTER es el padre de la moderna “filosofía de los valores”. Su doctrina se orienta en dos direcciones: “filosofía neokantiana” (WINDELBAND, RICHTERT) y “filosofía fenomenológica” (SCHELER). Coinciden todos en su ataque al “psicologismo estimativo” que disuelve los valores en el sentimiento puramente subjetivo.

Toda acción heroica resulta un contrasentido en una visión puramente humana, pero no así si se mira desde una perspectiva religiosa. Dios es el alfa y omega de la creación, Cristo es el Señor que ha de venir revestido de majestad y acompañado de los ángeles para que, destruida la muerte, le sean sometidas todas las cosas¹³. De aquí se deduce que la actitud humana de proyección a la realidad ontológica culmine en el creyente en la realidad absoluta del Dios infinito. Las filosofías existencialistas y ateas, en el fondo, convierten, con su mística terrena lo absoluto en relativo.

3. Santidad

La síntesis de estos tres equilibrios, antropológico, cósmico y religioso, se llama santidad. Es esta una palabra relativa. Dios es el único Santo, el tres veces Santo, el Absoluto. Nuestra santidad dice referencia a Dios y la finalidad de la ascética cristiana consiste en acercarnos un poco más a la santidad de Dios, facilitando el desarrollo integral de la persona humana, de acuerdo con el orden de la creación.

Cada uno de los creyentes tiene su lugar propio en la Iglesia de Dios y la vocación a la santidad, siendo única y universal, admite realizaciones distintas. La tarea santificadora y misionera, que corresponde al Pueblo de Dios, cristaliza en diversas formas, según la condición de los creyentes. Unos trabajan en actividades profanas, manejando “valores terrenos”, otros en actividades sagradas, manejando “valores espirituales”, y otros consagrando su propia vida como signo que ilumina otros “valores escatológicos”. Lo que no podemos es diluir nuestra responsabilidad santificadora y misionera en el anonimato del “entre todos”. Cada creyente ha de aportar la conducta de una fe operante. La Iglesia ha de dar un testimonio colectivo. Y esa Iglesia, en Barcelona, eres tú y yo y somos todos, pero no aisladamente o encasillados en nuestra comodidad, en nuestra indiferencia o en nuestro egoísmo, sino en cuanto “convocación” por Cristo, que “encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y la renovación”¹⁴.

SEGUNDA PARTE

Las consideraciones que preceden van dirigidas a todos los miembros del pueblo de Dios de nuestra querida Diócesis de Barcelona. “La condición de este Pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (cf. Jn 13, 34). Y tiene en último lugar como fin, el dilatar más y más el Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al fin de los tiempos Él mismo también lo consuma, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra (cf. Col 3, 4) y la misma creatura sea libertada de

¹³ LG 6.

¹⁴ LG 8.

la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 21)”¹⁵.

Permitidme ahora que piense en cada uno de los grupos que, en los diversos estados, realizáis, guiados todos por ese Espíritu de Dios y obedientes a la voz del Padre, la vocación común a la santidad. A cada uno de ellos quiero hacer llegar, en forma confidencial y esperanzadora, una reflexión particular.

1. A los sacerdotes

En estos momentos de secularización progresiva y de decadencia religiosa, os incumbe a vosotros, queridos sacerdotes, una tarea difícil. Prolongar el ministerio de Cristo en el mundo no es fácil. Religar todas las cosas a Dios y hacer de puente entre Él y los hombres requiere serenidad y equilibrio. Cuando realicéis vuestra función cultural recordad que la Misa no se reduce a la comunión o ágape, sino que tiene carácter de sacrificio, según la base bíblica de la Carta a los Hebreos. Pero vuestra misión, la de santificar y regir la grey del Señor, que os ha sido encomendada, no termina en el altar.

Sois también ministros de la palabra y pedagogos de la fe. “Puesto que el tiempo cuaresmal prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración para que celebren el misterio pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del bautismo y mediante la penitencia, dese particular relieve en la liturgia y en la catequesis litúrgica al doble carácter de dicho tiempo”¹⁶.

El ejercicio de la sagrada predicación, puesta al servicio de la acción sacerdotal, exige estar particularmente marcado por un triple decoro: de tacto, de sencillez, de caridad. Tacto que es tanto como decir elección cuidada de los temas, continuidad en el programa, intuición del grado de preparación de los que escuchan. Sencillez que exige seria preparación de plegaria y estudio, que es exacta dirección del pensamiento hacia el fin que se quiere alcanzar, medida del tiempo con que se cuenta. Caridad, divisa del buen predicador, que ha de correr pareja con la verdad. “No tengáis, por tanto, miedo de repetir también este año –recalcaba Juan XXIII a los Cuaresmeros de Roma– que hemos llegado a los días de salud, a los días de penitencia y de la disciplina de los sentidos internos y externos. Decidlo en términos respetuosos, pero inequívocos, como lo decía Jesús en su tiempo y a sus gentes”¹⁷.

Os corresponde trabajar en un terreno resbaladizo con el afán de hacer más habitable y más espiritual este mundo y, por lo mismo, corréis el riesgo de encontraros metidos en actividades que escapan a vuestra función sagrada. Encarnar lo divino en lo humano no significa decir la última palabra en todos los ramos del saber. Conviene trabajar con libertad de espíritu, pero sin interferencias en campo ajeno, con plena conciencia siempre de nuestra labor eclesial, pero con seguridad de hacerlo desde nuestro lugar. La Iglesia os ha

¹⁵ LG 9.

¹⁶ SC 109.

¹⁷ Cf. el texto íntegro de la alocución pontificia en *Ecclesia* 919 (1959) 213-214.

confiado una misión concreta y delicada. Manejad, pues, con delicadeza, los “valores espirituales” redimiendo a los hombres.

2. A religiosos y religiosas

A vosotros, profetas del pueblo de Dios, que, con vuestro ejemplo, habláis en silencio sobre la vida futura; a vosotros hermanos y hermanas, que en los monasterios o en las escuelas y hospitales, o en las misiones, hermooséis a la Esposa de Cristo con la perseverancia y humilde fidelidad a vuestra consagración y prestáis a todos los hombres los más generosos y variados servicios¹⁸, que la Cuaresma os ayude a transmitir los oráculos del Señor y haga más fecundo vuestro apostolado. La vocación religiosa es un carisma que ha de facilitar vuestra comunicación personal con Dios sin perder nunca la solidaridad con los demás. Vuestro retiro no es una fuga. La Iglesia reprueba el quietismo y la docta ignorancia¹⁹. En el horizonte de vuestra vida lucen estrellas muy brillantes, pero no carecen de luz otras llamadas. Tan censurable es no valorar la propia vocación como subestimar la de los demás.

Anticipar el futuro no significa negar el presente. Esmeraos por perseverar y aventajar en la vocación a que Dios os ha llamado y permitidme que os recuerde que los tres votos son una forma clásica de practicar la penitencia cristiana. Vosotros, queridos religiosos y religiosas, habéis prolongado en cierta manera la Cuaresma, haciendo de la penitencia una profesión de vida. La kénosis bíblica o anonadamiento, que vosotros encarnáis²⁰, es el gran oráculo del Señor también en nuestro tiempo. Seguid practicando, pues, los consejos evangélicos y no olvidéis que se dieron por una soberana exigencia del Reino.

Como mansos hilos de agua, seguid fluyendo de la roca que es Cristo. Que vuestras crisis sean superadas siempre con la humildad de los que tienen esperanza. Por encima de los vaivenes pasajeros de la vida, mañanas luminosas o tardes de tristes ocasos, permaneced firmes junto al Señor que habéis elegido.

Al hablaros a vosotros, no olvido a aquellos hermanos o hermanas vuestras que en los conventos y monasterios de clausura derraman su vida en un silencio todavía más profundo que el vuestro. Son moradores de un desierto siempre florecido. Ellos nos dicen, como Cristo, que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mt 4, 4). El mundo os necesita, testigos del Dios de los grandes amores, y a la luz de vuestro testimonio reconoce mejor las falsas adoraciones para las que es solicitado por el tentador de las almas. ¡Permaneced siempre en vela, para que la lámpara no se acabe!

3. A los laicos

Pensamos en la importancia progresiva que va tomando el laicado, en este despertar de la conciencia eclesial. Vosotros, queridos seculares, sois

¹⁸ LG 46.

¹⁹ Concilio de Sens (1141), Concilio de Vienne (1311), Constituciones *In agro dominico y Coelestis pastor* (1687).

²⁰ Esta categoría bíblica de kénosis aparece claramente en Flp 2, 5-11, y en la literatura bíblica de los *anawim* o pobres de Yahvé.

actualmente el centro de gravitación de la teología pura y de la pastoral aplicada. En vuestras manos están las estructuras del mundo en que nos movemos y el aspecto más dinámico de la Iglesia. “Así pues, incumbe a todos los laicos la preclara empresa de colaborar, para que el designio divino de salvación alcance más y más a todos los hombres de todos los tiempos y en todas las partes de la tierra”²¹.

La acusación frecuente de que el cristianismo sacrifica el presente en aras del futuro, ha de quedar desvirtuada con vuestro comportamiento práctico. Situados en un plano teológico de principios, es errónea la consideración de un más allá sin vinculación al presente. El cielo está condicionado, de alguna manera, a la tierra. Sin una acción positiva de amor fraterno y de perfeccionamiento del mundo no es posible remontarse a Dios.

Uníos, pues, con espontánea disciplina a las actividades de la Iglesia, cada vez más prometedoras, y reflexionad en la advertencia que nos hace y os hace un Santo Padre: “Si no distribuimos la palabra evangélica durante estos días de abstinencia y vida tranquila, cuando vuestros pensamientos son puros y serenos, ¿cuándo vamos a servir este manjar a vuestra piedad? ¿Cuando vuelvan las diversiones, los festines o el descanso de las vacaciones? Ni lo intentaríamos siquiera, pues no estaríais en la disposición requerida para ello. Ahora, pues, es el momento más propicio para dedicarnos a vuestra enseñanza religiosa”²².

Que la Cuaresma os estimule en esta misión cósmica y creadora, sin debilitar vuestra pertenencia al Pueblo de Dios, ya que también vosotros podríais acentuar un orden carismático, en detrimento de la unidad orgánica de la Iglesia instituida por Cristo. Sería lo más contrario a vuestra función estructuradora. La Iglesia, sacramento de Cristo, o sea “signo e instrumento de la unión íntima con Dios”, lo es también de la “unidad de todo el género humano”²³. Obedecer no es claudicar, es la mejor forma de comulgar con la actitud pascual del mismo Cristo.

* * *

A todos, pues, mi exhortación a la unidad en la fe y en el amor, al comenzar esta gran catequesis de Cuaresma. “Es un período –advertía el Papa el domingo pasado y os recordaba yo esta misma tarde citando sus palabras en la Catedral– propicio para nuestra formación religiosa y moral y no debemos creer que la Cuaresma sea una disciplina superada, anacrónica. Las formas cambian, pero los criterios que inspiran esta riquísima pedagogía espiritual siguen estando más de actualidad que nunca... Se trata de reafirmar en cada uno de nosotros el primado de lo espiritual en un tiempo de materialismo y de decadencia religiosa. Se trata de recuperar, con la templanza voluntaria, el dominio de sí mismo, tan comprometido en un tiempo de exaltación del bienestar, de la diversión y del placer. Se trata de dar a nuestra vida una actitud más cristiana con la práctica voluntaria de las buenas obras, especialmente para con los hermanos más necesitados. Se trata de buscar nuevamente a Cristo, su palabra, su gracia, y su encuentro vital. Que no pase en vano para nosotros esta época de salvación,

²¹ LG 23.

²² S. JUAN CRISÓSTOMO, *Sermo admonitorius sub initium sanctae quadragesimae, homilía 2*: PG 53, 26-27.

²³ LG 1.

que es la primavera de las almas, y rogando a la Virgen, os deseamos que esa primavera sea para todos vosotros floreciente y fervorosa”²⁴.

Este programa ascético facilitará el perfecto equilibrio humano, social y religioso de la santidad cristiana. Pidamos la fe para seguir caminando juntos, pero no la fe de un sacramentalismo fácil que dispensa de todo esfuerzo, sino de la fe cristiana de la ascesis sostenida durante la peregrinación en el desierto. Fe para que los creyentes vayamos hacia la gloria definitiva de la Jerusalén celeste, y fe para orientar con nuestros pasos a los no creyentes hacia el “resto de Israel”, signo de la Jerusalén futura.

Con este deseo os bendigo a todos, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, adelantándoos –la Liturgia me permite hacerlo– mi mejor felicitación pascual:

*“Muerte y vida trabaron duelo
y muerto el dueño de la vida
gobierna, vivo, tierra y cielo”²⁵.*

²⁴ Texto italiano en *L'Osservatore Romano*, 26-27 febrero 1968.

²⁵ Secuencia del Domingo de Pascua.

LA CUARESMA Y LA PRÁCTICA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO

Exhortación pastoral, del 19 de febrero de 1969, publicada en el *Boletín oficial del Arzobispado de Barcelona*, 15 de marzo de 1969, p.146-152. Esta exhortación prolonga y completa la reproducida anteriormente, de fecha 28 de febrero de 1968.

Queridos diocesanos:

Insistentemente os he exhortado, en homilías, conferencias y otros contactos de diversa índole, que a lo largo de estos años he mantenido con vosotros, a destinar algún tiempo, e incluso algunos días, a la reflexión y al recogimiento. Contribuye esta resolución, debidamente practicada, a lograr ese equilibrio interior, tan necesario a los hombres de todos los tiempos y particularmente amenazado en el nuestro. Equilibrio humano, cósmico y religioso, cuya síntesis se llama santidad, del que ya os hablé el año pasado en mi carta pastoral *Cuaresma, primavera de las almas*.

Con su sabia y maternal pedagogía la Iglesia conduce siempre a la salvación a todos sus hijos, pero de manera particular en el tiempo cuaresmal nos lleva por el camino de la interioridad y de la penitencia a la luz y a la vida. San Pablo escribía a los fieles de Galacia: *“Estoy crucificado con Cristo”* (Gal 2, 19), y él mismo amonestaba a los de Corinto con estas palabras, que se recogen en la epístola del Domingo de Resurrección: *“Barred la levadura vieja, para ser una masa nueva, ya que sois panes ázimos. Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo. Así pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ázimos de la sinceridad y de la verdad”* (1Cor 5, 7-8).

“La penitencia del tiempo cuaresmal –ha querido recordarnos recientemente el Concilio– no debe ser sólo interna e individual, sino también externa y social. Foméntese la práctica penitencial de acuerdo con las posibilidades de nuestro tiempo y de los diversos países y condiciones de fieles, y recomiéndese por parte de las autoridades de que se habla en el número 22”¹. Están tomadas estas palabras de la constitución sobre la Sagrada Liturgia y no necesitan explicación profunda para que a todos nos resulten claros los siguientes puntos:

- a) Aparecen intrínsecamente relacionados, dentro del capítulo dedicado al año litúrgico, cuaresma y penitencia. “Puesto que el tiempo cuaresmal – se ha precisado más arriba– prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración, para que celebren el misterio pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del bautismo y mediante la penitencia, dese particular relieve en la liturgia y en la catequesis litúrgica al doble carácter de dicho tiempo”².

¹ SC 110.

² *Ibíd.*, 109.

- b) En el orden de la eficacia ascética y perfectiva se concede la primacía a la penitencia interna e individual, si bien se valora y recomienda igualmente la externa y social, ya que “la Iglesia, recibiendo en su propio seno a los pecadores, santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación”³.
- c) La práctica penitencial se ha de fomentar “de acuerdo con las posibilidades de nuestro tiempo y de los diversos países y condiciones de los fieles”. “En los diversos tiempos del año –también se asegura más arriba–, de acuerdo con las instituciones tradicionales, la Iglesia completa la formación de los fieles por medio de ejercicios de piedad espirituales y corporales, de la instrucción, de la plegaria y las obras de penitencia y misericordia”⁴.
- d) A las autoridades eclesiásticas, la Santa Sede, y en la medida que determine la ley, el Obispo diocesano, se les recuerda la facultad y el deber que tienen de ordenar la liturgia y la práctica penitencial, como “verdaderos padres, que se distinguen por el espíritu de amor y de preocupación para con todos y a cuya autoridad, confiada por Dios, todos se someten gustosamente”⁵.

He aquí por qué, deseoso de cumplir con mi deber, quiero exhortaros a todos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares de la Diócesis, al comenzar la santa Cuaresma de este año, a una vida de mayor oración y penitencia interior, consciente de que, si no reforzamos los fundamentos esenciales de nuestra religiosidad, todos los demás intentos de renovación se desvanecerán irremisiblemente.

Concretamente, deseo hablaros de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, forma tradicional de educación espiritual que "es, en frase de Pablo VI, siempre moderna, siempre viva y no necesita más que ser practicada, para encontrar en su eficiencia originaria la respuesta a todas las necesidades modernas”⁶.

Sin desestimar ni olvidar otras prácticas de oración y purificación interior, quiero invitaros de manera expresa y deliberada a ésta de los Ejercicios según el método ignaciano, porque pienso que la Cuaresma es una ocasión propicia para practicarlos, y porque estimo que deben corregirse actitudes equivocadas sobre los mismos que están en el ambiente. No han pasado de moda los Ejercicios de San Ignacio. Su actualidad y su valor son perennes. El silencio, la soledad interior, el diálogo familiar con Dios, frecuente y prolongado en estos días, hablan por sí mismos de la genuina excelencia de este medio de santificación que nunca aparecerá como superado en la vida cristiana. Prestigiosos especialistas se han preocupado, por otra parte, de poner de relieve la relación existente entre las enseñanzas del Vaticano II y los Ejercicios en orden a la perfección cristiana. A la publicación de los resultados obtenidos en el Congreso Internacional de

³ LG 8, 4.

⁴ SC 105.

⁵ CD 16, 1.

⁶ Alocución a los sacerdotes de la Federación Italiana para los Ejercicios Espirituales, 28 de diciembre 1968: apud *Insegnamenti di Paolo VI*, VI (1968) 1064-1065.

Ejercicios, celebrado en Loyola en 1966, os remito, para que veáis confirmado cuanto os estoy diciendo⁷.

Los Ejercicios en Barcelona

Por lo que se refiere a nuestra Diócesis, hemos de reconocer que los Ejercicios han encontrado siempre muy favorable acogida. Podríamos decir que el desarrollo de la vida católica en nuestra época en Barcelona ha estado ligado en gran parte a la estimación y práctica de los Santos Ejercicios. Muchos de los que más han trabajado en los últimos años por la Iglesia en Barcelona han sido fervientes ejercitantes y apóstoles de los Ejercicios. Y a ello ha contribuido en gran parte la benemérita Obra de Ejercicios Parroquiales, la cual, como dijimos recientemente, “tiene un largo y extraordinario historial, sobradamente conocido por nuestros párrocos y movimientos apostólicos, ya que de los Ejercicios han brotado espléndidos colaboradores, vivos militantes y no pocas vocaciones sacerdotales y religiosas”⁸.

Pues bien, pienso que, por lo que se refiere al presente y al futuro inmediato de la vida espiritual de Barcelona, el retorno a la práctica frecuente de los Ejercicios, que ya se ha iniciado, volverá a ser fuente frecuente de las mejores energías apostólicas. Trataré de razonarlo.

El hombre de hoy

Es evidente que el mundo de hoy evoluciona hacia una mayor autonomía en todos los órdenes. El hombre va emancipándose de un estado secular de tutela familiar, social, política y religiosa, para colocarse delante de Dios, de la sociedad y de sí mismo con un sentido nuevo de responsabilidad.

Ha sido tan rápido el cambio de estructuras y de ambiente, que la humanidad se siente impreparada para esta nueva forma de vida. Cunde por todas partes una desorientación extraordinaria. El hombre siente vértigo al contemplar el abismo al que se asoma. Sin fuerzas para caminar por sí mismo, cae muchas veces víctima de los que le dirigen, los cuales se transforman, o los transforma él, en ídolos a los que se somete, porque saben expresar lo que él siente en su interior y denunciar los errores que provocan en él una espontánea reacción. Pero a menudo no saben indicar la solución.

El hombre de hoy, muy sensible a su responsabilidad, contempla la sociedad en que vive y clama contra los abusos intolerables que le rodean, percibe claramente el artificio de tantos sistemas carcomidos por el egoísmo de un ambiente dominado por el bienestar individual, que habla de paz y fomenta la guerra, que defiende la libertad y es esclavo de innumerables intereses creados, que propone como ideal la justicia y es incapaz de frenar las apetencias desorbitadas de los prepotentes.

⁷ Véase el volumen *Los Ejercicios de S. Ignacio a la luz del Vaticano II*, BAC 280, Madrid 1968.

⁸ Véase *Día de los Ejercicios Espirituales*, en *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, 15 de noviembre de 1968, p. 719.

Desorientado ante esta nueva realidad, busca angustioso la solución. No puede seguir siendo juguete de una sociedad fascinadora que le hipnotiza y le obliga a malgastar sus mejores energías en una lucha estéril que provoca en lo más íntimo de su ser una aguda sensación de desengaño.

Quiere librarse de esta esclavitud, dominar en vez de ser dominado, llevar una dirección justa en la vida en vez de verse obligado a cambiar continuamente al compás de las modas, siempre nuevas y efímeras, poseer una independencia sana para realizar las exigencias íntimas de su ser.

En una situación así, fácil es de ver la necesidad que un hombre tiene de luz segura, el riesgo que corre de considerar como criterios objetivos sus propios puntos de vista, la dificultad de alcanzar la serenidad y calma necesarias para la discriminación auténtica de los valores y la libertad interior para el recto empleo de ellos.

Aquí surge el interrogante: ¿Puede este hombre de hoy, en estas circunstancias, esperar algo de los Ejercicios? Basta tener un conocimiento superficial de lo que son para comprender que de ellos se deriva precisamente lo que la sociedad de hoy echa de menos y busca con tanta ansia: luz en el camino, libertad interior ante las decisiones, fuerza para desarrollar las energías necesarias. En los Ejercicios se encuentra el hombre consigo mismo, en absoluta independencia de factores que puedan dominarle, y allí puede iniciar el diálogo sereno y vital con Dios y consigo mismo que le irá descubriendo el valor de todas las realidades existentes. Allí va clarificando, a la luz de la realidad objetiva, que puede contemplar sin nube alguna de pasión y en su perspectiva justa, qué es Dios, el mundo, la Iglesia, la sociedad, qué son todos para él y qué es él para todos.

En este encuentro vital, ayudado por el silencio y la plegaria, el ejercitante penetra en su interior y descubre “el hombre nuevo”. Sólo un “hombre nuevo” puede vivir en este mundo nuevo, comprender las exigencias nuevas de la sociedad y alcanzar la personalidad y la madurez natural y sobrenatural necesarias para moverse en el difícil clima actual. Sólo un hombre nuevo volverá a sentir esperanza e ilusión al ver las fuerzas con que cuenta para realizar su misión, contemplando su vida a la luz del plan eterno de Dios, encaminado al perfeccionamiento de la humanidad. Nada más moderno ni urgente en el momento actual que este descubrimiento a la luz de Dios de la razón de ser de cada uno y de su puesto en la sociedad y en la Iglesia.

Los Ejercicios son, por consiguiente, el remedio a esta prisa vertiginosa que impide planificar nuestra vida, la liberación de la esclavitud ambiental que nos sofoca sin dejar espacio para el desarrollo de nuestra personalidad, el hallazgo del Dios vivo y vivificador –hecho hombre por nosotros– que nos llama a contemplar y perfeccionar su obra. Este descubrimiento lo llevamos a cabo al meditar la palabra divina encarnada en la Escritura y reencarnada en cada uno en el contacto personal con Dios.

Sólo esa experiencia y percepción de la realidad va eliminando imágenes parciales y deficientes, que engendran en el alma la idea, más que del Dios de la verdad, de un ídolo falsificado incapaz de saciar las apetencias de autenticidad.

Los Ejercicios después del Concilio

Para que los Ejercicios puedan dar al hombre de hoy lo que necesita, deben ser aplicados del modo más apto posible a su psicología y su situación. Y, aunque el método ignaciano debe permanecer idéntico y fiel a sí mismo, puede, sin embargo, lograrse una mejor presentación de las doctrinas que se han de meditar; en el Congreso de Loyola, ya citado, especialistas de todo el mundo trabajaron juntos para trazar las bases de reelaboración necesaria y abrir cauces de una mayor acomodación al momento presente.

Los Ejercicios, por ser vida, han necesitado siempre esta renovación vital. En otro momento similar al actual cambio de estructuras y evolución de formas, el que sucedió a la Segunda Guerra Europea, se tuvo en 1941 un Congreso Nacional que marcó el comienzo del florecimiento extraordinario que han tenido los Ejercicios en los últimos veinte años. Esperamos y deseamos que en este momento crucial puedan los directores de nuestra Archidiócesis examinar la marcha actual y las dificultades que experimentan, y que sabrán encontrar los medios de superarlas.

Se ha hecho mucho. Hoy se consideran los Ejercicios a la luz del Vaticano II. Se les encuadra, según la tradición más sana, dentro del marco de la historia de la salvación, es decir, de la acción de Dios en el hombre y de la respuesta del hombre a la acción de Dios; se descubre la línea divina que se repite en todas las manifestaciones; se busca el mayor contacto con la Sagrada Escritura, portadora de la Palabra de Dios; se da al ejercitante un espacio mucho más amplio para su reflexión y actividad personal de modo que pueda, a la luz de Dios, examinar su vida y realizar la acción que le centre en el punto exacto marcado por Dios para él y en el que conseguirá perfeccionarse a sí mismo y a la sociedad.

Todos estos esfuerzos nos llenan de esperanza y nos hacen pensar que los Ejercicios van a adquirir en nuestra Archidiócesis un nuevo vigor, y van a seguir siendo lo que siempre han sido en ella: el impulso motor, el alma de muchas actividades apostólicas. Contamos con numerosos ejercitantes y con muchos y cualificados directores. Les pido muy encarecidamente que redoblen sus esfuerzos en favor de la generación actual.

Colaboración de los seglares

Los Ejercicios no son un coto cerrado para sacerdotes y religiosos. Encierran también una riqueza para el seglar. Y si en Barcelona la *Obra de los Ejercicios* adquirió tanta fuerza, ello se debe en buena parte a lo seglares propagandistas y apóstoles con que ha contado siempre. No dudamos que, en este momento de revalorización de la espiritualidad seglar, el laico podrá, por un lado, encontrar en los Ejercicios el alimento apto para su espíritu, los resortes que le vayan sosteniendo, los principios que nutran su vida espiritual conforme a la elevada misión que tiene en la Iglesia; y por otro, sabrá ofrecer la colaboración necesaria para que puedan difundirse y extenderse por todas partes. Ante todo, con la propaganda oral y escrita, las visitas y conversaciones en el radio de sus posibilidades, junto con el testimonio que ellos tienen a través de la propia vida; después, con el uso de los medios modernos de comunicación social, las

campañas publicitarias y exposiciones públicas, como las realizadas en los últimos años, e incluso con su asistencia y su ayuda en la dirección de las tandas.

Estamos ciertos de que nuestros diocesanos de hoy serán dignos de los que les han precedido, y de que su responsabilidad por la rica herencia que han recibido será estímulo para que sigan practicando, viviendo y difundiendo los Ejercicios conforme a las posibilidades y necesidades actuales. De una manera especial recomendamos la querida *Obra Diocesana de Ejercicios Parroquiales*, que ha sabido mantener hasta ahora los Ejercicios en un estado de eficiencia tan admirable en favor de las parroquias de Barcelona.

Fidelidad siempre

No obstante lo que he dicho más arriba sobre las acomodaciones necesarias, estimo que sería un error funestísimo ir más allá de los límites debidos y desvirtuar la práctica de los Ejercicios conservando de ellos sólo el nombre, pero cambiando a capricho su carácter específico y lo esencial de su metodología. Y esto es lo que está sucediendo hoy, por desgracia. Sacerdotes, religiosos, seminaristas, seglares, se reúnen para practicar ejercicios, según dicen, y ceden a la tentación de convertir sus reuniones en meros coloquios y análisis verbales con los que ingenuamente creen poder sustituir a los Ejercicios auténticos y tradicionales. Tengan presente los que obran así lo que ha escrito Pablo VI: “Sería un error diluir los Ejercicios con innovaciones que, buenas en sí mismas, podrían reducir la eficacia del retiro. Tales iniciativas, como la de los grupos dinámicos, las discusiones sobre materias religiosas y las mesas redondas sobre sociología religiosa, tienen su puesto en la Iglesia, pero este puesto no está en el retiro cerrado, en el cual el alma, a solas con Dios, se dispone generosamente al encuentro con Él y a ser maravillosamente iluminada y fortificada por Él”⁹.

Cuando yo hablo en esta carta pastoral de los Ejercicios, me refiero a los propiamente dichos, y más concretamente, por ser los que mayores alabanzas han merecido siempre de la Iglesia, a los de San Ignacio de Loyola. Los coloquios y las revisiones de vida pertenecen a otros momentos. Pueden ser muy provechosos, pero no son los Ejercicios para el indispensable encuentro del alma con Dios. Os pido sinceridad y valentía. Sinceridad, para reconocer el sacrificio abnegado que los Ejercicios ignacianos reclaman, y valentía, para ofrecer a Dios uno de nuestros mayores dones: el de la voluntad libre. “Debemos difundir –os repito con palabras de Pablo VI– esta fuente de salvación y de energía espiritual, debemos hacerla posible a todas las categorías: a los adolescentes, a la juventud, a los obreros, estudiantes, estudiosos, personas cultas, enfermos, etc. Este momento de intensidad y de reflexión sobre temas religiosos, que es precisamente lo que caracteriza a los Ejercicios Espirituales, debe llegar a ser una costumbre del pueblo cristiano, mucho más difundida y mucho más fomentada de cuanto ha sido hasta ahora”¹⁰.

La práctica de los Ejercicios en retiro sería un modo aptísimo de vivir la Cuaresma como preparación para celebrar el misterio de Cristo resucitado. San Pablo parece centrar todo este misterio en la obediencia del segundo Adán al

⁹ PABLO VI, Carta al Card. Cushing, 25 de julio de 1966.

¹⁰ PABLO VI, Alocución a la *Federación Italiana de Ejercicios Espirituales*, 29 diciembre de 1965.

Padre: “Como por la desobediencia de un solo hombre fueron constituidos pecadores los que eran muchos, así también por la obediencia de uno solo serán constituidos justos los que eran muchos” (Rm 5, 19). Incluso el mismo Salvador, la mayor parte de las veces en que se refiere explícita o implícitamente a su Pasión, la presenta a sus Apóstoles como el mandato que ha recibido del Padre y como obediencia a este mandato paterno. Al dibujar la disposición de ánimo que en orden a la humildad recomienda a los cristianos, San Pablo pone como ejemplo la humildad y la obediencia de Cristo: “Tened en vosotros –dice– estos sentimientos, los mismos que Cristo Jesús; el cual, subsistiendo en la forma de Dios, no consideró como presa arrebatada el ser igual a Dios, antes se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres; y presentándose como hombre en su condición exterior, se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz” (Flp 2, 58).

No hay otro camino para la verdadera renovación interior de la conciencia. Si en Barcelona y en las demás diócesis de España y del mundo se reanudase la práctica frecuente de los Santos Ejercicios, prestaríamos todos uno de los mejores servicios a la Iglesia postconciliar de esta hora. Sobran muchos escritos y muchas reflexiones improvisadas. Falta, en cambio, profundidad, paz en los espíritus y obediencia sobrenatural, a imitación de Jesucristo.

Os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

LA TAREA COMÚN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Carta Pastoral, del 12 de octubre de 1992, publicada con motivo del comienzo del curso pastoral 1992-1993, en BOAT, octubre-noviembre 1992.

Queridos diocesanos:

Quiero llegar a través de esta carta a todos vosotros al comienzo del Curso Pastoral 1992-1993 para llamaros a la tarea común de la nueva evangelización y enviaros en el nombre del Señor a esta apasionante misión. El Sínodo Diocesano nos dice:

“Por ser la Catedral Iglesia Madre de la Diócesis y para que se manifieste mejor su condición de tal, celébrese en ella todos los años una acción litúrgica, en la que los agentes de la pastoral diocesana sean enviados a realizar sus respectivas misiones apostólicas, señalando cada curso una determinada acción” (n. 65).

Os convoco a esta celebración el próximo día 17 de octubre, sábado, a las 11:30 de la mañana en la Santa Iglesia Catedral Primada. Y para los que no podáis asistir os sirva esta carta de impulso al comienzo del nuevo curso.

Comenzamos con un rito litúrgico

Con un rito litúrgico queda mejor expresado que nuestras tareas tienen en Dios su impulso permanente. Dios Padre ha enviado a su Hijo al mundo para llevar a cabo la obra de la redención, y consumado el misterio pascual por la muerte y resurrección de Cristo, Éste nos ha enviado desde el seno del Padre al Espíritu Santo, para que, poniendo en marcha a la Iglesia, la conduzca a través de la historia humana y lleve así a todos los hombres la salvación que el mismo Jesucristo nos ha merecido.

Cuanto trabajamos en la Iglesia hemos de hacernos conscientes continuamente de esta realidad. No trabajamos por nuestra propia iniciativa, ni con nuestras solas fuerzas humanas, ni esta es una empresa humana, aunque cuenta necesariamente con las colaboraciones de los hombres. *La empresa es divina*, pues se trata de la redención de los hombres, y la ayuda nos viene de Dios, que nos llama a colaborar con todas nuestras fuerzas.

Celebramos este rito litúrgico en la Iglesia Madre de toda la Diócesis, la Santa Iglesia Catedral, y sería muy de desear que en otros momentos se tuvieran actos parecidos en todas las parroquias. No podemos empezar una nueva etapa de tareas pastorales sin detenernos a considerar que es el Espíritu Santo el agente principal de esta obra y que todas nuestras colaboraciones positivas contribuyen al crecimiento de la Iglesia, la Esposa de Cristo, nuestra Madre. Cristo ha confiado a su Iglesia la misión de presentarse ante el mundo como sacramento

universal de salvación y signo de la unidad de todos los hombres entre sí y de los hombres con Dios¹.

Y todo esto se celebra y expresa en la liturgia, que es la fuente y la cima de toda la actividad de la Iglesia. Por eso, queremos comenzar el curso con un rito litúrgico, que nos haga caer en la cuenta de la iniciativa divina y de su gracia que precede, acompaña y lleva a plenitud toda obra buena. La multiplicidad de actividades nos acucia con la tentación continua de activismo, en la que es muy fácil caer si no estamos atentos. Necesitamos contrarrestar esta tentación con la afirmación expresa de que trabajamos en la viña del Señor, en la parcela en la que Él nos ha colocado. Reforcemos nuestros buenos propósitos y de esta manera no será inútil nuestro trabajo.

Con unos objetivos comunes: aplicación del Sínodo diocesano y formación a todos los niveles

El objetivo concreto para el curso que iniciamos es el del comienzo de la aplicación del Sínodo diocesano, cuyas Constituciones han sido ya publicadas. Y más concretamente deseo que en los planes que se elaboren, se preste especial atención a la formación a todos los niveles: formación permanente de los sacerdotes, formación de los catequistas, formación de los laicos comprometidos en el apostolado seglar, formación de los religiosos y religiosas en la medida en que nos toca ofrecérsela desde la Diócesis.

Objetivos preferentes, no excluyentes

Cuando se trata de objetivos preferentes señalados en un plan de pastoral, no significa que todo lo demás haya que dejarlo. Ahí está el trabajo diario en la pastoral que vamos desarrollando. Y ese trabajo diario es el que ocupará la mayor parte de nuestro tiempo. Pero al señalar unos objetivos prioritarios, todos podemos poner más el acento en lo que se propone. Y así el trabajo de todos puede ir consiguiendo metas comunes que son más necesarias en nuestra Diócesis. La Iglesia tiene esta dimensión de comunión que postula un esfuerzo común en los diversos campos. Pongámonos todos a la tarea, y sepamos cada uno aplicar, con la prudencia necesaria al campo en el que trabajamos, lo que aquí se señala.

Atentos al Magisterio pontificio...

En primer lugar, hemos de estar muy atentos al Magisterio que continuamente nos ofrece el Santo Padre. Conocer de cerca sus enseñanzas lleva tiempo, pero es algo necesario para nuestra sintonía con Pedro, que preside la Iglesia Universal y desde su cátedra no cesa de iluminarnos. De nada serviría contar con un Magisterio tan lúcido como el que nos vienen ofreciendo los últimos Papas, si no estamos atentos a conocerlo y a aplicarlo en la medida que nos corresponde. Además, esto nos permite asomarnos desde su privilegiada

¹ Cf. LG 1.

atalaya a la problemática universal de la Iglesia y tener una visión justa de la misma, iluminada por la doctrina del Magisterio Pontificio.

En este año hemos recibido el precioso regalo de la Exhortación Apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis*, que, inspirada en el Vaticano II y recogiendo los frutos del Sínodo de los Obispos de 1990, nos ofrece a los sacerdotes una doctrina riquísima que hemos de esforzarnos en asimilar en nuestras vidas.

...y a los planes de la Conferencia Episcopal Española...

Junto a esto, los obispos de España nos reunimos en Conferencia Episcopal y fijamos unos criterios comunes, que conviene tener presentes en nuestras actividades y tareas pastorales. Ahí está el plan trienal 1990-1993 que hemos de aplicar a nuestra Diócesis con acciones concretas en cada arciprestazgo.

...para mejor vivir y expresar la comunión eclesial

Las referencias al Magisterio del Santo Padre y a los planes de la Conferencia Episcopal, aunque son de distinta naturaleza, nos sirven de telón de fondo a la hora de mirar la perspectiva de nuestra Diócesis en el nuevo curso pastoral que comienza. Vivimos inmersos en la comunión eclesial que tiene distintos planos y niveles de expresión. En cada parroquia o comunidad eclesial se hace presente la única Iglesia de Cristo, la que “subsiste en la Iglesia Católica gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él”², la única Iglesia Universal que vive y camina en la Iglesias particulares o diócesis, presididas y regidas por un obispo diocesano en comunión con el Papa y el Colegio Episcopal.

I. A LOS SACERDOTES

Quisiera insistir una vez más en una responsabilidad que continuamente nos recuerda la doctrina de la Iglesia: el obispo con su presbiterio son los primeros responsables de la formación permanente de los sacerdotes, en todas sus dimensiones: humana, espiritual, intelectual y pastoral.

“El Obispo es el responsable de la formación permanente, destinada a hacer que todos sus presbíteros sean generosamente fieles al don y al ministerio recibido, como el Pueblo de Dios los quiere y tiene ‘derecho’ a tenerlos. Esta responsabilidad lleva al obispo, en comunión con el presbiterio, a hacer un proyecto y establecer un programa”³.

Mi deber es procurar ante todo la santificación de los sacerdotes que componen este presbiterio diocesano de Toledo, y de ello he de dar cuenta a Dios.

² LG 2.

³ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992, n. 79b. Citaremos en adelante PDV.

Por eso, os manifiesto a vosotros los sacerdotes mis ruegos, que son también vivos deseos:

1. Desde el punto de vista espiritual os recomiendo insistentemente la práctica de los **Ejercicios Espirituales** en silencio e intensa oración, como lo recoge el Sínodo Diocesano: “*Es de desear que los sacerdotes diocesanos practiquen los Ejercicios Espirituales en retiro todos los años*” (n. 82)

2. Cuidad mucho el **retiro mensual** en cada arciprestazgo. Que se tienda a alargarlo más, no limitándose a las dos horas de la mañana. Haría mucho bien a todos los sacerdotes tener un retiro más largo al menos una vez por trimestre; p.ej., durante dos días seguidos en alguna casa de Ejercicios, dedicando uno a la oración silenciosa y otro a la revisión y programación pastoral.

3. A este propósito tendríamos que ir pensando en cierta institucionalización del **día del presbiterio**. Entiendo por “día del presbiterio” un día a la semana –que podría ser el jueves–, en que los sacerdotes se reúnen por arciprestazgos para los distintos aspectos comunitarios de la formación permanente:

- una semana ese día serviría para el cultivo de la *vida espiritual*, oración, etc.;
- otra, para *programar y revisar actividades pastorales* que van llevando en común en el arciprestazgo y aquellas que cada uno lleva en su parroquia y son puestas en común para conocimiento de todos;
- otra, para hacer conjuntamente algún *estudio* de temas doctrinales, mediante algún método sencillo y asequible a todos;
- otro, para la convivencia y sano *esparcimiento* de todos.

Pensad cómo podría hacerse, y comenzad por las iniciativas que se os ocurran, y comunicad vuestras experiencias a la Vicaría del Clero. Hemos de encontrar cauces, por los que hagamos cada vez más real la vida en presbiterio, es decir, más cercana, más solidaria, más mutuamente enriquecedora. La tendencia al aislamiento y al individualismo debe ser corregida continuamente, para que nuestro testimonio y nuestra eficacia pastoral sean más perceptibles.

4. Apoyemos todos las iniciativas que nos vienen de la **Casa “San José”** para la formación permanente del clero. Y ofrezcamos nuestras sugerencias a su director y a la Vicaría del Clero. Es la Casa de todos, y tiene un papel importantísimo en la formación del presbiterio. Los sacerdotes deben actualizarse en todos los campos de su ministerio pastoral, y sin formación permanente no puede haber perseverancia y crecimiento en los dones recibidos por el sacramento del Orden⁴.

5. Quiero invitaros, como lo hace continuamente la Iglesia, a que cultivéis entre vosotros la **amistad sacerdotal**, la que brota de la fraternidad sacramental⁵. No se trata de constituir grupos aislados y cerrados en el seno del presbiterio, sino de fomentar la sana amistad, la mutua colaboración, la cercanía de unos a otros para poder ayudarse en todos los sentidos, y para poder crecer juntos por el camino de la santidad sacerdotal y del servicio gozoso a la Iglesia.

⁴ Cf. PDV 70.

⁵ Cf. PO 8.

6. En este sentido, quiero agradecerlos todo lo que venís haciendo para prestaros ayuda espiritual unos a otros. Y creo que hemos de avanzar más en este camino: me gustaría que todo sacerdote tuviera otro sacerdote al que poder recurrir con facilidad para lo que llamamos **dirección** o **acompañamiento espiritual**. Otro sacerdote con el que confesarse habitualmente y al que abrir con toda sinceridad el propio corazón para dejarse orientar. “La práctica de la dirección espiritual contribuye no poco a favorecer la formación permanente de los sacerdotes. Se trata de un medio clásico que no ha perdido nada de su valor, no sólo para asegurar la formación espiritual, sino también para promover y mantener una continua fidelidad y generosidad en el ejercicio del ministerio sacerdotal”⁶. No podemos caminar solos en ningún aspecto de la vida, y menos aun en este de la vida espiritual. Necesitamos darnos a conocer, para ser ayudados y exigidos en el nombre del Señor.

7. Igualmente quiero agradecerlos la colaboración que prestáis al **Fondo Común Diocesano**. Es ello un exponente de la solidaridad espiritual y pastoral, a la que me vengo refiriendo, y una obligación moral que proviene de la pertenencia al mismo presbiterio diocesano⁷. Os agradezco los pasos que en este punto se han dado, y os animo a conseguir nuevas metas en la aplicación del mínimo asignado a todo sacerdote, en la atención a instituciones diocesanas que hemos de sostener entre todos, porque de ellas se beneficia todo el presbiterio diocesano, como son la Casa Sacerdotal, la Casa “San José”, etc., en la previsión social del clero. Y no olvidemos nuestro deber de solidaridad con otros presbiterios más pobres, p.ej., fundando alguna beca para algún seminarista en países del Este donde no tienen nada.

Si el presbiterio diocesano con sus obispos a la cabeza crece en santidad, toda la comunidad diocesana se verá renovada, y podrá responder a los retos que le plantea la nueva evangelización. De lo contrario, por muchos planes que hagamos, conseguiríamos muy poco e Incluso podríamos hacer daño.

II. A LOS LAICOS

Nuestro Sínodo diocesano se ha ocupado ampliamente de los laicos y de su importante papel en la pastoral de la Diócesis al servicio de la evangelización, sobre todo en el libro 1º (nn.127-184) y en el libro 2º. Contamos además con la Exhortación Apostólica post-sinodal *Christifideles laici* del Papa Juan Pablo II, como fruto del Sínodo de los Obispos de 1987. Se trata de potenciar el laicado en todas sus dimensiones, a fin de que los fieles cristianos laicos se incorporen con toda su riqueza a la acción pastoral y misionera de la Iglesia diocesana y universal.

Para ello es preciso que afrontemos decididamente toda una tarea de formación del laicado y pongamos al servicio de este objetivo nuestras mejores energías. Los laicos deben hacerse conscientes de que para poder asumir con mayor responsabilidad cualquiera de las tareas eclesiales en las que se encuentran, u otras nuevas que se les confíen o ellos mismos descubran, necesitan de una

⁶ PDV 81c.

⁷ Cf. PDV 30d.

formación adecuada en todos sus niveles: espiritual, catequético, de doctrina social de la Iglesia, de valores humanos, etc.⁸.

Por eso he insistido tanto durante estos años en la catequesis, y sobre todo en la formación de catequistas a través de las Escuelas de Catequistas. Mantengamos lo ya conseguido y hagámoslo crecer entre todos. No nos cansemos de instruir a los niños y a los jóvenes y de procurar que vivan su fe: esto es la catequesis rectamente entendida.

Pero es preciso avanzar también en otros frentes. Tenemos que procurar la catequesis de adultos en las diversas edades de su vida. Y los grupos y movimientos apostólicos deben estar convencidos de que las energías que empleen en la formación de sus miembros, aunque fuera con merma de las actividades y de los resultados inmediatos, darán un fruto sazonado en su momento.

Para poder dar razón de su propia esperanza, en un mundo que muchas veces se presenta hostil a la fe y a los valores de la cultura católica, es preciso conocer lo que nos enseña la Iglesia; la cual, a través de su Magisterio, va iluminando todos los problemas de la vida. De esta manera la fe, serenamente pensada y razonada, se irá convirtiendo en cultura que empapa el tejido social en todos sus estratos. Y es tarea principalmente de los laicos, cuya vocación es la de ser fermento en medio del mundo, hacer que la fe se convierta en cultura, y, por tanto, que la cultura católica no desaparezca de nuestra sociedad, sino que por el contrario lo vaya empapando todo. Así, la Iglesia a través de sus laicos ofrece uno de los mejores servicios que puede prestar al hombre de nuestros días. Pero hemos de ir los sacerdotes delante, estudiando la doctrina de la Iglesia y ofreciendo cauces de formación adecuada para todos.

Para despertar más y más a los laicos e incorporarles responsablemente a las tareas eclesiales:

1. Constituid los **Consejos Pastorales Parroquiales**, explicad a los fieles la importancia de este organismo en la vida de la parroquia. El párroco no puede ni debe hacerlo todo, aunque a él corresponda el gobierno de la parroquia. Incorporar a los fieles laicos a las responsabilidades de la parroquia es un cauce precioso de formación permanente para los que participan en ello y se convierte inmediatamente en un estímulo para formarse mejor.

Dad pasos eficaces para la constitución del **Consejo Pastoral Arciprestal**. Que sea un organismo ágil de comunión y coordinación en la pastoral del arciprestazgo. En la medida en que trabajemos en estos dos niveles, parroquial y arciprestal, será más fácil llegar a la constitución del **Consejo Pastoral Diocesano**.

2. Os digo lo mismo con relación al **Consejo Diocesano de Laicos** (cfr. *Const. Sinod.* n. 520ss). Este tipo de organismos diocesanos no deben ser nuevas estructuras sin vida que nos complican la existencia a todos, sino instrumentos al servicio de una mayor participación de los laicos en la vida de la Iglesia y cauces de formación para los que participan en ellos. Crear estas nuevas estructuras de comunión eclesial puede costar al principio un poco de trabajo,

⁸ Cf. *Christifideles laici*, 60.

pero todo lo que avancemos en la línea de la participación no es tiempo perdido, aunque su eficacia no sea inmediata.

Muy unido al Consejo Diocesano de Laicos debe estar el **Colegio de Consiliarios** (ibíd., n. 524). De la coordinación y del buen entendimiento de los consiliarios entre sí dependerá en gran parte el buen funcionamiento del Consejo de Laicos.

3. Todos los laicos, de manera personal o asociada en grupos movimientos, merecen nuestro apoyo y nuestra ayuda ministerial. Y doy gracias a Dios, porque en los últimos años ha suscitado caminos fecundos de apostolado seglar en nuestra diócesis, sobre todo entre los jóvenes. Pero permitidme que os exprese una vez más mi clara y decidida **opción por la Acción Católica**, tanto la general como la especializada. No es una opción que excluya otras formas de apostolado seglar individual o asociado, pero sí es una *opción preferencial*. En su larga historia y a pesar de las dificultades vividas en momentos de crisis, la Acción Católica se ha mostrado eficaz para formar a sus miembros, ayudar a construir la Iglesia en sus diversos niveles parroquial, arciprestal, diocesano y universal, despertar en los laicos su condición seglar e incidir así eficazmente en los ambientes para transformarlos. En los ambientes de la Acción Católica han surgido vocaciones seglares muy maduras y abundantes vocaciones sacerdotales y consagradas.

Y todo ello no sólo pertenece a la historia pasada, como algo que no pueda repetirse, sino que demuestra que esta forma de apostolado seglar sigue siendo eficaz en nuestros días. Así lo hemos entendido los obispos de España, reunidos en Conferencia Episcopal. Para ello hemos de tomarlo todos con entusiasmo y decisión. La Acción Católica con sus cuatro notas de identidad⁹ y especialmente con el mandato recibido de la Jerarquía, puede convertirse en instrumento validísimo para aglutinar los miles de jóvenes que vienen pujantes de la post-confirmación y darles carácter de movimiento diocesano. La Acción Católica General puede servirnos para la formación de seglares –jóvenes y adultos– en torno a las parroquias, y la Acción Católica Especializada puede ser útil en los diversos ambientes o sectores pastorales de la diócesis: obreros, estudiantes, etc.

4. Y no dejemos de aprovechar todas las ocasiones para catequizar, instruir, incorporar a los laicos a las responsabilidades eclesiales. Ocasiones propias son las catequesis pre-sacramentales a las que más adelante me refiero.

III. LA LITURGIA

El libro tercero del Sínodo diocesano recoge un abundante material de orientaciones pastorales que habrán de ponerse en práctica progresivamente. Para eso, la nueva Comisión Diocesana de Liturgia va dando pasos oportunos. Pero quisiera además que todos nos fijemos en algún objetivo concreto:

1. Constituid **equipos de liturgia** en todas las parroquias. De esta manera las celebraciones pueden resultar más cuidadas, y la liturgia puede ganar en su

⁹ Cf. AA 20.

carácter de formación del Pueblo de Dios. La reforma litúrgica conciliar ha sido muy rica, pero quedaría ineficaz si no llevamos a nuestros fieles a una verdadera renovación de sus vidas fundada en la liturgia. La liturgia es el centro de la vida de la Iglesia: hagamos que sea el centro de la vida personal de todos los fieles y de nuestras comunidades. Pero para eso hay que formar en el espíritu litúrgico, que consiste en hacer de la vida una ofrenda unida a la de Cristo en favor de todos los hombres, cumpliendo con todo rigor las normas y rúbricas que nos dicta la Iglesia.

2. Capítulo aparte merece el tratamiento del **Congreso Eucarístico Internacional** que se celebrará en Sevilla en junio de 1993. De ello me ocuparé más extensamente en otra ocasión. Baste por ahora señalar que este curso debe ser especialmente eucarístico, para prepararnos a la celebración de tan magno acontecimiento.

3. Purificad las **Hermandades y Cofradías** de adherencias extrañas a la fe y a la verdadera cultura católica, y convertidlas progresivamente en lugares de formación cristiana. Las devociones son de gran valor, cuando expresan la verdadera piedad popular, pero pueden convertirse en una rémora, cuando se aferran a aspectos que nada tienen que ver con la vida cristiana. Sed pacientes y decididos en este tema. No podemos conseguirlo todo en un día, pero hemos de dar pasos para que todos vean que la Diócesis ha establecido unos criterios comunes de actuación práctica, y por el bien de todos vamos dando pasos para cumplirlos. También en este tema hemos de ser solidarios unos con otros, y no ir cada uno a su aire.

IV. LA CATEQUESIS

Se ha trabajado intensamente en este campo durante los últimos años, pero hay que alcanzar nuevas metas. Está a punto de hacerse público el Catecismo Universal, que servirá de pauta en nuestras tareas catequéticas de aquí en adelante. Fijemos también aquí algunos objetivos comunes.

1. Pongamos especial interés en las **catequesis pre-sacramentales** (bautismo, primera comunión, confirmación, matrimonio). Los sacramentos no deben ser momentos aislados en la vida del cristiano, sino que deben ir insertos en todo un proceso catequético. En muchos lugares estas ocasiones sacramentales, prolongadas durante todo un curso, constituyen una auténtica catequesis de adultos.

2. De tales catequesis pre-sacramentales deben ir surgiendo auténticos **catecumenados** en todas las parroquias, esto es, un proceso catequético continuo, orgánico y sistemático con las personas que libremente quieran asistir. La institución del catecumenado, de tanta solera en la historia de la Iglesia, tiene que volver a ser el lugar adecuado donde los cristianos cultivan su fe y su compromiso cristiano, son introducidos en los misterios de la vida cristiana y se capacitan para recibir con todo su fruto los sacramentos.

3. Por eso hay que insistir en la **catequesis de adultos** sin descuidar la de los niños. Son los adultos los que constituyen la parte privilegiada de la comunidad cristiana, y no hay que tener miedo a enfrentarse humilde y valientemente a las

dificultades que esta tarea lleva consigo. Los adultos creyentes son los que sostienen el peso de la vida de la Iglesia: alimentemos su fe para que sepan dar razón de su esperanza. De lo contrario, la fe no penetrará en los ambientes y no podrá convertirse en cultura.

4. No sólo la catequesis de adultos. Pienso que hay que fomentar **escuelas de teología para laicos**, o emplear los medios que ponen a nuestra disposición las instituciones de “teología a distancia”. Una presentación global del dogma y de la moral católicos, con sus apoyos bíblicos y magisteriales, lleva tiempo de estudio, pero es muy necesaria sobre todo para los que tienen que enseñar a los demás en las clases de religión y para los líderes seculares de los distintos movimientos o grupos apostólicos.

V. LA ACCIÓN CARITATIVA

Ahí tenemos el Libro IV de nuestro Sínodo diocesano, que ha de ponerse en práctica progresivamente:

1. En cuanto al talante de las personas e instituciones de la Iglesia, el Sínodo diocesano nos urge a vivir más en serio la **virtud de la pobreza** propia de la vida cristiana como camino y exigencia de una auténtica caridad. Aunque todo el mundo tuviera ya los medios para vivir decorosamente –cosa imposible mientras exista el pecado–, el cristiano tendería a ser pobre para parecerse a su Maestro: “Conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2Cor 8, 9). Empleemos los medios que sean necesarios en las tareas pastorales, pero no olvidemos nunca el valor de la austeridad, tan profético en nuestros ambientes.

2. Es preciso potenciar el **voluntariado al servicio de la caridad**; suscitarlo, organizarlo, darle formación cristiana, establecer cauces de actuación. Orientemos a los jóvenes en este sentido, ellos que son tan sensibles a las realidades sociales y tan generosos para dar su tiempo en beneficio de los demás. Pero orientémosles bien. Sería muy fácil lanzar por este camino a los que se sienten más sensibles, si les ponemos delante de los ojos las necesidades inmediatas. Pero no debemos dejarnos llevar por lo inmediato. También el ejercicio de la caridad debe convertirse en un momento de formación a fondo de actitudes cristianas duraderas y eficaces.

3. Y **campos de trabajo**, o personas a las que dirigir nuestra caridad nunca nos faltarán. Siempre tendremos más de lo que podemos atender. Van dándose pasos en la acogida de los emigrantes que cada día proliferan más; en la atención a los drogadictos que quieren dejar la droga; en la hospitalidad a los transeúntes que vagan de un lado para otro; en la compañía a tantos ancianos que viven solos y abandonados.

Iniciemos el curso con mucha esperanza teológica. Dios que inició en nosotros la obra buena, Él mismo la llevará a término (cf. Flp 1, 6). Que las dificultades con las que nos encontramos como fruto de nuestra debilidad o del entorno en que vivimos, no nos echen nunca atrás, sino que sean una ocasión para reforzar los

medios sobrenaturales con los que hemos de emprender estas tareas pastorales.

Encomendamos a la intercesión de la Santísima Virgen todos nuestros afanes y trabajos del curso que comienza. Y oremos todos Juntos esta oración a María que os he enviado a todas las parroquias y comunidades:

*Madre de Dios y Madre nuestra, Virgen Santa María,
venimos a pedir tu protección maternal en el comienzo del curso
en nuestra Diócesis de Toledo:
haznos dóciles al Espíritu Santo,
enséñanos a escuchar con limpio corazón la Palabra de Dios,
danos firmeza en la fe y en la esperanza,
ayúdanos a ser solícitos ante las necesidades de los demás.
Ponemos en tus manos todos nuestros proyectos, nuestros afanes,
nuestros trabajos, porque queremos mirarnos en ti
al colaborar en la edificación de la Iglesia de tu Hijo Jesucristo.
Preséntanos con tu Hijo al Padre,
y que ellos nos envíen al Espíritu Santo
que haga fecundos todos nuestros esfuerzos. Amén.*

Os bendigo a todos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

EUCARISTÍA Y EVANGELIZACIÓN

Carta pastoral, de febrero de 1993, con motivo del XLV Congreso Eucarístico Internacional, en Sevilla (7 al 13 de junio de 1993), publicada en BOAT, marzo-abril de 1993.

Desde que en 1881 la ciudad francesa de Lille vio nacer la obra de los Congresos Eucarísticos Internacionales no han dejado éstos de celebrarse, a no ser por la catástrofe de las dos guerras mundiales. De este modo, la misericordia divina no ha dejado de bendecir a su Iglesia con una constante maduración en su vivencia eucarística y en su celo apostólico, aun en momentos de oscuridad o desconcierto.

Para el próximo Congreso, que la Iglesia se dispone a celebrar en Sevilla del 7 al 13 del mes de junio, se nos ofrece el lema ***Christus lumen gentium: Cristo, luz de los pueblos***. Quiere de este modo nuestra Madre la Iglesia insistir tanto en la urgencia de la *Nueva Evangelización* cuanto en la íntima relación de ésta con el *Misterio Eucarístico*.

En 1975, el Papa Pablo VI nos decía que “no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios”¹ y es sabido que, por ello, la Iglesia, al actualizar la obra de la salvación, cumpliendo su misión (Mc 16, 15), hace presente a Cristo, centro y culmen de su vida. En efecto, leemos en el Concilio Vaticano II que, “Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, ‘ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz’, sea, sobre todo, bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: ‘Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos’ (Mt 18, 20)”². Así se va descubriendo ante nosotros la íntima relación entre la Evangelización y la Eucaristía.

Pero fue precisamente otro número de la Constitución conciliar sobre la sagrada liturgia el que expresó de modo admirable esta conexión al decir que “de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin”³.

En torno a todo este tesoro de la reflexión teológica, espiritual y pastoral de la Iglesia gira el lema del presente Congreso.

¹ Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 22.

² SC 7.

³ *Ibíd.*, 10.

El Misterio Eucarístico transmite y expresa con elocuencia el don del amor de Dios manifestado en Cristo, algo que ha de ser el alma y la meta de la tarea evangelizadora. Cuando en nuestro último Sínodo diocesano, tratábamos de ofrecer una respuesta al hombre de hoy sobre su destino y la razón de su vivir, la Eucaristía aparece como la semilla sacramental de un cielo y una tierra nuevos “*pignus futurae gloriae*”⁴, donde habitará la justicia.

Ahora bien, para que esto sea posible, todos nosotros hemos de empeñarnos en una seria conversión personal y comunitaria, que abriendo paso a una auténtica vivencia de la Eucaristía, nos lleve a eucaristizar nuestras vidas y el rostro mismo de nuestra comunidades eclesiales.

Lejos de ser una realidad trasnochada o una simple manifestación de piedad sensible, el Congreso Eucarístico se presenta como *un proceso catequético-sacramental encaminado a la renovación del verdadero espíritu cristiano en cada católico y en cada comunidad*. Un Congreso no se limita al momento de su celebración, sino que tiene, en unión con los planes pastorales nacionales y diocesanos, y encuadrado en el ritmo del año litúrgico, un itinerario precongresual y ha de alcanzar su continuidad en unas obras durables poscongresuales. Desde hace años los Congresos tienen una preparación particularmente vinculada al Adviento o a la Cuaresma y se cristalizan en unas “obras del Congreso”, especialmente caritativo-sociales⁵. Esto mismo es lo que hemos de esforzarnos por conseguir, en los próximos meses, dentro de nuestra Archidiócesis y este es mi deseo más ardiente al dirigiros esta Exhortación.

I. LA EUCARISTÍA, CULMEN DEL MISTERIO DE CRISTO EN LA HISTORIA

La Plegaria Eucarística IV del actual Misal Romano, tras recordar el proceso de la Historia de la salvación, que culmina en Cristo y en su misterio pascual, sitúa la “epiclesis” sobre el pan y el vino y el relato de la institución de la Eucaristía, que introduce con las siguientes palabras: “Porque Él mismo, llegada la hora en que había de ser glorificado por ti, Padre santo, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo”. De este modo la Eucaristía aparece claramente como la obra culminante de Cristo, en conexión con su misterio de muerte-resurrección-glorificación, y como la manifestación más elocuente del valor supremo de su testimonio: el amor que Dios es.

Realmente, la Eucaristía celebrada y adorada ha sido para la Iglesia, a lo largo de los siglos, la fuente primordial de una hermenéutica bíblica católica, de una formación permanente del pueblo cristiano, y la sede más estable de su reflexión teológica conectada con la vida. Tan cierto es esto que hoy se juzgan las épocas de esplendor o de decadencia de la Iglesia según se haya verificado o no este flujo entre liturgia y otras dimensiones de la actividad eclesial.

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1402-1405, especialmente este último número, el 1405.

⁵ Cf. COMITÉ PONTIFICIO PARA LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES, *Los Congresos Eucarísticos Internacionales para una nueva Evangelización*, Ciudad del Vaticano 1991, p. 52 y 53.

De aquí la importancia de considerar las dos partes de la Misa, liturgia de la Palabra y liturgia eucarística como un todo⁶, y de comprender la homilía como parte de la acción litúrgica⁷. La Eucaristía es realmente como el Arca de la Nueva Alianza, dentro de la cual y desde la cual se contiene y se da a conocer toda la admirable obra de la salvación. También por esto mismo la Iglesia quiere celebrar preferentemente la mayoría de los demás sacramentos dentro del contexto de la Santa Misa. Y también se halla aquí la razón teológica que lleva a la Iglesia a considerar la Eucaristía como la cima de la iniciación cristiana⁸.

En la Eucaristía, singularmente en la celebración de la Santa Misa, se nos ofrece, pues, la participación en el entero misterio de la salvación, en el Misterio de Cristo hecho próximo en la celebración de cada uno de sus misterios⁹. Esta ha de ser la fuente de esa experiencia trascendente que sirve de punto de partida para una auténtica predicación mistagógica, superando la rutina de un preanuncio evangélico que nunca llega a ofrecer lo realmente novedoso y salvífico del Cristianismo.

II. LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CULMEN DE LA VIDA DE LA IGLESIA

Tendremos ahora que insistir en una idea clave para entender la Eucaristía católica, y es que en ella se contienen como condensados todos los tesoros de la divina economía, bajo la forma de alimento y con presencia real. Están como *fundamento y soporte de la vida de la Iglesia y de la esperanza del mundo*.

Será nuestra venerable Liturgia Hispano-Mozárabe la que expresará esto con mayor elocuencia, al acompañar el gesto funcional de la fracción del pan eucaristizado para repartirlo entre los fieles, con unas palabras y gestos elocuentes: el sacerdote va desmenuzando la sagrada forma en nueve partes que irá colocando ritmadamente sobre la patena dibujando en ella una cruz mientras las va nominando Encarnación, Nacimiento, Circuncisión, Aparición, Pasión, Muerte, Resurrección, y bajo ésta sigue, Gloria y Reino. El entero abanico se despliega y ofrece a los fieles como alimento de vida.

Será siempre oportuno, en este sentido, recordar las palabras de la Instrucción *Eucharisticum Mysterium*, de la entonces llamada Sagrada Congregación de Ritos, que afirmaba: “La catequesis del misterio eucarístico debe tender a inculcar en los fieles que la celebración de la Eucaristía es verdaderamente el centro de toda la vida cristiana, tanto para la Iglesia universal como para las comunidades locales de la misma Iglesia. Porque ‘los demás sacramentos, al igual que todos los ministerios eclesiásticos y las obras de apostolado, están unidos por la Eucaristía y hacia ella se ordenan. Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo, que, por su carne vivificada y que vivifica por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, que de esa forma son invitados y

⁶ Cf. SC 56.

⁷ Cf. *ibid.*, 52.

⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.1322.

⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.1115.

estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con Él' (PO 5)".

"La comunión de la vida divina y la unidad del Pueblo de Dios, por las que subsiste la Iglesia, los significa debidamente la Eucaristía y los realiza maravillosamente (Cf. LG 11; UN 2 y 15). En ella tenemos la culminación de las acciones por las que Dios santifica al mundo en Cristo y del culto que los hombres tributan a Cristo y la auténtica naturaleza de la verdadera Iglesia' (SC 56 y 41)"¹⁰.

A la luz de estas enseñanzas de la Iglesia queda claro que hablar de renovación litúrgica significa tomarse en serio la tarea de santificación personal y de la general renovación de las comunidades cristianas y sus obras de apostolado. A tal celebración, tal comunidad; y a tal comunidad, tal celebración.

Frente a los que siguen pensando en verdaderos antagonismos entre verdadera sacramentalización y auténtica evangelización, a los que se refirió Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*¹¹, diremos que la acción pastoral es un todo que ha de ser orgánico y que, precisamente en la liturgia, encuentra su íntima trabazón. La participación litúrgica habla no sólo de actividad externa, sino sobre todo de conversión personal y corresponsabilidad eclesial. El dinamismo de la auténtica celebración litúrgica corre paralelo con el de la inserción de los laicos en el conjunto de las acciones de la Iglesia.

Por otra parte, tanto en la enseñanza como en la acción social, la conexión con el Misterio celebrado en la liturgia resulta garantía de eclesialidad y de proclamación de los auténticos valores cristianos.

Resulta por todo ello singularmente importante cuidar de la celebración litúrgica, en particular de la Eucaristía dominical. Un cuidado que no se puede reducir ni a la sola dignidad externa, ni a la simple observancia legal de las rúbricas, sino que ha de llevar a los fieles al sentido de lo sagrado y a la interiorización personal y comunitaria del Misterio¹². Todo esto lejos de debilitar la predicación de la Palabra o el compromiso temporal de los fieles, les llevará a estimularlos con inusitada fuerza.

Ahora, una vez más, tras celebrar nuestro Sínodo diocesano, nos encontramos como Diócesis en un momento especialmente oportuno para afrontar este reto de la revitalización litúrgica, eucarística, de nuestras comunidades dentro del horizonte de la Nueva Evangelización. Vamos a empeñarnos todos por conseguir, desde todas las instancias de la acción pastoral, una coordinación de esfuerzos y quereres en este sentido; sería lamentable que, una vez más, el particularismo de grupo o el concepto privativo del cargo pastoral nos impidiesen realizar tan apasionante y hermosa tarea de futuro juntos y en comunión, como Iglesia.

¹⁰ Instrucción *Eucharisticum Myslerium*, 25 de mayo de 1967, n. 6. Cf. ANDRÉS PARDO, *Liturgia de la Eucaristía*, Madrid 1979, p. 172.

¹¹ Cf. *Evangelii nuntiandi*, 47.

¹² Instrucción *Eucharisticum Myslerium*, 20.

III. LA EUCARISTÍA, LOS CRISTIANOS EN EL CORAZÓN DEL MUNDO

Este rápido vistazo sobre algunos aspectos básicos del misterio eucarístico nos tiene que llevar a todos a descubrir la estrecha ligazón existente entre la Eucaristía y la vocación de la Iglesia en el mundo. Hemos tratado sobre la importancia de la celebración de la Misa para la identidad y la acción de la comunidad, incluso hemos apuntado a la extensión de este vínculo más allá de la celebración, *en la vida*. Insistamos ahora en esto.

En la plenitud de los tiempos Dios envió a su Hijo, en una carne como la nuestra, ungida por el Espíritu para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón, como médico corporal y espiritual (Cf. Is 61, 1; Lc 4, 8)¹³. Esta misma es la misión de la Iglesia, pues “así como Cristo fue enviado por el Padre, Él a su vez envió a los apóstoles llenos del Espíritu Santo (Mc 16, 15)”¹⁴.

Por ello, los llamados Sacramentos de la iniciación cristiana, agregando nuevos miembros al Pueblo de Dios, capacitan para el cumplimiento de esta misión, que es de la entera Iglesia y se realiza tanto en el culto, como en la enseñanza y en la vida de caridad. La Eucaristía es cumbre de esa iniciación, como lo es de la actividad de la Iglesia, pero es también *alimento en la peregrinación constante* que significa la edificación del Reino (Cf. 1R 19, 8).

Como alimento que se ofrece, la Eucaristía, al ser celebrada, reclama ser recibida reiteradamente, es decir, siempre que se celebra, al menos por el celebrante, pero ojalá también por todos los cristianos que admitan la fe de la Iglesia y asistan al sacrificio, con tal de que estén debidamente dispuestos. Además, la Eucaristía en toda su riqueza de signo y de donación tiende a producir en quien cree en el gran misterio que encierra, una asimilación que poco a poco transforma y eleva.

Si la condición bautismal y crismal de los fieles se expresa y renueva en ellos, dentro de la Misa, bajo el aspecto de consagración, en la adoración y otras formas de culto eucarístico fuera de la Misa lo hace bajo la forma de inmolación, pues la piedad eucarística tiende a extender y propagar las actitudes eucarísticas¹⁵ en toda la vida del creyente. La permanencia de Cristo bajo el signo de las especies eucarísticas invita a apoyar y fundar la vida cristiana sobre el que es “la Roca”.

Existe una conexión entre el cumplimiento de la vocación de la Iglesia en medio del mundo y la piedad eucarística. Así lo expresó Su Santidad Juan Pablo II en la carta *Dominicae cenae*: “La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación

¹³ SC 5.

¹⁴ *Ibid.*, 6.

¹⁵ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1356-1372, donde se presentan los aspectos sacrificial, eucarístico y memorial del Sacramento del altar.

llena de fe, y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración”¹⁶.

Por ello, la Iglesia invita vivamente a la adoración que ha de ser encabezada por los pastores y facilitada en iglesias y oratorios¹⁷. Pero esta adoración, si toma la forma de exposición, sea mayor o menor, no puede convertirse en un apéndice para solemnizar otros actos de piedad, ni ha de deslindarse, en su celebración, de la Misa y del Misterio Pascual en ella actualizado¹⁸; de no tenerse esto en cuenta, lejos de cultivarse una auténtica espiritualidad eucarística, se pueden favorecer desviaciones ritualistas o paganizantes de la piedad cristiana.

El testimonio luminoso, de auténtica piedad eucarística, que hizo de figuras como las de S. Juan de Ribera, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, San Pascual Bailón, o Doña Teresa Enríquez, la “loca del Sacramento”, verdaderos signos para las generaciones que los conocieron, ha de estimularnos incansablemente en orden al fomento de la genuina devoción eucarística en nuestro clero, nuestros agentes de pastoral, nuestro seminaristas, los miembros de nuestras asociaciones eucarísticas, grupos de apostolado y fieles en general.

Estoy seguro que, también en este sentido, el acontecimiento de gracia del Congreso Eucarístico Internacional, de Sevilla, nos ofrece una oportunidad única y que no podemos mirar con indiferencia; por ello todos hemos de poner especial empeño en no dejar de emplear los medios aptos para conseguir estos objetivos pastorales, que se insertan armónicamente en nuestro Plan Pastoral diocesano.

IV. PARA PREPARAR EL CONGRESO EUCARÍSTICO EN NUESTRA DIÓCESIS DE TOLEDO

Coordinación de esfuerzos

La preparación del Congreso Eucarístico no ha de ser una tarea de grupos o personas aisladas, sino una empresa diocesana. A este fin nombré un Delegado Diocesano para el Congreso. A él conviene informar de toda acción de parroquias, grupos o asociaciones encaminada a preparar o a celebrar el Congreso y a él compete coordinar, alentar e informar en todo lo referente a este acontecimiento.

En orden a potenciar esta unión de esfuerzos, yo mismo deseo reunirme con un grupo de personas, especialmente interesadas por esta celebración, que con el Delegado Diocesano puedan propagar y cumplir en la Diócesis los objetivos del pre-congreso y del Congreso.

Catequesis y formación

La preparación del Congreso supone una oportunidad magnífica para revisar y potenciar nuestra catequesis eucarística. A nivel de catequesis de infancia y

¹⁶ Carta *Dominicae cena*, 3, recogida en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, dentro del n. 1380.

¹⁷ Cf. Instrucción *Eucharisticum Mysterium*, n. 50 y 51.

¹⁸ *Ibíd.*, 60, 62 y 66.

Primera Comunión hemos de aplicar lo dispuesto en nuestro *Sínodo Diocesano*¹⁹.

Por lo que se refiere a la formación permanente tendremos que conceder una gran importancia a la predicación que, en los *domingos de Cuaresma y Pascua*, teniendo por trasfondo la iniciación cristiana, que culmina en la Eucaristía, ha de presentar, desde esta perspectiva, el Misterio Pascual. Igualmente, cada párroco, consiliario o responsable de asociaciones eucarísticas procurará dar a conocer durante este tiempo la enseñanza que sobre el augustísimo Sacramento contiene el *Catecismo de la Iglesia Católica* (nn.1322-1419).

La Delegación para el Congreso Eucarístico, en colaboración con la (omisión Diocesana de Liturgia, ofrecerá, antes del tiempo de Cuaresma y Pascua, unos materiales que ayuden a orientar la predicación en el sentido antes indicado, así como un comentario, dirigido a los sacerdotes, sobre los números dedicados a la Eucaristía en el *Catecismo*.

Celebración eucarística y adoración

No podemos olvidar que uno de los primeros frutos del Congreso ha de ser la *mejora de nuestras celebraciones eucarísticas*. En este sentido la Secretaría General del Congreso ha publicado un folleto titulado "*La Eucaristía celebrada, reflexiones y sugerencias para mejorar la celebración y participación*", que aparece publicado en nuestro Boletín Oficial en su número de enero de 1993. Tampoco podemos olvidar los consejos y normas que nos ofrece nuestro *Sínodo Diocesano* en sus Constituciones (nn.725-737, 741-750, 752-776, principalmente). También sería bueno recordar alguna de las recomendaciones que últimamente se han publicado en nuestro Boletín Oficial: "Recomendaciones para dar a la celebración eucarística expresividad y verdad" (BOAT, octubre 1991, p. 496-498) y "Reflexiones sobre la oración de los fieles en la Santa Misa" (BOAT, septiembre 1992, p. 410-413).

Por lo que se refiere a la *exposición del Santísimo Sacramento* en iglesias y oratorios, sería de desear que en todo lugar abierto al culto se celebrase *un día por semana*, sea el domingo, el jueves o el viernes, esta práctica de adoración eucarística. Ahora bien, tal exposición no ha de limitarse a un apéndice de la Misa, del Rosario o de una Novena, ha de tener entidad propia. Tampoco conviene que se considere la exposición como mero marco de la oración individual y silenciosa, no faltarán en estos actos de piedad la *lectura bíblica*, las *súplicas*, las *acciones de gracias*, el *silencio* y los *cantos*. A este fin conviene que la Delegación para el Congreso ofrezca a todas las comunidades de la Diócesis unos esquemas y formularios para la conveniente celebración de la exposición eucarística.

Acción caritativa y social

En conexión con Cáritas Diocesana, la Delegación Diocesana para el Congreso Eucarístico fijará un *proyecto social del Congreso* para nuestra diócesis. Cada parroquia o grupo deberá igualmente, a menor escala, fijarse algún proyecto que

¹⁹ Constituciones Sinodales, XXV Sínodo Diocesano, Toledo 1991, n. 470 y 474.

le permitiese expresar el fruto de la eucaristización de la vida. Tendremos que estudiar las posibles opciones para expresar significativamente esta dimensión esencial del misterio de amor contenido en la Eucaristía, sea una colecta, sea un compromiso de voluntariado, sea un proyecto concreto de promoción humana y cristiana.

Aprendiendo de María la Virgen

La Madre del Cielo es maestra singular de nuestra participación en el Misterio de Cristo. Sus actitudes en el momento de la Anunciación y Encarnación del Verbo son el modelo de toda auténtica participación litúrgica fructuosa. A ella, en Toledo, junto a nuestra Cátedra, *Virgen del Sagrario*, encomendamos las tareas preparatorias, la celebración y los frutos de este Congreso Eucarístico Internacional.

La Señora nos invita a hacer “lo que Él nos dice”, en ella se cumple la dicha de los “que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”, ella nos enseña a acompañar a Jesús hasta la Cruz, y a aguardar confiados su Resurrección y el don del Espíritu. Como en los iconostasios orientales, Ella está en las puertas del Santuario para enseñarnos a participar con fruto y a venerar con pureza el misterio grandioso del amor de Dios. Como María, tras la Encarnación, el cristiano eucaristizado camina presuroso al servicio y canta por doquier las maravillas de la Gracia.

Imperando para nuestra Archidiócesis una auténtica primavera espiritual preparando el Congreso Eucarístico de Sevilla, os bendigo con paternal solicitud invocando el constante auxilio de la misericordia divina sobre vosotros y vuestras iniciativas.

SANTA CLARA

“AMA TOTALMENTE A QUIEN TOTALMENTE SE ENTREGÓ A TI POR AMOR”

Carta pastoral en el VIII centenario del nacimiento de Santa Clara de Asís, 8 de diciembre de 1993, publicada en BOAT, noviembre-diciembre 1993, p. 586-615. El texto que sirve de lema de la carta está tomado de la 3ª carta de Santa Clara, n. 15.

INTRODUCCIÓN

El don de recordar a los santos

El pasado día 11 de agosto dio comienzo una conmemoración jubilar en toda la Iglesia que concluirá el día 5 de octubre de 1994, y a cuya alegría también nosotros nos unimos como Iglesia particular diocesana. Efectivamente, hace ahora ocho siglos nació en la dulce Asís, una mujer admirable, “Clara por su nombre y por su virtud”¹.

Siempre que veneramos en la Iglesia el recuerdo de un santo o de una santa, lo hacemos conmemorando su vida y su palabra junto a la vida y la Palabra de Jesucristo; por eso es una conmemoración y no simplemente el recuerdo aislado de algún personaje de la historia.

Los cristianos miramos a los santos, porque sus existencias son indisolubles del Señor para quien vivieron y por el que se desvivieron. Y así lo urgía el libro de la *Didaché*, cuando instaba precisamente a aquellos primeros cristianos, que tan fresca tenían la memoria de Jesús y tan próximos en el tiempo les estaban sus testigos oculares, a mirar cada día el rostro de los santos y a encontrar en sus palabras el consuelo luminoso para el camino².

Los santos son la verificación, a través de la historia, del don de Dios en Jesucristo, más allá de todos los diversos condicionantes coyunturales. Por eso, en cada generación de la historia de la humanidad, el Espíritu de Dios suscita, elige y envía a nuevos hombres y mujeres que, siendo hijos de su tiempo lo sean también de Dios, y en ellos puedan escuchar y contemplar sus contemporáneos las maravillas de Dios como en un nuevo y permanente Pentecostés³.

Los santos de cada época son para su mundo presente y para el venidero, una epifanía de Dios, en los cuales Él habla y actúa, y cuya presencia y Palabra es preciso escuchar, acoger y vivir, porque ya no son las de los santos, sino las de Dios en ellos.

¹ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 1: Edición de I. OMAECHEVARRÍA, *Escritos de Santa Clara y documentos complementarios*, BAC 314, Madrid 1993, p. 134.

² Cf. *DIDACHÉ*, 4, 2; Edición de D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, BAC 65, Madrid 1965, p. 81.

³ Cf. Hch 2, 1ss.

Al detener hoy nuestra atención en Clara de Asís, lo hacemos con todo el sentido de gratitud por la obra de Dios realizada en esta mujer, reconociendo en ella una historia de santidad ejemplar para el Pueblo de Dios, un paradigma para todos nosotros de lo que fue su fidelidad a la gracia de Jesucristo, a la Iglesia de su tiempo y al tiempo de su Iglesia.

Clara es una *leyenda humana y cristiana* que es preciso recuperar para nuestro hoy, como decía el Santo Padre en el célebre discurso que improvisó a las Clarisas del Protomonasterio de Asís, hace ya unos años, uniendo los dos nombres benditos de Clara y Francisco, que, porque sus vidas estuvieron unidas en Dios y por Él aquí en la tierra, y en Él y por Él lo estarán para siempre en la eternidad: “es verdaderamente difícil separar estos dos nombres, Francisco y Clara, estos dos fenómenos: Francisco y Clara, estas dos leyendas: Francisco y Clara... Es algo profundo, algo que no se entiende, sino a través de los criterios de la espiritualidad franciscana, cristiana, evangélica; algo que no puede entenderse con criterios humanos”⁴.

Conmemoramos a Clara, pues, con toda la Iglesia, tratando de escuchar lo que Dios nos ha dicho y señalado en esta santa mujer, cuando enriqueció con el don de su carisma a su Pueblo Santo, al cual por gracia también nosotros hemos sido llamados a pertenecer.

1. DOS APUNTES DE SU HISTORIA VOCACIONAL

El primer apunte, más sereno y gratificante, se refiere a la infancia de Clara y a la determinante influencia que sobre ella ejercieron una familia cristiana y una madre hondamente creyente. Clara nació en Asís, en 1194, en la casa palaciega que la noble familia de los Offreducci tenía en la plaza de San Rufino, junto a la Catedral de Asís. Su infancia y primera adolescencia transcurrieron dentro de un ambiente familiar, sereno y religioso, de altos valores cristianos, que favoreció en Clara un crecimiento humano y creyente.

Sabemos que su madre Hortulana fue una mujer exquisita tanto en las obras de piedad, como en las obras de caridad. La pequeña Clara crecerá bajo el influjo beneficioso de su madre, de la que aprenderá a tener un corazón magnánimo hacia los más necesitados, y al mismo tiempo volcado hacia la alabanza y oración a Dios: será con su madre con quien comenzará a desgranar las primeras plegarias. Bella escuela siempre la del hogar cristiano, la de la madre cristiana, que aciertan a nutrir en todos los sentidos las vidas que han alumbrado.

Aquella casa palaciega, que dará cuenta del estilo de su época condescendiendo con la cultura “cortés”, será una cuna sin igual donde florecerán los mejores valores de una época y de un hogar: el asombro por la belleza, el encanto por la lealtad y fidelidad, la profunda religiosidad y la delicada caridad. Así nos dibuja Tomás de Celano, su biógrafo oficial, la niñez y mocedad de nuestra santa:

“La pequeña Clara empezó a brillar con luminosidad muy precoz en medio de las sombras del siglo, y a ganar esplendor, durante la tierna infancia, por la rectitud de costumbres. De labios de su madre recibió con dócil corazón los primeros

⁴ Juan Pablo II, *Discurso a las Clarisas de Asís*: L'Osservatore Romano 59 (14-III-82) 5.

conocimientos de la fe e, inspirándole y a la vez moldeándole en su interior al Espíritu, aquel vaso, en verdad purísimo, se reveló como vaso de gracias.

Alargaba placentera su mano a los pobres y de la abundancia de su casa colmaba la indigencia de muchos... De este modo, creciendo con ella desde la infancia la misericordia, manifestaba un espíritu compasivo, demostrando conmiseración con las miserias de los miserables”⁵.

No se trataba sólo de un natural bondadoso y predispuesto a la caridad, aprendido en aquel hogar cristiano que la viera nacer, sino que también Clara desde niña irá a la fuente primordial, Dios, y poniéndose a la escucha de su Palabra y mirando a Quien se dio totalmente por amor, aprenderá a mirarse en Él, porque todas las opciones de Clara nacerán del asombro contemplativo de un Dios que puesto a amar lo hizo hasta el extremo⁶.

Clara será la mayor de tres hermanas: tras ella, pocos años después, vendrán: Inés –nombre puesto por Francisco, sin que podamos saber con certeza el suyo original– y Beatriz. Ambas hermanas, al igual que la madre Hortulana, seguirán el camino de Clara para consagrarse por entero a quien enteramente a ellas se dio, como más tarde escribiría Clara a otra lejana discípula, Santa Inés de Praga:

“ama totalmente a quien totalmente se entregó por tu amor”⁷.

El segundo apunte en que se fija su vida, se encuadrará no ya en la infancia de Clara, sino en su mocedad. La joven Clara, educada delicadamente para altos ideales y con un corazón lleno de preguntas, saboreará simultáneamente un doble torbellino de perplejidad: lo frágil de la seguridad humana al experimentar en su ciudad y en su familia el azote de la guerra, que llevará a los Offreducci a exiliarse temporalmente en Perusa. Y será precisamente en este duro contexto, en el que conocerá de cerca a un paisano suyo, otrora célebre por sus andanzas y ensueños, Francisco de Asís. Este sería el otro torbellino no menos perplejo: ver al que antes envidiaban por su fortuna familiar y por sus desenfados en los festejos, deambular extrañamente por las calles de Asís como un advenedizo mendigo.

Francisco pasará ante no pocos como un loco perturbado por sus fracasos militares, para otros será un excéntrico que buscará así una extraña gloria que no le dieron sus proyectos caballerescos, igualmente frustrados. Pero sabemos que la originalidad del cambio de vida de Francisco tiene otra explicación, cuya lectura escapará a la mayoría de sus conciudadanos, pero que no pasará inadvertida ante Clara. En efecto, ella percibe en el cambio radical del que fuera “rey de la juventud”⁸ –como gustaban llamarlo sus compañeros de la juventud asisiana–, algo que no le resultaba ni extraño ni ajeno. Nació el deseo de encontrarse con este Francisco recién convertido.

⁵ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 3.

⁶ Cf. Gal 2, 20.

⁷ 3ª *Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga*, n.15. Igual que Francisco dirá escribiendo a toda su Orden: “no retengáis, pues, nada de vosotros para vosotros mismos a fin de que os reciba enteramente aquel que enteramente se entrega a vosotros” (*Carta a toda la Orden*, 29).

⁸ Cf. T. DE CELANO, *Vita secunda*, 7: Edición de J. A. GUERRA, *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*⁵, BAC 399 Madrid, 1993, p. 233-234.

Es un segundo elemento, después del mencionado sobre su madre y hogar familiar, que tendrá una decisiva influencia en el camino cristiano de Clara: su encuentro con Francisco y la amistad espiritual que Dios hace brotar entre ellos:

“Oyó hablar por entonces de Francisco, cuyo nombre se iba haciendo famoso y quien, como hombre nuevo, renovaba con nuevas virtudes el camino de la perfección, tan borrado en el mundo. De inmediato quiere verlo y oírlo, movida a ello por el Padre de los espíritus, de quien tanto él como ella, aunque de diverso modo, habían recibido los primeros impulsos”⁹.

Ni en el comienzo de esta santa amistad, ni en su feliz desarrollo hubo motivaciones extrañas. Era el mismo Dios, quien a través de su siervo Francisco venía a dar la respuesta colmada a las inquietudes y preguntas de la mocedad de Clara. Porque la invitación persuasiva que ella recibe en los furtivos encuentros con él, será precisamente la que Dios susurraba desde hacía tiempo en el corazón de Clara:

“El padre Francisco la exhorta al desprecio del mundo: demostrándole con vivas expresiones la vanidad de la esperanza y el engaño de los atractivos del mundo, destila en su oído la dulzura de su desposorio con Cristo persuadiéndola a reservar la joya de su pureza virginal para aquel bienaventurado Esposo a quien el amor hizo hombre”¹⁰.

Sorprende el realismo de la búsqueda de Clara y cómo en el discernimiento de su vocación iba hasta el hondón de sus exigencias: no se trataba de inquietudes abstractas de impersonales valores, sino que ella buscaba un rostro y una voz a los que entregar todo su ser y su afecto, esponsalmente.

Es verdad que la talla evangélica del *Poverello* Francisco ha polarizado la atención de tanta gente y ha hecho que pasara inadvertida la no menor grandeza de su émula Clara. Pero es en la armonía de ambas personas y de sus respectivos carismas como podemos comprender la incidencia histórica y la fecundidad espiritual, que ha tenido el franciscanismo en la historia de la Iglesia. Dos vidas que han sido unidas indisolublemente, como ha recordado –con esta expresión fuerte e inusual– Juan Pablo II en su última visita a Asís: “Dos santos están unidos indisolublemente en el recuerdo de esta ciudad de Asís: Francisco y Clara. Dos nombres, dos vocaciones que evocan los valores evangélicos de la caridad, la pobreza, la pureza, la amistad espiritual, la oración y la paz”¹¹.

Francisco supuso una enorme gracia de Dios en la vida de Clara, como no dejará ella de recordar siempre hasta el final de su vida; será un reclamo a la fidelidad en esa forma de vida que Dios le manifestó a través de la mediación de San Francisco. Por esta razón, Clara anotará fielmente en su Testamento en qué medida ha sido Francisco para ella la gran mediación vocacional de la gracia de Dios, ya que, efectivamente, los dones que ella recibió y los caminos por donde transcurrió su vida, están vinculados a la persona de Francisco. Él es, según

⁹ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 5.

¹⁰ *Ibid.*, 5.

¹¹ JUAN PABLO II, *Discursos durante el encuentro con las monjas de clausura en la Basílica de Santa Clara, domingo, 10 de enero de 1993*. nº 2: *Selecciones de Franciscanismo* 64 (1993) 11.

expresiones del Testamento de Clara, su plantador, su cultivador, su jardinero, su modelo, su padre, para concluir diciendo:

“nuestro santo padre Francisco, columna nuestra, nuestro único consuelo después de Dios, y el que daba firmeza a nuestra vida”¹².

Son los “amigos fuertes de Dios”, de los que hablaba otra mujer fiel hija de su tiempo y de su Iglesia, Santa Teresa. Este tipo de relaciones puras y profundas, lejos de cerrar el corazón en los límites de una afectividad posesiva, lo dilatan hasta el mismo Corazón de Dios; por eso son amistades espirituales llenas de la fecundidad del Espíritu. Como podemos, igualmente, verificar en otros ejemplos similares de historias de santos y santas, son amistades que nacen en Dios, en Él crecen y maduran, por Él viven y se desviven, y en el servicio de su Reino fructifican.

Cuando, como en nuestro caso, lo que se busca con estas amistades espirituales es hacer sólo y siempre la voluntad de Dios, resulta que no únicamente Francisco ha sido mediación del querer divino para que Clara descubriese su vocación, sino también a la inversa. Francisco varias veces se hará la gran pregunta de su vida, sobre qué deseaba el Señor de él. Así, al comienzo de su andadura evangélica:

"Señor, ¿qué quieres que haga?"¹³.

Pero también a lo largo de su caminar esta pregunta saldrá en varias ocasiones. En la primera de ellas no estaba Clara, ciertamente, para poder orar y discernir con él, pero sí que lo estará en otras. Hay una en la cual se le plantea a Francisco de un modo fortísimo la duda de si dedicarse a la vida contemplativa exclusivamente o si, por el contrario, el Señor le llamaba a la vida apostólica. Con el delicioso lenguaje de las Florecillas –entre otras fuentes antiguas franciscanas–, Francisco volverá a hacerse una pregunta que manifiesta toda la hondura y la altura creyente del *Poverello*:

“¿qué quiere de mí mi Señor Jesucristo?”¹⁴.

Pero en esta ocasión no se la hará sólo a sí mismo, sino que alargará la pregunta sobre su posible vocación apostólica a hermanos llamados a una vocación estrictamente contemplativa: al hermano Silvestre, a Clara y a las demás hermanas del monasterio de San Damián. Será el hermano Maseo quien llevará a uno y a otros la cuestión planteada por Francisco, y será también él quien traerá el mensaje de respuesta:

“Tanto al hermano Silvestre, como a sor Clara y a sus hermanas ha respondido y revelado Cristo que su voluntad es que vayas por el mundo predicando, ya que no te ha elegido para ti solo, sino también para la salvación de los demás”¹⁵.

Estas dos anotaciones, de la infancia una, de la mocedad otra, nos han permitido situar a nuestra santa en los preámbulos de su vocación cristiana consagrada, en la antesala que ha enmarcado el origen de su historia de santidad: el ambiente

¹² *Testamento de Santa Clara*, 38.

¹³ SAN BUENAVENTURA, *Legenda Maior*, 3.

¹⁴ *Florecillas*, 16.

¹⁵ *Florecillas*, 16. Cf. *Legenda Perusa*, 118; SAN BUENAVENTURA, *Legenda Maior*, 12, 1-3.

familiar con la influencia materna, y la amistad espiritual con San Francisco. Como dice Tomás de Celano hablando de estos primeros años de la santa:

“Por el fruto se conoce el árbol, y por el árbol se recomienda el fruto. Tanta savia de dones divinos gestaba ya la raíz, que es natural que la ramita floreciera en abundancia de santidad”¹⁶.

Si estos fueron los medios que Dios escogió y ofreció a esta mujer para hacerla ver su camino de salvación, hemos de preguntarnos ahora cómo fue el desarrollo de tal proyecto divino sobre ella, es decir, cuál ha sido esta santidad que de un tal germen ha florecido en el campo de la Iglesia. Sería ahora muy prolijo entrar en el desarrollo puntual de cuanto ha sido la respuesta de Clara a la invitación de seguir a Jesucristo y conformarse con Él. No obstante, anotemos unos rasgos que nos ayuden a dibujar el perfil evangélico y carismático de esta mujer santa.

2. LA DIVINA AVENTURA DE CLARA

Hay un punto de partida en su camino consagrado, marcado por el paso que la hará esposa de Jesucristo, consagrada a Él para siempre. Se nos presenta como un verdadero éxodo de su casa paterna¹⁷, hacia la otra tierra que el Señor le habría de mostrar. Con todo el encanto agrídulce de la fuga del hogar familiar – que así tuvo que hacer Clara– en la noche del Domingo de Ramos de 1212 y, junto a una discreta compañía que no especifican las fuentes, dio comienzo el misterio de una divina aventura que no terminará jamás. La iglesita de la Porciúncula, situada en el valle a los pies de la ciudad de Asís, lugar donde Francisco descubriera también su vocación evangélica¹⁸, será el marco donde Clara se desposará con Jesucristo. El biógrafo anota cómo ese lugar dedicado a Santa María de los Ángeles, será el seno materno donde serán alumbradas las vocaciones de Clara y Francisco y sus respectivas Órdenes:

“Abandonados el hogar, la ciudad y los familiares, corrió a Santa María de Porciúncula, donde los frailes, que ante el pequeño altar velaban la sagrada vigilia, recibieron con antorchas a la virgen Clara... Este es el mismo lugar, en el que la milicia de los pobres, bajo la guía de Francisco, daba sus felices primeros pasos; de este modo quedaba bien de manifiesto que era la madre de la misericordia la que en su morada daba a luz ambas órdenes. En cuanto hubo recibido, al pie del altar de la bienaventurada Virgen María, la enseña de la santa penitencia, y cual si ante el lecho nupcial de esta Virgen la humilde sierva se hubiera desposado con Cristo, inmediatamente San Francisco la trasladó a la iglesia de San Pablo, para que en aquel lugar permaneciera hasta tanto que el Altísimo dispusiera otra cosa”¹⁹.

En Clara se realiza sobradamente esa disposición propia de los grandes creyentes que se han dejado fascinar, seducir y conducir por Dios, sabiendo, pues, lo que deja atrás, pero desconociendo en gran medida lo que queda por

¹⁶ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 2.

¹⁷ Cf. Gn 12, 1.

¹⁸ Cf. T. DE CELANO, *Vita prima*, 22.

¹⁹ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 8.

delante, se fía del Señor y de su hermano Francisco y se lanza a recorrer un camino sólo descrito en las manos de Dios, y que Él irá poco a poco desvelando.

Efectivamente, Clara estaba abierta a cuanto Dios fuera indicando. No había nada prefijado, sino sólo el buscar y realizar apasionadamente su voluntad divina. Y no fue fácil encontrar su lugar en la Iglesia: primero, entre las benedictinas de San Paolo delle Abadesse, cerca de Asís; luego, entre las *mulieres reclusae* de Sant'Angelo di Panzo, en la falda del monte Subasio; y finalmente, en San Damián, la iglesia que Francisco reparase y en la que profetizó sobre las hermanas muchísimo antes de que vinieran a esta forma de vida, como la misma Clara recordará en su Testamento:

“Cuando el santo no tenía aún hermanos ni compañeros, casi inmediatamente después de su conversión, y mientras edificaba la iglesita de San Damián... inundado de gran gozo e iluminado por el Espíritu Santo, profetizó acerca de nosotras lo que luego cumplió el Señor. Puesto que, encaramándose sobre el muro de dicha iglesia, decía en francés y en alta voz a algunos pobres que vivían en las proximidades: 'venid y ayudadme en la obra del monasterio de San Damián, pues con el tiempo morarán en él unas señoras, con cuya famosa y santa vida religiosa será glorificado nuestro Padre celestial en toda su santa Iglesia'²⁰.

En este texto de la santa está bien expresado todo el proceso de su búsqueda vocacional y de la respuesta que Dios le dio puntualmente: Francisco como portavoz profético del hablar de Dios; el monasterio de San Damián como espacio de un camino de santidad apenas estrenado; una vida religiosa santa y notoria como beneficio a quienes quieren ver y escuchar su testimonio; y finalmente, la gloria de Dios en la Iglesia toda, como objetivo último de la santidad de Clara y sus hermanas.

El discernimiento sobre su lugar en la Iglesia se hará con serenidad paciente, con afecto indudable y con una adhesión inequívoca y fiel. Ni ella ni Francisco eran ignorantes de cómo tantos contemporáneos suyos, con similares ideales y semejantes deseos de renovación, acabaron tristemente engrosando los movimientos heréticos por su impaciencia, su desafecto y distanciamiento respecto de la única Iglesia, que siempre será santa y pecadora.

En esta única Iglesia, Clara buscará su sitio, el que el Espíritu le había asignado. Aunque no coincidía con ninguno de los caminos ya existentes (ni dentro ni fuera del monacato), no dejó de buscar el qué y el dónde de la voluntad de Dios sobre ella. Y será San Damián el lugar de su camino evangélico, que ella no escogerá contra nada ni contra nadie, sino que lo abrazará agradecidamente, reconociendo que allí el Señor cumplía lo que en Francisco Él mismo profetizó²¹.

Sabemos que Dios no se repite nunca, y cuando llama a sus hijos para que participen en su obra creadora, con la vocación les entrega también la misión. Ningún carisma es inútil ni superfluo, y cada uno a su manera contribuye a enriquecer la Iglesia, Cuerpo de Cristo²². Ningún carisma y ninguna institución, por excelentes que sean, pueden pretender agotar en sí mismos la riqueza

²⁰ Testamento de Santa Clara 9-14.

²¹ Cf. Testamento de Santa Clara 11.

²² Cf. 1Cor 12, 1-30.

insondable de la sabiduría de Dios²³. Por esta razón afirmaba solemnemente el Concilio Vaticano II que los diferentes carismas de la vida religiosa son un rasgo del rostro del Señor, que cuando se viven de un modo armonioso y complementario, se ofrece al mundo la manifestación del único Cristo: “Los religiosos cuiden con atenta solicitud de que por su medio la Iglesia muestre mucho mejor cada día ante fieles e infieles, a Cristo, ya entregado a la contemplación en el monte, ya anunciando el reino de Dios a las multitudes, o curando a los enfermos y pacientes y convirtiendo a los pecadores al buen camino, o bendiciendo a los niños y haciendo el bien a todos, siempre, sin embargo, obediente a la voluntad del Padre que le envió”²⁴.

Tampoco Santa Clara pretendió asumir en sí misma toda esta manifestación carismática del único Jesucristo, que estaba reservada a la Iglesia en su entera unidad. Ella, como parte del Pueblo de Dios, aportó su nota personal para que fuese la Iglesia la que la mostrase al Señor a todos los hombres. ¿Cuál es esa nota personal de Clara? ¿Cuál ha sido su aportación carismática? Responder a esta pregunta es explicitar cuál es el don de Santa Clara para la Iglesia.

Porque es muy importante situar en su justo término lo que, en definitiva, recordamos y conmemoramos en Clara de Asís, vamos a concretar en tres puntos la gracia de su vida evangélica: la vida contemplativa, su pobreza y minoridad, la relación fraterna.

Lógicamente, no estaba fundada una Orden religiosa que reuniera tales características, y no fue simple ni rápido engendrar la nueva familia religiosa, pero Clara acertó a caminar en obediencia a Dios, a la Iglesia y a su propia conciencia, dando así lugar a que emergiera poco a poco lo que el Señor quería de ella y de sus hermanas. Y esto no sólo para ellas mismas, sino para todo el Pueblo de Dios, en el que sin duda reverberaría el nuevo carisma fundacional. Presentemos, pues, en tres trazos esenciales cuanto Dios nos dio en Santa Clara, para hacer una justa memoria de su vida.

a) Contemplativa de un Dios Esposo

Lo primero que destaca en la vida y el carisma de Clara es su apasionada búsqueda de Dios, su entrega al Señor sumamente amado, la llamada fuerte a escoger la mejor parte y lo único necesario²⁵, permaneciendo en la escucha constante de su Palabra y en la adoración continua de su presencia.

Ella ha vivido esa contemplación que tan hermosamente definió Pablo VI en un célebre discurso: “el esfuerzo por fijar en Dios la mirada y el corazón”²⁶. Esfuerzo que, obviamente, es también regalo del Señor, porque “es radicalmente una realidad de gracia, vivida por el creyente como un don de Dios, que le hace capaz de conocer al Padre en el misterio de la comunión trinitaria, y de poder gustar las profundidades de Dios”²⁷.

²³ Cf. Rm 11, 33.

²⁴ LG 46a.

²⁵ Cf. Lc 10, 42.

²⁶ PABLO VI, *Discurso*, 7 diciembre 1967.

²⁷ SAGRADA CONGREGACIÓN DE RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *Dimensión contemplativa de la vida religiosa*, 1.

La contemplación clariana pretende llegar a lo que todo verdadero amor desea: a la transformación, a la unión íntima y total, como todos los místicos han cantado. Así, Clara explica en una carta a Santa Inés de Praga el proceso contemplativo de su experiencia personal:

“Fija tu mente en el espejo de la eternidad, fija tu alma en el esplendor de la gloria, fija tu corazón en la figura de la divina substancia, y transfórmate toda entera, por la contemplación, en imagen de su divinidad”²⁸.

En este texto admirable y denso, Clara pone la contemplación como un camino que conduce a esa transformación total de toda la persona, hasta llegar a ser un icono, una imagen del mismo Dios. Este proceso contemplativo y transformante recuerda una importante tríada, con la que la espiritualidad bíblica señala la relación amorosa del creyente con Dios:

“Escucha, Israel, Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh, amarás a Yahveh tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza”²⁹.

Es la seducción de un Dios que lleva al reposo contemplativo para hablar palabras al corazón con fidelidad de Esposo³⁰. Por esta razón toda la persona de Clara (mente-corazón-alma) ha quedado en Dios y para Dios. Esta es la razón de la clausura clariana –y de toda la auténtica clausura monástica–: no una ausencia vacía, sino una presencia sobreabundante y abrazadora. La clausura de Clara sólo puede explicarse desde la experiencia que motivó en ella el escogerla libremente, como dice el 2º proemio de su propia Regla³¹: la experiencia sponsal de quien tan intensamente se sentía llamada a la escucha de la voz de Dios y a la adoración de su presencia, hará que se reserve sólo para Él como “huerto cerrado y fuente sellada”³², sin que esto suponga desdén hacia nada ni desprecio de nadie³³. Es la vocación especial y personal de Cristo que llama a algunos: “venid, también vosotros aparte a un lugar solitario”³⁴. Para facilitar este encuentro profundo con Dios Esposo, en escucha y adoración, para esto escogió Clara la clausura, para entrar en el misterio de la “bodega escondida”³⁵, como escribía a Santa Inés de Praga:

“Suspirando por un vehemente deseo del corazón y por amor, proclama: ¡Atráeme! ¡Correremos a tu zaga al olor de tus perfumes, oh Esposo celestial! Correré y no desfalleceré, hasta que me introduzcas en la bodega, hasta que tu izquierda esté bajo mi cabeza y tu derecha me abrace deliciosamente, y me beses con el ósculo felicísimo de tu boca”³⁶.

La experiencia contemplativa de Clara, verdadero corazón de su carisma en la Iglesia y en la familia franciscana, la sitúa entre las mujeres que se han destacado por su hondura mística, aunque ella no nos haya dejado tratados ni

²⁸ 3ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga, 12-13.

²⁹ Dt 6, 4-5.

³⁰ Cf. Os 2, 16.

³¹ Cf. Regla de Santa Clara, prólogo, 13.

³² Ct 4, 12.

³³ Cf. Instrucción *Venite seorsum*, 3.

³⁴ Mt 6, 31.

³⁵ Cf. Ct 2, 4.

³⁶ 4ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga, 27-32.

demasiados escritos, en los que haya expuesto abundantemente su camino. De todas formas, vale la pena descubrir la hondura y la belleza de sus cuatro cartas a Inés de Praga, donde sobresale la estela de su camino contemplativo y sponsal en la línea de los mejores autores místicos.

Así lo ha dicho el Santo Padre recientemente a propósito de los escritos de Clara, éstos “están marcados de tal forma por el amor suscitado en ella por la mirada ardiente y prolongada sobre Cristo Señor, que no resulta fácil repetir lo que solamente un corazón de mujer ha podido experimentar”³⁷.

b) Seguidora de Jesucristo, pobre y crucificado

Santa Clara no se queda en la contemplación estética de un Dios irreal. Ella aprendió de Francisco a contemplar a Dios con la seriedad y el realismo, con que Él se reveló y encarnó:

“por amor de aquel Señor que fue pobre recostado en el pesebre, pobre vivió en el mundo y desnudo permaneció en el patíbulo”³⁸.

La contemplación sponsal de Clara no se queda en un pietismo pasivo y patético de Dios, sino que la lleva a querer identificarse hasta el abrazo unitivo con su Señor, en la pobreza y *kénosis*, que en Él ha descubierto; en una de las cartas a Inés de Praga, desarrolla una especie de “itinerarium mentis in Deum”, en el que Clara describe este proceso de identificación con Cristo pobre: observa, considera, contempla, abrázate a Él:

“Abraza como virgen pobre a Cristo pobre. Míralo hecho despreciable por ti, y síguelo, hecha tú despreciable por Él en este mundo. Oh reina nobilísima, observa, considera, contempla, con anhelo de imitarle a tu Esposo, el más bello entre los hijos de los hombres, hecho por tu salvación el más vil de los varones: despreciado, golpeado, y azotado de mil formas en todo su cuerpo, muriendo en las atroces angustias de la cruz”³⁹.

Sin embargo, la contemplación clariana del anonadamiento de Jesucristo no es una contemplación triste o pesimista, como si se aficionara sólo al rostro doliente de Dios. Clara, más bien, ha entrado en esa paradoja del cristianismo que afirma que para tener hay que perder, para vivir hay que morir⁴⁰, lo cual sólo lo entiende quien alguna vez lo ha vivido. Y como sucede en la vida cristiana, cuando se identifica una persona así con la pobreza y la muerte del Señor, no es que se quede en la desnudez más atroz y en la tristeza más desamparada, sino que entra en la gloria, en la pascua, en la verdadera alegría:

“Porque, si sufres con Él, reinarás con Él; si con Él lloras, con Él gozarás; si mueres con Él en la cruz de la tribulación, poseerás las moradas eternas en el esplendor

³⁷ JUAN PABLO II, *Carta a las religiosas clarisas en el VIII Centenario del nacimiento de su Fundadora, Santa Clara de Asís*, nº 1.

³⁸ *Testamento de Santa Clara*, 45.

³⁹ *2ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga*, 19-21.

⁴⁰ Cf. Mt 16, 24-26.

de los santos, y tu nombre, inscrito en el libro de la vida, será glorioso entre los hombres”⁴¹.

Una alegría honda que bebe de la promesa que hizo Jesús a sus seguidores: nada ni nadie nos la podrá quitar⁴². Alegría y pobreza, binomio comprensible sólo por quienes, como Clara, han puesto en Dios su suficiencia y su esperanza. La verdadera alegría que llena el corazón de optimismo franciscano, sin ninguna dureza ni resentimiento, hasta el punto de poder terminar la existencia terrena como Clara y Francisco, cantando al Dios de una creación bella y bondadosa. Clara, agradeciendo a Dios el don de su misma vida, en aquel impresionante soliloquio último con su alma:

“Ve segura –le dice–, porque llevas buena escolta para el viaje. Ve –añade–, porque aquel que te creó, te santificó; y guardándote siempre, como la madre al hijo, te ha amado con amor tierno. Tú, Señor –prosigue–, seas bendito porque me creaste”⁴³.

Tanto es así en Santa Clara que, cuando sus hijas caminan por los caminos en los que anduvo el Señor pobre y crucificado, se llena de alegría e incluso se siente apoyada –“suplida” dice ella– por la fidelidad de las hermanas:

“Respiro con tanta alegría en el Señor al saber y creer que, con la imitación de los vestigios de Jesucristo pobre y humilde, suples tú maravillosamente mis deficiencias y las de mis hermanas”⁴⁴.

En el siglo de Clara, la pobreza se había convertido en toque de reformas y en enseña de revoluciones, hasta el punto de dar nombre a todo un movimiento sociocultural y religioso: el movimiento pauperístico. Aunque es verdad que tanto Clara como Francisco son, en este sentido, hijos de su época, y por lo tanto convergen en esta sensibilidad hacia la pobreza, sus motivaciones no nacen y menos aun se agotan en tal corriente.

Es algo que con frecuencia ha sucedido en la historia de la Iglesia –sin excluir la que nosotros estamos protagonizando–: los cristianos podemos coincidir en los así dichos “valores” que identifican y marcan la sensibilidad sociocultural de una época. No obstante, nuestra razón de ser, de estar y de sentir, no proviene de lo que indica una moda o de lo que señalan unas estadísticas, sino más bien provienen de la adhesión total e inequívoca a Jesucristo, *Redentor del hombre*, en comunión con su Iglesia, experta en humanidad.

En la época de Clara y Francisco, no pocos grupos enclavados en el movimiento pauperista, hicieron de la pobreza un fin, y surgió un pauperismo duro, intolerante, juzgador y violento, que dio como resultado no sólo la ruptura con la Iglesia, sino la desatención a los pobres, los pobres de siempre. Por eso Clara y Francisco tienen sólo una razón para amar la pobreza: el haberla visto amada por Jesús y por su Madre bendita. Será el seguimiento y la imitación (los dos grandes temas de la renovación auténtica en la historia de la vida religiosa) de Cristo y de María, los que muevan a nuestros dos santos a hacerse pobres ellos

⁴¹ 2ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga, 21-22.

⁴² Cf. Jn 16, 22.

⁴³ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 46.

⁴⁴ 3ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga, 4.

también. Así ensalzaba Clara la pobreza en su primera carta a Inés de Praga, que llega a decir que la pobreza de este modo elegida hacía a quien la abrazaba, hermana, esposa y madre, tanto de Cristo como de su Madre:

“¡Oh pobreza bienaventurada, que da riquezas eternas a quienes la aman y abrazan! ¡Oh pobreza santa, por la cual, a quienes la poseen y desean, Dios les promete el reino de los cielos, y sin duda alguna les ofrece la gloria eterna y la vida bienaventurada! ¡Oh piadosa pobreza, a la que se dignó abrazar con predilección el Señor Jesucristo! Pues si un Señor tan grande y de tal calidad, encarnándose en el seno de la Virgen, quiso aparecer en este mundo como un hombre despreciado, necesitado y pobre, para que los hombres, pobrísimos e indigentes, con gran necesidad del alimento celeste, se hicieran en Él ricos por la posesión del reino de los cielos, alegraos vos y saltad de júbilo, colmada de alegría espiritual y de inmenso gozo, pues vos, al preferir el desprecio del siglo a los honores, la pobreza a las riquezas temporales, y guardar cuidadosamente los tesoros en el cielo y no en la tierra, allí dónde ni la herrumbre los corroe, ni los come la polilla, ni los ladrones los descubren y roban, os habéis asegurado una recompensa copiosísima en los cielos, y habéis merecido dignamente ser hermana, esposa y madre del Hijo del Altísimo Padre y de la Virgen gloriosa”⁴⁵.

La firmeza con que Clara quiere colocarse y permanecer en ese espacio de pobreza propio de los pequeños y menores, la llevará a pedir a la Sede Apostólica un insólito privilegio –el primero que se ha pedido en esos términos, y acaso el último también–: el privilegio de no tener nada, el privilegio de que nada ni nadie pueda separarla ni a ella ni a sus hermanas del abrazo con Cristo pobre. Se trata del célebre *Privilegium paupertatis*, que obtendrá de Inocencio III en 1216, y que hará renovar por Gregorio IX en 1228⁴⁶.

Cuando Clara está ante algo que sabe que Dios lo pide, no cederá delante de nadie, y no por fijación terca, sino por fidelidad a Dios, a quien hay que obedecer antes que a los hombres, cuando entre ambos se da un eventual conflicto⁴⁷. Por eso es hermoso el relato de la Leyenda de Santa Clara, cuando narra el célebre encuentro con el Papa Gregorio IX, y cómo ella, con un sumo respeto hacia la persona del Santo Padre, afirma su resolución de seguir pobre a Cristo pobre:

“El señor papa Gregorio, de feliz recuerdo, hombre tan digno de veneración por sus méritos personales como dignísimo por la Sede Apostólica que ocupaba, amaba muy particularmente, con paternal afecto, a nuestra santa. Mas, al intentar convencerla a que se aviniese a tener algunas posesiones, que él mismo le ofrecía con liberalidad en previsión de eventuales circunstancias y de los peligros de los tiempos, Clara se le resistió con ánimo esforzadísimo y de ningún modo accedió. Y cuando el Pontífice le responde: ‘Si temes por el voto, Nos te desligamos del voto’, le dice ella: ‘Santísimo Padre, a ningún precio deseo ser dispensada del seguimiento indeclinable de Cristo’”⁴⁸.

⁴⁵ 1ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga, 15-24.

⁴⁶ Cf. el texto completo del *Privilegium paupertatis* en I. Omaechevarría, *Escritos de Santa Clara y documentos complementarios*, BAC 314, Madrid 1993, p. 234-237.

⁴⁷ Cf. Hch 4, 19-20.

⁴⁸ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 14.

La pobreza de Clara será, pues, una pobreza cristiana, evangélica, que no pretende dar lecciones a nadie, ni acusar a ninguno, ni caer en la denuncia fácil de la Iglesia (actitudes tan frecuentes en otros modelos pauperísticos de su época). Ella entendió de Francisco que la pobreza cristiana era seguimiento e imitación de Cristo pobre, y en ese espacio permaneció hasta el final, por fidelidad a Dios y a Francisco:

“Yo, el hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro altísimo Señor Jesucristo y de su santísima Madre y perseverar en ella hasta el fin; y os ruego, mis señoras, y os aconsejo que viváis siempre en esta santísima vida y pobreza. Y estad muy alerta para que ninguna manera os apartéis jamás de ella por la enseñanza o consejo de quien sea”⁴⁹.

c) Madre y hermana de multitud

Ni la contemplación claustral, ni la pobreza minorítica hicieron de Clara una mujer aislada y extraña a los gozos y fatigas de los demás, del mundo, de la Iglesia. Así lo dice con gran belleza literaria el Papa Alejandro VI en la bula de canonización:

“Esta luz permanecía cerrada en lo secreto de la clausura, pero lanzaba al exterior rayos que rebrillaban; se recluía en el estrecho cenobio, pero destellaba en el ámbito del mundo; se contenía dentro, pero saltaba fuera, porque Clara moraba oculta, pero su conducta resultaba notoria; vivía Clara en el silencio, pero su fama era un clamor; se recataba en su celda, pero su nombre y su vida eran públicos en las ciudades”⁵⁰.

Su opción contemplativa en clausura no significará huida ni inhibición de su mundo o de su Iglesia. Jamás un contemplativo que verdaderamente quiera saciarse del rostro de Dios al despertar⁵¹, podrá ignorar a los hermanos en todo el espesor de su existencia. Parafraseando a San Juan, quien dice que quien contempla a Dios y su luz, pero no abre sus ojos al hermano, es un mentiroso y permanece en la oscuridad⁵².

Por el contrario, “Clara y las hermanas tenían un corazón grande como el mundo: como contemplativas intercedían por toda la humanidad. Como almas sensibles ante los problemas cotidianos de cada uno, sabían hacerse cargo de todas las penas; no existía preocupación ajena, sufrimiento, angustia, desesperación que no encontrase eco en su corazón de mujeres orantes”⁵³.

La Leyenda de Clara presenta diversos testimonios de cómo el monasterio de San Damián era no sólo el espacio contemplativo de las hermanas, sino también el lugar donde la luz y el calor divinos que ellas recababan en su oración, se traducían en verdaderos milagros en donde la gente que allí acudía, salía fortalecida en su fe, atendida en sus muchas necesidades y confortada en sus

⁴⁹ S. FRANCISCO DE ASÍS, *Última voluntad a Santa Clara*, 1-3.

⁵⁰ *Bula de canonización*, 3.

⁵¹ Cf. Sal 16, 15.

⁵² Cf. 1Jn 2, 11; 3, 14; 4, 11.

⁵³ JUAN PABLO II, *Carta a las religiosas clarisas en el VIII Centenario del nacimiento de su fundadora, Santa Clara de Asís*, n. 6.

oscuridades y pesares. Y esto no sólo durante la vida de Clara, sino también después de su tránsito al cielo⁵⁴.

Merece especial atención su intercesión en favor de la ciudad de Asís, amenazada por las tropas de Vitale de Aversa:

“En oyendo esto Clara, la sierva de Cristo, suspira vehementemente y, convocando a las hermanas les dice: ‘hijas carísimas, recibimos a diario muchos bienes de esta ciudad; sería gran ingratitud si, en el momento en que lo necesita, no la socorremos en la medida de nuestras fuerzas’. Manda que le traigan ceniza, ordena a las hermanas destocarse las cabezas. Y, en primer lugar, sobre su cabeza descubierta derrama mucha ceniza, después la esparce también sobre las cabezas de las otras. ‘Acudid –añade– a nuestro Señor y suplicadle con todas veras la liberación de la ciudad’. ¿Para qué narrar más detalles? ¿Para qué recordar las lágrimas de las vírgenes, sus ansiosas plegarias? Dispuso el Dios misericordioso, que con la tentación da el poder de resistirla con éxito, que a la mañana siguiente se desbandara todo el ejército; que su soberbio jefe, en contra de sus propósitos, abandonara el sitio; y que nunca más pudiera hostigar aquella comarca”⁵⁵.

La caridad fraterna de Clara, correspondiente con su calidad contemplativa, no sólo se refiere a la gente que podía llegar a San Damián demandando algún tipo de ayuda, o a su ciudad en peligro de asedio. Esta caridad es testimoniada, en primer lugar, en lo cotidiano de cada día con las hermanas concretas que el Señor le dio. Aprendió bien de Francisco lo que significa el amor fraterno que se hace nutrición en la caridad:

“Y esponga confiadamente la una a la otra su necesidad, porque si la madre ama y nutre a su hija carnal, ¡cuánto más amorosamente deberá una querer y nutrir a su hermana espiritual!”⁵⁶.

Una madre que no sólo engendra a sus hijas en el camino de seguimiento del Señor, sino que las nutre para que crezcan en Él. Es lo que expresa en una oración que Clara hace al Señor en la sagrada Eucaristía –la imagen que más célebre se ha hecho en la iconografía clariana–, intercediendo por sus hijas ante el ataque y la invasión de los soldados sarracenos, que habían enviado contra las ciudades del valle de Espoleto. Cuando la tropa llegó a San Damián, Clara intervendrá:

“Cayeron sobre San Damián y entraron en él, hasta el claustro mismo de las vírgenes. Se derriten de terror los corazones de las damas pobres, balbucean presas de espanto y acuden a su madre entre lágrimas. Ésta, impávido el corazón manda, pese a estar enferma, que la conduzcan a la puerta y la coloquen frente a los enemigos, llevando ante sí la cápsula de plata, encerrada en una caja de marfil, donde se guarda con suma devoción el Cuerpo del Santo de los Santos. Y prosternándose de bruces, en oración ante el Señor, le dice a su Cristo entre lágrimas: ‘¿Te place, mi Señor, entregar inermes en manos de paganos a tus siervas, a las que he criado en tu amor? Guarda, Señor, te lo ruego, a estas tus

⁵⁴ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 27; 32-33; 49-61.

⁵⁵ *Ibid.*, 23.

⁵⁶ *Regla de Santa Clara*, 8, 15-16; SAN FRANCISCO, *Regula Bullata*, 6, 8.

siervas, a las que no puedo defender en este trance'. Enseguida, desde este propiciatorio de la nueva gracia, una voz como de niño se dejó sentir en sus oídos: 'Yo siempre os defenderé'"⁵⁷.

Se trata de una caridad fraterna hecha de tantos detalles cotidianos de amor hacia las hermanas enfermas, atribuladas y en crisis espiritual. Para todas tiene la palabra justa y el gesto oportuno, como abundantemente nos documentan las fuentes biográficas, como ella misma pedía en su Regla, especialmente a la hermana que debía ejercer el cargo de abadesa⁵⁸. Y, sin embargo, será una caridad honda y serena que no nace de un sentimentalismo fugaz, sino que Clara fundamenta tal amor concreto en la caridad de Cristo: amarse con el amor del mismísimo Cristo, como ella pide a las hermanas en su Testamento:

"Amándoos mutuamente con la caridad de Cristo, mostrad exteriormente por las obras el amor que interiormente os alienta"⁵⁹.

Finalmente, incluyamos en esta caridad que Clara vive con cuantos vienen a ellas y con las hermanas con las cuales convive, la relación importantísima que tiene con la Iglesia, porque podemos hablar de una caridad eclesial. Importantísima, porque refleja el tenor apostólico y eclesial de su vida claustral y escondida, y su delicada fidelidad hacia el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia⁶⁰. Es otro de los puntos en los que Clara –junto a Francisco– se distancia de otras corrientes y movimientos contemporáneos, con los que podía compartir otras muchas inquietudes, pero no sus desviaciones: su afectiva y efectiva adhesión a la Iglesia Romana, al Papa y a su delegado para la incipiente Orden. El modo como ella comienza y concluye su Regla, expresa clarivamente su deseo de querer vivir el santo Evangelio sí, pero dentro de la Iglesia, en comunión inolvidable y sin tacha con ella:

"Clara, sierva indigna de Cristo y plantita del benditísimo padre Francisco, promete obediencia y reverencia al Señor Papa Inocencio y a sus sucesores elegidos canónicamente, y a la Iglesia romana"⁶¹.

"Las hermanas estén firmemente obligadas a tener siempre como protector, gobernador y corrector suyo a aquel cardenal de la santa Iglesia romana que por designación del señor Papa, tiene idéntica función con los hermanos menores; para que, siempre sumisas y sujetas a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica, guardemos la pobreza y humildad de nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre y el santo Evangelio que firmemente prometimos. Amén"⁶².

Tan hondamente sentía Clara su pertenencia y su fidelidad a la Iglesia, tan suya sentía aquella difícil situación, por la que atravesaba la Cristiandad, que escribía a Inés de Praga, haciéndole ver que su vida consagrada en contemplación claustral y pobreza evangélica era un modo de construir la Iglesia:

⁵⁷ *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 21-22

⁵⁸ Cf. *Regla de Santa Clara*, 4,8,10; *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 24, 34-35, 38.

⁵⁹ *Testamento de Santa Clara*, 59.

⁶⁰ Cf. Col 1, 18.

⁶¹ *Regla de Santa Clara*, 1, 3.

⁶² *Regla de Santa Clara*, 12, 12-13.

“Te considera cooperadora el mismo Dios y sostenedora de los miembros vacilantes de su cuerpo inefable”⁶³.

Colaborar con Dios para sostener a los hermanos que vacilan en su fe y en su identidad cristiana⁶⁴, es la extraordinaria actitud de Clara y sus hijas ante los males, los fallos y las debilidades que la Iglesia de su tiempo tenía y sufría. Esta es una de las dimensiones de la vida contemplativa: interceder por los hermanos, ofrecerse por la Iglesia, como decía recientemente el Papa a las clarisas en Asís: “representáis muy bien a todos los lugares, en Europa y en el mundo, donde las almas contemplativas, día tras día, y de modo especial en esta circunstancia elevan su súplica apremiante al Dador de todo bien, a fin de que descienda sobre todos el Espíritu de amor, de perdón, de la concordia y de la paz. El mundo tiene necesidad de vuestras ‘manos piadosas, que se elevan hacia el cielo, sin ira ni discusiones’ (cf. 1Tm 2, 8), para implorar la paz. Representáis a la Iglesia esposa, la *Ecclesia orans*, que en su oración perseverante y unánime en los monasterios de Occidente se une a la ardiente intercesión de los monasterios de Oriente ‘por la paz que desciende de lo alto y por la unidad de todos’”⁶⁵.

En el caso de Santa Clara, esta intercesión por la Iglesia y con la Iglesia se hará también acogida de sus pastores. San Damián se convirtió en un oasis de paz y de oración para pedir la marcha feliz del ministerio episcopal y pontificio, en un momento en el que la hostilidad y el desafecto arreciaban contra la jerarquía eclesial.

Tenemos, precisamente, el precioso testimonio de un hombre de Iglesia que, primero como cardenal y luego como Papa, frecuentará el monasterio de S. Damián, sabiéndose acogido, como si Clara y las hermanas representasen un humilde icono de la maternidad de la Iglesia, a la que él servía con su ministerio:

“A la queridísima hermana en Cristo y madre de su salvación, la señora Clara, servidora de Cristo, Hugolino, obispo de Ostia, indigno y pecador, se encomienda todo cuanto él es y puede ser... Te encomiendo, pues, mi alma y mi espíritu, como Jesús encomendó el suyo al Padre en la cruz, para que en el día del juicio respondas por mí, si no has estado solícita y preocupada por mi salvación. Tengo por seguro que conseguirás del sumo Juez todo lo que pidas con la insistencia de tan gran devoción y abundancia de lágrimas”⁶⁶.

Y tras ser elegido Papa con el nombre de Gregorio IX, no dejará de recurrir a Clara para pedir oración por el ministerio que Dios le había confiado:

“A la dilecta abadesa y a la comunidad de las monjas encerradas en San Damián de Asís...: como en medio de las innumerables amarguras e infinitas angustias que sin cesar nos afligen, vosotras sois nuestro consuelo, rogamos a vuestra comunidad y os exhortamos en el Señor Jesucristo y os mandamos por este escrito apostólico que, como antes os lo dije, andéis y viváis según el espíritu y ya que, como confiamos, sois un solo espíritu con Cristo, os rogamos que en

⁶³ 3ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga, 8.

⁶⁴ Cf. 1Cor 3, 9; Rm 16, 3.

⁶⁵ JUAN PABLO II, *Discursos durante el encuentro con las monjas de clausura en la basílica de Santa Clara, domingo, 10 enero 1993*, n. 1. Cf. las oportunas y sabias reflexiones que al respecto hace la Instrucción *Venite seorsum* sobre la vida contemplativa y clausura de las monjas, n. 3.

⁶⁶ Carta de Hugolino a Clara, 1.3, año 1220.

vuestras oraciones os acordéis siempre de Nos, elevéis vuestras piadosas manos hacia Dios y le supliquéis con insistencia para que Él, sabedor de que en medio de tantos peligros no podemos subsistir a causa de la fragilidad humana, nos robustezca con su virtud y nos conceda cumplir dignamente el ministerio que nos ha confiado”⁶⁷.

CONCLUSIÓN

Santa Clara y nuestra Iglesia de Toledo

Terminamos esta Carta Pastoral diciendo una palabra sobre nuestra Iglesia toledana en relación con Santa Clara. Decíamos al comienzo de estas páginas que celebrar la memoria de Clara, a la que el octavo centenario de su nacimiento os invita, no significa mirar atrás y quedarnos en un pasado nostálgicamente añorado. Hemos de evitar también nosotros el hacer este tipo de recuerdos de nuestros santos que ya reprobaba el mismo San Francisco:

“Es grandemente vergonzoso para nosotros los siervos de Dios que los santos hicieron las obras, y nosotros, con narrarlas queremos recibir gloria y honor”⁶⁸.

Queremos más bien, acoger el don de la vida de Clara, agradecer su fidelidad y alabar al Señor por las maravillas que ha hecho en ella⁶⁹. Al hacerlo desde nuestra comunidad eclesial diocesana, es obligado referirnos al conjunto de nuestra diócesis, y también a los diversos monasterios de Clarisas en particular.

En efecto, desde nuestra diócesis empeñada en tan diversos trabajos de evangelización y catequesis, de pastoral y de caridad, todos los fieles cristianos hemos de mirar agradecidamente a Santa Clara, porque, aun no coincidiendo nuestra vocación particular con la que ella tuvo, sin embargo Dios nos recuerda y nos concede en ella algo que sí nos afecta a todos –sea cual sea nuestro camino y misión dentro de la Iglesia–, por ser una consecuencia de nuestro bautismo: la llamada a la santidad, a la perfección de los hijos de Dios en cualquier estado de vida cristiano, en el que cada uno hayamos sido vocacionados por Él.

Por decirlo con las palabras de la liturgia, al conmemorar a Santa Clara no podemos hacer otra cosa sino celebrar en ella la grandeza de los designios de Dios, recobrar en ella la santidad original que hemos recibido del Señor, y gustar nosotros aquí en la tierra el destino que nos aguarda en el cielo⁷⁰.

Es preciso, pues, aprovechar este año centenario para conocer mejor a Santa Clara, aprendiendo y acogiendo lo que Dios nos quiere enseñar y entregar en ella. Leer sus escritos –pocos y breves, pero muy sabrosos– o una buena biografía, puede despertar en nosotros aspectos cristianos que necesitan en nuestro andar de cada día una sabia revitalización.

⁶⁷ *Carta de Gregorio IX a Clara* (año 1228) 1.3-4.

⁶⁸ S. FRANCISCO DE ASÍS, *Admonición* 6, 3.

⁶⁹ *Testamento de Santa Clara*, 1-3; Lc 1, 49.

⁷⁰ Cf. MISAL ROMANO, *Prefacio de vírgenes y religiosos*, Madrid 1989, p. 492.

La **oración**, como vuelta permanente del corazón y la mente a Dios, en un mundo tan tremendamente secularizado e incluso hostil a la fe cristiana, será un primer beneficio que recibamos al acercarnos a esta santa mujer contemplativa.

La **pobreza evangélica** y la **sencillez**, como un reclamo a lo esencial y una revisión sería de lo superfluo en nuestra vida, será también un regalo que podemos recibir de ella en medio del acoso materialista y consumista de nuestro entorno social.

La **fraternidad cristiana**, como un modo de ser y de estar con todos los hombres –modo que proviene de la confesión de Dios como Padre, como admirablemente hizo Clara–, sin duda que nos hará volver nuestros ojos hacia tantos hermanos víctimas del poder inhumano, de las pretensiones egoístas e injustas, de los rencores y amenazas, de las violencias y agresiones. Y también Clara nos ayudará a amar a la Iglesia con un afecto maduro y una fidelidad sin reserva.

Finalmente, una palabra para las Hermanas Clarisas que aquí en nuestra diócesis continúan y prolongan lo que Dios empezó hace ocho siglos con Santa Clara, allá, en Asís.

Tener en la diócesis un total de siete monasterios de Hermanas Clarisas es una fuente de gracia para nuestra Iglesia toledana. La vida contemplativa claustral, dentro de su silencio y soledad habitadas por Dios, –aunque imperceptible para el ajetreo de la prisa en el que vive nuestra sociedad moderna–, hace las veces de los glaciares en la montaña, que derretida su nieve por el calor del sol, regalan silenciosos el agua que traerá la vida por el valle, fecundando la tierra, lavando la llanura, llevando el rumor de su alegría saltarina hasta los rincones humanos. Y, sin embargo, todo empieza allá arriba en la cumbre, con el humilde derretirse paulatino.

No me cabe duda que este beneficio nos aportan hoy –entre otras– las hijas de Santa Clara, desde su oculta, pero fecundísima conflagración al Señor. Como no ha cesado de repetir el Magisterio de la Iglesia, las monjas contemplativas “mantienen su puesto eminente en el Cuerpo místico de Cristo... Ofrecen, en efecto, a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al Pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad, lo mueven con su ejemplo y lo dilatan con misteriosa fecundidad apostólica. Así son el honor de la Iglesia y hontanar de las gracias celestes”⁷¹.

Por eso, Hermanas Clarisas, el mundo y nuestra diócesis os necesitan. Como os decía a todas las contemplativas el Papa en su visita a España el año 1982, “la Iglesia sabe bien que vuestra vida silenciosa y apartada, en la soledad exterior del claustro, es fermento de renovación y de presencia del Espíritu de Cristo en el mundo...Vuestros monasterios son comunidades de oración en medio de las comunidades cristianas, a las que prestan apoyo, aliento y esperanza. Son lugares sagrados y podrán ser también centros de acogida cristiana para aquellas personas, sobre todo jóvenes, que van buscando con frecuencia una vida sencilla y transparente en contraste con las que les ofrece la sociedad de consumo. El mundo necesita, más de lo que a veces se cree, vuestra presencia y vuestro testimonio. Es necesario por ello mostrar con eficacia los valores auténticos y absolutos del Evangelio a un mundo que exalta frecuentemente los

⁷¹ *Perfectae caritatis*, 7.

valores relativos de la vida. Y que corre el riesgo de perder el sentido de lo divino, ahogado por la excesiva valoración de lo material, de lo transeúnte, de lo que ignora el gozo del espíritu”⁷².

Quiero alentaros a una renovada fidelidad al don recibido en vuestro carisma y vocación como os decía la misma Santa Clara:

“Entre los beneficios que hemos recibido y seguimos recibiendo de nuestro benefactor el Padre de las misericordias, y por los cuales estamos más obligadas a rendir gracias al mismo glorioso Padre de Cristo, se encuentra el de nuestra vocación; y cuanto más perfecta y mayor es ésta, tanto es más lo que a Él le debemos. Por eso dice el Apóstol: conoce tu vocación”⁷³.

En este tiempo, en el que la Iglesia se prepara para celebrar un Sínodo de los Obispos sobre la naturaleza y la misión de la vida consagrada, que sea éste el principal y más fecundo fruto del Centenario de vuestra madre Fundadora: un mayor conocimiento y una mayor fidelidad a vuestra vocación y misión en la Iglesia. Fidelidad a vuestro carisma tal como Santa Clara lo expresó, tal como vuestra genuina tradición lo ha ido transmitiendo, y tal como la Iglesia lo ha vuelto a confirmar con la aprobación de vuestras recientes Constituciones Generales de 1988⁷⁴.

Santa Clara era especialmente sensible al tema de la vigilancia espiritual, en fidelidad a lo que se ha prometido al Señor. Porque, efectivamente, se trata de abrazar vuestro carisma con ilusión creciente, pero sin extrañas interpretaciones, tanto teóricas como prácticas del mismo, como ya advirtió Santa Clara con su acostumbrada lucidez y firmeza, cuando de la fidelidad vocacional se trataba:

“Con andar apresurado, con paso ligero, sin que tropiecen tus pies ni aun se te pegue el polvo del camino, recorre la senda de la felicidad, segura, gozosa y expedita, y con cautela: de nadie te fíes, ni asientas a ninguno que quiera apartarte de este propósito, o que te ponga obstáculos para que no cumplas tus votos al Altísimo con la perfección a la que el Espíritu del Señor te ha llamado... Y si alguien te dijere o sugiere algo que estorbe tu perfección, o que parezca contrario a tu vocación divina, aunque estés en el deber de respetarle, no sigas su consejo, sino abraza como virgen pobre a Cristo pobre”⁷⁵.

Vosotras, queridas Hermanas Clarisas, sois las que nos acercáis en la diócesis el don de Santa Clara, la luminosidad de su carisma. No dejéis de ahondar en la espiritualidad a la que habéis sido llamadas por el Señor, con una especial atención a la teología espiritual y litúrgica y desde una formación permanente que sea adecuada a vuestra formación de vida contemplativa y claustral⁷⁶.

⁷² JUAN PABLO II, *Encuentro con las religiosas de clausura en el monasterio de la Encarnación de Ávila*, 1 de noviembre 1982, 3-4.

⁷³ *Testamento de Santa Clara*, 2-4.

⁷⁴ Siempre serán iluminadoras a este respecto las pautas sobre la adecuada renovación de la vida religiosa que indica el decreto *Perfectae caritatis* 2.

⁷⁵ *2ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga*, 12-14.17-18.

⁷⁶ Cf. Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, *Orientaciones para la formación en los Institutos Religiosos*, n. 73-85.

Deseo que vuestros monasterios sean auténticas casas de oración, en donde una cuidada liturgia eduque y estimule a los demás fieles a celebrar los misterios del Señor. E igualmente, sea notoria entre vosotras la especial devoción a la Santísima Eucaristía, de tanta raigambre en vuestra tradición espiritual, comenzando por la misma Santa Clara⁷⁷, con una adoración del Señor que os acabe transformando en Aquel a quien contempláis⁷⁸, y facilitando así también que los fieles puedan orar en vuestras iglesias ante su presencia eucarística. Como os ha recordado el Santo Padre: “la vida entera de Clara era una Eucaristía porque –al igual que Francisco– ella elevaba desde su clausura una continua ‘acción de gracias’ a Dios con la oración, la alabanza, la súplica, la intercesión, el llanto y el sacrificio. Todo era por ella aceptado y ofrecido al Padre en unión con el ‘gracias’ infinito del Hijo unigénito, niño, crucificado, resucitado, vivo a la derecha del Padre”⁷⁹.

Allá donde estáis en cada uno de vuestros monasterios, sed espejo y ejemplo para los que viven en el mundo, pues el mismo Señor –dice vuestra fundadora– os ha puesto como modelo de caridad y de alegría cristianas, para las hermanas que estáis en ellos y para las que os vengán, así como para cuantos a vosotras se os acerquen⁸⁰. Sintiéndoos fieles hijas del Pueblo Santo de Dios, interceded por toda la Iglesia, diocesana y universal, por todos los miembros del Cuerpo inefable de Cristo que atraviesan cualquier tipo de dificultad, como imploraba Clara⁸¹.

Al tiempo que elevo mi plegaria al Señor por cada una de vosotras y por vuestras comunidades, pidiéndole que os bendiga abundantemente con nuevas vocaciones a vuestra forma de vida evangélica, invoco la materna intercesión de Nuestra Señora, en la advocación de Santa María de los Ángeles –en cuya iglesia vuestra Madre Santa Clara se consagró para siempre al Señor–. El Papa os ha recordado cómo con vuestra oración incesante, en la que se revela un aspecto peculiar del perfil *mariano* de la Iglesia, sois en ésta un “icono” particular del misterio de María⁸². Que esta Madre dulcísima, que engendró un tal Hijo que los cielos no podían contener, y que lo llevó en el pequeño claustro de su santo seno⁸³, os ayude también a todas vosotras a “vivir escondidas con Cristo en Dios”⁸⁴, en la escucha de su Palabra⁸⁵, dando frutos de caridad e irradiando la luz para que el Padre sea glorificado⁸⁶, y “amando totalmente a Quien totalmente se entregó por vuestro amor”⁸⁷. Desde el interior de vuestros claustros, no desde fuera, tienen que brotar para el mundo la paz y la alegría que necesita el corazón cansado de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

⁷⁷ Cf. *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, 21-22; 28.

⁷⁸ Cf. *3ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga*, 13.

⁷⁹ JUAN PABLO II, *Carta a las religiosas clarisas en el VIII Centenario del nacimiento de su Fundadora, Santa Clara de Asís*, n. 7.

⁸⁰ Cf. *Testamento de Santa Clara*, 19-23.

⁸¹ Cf. *3ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga*, 8.

⁸² JUAN PABLO II, *Discursos durante el encuentro con las monjas de clausura en la basílica de Santa Clara, domingo 10 enero 1993*, n. 4.

⁸³ Cf. *3ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga*, 19.

⁸⁴ Col 3, 3.

⁸⁵ Cf. Lc 2, 51; 8, 21.

⁸⁶ Cf. Mt 5, 16.

⁸⁷ *3ª Carta de Santa Clara a Santa Inés de Praga*, 15.

Con mi afectiva bendición.

Toledo, 8 de diciembre de 1993. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen.

LA IGLESIA DIOCESANA ES IGLESIA MISIONERA

Carta pastoral, del 23 de enero de 1994, con motivo del inicio de la Misión Diocesana de la Archidiócesis de Toledo, publicada en BOAT, enero-febrero 1994, p. 67-75.

Queridos diocesanos:

Es digno de alabar todo cuanto se hace en la Diócesis por la obra misionera. En especial “la Diócesis tiene en gran estima la labor evangelizadora de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que han marchado a países lejanos como misioneros de la Buena Noticia de Jesucristo”¹. No obstante, creemos necesario dar un nuevo impulso específicamente misionero a toda la pastoral diocesana, reunificando energías y acciones dispersas de unos y otros en torno a un proyecto de la Diócesis como tal, seguros como estamos de contribuir así muy eficazmente a la renovación de la fe y de la vida cristiana en nuestras endémicas y apáticas comunidades. “En efecto, la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal”².

“Muchas y graves son las dificultades de esta hora en nuestras Iglesias. Es evidente la crisis religiosa por la que atraviesan amplios sectores de nuestro pueblo, sobre todo entre las nuevas generaciones... Con ser muchas y graves las dificultades y urgencias de nuestras Iglesias, lo son mucho mayores las de otras Iglesias en los territorios de misión. Por eso, fiados en el Espíritu de Dios, reafirmamos hoy nuestro deber y nuestro compromiso de cooperar fraternalmente con todas ellas”³. Por otro lado, la necesidad urgente de la Nueva Evangelización entre nosotros no debe hacernos olvidar o descuidar la responsabilidad más específicamente misionera o ‘*Ad gentes*’, “porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia... Sin la misión *ad gentes*, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar”⁴.

I. LA IGLESIA ES MISIONERA POR NATURALEZA (AG 2)

1. El mandato misionero (Mc 16, 15)

“Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16, 15). “El Señor –comenta el Decreto conciliar sobre las misiones⁵–... fundó su Iglesia como sacramento de salvación y envió a los Apóstoles al mundo entero... De aquí proviene la obligación de la Iglesia de propagar la fe y la salvación ganada por Cristo, tanto en virtud del mismo mandato, cuanto por la fuerza de la

¹ *Sínodo Diocesano*, n. 378.

² *Redemptoris Missio*, 2, Cf. AG 37.

³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Asamblea Plenaria XXXVII*, 1979.

⁴ RM 34.

⁵ AG 5.

vida que Cristo injertó en sus miembros...”. “Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera”⁶.

Este mandato ineludible, que obliga a toda la Iglesia a evangelizar a todos los hombres de todos los tiempos en todos los lugares del mundo constituye y funda la Iglesia como misión que el Padre encomendó al Hijo: “La Iglesia peregrinante es, por naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre”⁷. En efecto, “evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”⁸. Esto significa que la diversidad de los miembros de la Iglesia, cada cual según el don del Espíritu y su condición en el seno de la vida eclesial, “conscientes de su propia responsabilidad en la difusión del Evangelio, deben asumir la parte que les compete en la actividad misional”⁹.

2. Cada miembro debe asumir la parte que le compete

En primer lugar, los obispos, sea como miembros del Cuerpo episcopal encabezado por el sucesor de Pedro, que sucede al Colegio de los Apóstoles, o bien como pastores de las Iglesias particulares¹⁰, somos los primeros responsables de la evangelización del mundo entero. Hemos sido consagrados no sólo para una Diócesis, sino para la salvación de todo el mundo” y debemos hacer presente y visible el espíritu misionero del Pueblo de Dios, “de forma que toda la Diócesis se haga misionera”¹¹.

Después, los sacerdotes, colaboradores del obispo, en virtud del sacramento del Orden, “deben tener corazón y mentalidad misioneros”, experimentando en la oración y, particularmente, en el Sacrificio eucarístico, la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera. “Entiendan, pues, plenamente, que su vida está consagrada también al servicio de las misiones”¹². Debemos superar, por tanto, esa mentalidad que vincula demasiado el sacerdocio a una determinada parroquia o acción pastoral, sintiéndonos los unos también responsables de las tareas y preocupaciones de los otros, acogiendo como propios los problemas de la Iglesia diocesana y universal¹³.

También los institutos de vida consagrada, en virtud de su vocación, “están obligados a contribuir de modo especial a la tarea misional, según el modelo propio de su instituto” y respetando la mente del fundador¹⁴.

Asimismo, todos los fieles laicos son misioneros en virtud del Bautismo, pues participan del triple *munus* de Jesucristo¹⁵, y tienen como miembros de Cristo vivo “la obligación general y gozan del derecho, tanto personal como asociadamente, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea

⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 851.

⁷ AG 2.

⁸ EN 14.

⁹ *Código de Derecho Canónico*, can. 781; AG 35 y 36.

¹⁰ RM 63; Cf. AG 38.

¹¹ AG 38.

¹² AG 39, 67.

¹³ Cf. *Mensaje de Juan Pablo II para el DOMUND* 1982.

¹⁴ Cf. AG 40, y *Código de Derecho Canónico*, can. 783.

¹⁵ Cf. *Christifideles laici*, 14.

conocido y recibido por todos los hombres en todo el mundo”¹⁶. “Son testigos e instrumentos vivos de la misión de la Iglesia misma según la medida del don de Cristo”¹⁷.

Queridos fieles todos, la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica, sobre la que resplandece el esplendor de la Verdad, custodiándola y transmitiéndola con fidelidad virginal, cumple indefectiblemente el mandato de Cristo: “Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28, 19s).

II. CORRESPONSABILIDAD EN LA MISIÓN ‘AD GENTES’

Esta Iglesia se hace presente y operativa en las Iglesias particulares con todos sus elementos esenciales, de tal modo que todo lo que se predica de la Iglesia universal debe ser aplicado a la Iglesia local. Según esto, *la Iglesia de Toledo es constitutivamente misionera*¹⁸ y la vocación y dicha propia de la Iglesia diocesana, su identidad más profunda, consiste en evangelizar¹⁹; y es vuestro Obispo concreto, con Pedro y bajo Pedro, el responsable directo y primero de la misión ‘Ad gentes’ y de suscitar, promover y dirigir la obra misional en la Diócesis, de forma que toda ella sea misionera; y sois vosotros, los sacerdotes toledanos, diseminados por toda la geografía diocesana y ocupados en las diversas tareas que os he encomendado, quienes, de manera muy concreta y no sólo como teoría y propósito interior, debéis compartir conmigo la solicitud por todas las Iglesias²⁰; son los religiosos, religiosas y todos los fieles laicos de la Diócesis los que deben asumir responsablemente la parte que les compete en la obra misionera, según el propio carisma y las posibilidades de cada uno.

Cuando hablamos de las graves responsabilidades de la Iglesia, en este caso de la urgencia de la actividad misionera²¹, solemos ser tentados con la sensación superficial de que no puedo hacer nada, diluyendo la responsabilidad, en el fondo con la idea de que existe una Iglesia abstracta que debe hacerlo todo bien, quedando nosotros tranquilos y satisfechos. “La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia –nos escribe el Papa– está aun lejos de cumplirse... Esta misión se halla todavía en los comienzos y debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio”²². Y en el n. 40: “la actividad misionera representa aun hoy día el mayor desafío para la Iglesia... Es cada vez más evidente que las gentes que todavía no han recibido el primer anuncio de Cristo son la mayoría de la humanidad”. La vibración de estas palabras debe resonar en lo profundo de mi conciencia, preguntándome ¿qué he hecho yo hasta ahora?, ¿qué estoy haciendo?, ¿qué puedo hacer en adelante? “Debemos

¹⁶ Código de Derecho Canónico, can. 225.

¹⁷ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 913.

¹⁸ Cf. AG 2.

¹⁹ Cf. EN 14.

²⁰ Cf. AG 38 y EN 68.

²¹ Cf. RM 1.

²² *Ibíd.*

comprometernos con todas nuestras energías en su servicio” ¿Estoy gastando al menos alguna energía?

III. “MISIÓN DIOCESANA”

La Iglesia de Toledo, encabezada por su Arzobispo, acaba de iniciar la “Misión Diocesana”, como un cauce que posibilite la realización en la práctica, de la vocación misionera de la Diócesis como tal y donde todos los fieles, sacerdotes, religiosos y laicos, pueden encontrar el marco adecuado para ser corresponsables en la obra misionera, respondiendo así al interrogante: “qué puedo hacer en adelante”.

1. Los primeros pasos

Pretendemos, como escribí en la Exhortación Pastoral con motivo del Día de la Diócesis Misionera el 20 de septiembre de 1992,

“emprender un ambicioso proyecto diocesano aceptando la evangelización de todo un territorio misionero asumido como parte integrante de la Diócesis.

La Comunidad diocesana en cuanto tal –continuaba– cargaría con la responsabilidad de evangelizar una zona de misiones, implicando a todos los miembros, cada cual según el don del Espíritu y su condición de vida en el seno de la Iglesia...

Esta “Misión Diocesana” (Cfr. XXXII A. Plen, del Ep. Esp. n. 11, noviembre 1979), sin dispersarnos de otras posibles colaboraciones individualizadas en todo el mundo y sin menoscabar en modo alguno la apertura a las necesidades misioneras de toda la Iglesia, se convertiría en un posible cauce para unir diversas iniciativas misioneras”.

Pusimos los medios para concretar eficazmente todo esto y, tras muchos avatares, decidimos escoger la Archidiócesis de Lima (Perú), habiendo consultado e informado puntualmente al consejo presbiteral, contando con Antonio Garzón, Jesús López-Rey y Miguel Andrés Llorca como pioneros que abrirían horizontes, y solicitando al Sr. Arzobispo de Lima, D. Augusto Vargas Alzamora, su aprobación necesaria para iniciar en su Diócesis este proyecto, matizando nuestro deseo de asumir un territorio de la periferia, pobre y muy necesitado, así como de vivir en común y trabajar en equipo los tres sacerdotes enviados, a lo que el Sr. Arzobispo de Lima accedió muy gustosamente.

El pasado 19 de enero partían definitivamente, pero es sólo el comienzo, resta casi todo por hacer, “de forma que toda la Diócesis se haga misionera”²³.

²³ AG 38.

2. Es un empeño comunitario

En efecto, la Misión Diocesana debe *beneficiar a todos*, no sólo a los de allí, sino sobre todo a nosotros, pues la “fe se fortalece dándola”²⁴; se trata de una acción de la Diócesis en cuanto tal, no de un grupo de entusiastas, o de algunas personas dotadas con el carisma particular de la vocación misionera, pues dicho carisma lo posee esencialmente la Iglesia diocesana, por ser Iglesia de Cristo, y está inserto en toda vocación cristiana, sacerdotal, religiosa o laical, aunque sea diferente el modo personal de hacerlo efectivo, según la llamada del Señor.

La Misión Diocesana es una *opción preferencial*, no exclusiva ni excluyente, de la Diócesis por un proyecto misionero concreto, sin agotar ni incapacitar otros servicios individualizados en otros lugares del mundo, a fin de concretar las energías misioneras ‘Ad gentes’ de la comunidad diocesana, encauzando las diversas iniciativas de colaboración con la obra misionera que puedan surgir, así como vocaciones “de por vida”²⁵.

Por ser cauce diocesano propuesto por iniciativa positiva del Obispo, como cabeza y principio de unidad de la Iglesia particular²⁶, todas las instituciones diocesanas deben acogerlo e impulsarlo como algo propio, de tal manera que toda la Diócesis, a todos los niveles, se implique y colabore en este proyecto unificador de fuerzas y signo visible de la vocación misionera de la Iglesia de Toledo. En este sentirlo, deseo corroborar, reafirmar con fuerza y revitalizar cuanto firmamos todos los obispos españoles en el documento “Responsabilidad misionera de la Iglesia Española”, en la XXXII Asamblea Plenaria, noviembre de 1979, donde afirmábamos en el n. 11:

“En la “Misión Diocesana” han de saberse comprometidos los sacerdotes, religiosos y religiosas, movimientos apostólicos seculares y todos los demás miembros de la Comunidad diocesana, cada cual según el don del Espíritu y su condición de vida en el conjunto de la Iglesia. Se trata de un empeño comunitario asumido por la Iglesia diocesana en cuanto tal y que, por ello concita la colaboración de todos los miembros de la Comunidad Diocesana.

Es nuestro mayor deseo –os lo decimos ante el Señor– que los sacerdotes diocesanos, los miembros de las congregaciones e institutos religiosos establecidos en nuestras Iglesias particulares, los militantes de los movimientos apostólicos laicales, se nos ofrezcan libre y espontáneamente a prestar algunos años de su vida para esta iniciativa misionera.

Por lo que a nosotros, vuestros obispos, respecta, sabed que estamos decididos a los mayores sacrificios y desprendimientos para que esta iniciativa conciliar de las “Misiones Diocesanas”, expresión de nuestra solicitud para con todas las Iglesias, sea un compromiso real de todas y de cada una de nuestras Iglesias particulares.

²⁴ RM 2.

²⁵ Cf. RM 27.

²⁶ Cf. LG 23.

Como es lógico, y puesto en razón, el cumplimiento de este proyecto conciliar no nos dispensa de las otras responsabilidades para la evangelización de todo el mundo y deberá llevarse sin menoscabo alguno del bien de todas las misiones”.

3. Deben colaborar todos los miembros de la Diócesis

Por tanto, pido a las vicarías episcopales, delegaciones, secretariados y consiliarías diocesanas, a la santa Iglesia Catedral, seminarios de la diócesis, arciprestazgos y parroquias, movimientos apostólicos y diversas asociaciones de fieles, a los sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos, en fin, a la entera comunidad diocesana, que acojan todos con ánimo abierto, espíritu eclesial y deseos eficaces de colaborar, esta iniciativa, tomándola como responsabilidad de cada uno y de todos, asumiendo la parte que compete según las condiciones eclesiales personales.

Cuando la Misión Diocesana vaya tomando cuerpo y surjan necesidades de todo tipo, habrá llegado la hora de ayudar y apoyar eficazmente desde aquí a nuestros misioneros. En su momento, estudien los sacerdotes la manera concreta de implicarse, a nivel personal, parroquial o asociadamente por grupos o por arciprestazgos, sea ofreciéndose para partir durante unos años, o algunos meses, sea con variadas iniciativas pastorales, parroquiales o arciprestales, bien de orden espiritual, humano o material. Tenemos que molestarnos en discurrir modos que dinamicen el espíritu misionero de las comunidades a la vez que respalden la labor de los enviados. En este sentido, hablando de las parroquias, nos urge el Sínodo diocesano en el n. 226: “Manifiesten asimismo su interés por las misiones, procurando que una o varias parroquias del arciprestazgo “se hermanen” con parroquias del Tercer Mundo para ayudarles, desde la misma fe y bajo la moción del único Espíritu, con recursos espirituales, personales y económicos: oración, misioneros, auxilios de primera necesidad, material sanitario, catequético, dinero en metálico o en especie, etc. Foméntese entre los feligreses el noble deseo de trabajar durante algún tiempo en países de misión”.

Asimismo, procuren los superiores y formadores del Seminario implicar adecuadamente a los alumnos, inculcándoles la urgencia de la misión ‘Ad gentes’ y el interés por la Misión Diocesana, sin perturbar su ritmo formativo, más bien infundiendo en todos, el celo ardiente por la evangelización del mundo entero y levantando sus ojos a la Iglesia universal por encima de nuestras dificultades locales.

Hago una llamada especial a los *sacerdotes jóvenes*. Principalmente sobre vosotros, queridos sacerdotes, recae la responsabilidad de la continuidad de la Misión Diocesana. Estoy convencido del enorme enriquecimiento personal y pastoral que supone para un sacerdote, en sus primeras experiencias ministeriales, dedicar, al menos unos años a la misión, de tal forma que *todos deberían hacerlo* y ofrecerse voluntariamente para ello. Alguna vez he manifestado en público el deseo de que todos los sacerdotes jóvenes realizaran una experiencia misionera, incluso afirmando que no conferiría las Ordenes sagradas a aquel seminarista cerrado a la posibilidad de ir a misiones, pidiendo al menos la apertura del corazón a la sugerencia del Espíritu Santo que nos impulsa a anunciar el Evangelio al mundo entero. La Misión Diocesana os ofrece un marco propicio para realizar este deseo.

También es encomiable elegir la Misión Diocesana como lugar conveniente para orientar las inquietudes misioneras de todo tipo, sean vocaciones especiales a la misión por varios años, por tiempo indefinido o de por vida, sean experiencias ocasionales en tiempos de vacaciones o como servicios puntuales para prestar ayudas concretas en campos profesionales. En este sentido, los jóvenes pueden mirar la Misión Diocesana como ámbito ideal para las “misiones de verano”, sin desprestigiar las que se vienen organizando en estos veranos pasados; los profesores, en las diversas ramas del saber, pueden ofrecer generosamente algo de su tiempo y de su ciencia para enseñar a personas pobres que nunca tuvieron oportunidad de instruirse; del mismo modo, tiene perfecta cabida en la Misión Diocesana los médicos, enfermeras, A.T.S., ingenieros, abogados, y toda persona que desee dedicar algo de su tiempo, de sus conocimientos, de su vida y de sí mismo al servicio de los prójimos.

Otros muchos, no menos importantes, aportarán su oración confiada y perseverante, su sacrificio abnegado, su testimonio de vida y su ayuda material como colaboraciones necesarias y respaldo caluroso “desde aquí” a los que el Señor llame a estar “allí”.

IV. CON MARÍA, COMO MARÍA

Queridos diocesanos, “no podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios. Para el creyente, en singular, lo mismo que para toda la Iglesia, la causa misionera debe ser la primera, porque concierne al destino eterno de los hombres y responde al designio misterioso y misericordioso de Dios”²⁷. Debemos convencernos firmemente de que la salvación de las Iglesias locales se logra con la cooperación a la obra misionera en la universalidad del mundo, y así saldríamos de nuestra apatía y adormecimiento, venceríamos tensiones internas y chismes mediocres que debilitan con frecuencia a nuestras comunidades²⁸.

A la mediación materna y poderosa de María, Reina de las misiones, confiamos este proyecto. Ella nos enseña a caminar presurosos a la montaña para ayudar a las necesidades. Con ella y, como Ella, queremos aprender a llevar a Jesús en nuestro corazón, alimentándolo con la fe y donándolo gratuitamente a los hermanos.

Con sincero agradecimiento por el interés con que recibiréis esta llamada os bendigo e imploro del Señor por medio de María Santísima, el auxilio de su protección y su gracia.

Toledo, 23 de enero de 1994.
*Solemnidad de San Ildefonso,
Patrono de la Archidiócesis.*

²⁷ RM 86.

²⁸ Cf. *Mensaje de Pablo VI en el DOMUND 1972.*

Parte Segunda

Homilías

EL SÍNODO DIOCESANO, LLAMADA DEL ESPÍRITU

Se reúnen bajo este título dos intervenciones producidas en la clausura del Sínodo Diocesano del Arzobispado de Toledo, el 23 de noviembre de 1991.

DISCURSO FINAL

Hermanos todos:

Hemos llegado al final del Sínodo, cuyos trabajos preparatorios comenzaron en 1986, con tan limpio deseo de realizar un servicio a nuestra Diócesis de Toledo, dentro del marco de lo que la Iglesia pide hoy a sus hijos.

Somos herederos y beneficiarios del Concilio Vaticano II, y de todo lo que a lo largo de esta etapa particular se nos ha ido ofreciendo entre alegrías y sufrimientos. Las luces han sido más abundantes que las tinieblas y, durante todo este tiempo, desde que terminó el Concilio, el Magisterio de la Iglesia no ha cesado de ofrecer enseñanzas que, examinadas en su conjunto, ayudan a todos a caminar con toda seguridad hacia el futuro. Porque necesitamos seguridad y no incertidumbre.

1. En nuestra Diócesis de Toledo, al igual que en otras, era muy necesario realizar un esfuerzo de reflexión, tendente a lograr una renovación en los modos de pensar y actuar personales, en las instituciones y estructuras, con el deseo de hacernos más capaces de poder servir mejor en las tareas de la evangelización y el apostolado.

Pero tenía que ser un esfuerzo que hiciéramos conjuntamente, unidos todos en la meditación y en la caridad, y buscando el auxilio de la gracia de Dios en nuestra oración personal y comunitaria, para que el resultado de nuestras deliberaciones fuese provechoso, orientador y comúnmente participado, aunque no fuese perfecto. Esto es lo que quería hacerse y se ha hecho en el Sínodo, lugar de encuentro y camino de hermanos que avanzan, como una familia unida, hacia un horizonte, que nos espera en la meta lejana de nuestras aspiraciones, a la que sólo se llega cumpliendo bien lo que nos pide nuestra conciencia responsable, tal como aparece en la cercanía inmediata del servicio que prestamos a la Iglesia y al mundo, según nos lo pide el Señor de los talentos.

2. Cuando alguien pregunte en el futuro qué hacía la Iglesia de Toledo aquellos –es decir– estos años del Sínodo, no dejará de oírse una voz que responda diciendo lo mismo que Pablo VI imaginaba que respondería alguien a quien

preguntase en el futuro qué hacía la Iglesia en los años del Concilio. La respuesta sería y es: *amaba: “Amaba con corazón pastoral”*, todos lo saben, si bien es muy difícil penetrar la profundidad y la riqueza de este amar... *Amaba la Iglesia de nuestro Concilio* –aquí de nuestro Sínodo– *con corazón misionero*. El amor que anima nuestra comunión, no se aparta de los hombres, no nos hace exclusivistas ni egoístas. Precisamente todo lo contrario, porque el amor que viene de Dios nos forma en el sentido de la universalidad: nuestra verdad nos empuja a la caridad. Recordad el aviso del Apóstol: «*Veritatem facientes in charitate*». «Obramos la verdad en la caridad» (Ef 4, 15). Aquí, en esta magna asamblea, la manifestación de dicha ley de la caridad tiene un nombre sagrado y grave: se denomina «*responsabilidad*». (Discurso de Pablo VI –10 de septiembre de 1965, con motivo de la cuarta y última sesión del Concilio).

3. *Yo también apelo a ese amor, a esa responsabilidad*. A partir de ahora, nuestro Sínodo es pan para la mesa diaria en que la familia diocesana come y se alimenta: no quita nada de la gran legislación de la Santa Iglesia, sino que la supone y la presenta, haciéndola familiar en ese conjunto de artículos de las Constituciones finales, para que los documentos eclesiales en que se inspiran, junto con las aplicaciones que se dictan para el bien de la concreta realidad diocesana de Toledo, nos ayuden a todos a cumplir mejor con nuestra misión.

Los cuatro libros en que aparecen divididas las directrices de nuestro Sínodo se resumen en estas **cuatro llamadas** que hace el Espíritu a nuestra comunidad diocesana:

1. ***haced más hermoso el rostro externo y visible de la Iglesia***, para que sea más fácil y hacedero llegar a comprender el misterio de su corazón.
2. ***Proclamad la Palabra de Dios***, id por el mundo y predicad, pregonad el Evangelio de Cristo, haciéndolo vida vuestra, y ayudad a que los demás también lo hagan de la suya, una catequesis permanente, un servicio al Verbo Encarnado, a la Palabra que se nos dio para nuestra salvación.
3. ***Meditad, orad, celebrad los misterios de la fe***, buscad la (única de Cristo y tocadla con vuestras manos, uníos con Él para tomar parte en el gran sacrificio de alabanza y reconciliación, cantad el Credo todos juntos, recordad a los Santos vuestros hermanos, buscad el perdón y acercaos a la fuente preciosa de la Eucaristía; no os olvidéis nunca de la Virgen del Sínodo y de todos los Sínodos, de la vida particular y colectiva de los hijos de la Iglesia.
4. ***Vivid la caridad***, servid a vuestros señores los pobres, curad sus llagas, organizad vuestros esfuerzos, pero, sobre todo, alimentad en el Corazón de Cristo Jesús el fuego que ha de hacer arder el vuestro, para que nunca se canse de promover el amor y la justicia.

De esto nos hablan los cuatro libros. Meditadlos mil veces, perfeccionadlos, añadid a lo que es de todos lo que cada uno de vosotros puede aportar como suyo, no para romper la armonía coral de vuestras voces unidas, sino para hacer más potente el sonido y más fina la modulación.

4. En estos momentos, nuestra Iglesia diocesana, como lo ha hecho siempre en el transcurso del Sínodo, se coloca en actitud de súplica al Señor para pedirle que con su gracia ayude a todos, sacerdotes, comunidades religiosas, familias cristianas y seculares todos, a una profunda conversión del corazón, para

ponernos al servicio del Reino de Dios en la tierra, suplicando su intercesión poderosa a Nuestra Señora, Santa María del Sínodo, como así la hemos llamado al contemplarla en medio de nuestros trabajos, en la bella imagen que lleva este título, tan graciosamente expresivo de la maternidad eclesial que la acompaña.

HOMILÍA EN LA MISA DE CLAUSURA

Queridos Hermanos en el Episcopado, Miembros del Sínodo, Cabildo de la Catedral, sacerdotes de la Diócesis, alumnos de los Seminarios y hermanos todos en Jesucristo:

Fijaos qué aplicación tan directa e inmediata tiene la Epístola que hemos leído, al acto que estamos celebrando. Es un fragmento de la Carta a los Efesios, y en él dice San Pablo, refiriéndose a los que hasta entonces habían sido paganos: *Ya no sois extranjeros, ya no sois forasteros, sois ciudadanos del Pueblo de Dios, más aún, miembros de la familia de Dios.*

Nosotros no venimos del paganismo; nosotros somos cristianos desde que hemos sido bautizados, y además, por las mil influencias propias del ambiente cristiano en el que hemos sido educados: de manera que estamos en casa desde hace mucho tiempo. Pero por lo que se refiere al Sínodo, nunca hasta hoy habíais participado tanto en construir pueblo y familia; y, por consiguiente, nunca hasta hoy podía decirse con todo derecho que ya no sois forasteros, ni extranjeros, que sois muy de casa. Esto es el cristiano y, de manera particular el cristiano militante, el que ama a la Iglesia y se compromete por ella.

Segunda afirmación que hace San Pablo: *«Estáis edificados sobre el cimiento de los Apóstoles y los Profetas»*, o sea, que sois Iglesia apostólica. Esta familia viene de muy lejos; nuestra genealogía llega hasta ese momento en que los Apóstoles fueron enviados por Jesucristo a predicar, como dice San Marcos, en el Evangelio que se ha leído; ese es el cimiento nuestro; y todavía podemos ir más lejos, porque hubo quienes prepararon esos cimientos, y fueron los Profetas, los que hablaron en nombre de Dios durante el Antiguo Testamento, y fueron como preparando el terreno para que un día llegase la gran novedad, la Buena Nueva: el nacimiento de Cristo y la predicación de su Evangelio.

Ese es nuestro cimiento y por eso también vosotros, miembros sinodales, que habéis propuesto una legislación para la Iglesia particular en que vivís, lo hacéis conscientes de que no es un abuso por vuestra parte, sino que estáis llamados a participar en estas actuaciones, porque tenéis como cimiento a los mismos Apóstoles.

Y sigue San Pablo diciendo: *«Y la piedra angular es Jesucristo, en el cual queda ensamblado todo el edificio»*, o sea, más que los Apóstoles, más que los Profetas, más que el Antiguo Testamento, más que el Nuevo; porque el Nuevo sólo tiene razón de ser por el que lo hace Nuevo, que es Cristo la piedra angular; y vosotros, miembros sinodales, estáis edificando sobre esa piedra angular, porque amáis a Cristo. Los trabajos del Sínodo han sido una prueba de amor, de amor muy grande a la Iglesia y a la obra de Jesús. Esta tarde que hemos venido aquí, traemos con nosotros todos los esfuerzos que fuisteis realizando durante la etapa presinodal, que empezó en 1986, y luego después en la etapa

propiamente sinodal. Todos esos esfuerzos se incorporan al esfuerzo redentor de Cristo, que ama a su Iglesia y sigue vivificándola con su Espíritu. Y vosotros no habéis hecho más que esto.

Yo en nombre de Dios, en nombre de la Iglesia diocesana, he recogido esos trabajos vuestros, los he examinado, he visto que merecen la aprobación, y ahora vengo aquí con toda solemnidad, no por las personas que estamos, sino por el acto que celebramos, aquí en presencia de nuestra Diócesis. Esto es también algo que pertenece a la piedra angular y, no lo digo yo, lo dice San Pablo, porque termina este fragmento de la Carta a los Efesios, diciendo el apóstol: *«Y vosotros mismos también os vais integrando en la construcción»*. ¿Os dais cuenta, hermanos? Os integráis en la construcción del Reino, de tal manera que, *«por el Espíritu, venís a ser morada de Dios»*. Esta es la Carta de San Pablo a los Efesios. Y por eso digo yo que tiene una aplicación inmediata a nosotros, los que estamos aquí esta tarde, para que seamos conscientes de que lo que hacemos es para integrarnos más en esa piedra angular del edificio; pero con la alegría de ser no solamente los peones que arrastran las piedras, sino los albañiles que las colocan y las ponen junto a Cristo, que es la piedra fundamental. Y así, edificamos la construcción, o sea, edificamos la Iglesia diocesana. Esta es la dignidad de nuestra labor durante este tiempo.

Ahora se va a proceder a la aprobación solemne de los Documentos Sinodales y se leerá el Decreto, con el cual quedan promulgadas las Constituciones Sinodales. Yo dejo de hablar, pero no sin antes dar las gracias a cuantos estáis aquí: al Sr. Obispo de Ciudad Real, querido hermano nuestro, hijo de Toledo. Los demás Obispos de la Provincia Eclesiástica tenían hoy compromisos ineludibles; él ha hecho un esfuerzo para estar aquí hoy con nosotros, y se lo agradecemos muy de veras.

Doy las gracias al Excmo. Cabildo de la Catedral, por cuanto ha hecho para que este acto se celebre con toda dignidad, sin escatimar los medios necesarios para ello. Agradezco mucho a la Delegación Arzobispal del Sínodo, a los sacerdotes y seglares, que desde el principio han estado gastando tantas horas de trabajo, de día y de noche, para poder lograr que todo fuera lo más perfecto posible. A los seglares, algunos de ellos también miembros sinodales con todo derecho. Y a todos los demás, sin excluir a aquellos más de diez mil o doce mil, que formaron parte de los grupos presinodales en todas las parroquias de la diócesis. Yo me acuerdo de aquel año en que recorrí todos los lugares, concentrando a los fieles en alguna parroquia un poco más significativa y más a propósito para eso, anunciando la convocatoria del Sínodo, explicando lo que iba a ser y recibiendo de todos, una adhesión fervorosa que se ha mantenido hasta el final.

También a vosotros, los que habéis venido desde muy lejos, esta tarde, y volveréis muy de noche ya a vuestros hogares; que podáis regresar en paz y con alegría. Sabed que nos dejáis aquí como el perfume de vuestra presencia eclesial. Ya no es sólo Toledo, no es sólo la Ciudad y la Catedral; aquí están las demás ciudades, villas, pueblos y aldeas; aquí están los demás templos; templo consagrado al Señor es el edificio que se levanta como consecuencia del Sínodo, tal como lo ha recordado San Pablo. Es como un templo el que hemos estado levantando durante este tiempo; ahora vamos a hermosear entre todos lo que tiene de edificación en su ser externo y en su estructura interior, para que de verdad se produzca la renovación necesaria en la diócesis.

Esta es la hora en que ya se puede decir: «Por sus frutos los conoceréis». Ya no es el momento de las críticas, ni de las preferencias subjetivas, ni de los comentarios estériles; es la hora de aportar todos, dando cada uno lo que pueda, para que en todas las parroquias se estudie lo que propone el Sínodo: son cuatro libros, los cuatro libros deben ser leídos, estudiados, analizados, asimilados, retenidos, comentados y hechos fruto. Se explicarán en el Seminario, en las clases a que correspondan los estudios a que se refiere cada uno de esos libros, se explicarán detenidamente para que los alumnos salgan ya a su vida sacerdotal con la mentalidad que requiere el Sínodo. Vosotros, cada uno, lo haréis en vuestras parroquias, y os referiréis a ello incluso en vuestras clases de religión; toda la diócesis se sentirá conmovida como consecuencia de esta acción, que durante tanto tiempo ha sido movida por el Espíritu Santo en la comunidad diocesana. Llamo, por último, de manera particular, a los jóvenes, a esas juventudes que están aumentando cada día en nuestra diócesis, que están organizándose ya fuertemente hasta el punto de contar ya varios millares, los que están así organizados formados para seguir caminando en unión con Cristo.

Decía un escritor francés del siglo pasado, que los jóvenes buscaban siempre lo desconocido para alimentarse con la novedad, de lo contrario, piensan que lo que tienen en la mano no sirve para nada, Muy pronto le corrigió otro poeta, Paul Claudel, diciéndole: «No hay que buscar lo desconocido para encontrar lo nuevo, hay que analizar cada vez más profundamente lo que se tiene para encontrar lo inagotable». Y ese es el Evangelio, lo inagotable. Y ese es Jesucristo, inagotable. Y esa es la Iglesia, inagotable en su riqueza. Y ese es el Espíritu Santo, que nos conduce a todos.

¡Ven, ven, Espíritu Santo!, guíanos, santifícanos, enciéndenos con el fuego de tu Amor. Así sea.

NO HAY EVANGELIZACIÓN SI NO SE PROPONE A JESUCRISTO, O SE PRESCINDE DE MARÍA, SU MADRE

Homilía en la solemne Misa de Ordenes celebrada en la Catedral Primada, de Toledo, el 22 de diciembre de 1991, Domingo cuarto de Adviento. Texto en BOAT, enero 1992.

Queridos ordenandos, queridos seminaristas, sus discípulos; familiares y amigos; queridos hermanos todos:

Hace unos días, cuando yo era recibido por el Santo Padre en la *Visita ad Limina*, llevaba conmigo el Misal Hispano-Mozarábico, y todavía sin haberle desenvuelto, ni siquiera haberme sentado junto a él, como solemos hacerlo en esas visitas, me preguntó: ¿Cómo van los Seminarios en Toledo? Yo le dije, bien, Santo Padre, creo que bien. Bueno, esperamos mucho. Y ¿qué me trae ahora?, me preguntó. Yo le expuse lo que era, el Misal. El tenía alguna noticia de esta Liturgia nuestra, porque conoce no poco de la historia de la Iglesia, y ha leído referencias a la misma. Y le insistí muy breve y sintéticamente en lo que significaba para nosotros ese Rito, y cómo había hecho un trabajo precioso, durante nueve años seguidos, una Comisión Internacional de peritos, que había conseguido restituir a su pureza primitiva el Rito Visigótico, tanto que se podía decir, con toda seguridad, que estamos en grado de celebrar hoy la Misa tal como la celebraban San Ildefonso de Toledo o San Isidoro de Sevilla. Y añadí: «Santo Padre, yo sería muy feliz, si en el curso del próximo año, en el 92, pudiéramos organizar una Peregrinación Diocesana, desde Toledo aquí, y que Vuestra Santidad celebrara la Misa en Rito Mozárabe». No dudó en la respuesta: «Sí, se hará, concretaremos un día». Y esto está así, a falta de que ese día se concrete.

Para entonces, lo único que he indicado allí a los que se encargan de señalar el calendario del Papa, es que sea un día laborable, para que podáis ir muchos sacerdotes. Ya se concretará, y tendremos el gozo de celebrar allí, en el Vaticano, lo que empezó a celebrarse aquí, en la antigua basílica visigótica, la que existía debajo de estas naves del Templo catedralicio Primado de ahora.

1. Felicitaciones y enhorabuenas

Y hecho este exordio, lo que quiero decir ahora es que «nos sentimos contentos porque Dios ha estado grande con nosotros» (cf. Salmo 125, 3), y una vez más, recibimos del Seminario este obsequio de Navidad: dos presbíteros y nueve diáconos. ¡Ojalá fueran muchos, los que, en todas las Navidades, además de los del verano, vinieran aquí a solicitar las sagradas órdenes! Y que se formara un coro numeroso de ángeles del cielo y jóvenes de la tierra, de vuestra tierra y de muchas tierras, que se formase un gran coro, para poder cantar todo eso de «El camino que lleva a Belén»; camino que, por parte nuestra es el camino de los sacramentos, el de la Eucaristía, el de la Misa, el de las palabras «Esto es mi Cuerpo... esta es mi Sangre», que hacen presente en el altar a Jesucristo nuestro Señor.

Sean los que sean, más o menos, yo ahora os doy la enhorabuena a todos: a los Superiores y Profesores del Seminario, los primeros; a vuestros padres y madres, a vuestros hermanos, a vuestros amigos. ¿Quién sabe si Dios no está llamando ahora mismo a las puertas del corazón de algunos de los que me escuchan? Si es así, abridselas de par en par en este Domingo IV de Adviento. Todo nos va ya situando a los pies del pesebre de Belén, donde contemplaremos la Noche de Navidad a Nuestro Señor Jesucristo, el Rey de los cielos y de la tierra, naciendo de María Santísima.

2. No hay evangelización si no se proclama a Cristo

En la Carta a los Hebreos, que se acaba de leer, se pone en boca de Jesucristo frases como estas que Él dirige a Dios, su Padre: «Tú no has querido ofrendas ni sacrificios, no has querido holocaustos y víctimas, por eso me has dado un cuerpo; esto es lo que Tú has querido, que haga tu voluntad; y yo entro en la tierra y nazco entre los hombres, para hacer tu voluntad». Ese es el sacrificio. Y el autor de la Carta termina la frase diciendo que, “con esa inmolación de ese Cuerpo Santo, todos hemos sido santificados” (cf. 10, 5-10). Este es el sentido profundo de la Navidad, lo demás es oropel, lo demás es fanfarria, todo lo que hemos añadido los hombres atendiendo a nuestros particulares afanes siempre superficiales.

Llamamos alegría a lo que no es más que ruido; llamamos condición religiosa a lo que no es más que capricho; llamamos alegría de la Navidad a lo que no es más que goce de los sentidos. Queda muy oculto eso del Cuerpo dado para la oblación, «Heme aquí, Señor, para hacer tu voluntad». Se ha convertido la Navidad en una fiesta familiar; apenas si queda otra cosa; y eso es bueno ciertamente. ¿Quién se va a oponer a que se reúna la familia e intercambie entre sí el abrazo del amor, y se ayuden, con lágrimas en los ojos, a tener, al menos una noche, un recuerdo conmovedor de todos los que han vivido antes, de los que ya no están con ellos, y del deseo de que se perpetúe esa ternura propia de esa Noche Bendita? Nadie se opone, pero, ¿por qué reducirlo a eso, si lo principal es lo otro?

Queridos nuevos sacerdotes, y queridos nuevos diáconos, que pronto seréis también presbíteros: yo no os diré que vosotros tenéis que hacer lo mismo, ofrecer vuestro cuerpo en inmolación, porque así se santifica al mundo. Eso no podéis, no está en vuestras manos; eso el único que puede hacerlo es Jesucristo, con su oblación de valor infinito; el Cuerpo suyo en la Cruz es lo que da sentido a toda la Redención. Pero ascéticamente a nosotros se nos pide hacer algo como lo que hizo Él; y, pobre del sacerdote que entre en el sacerdocio sin darse cuenta de que esto es lo que se le pide. Porque en efecto, aunque Jesús no nos pida a nosotros que tengamos que ofrecer nuestro cuerpo en una inmolación continua y cruenta, como Él, a veces eso se produce también, es la historia de los mártires.

Ahora mismo, es comentario muy extendido en Roma, el de los obispos europeos que han venido del Este de Europa, que han hablado delante de los demás, de los atroces sufrimientos, físicos también, que han padecido. Pero no es eso lo normal. Lo normal es otra cosa; «Si alguien quiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame». «Tenéis que estar unidos conmigo, como el sarmiento

con la vid». «No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que yo os he elegido a vosotros». Y así, continuamente, frases de Jesucristo que nos captan, nos sujetan a Él, nos unen a Él estrechamente, y hacen que sea casi un sacrilegio el querer vivir una vida apartados de Él, o el vivir sólo superficialmente esas palabras suyas.

Se nos pide otra cosa: que nos unamos con Él, que sintamos lo que Él sintió; ese ser unos con Él, ese predicar sus mismas palabras y sentir el mismo amor, en cuanto es posible, y vivir la misma pureza de costumbres, y afanarnos para que su Reino se extienda en el mundo, como se afanó Él; todo eso pertenece a la esencia operativa del sacerdote, y no podemos prescindir de esto. Pablo VI en la «*Evangelii Nuntiandi*» dijo: «No hay evangelización si no se proclama a Jesucristo». Y ahora el documento final del Sínodo de los obispos europeos ha vuelto a repetir esta frase, citando a su autor, Pablo VI: «No hay evangelización si no se proclama a Jesucristo». Puede haber ética civil, puede haber asentamiento de la fraternidad humana, puede haber una concordia cívica más o menos robusta, pero esto no es evangelización. La evangelización es la Buena Nueva, y la Buena Nueva es Él, Jesús el Señor. Disponeos a este tipo de evangelización, con la que es compatible todo lo demás que hagáis al servicio de los hombres, también en la realidad terrestre en que tendréis que moveros; pero no omitáis nunca el nombre de Cristo, sus valores únicos, su inmolación; y las peticiones que Él hace de que los presbíteros, y en general los discípulos suyos, vivan junto a Él y participen del misterio de su Vida.

Hay algo más que debe de proclamarse en este Domingo IV de Adviento; porque leyendo la Carta a los Hebreos podríamos decir: ¿Quién soy yo para que Dios me haya elegido, y me envíe por el mundo tal como me envía? Eso lo podéis decir vosotros los dos presbíteros, ¿quién soy yo? Pobres muchachos jóvenes, que no tenéis más que eso, juventud, unos conocimientos adquiridos con mucho esfuerzo en el seminario; y sin embargo, ¡os ha elegido!

3. No se anuncia del todo el Evangelio, si se prescinde de María su Madre

Pero hay otra voz en la liturgia de hoy: «¿Quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1, 30-45). Es Isabel, la que recibe la visita de María. María, Estrella de la evangelización. No se anuncia del todo el Evangelio, si se prescinde de María. Y esto no es en virtud de un ternurismo sentimental nuestro, o de una tradición piadosa que ejerce fuerte influencia sobre nuestro espíritu delicado; esto pertenece a las enseñanzas del Evangelio, desde el momento en que el Ángel del cielo la saludó con esas eternas palabras que repetiremos siempre, sin cansarnos nunca: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres, bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». Es la Madre de Dios. Esa escena de María entrando en la casa de Isabel, después de haber hecho a pie un largo recorrido, es bellísima. Va para ayudarla, porque sabe que su prima ha de dar a luz, y ella, más joven, puede ayudarla. Y esa escena, daos cuenta, está toda ella penetrada por la presencia de Jesús, aunque los personajes que aparecen son las dos benditas mujeres; pero el que es la causa de que el hijo de Isabel se mueva en el vientre de su madre, y salte de alborozo, es el Hijo de María que va en el suyo, en su seno; y

porque va Él, es proclamado de alguna manera; simplemente con el silencio de la que le ha llevado hasta allí, se produce el primer momento en que un ser humano, el Bautista, siente sobre sí la fuerza de la evangelización. De manera que hemos de contar con Ella, amarla mucho, predicarla y presentarla a los hombres.

En primer lugar, a los que creen, a los que ya cuentan con Ella y no quieren separarse de sus filas; que nos oigan a nosotros, a los sacerdotes, hablar de Ella con solidez teológica, pero con sentimientos profundos de amor, de nuestra Madre del cielo; ellos, los que creen, que son muchos, los «*domestici fidei*», los hijos de la Iglesia, los hijos de María. No descuidéis en vuestras parroquias el culto y la devoción a María Santísima, demostrad que la amáis, repetid mil veces las mismas fórmulas. El amor, decía Lacordaire, es algo que, diciéndolo con las mismas palabras, nunca se repite; y así es el amor a la Virgen, nunca se repite, porque siempre es vivo el caudal del agua que está brotando de un corazón que ama. Y es Jesús, el que Ella lleva; lo facilita todo la Virgen María, es su misión desde el principio.

Procurad también que llegue a estar presente en los alejados, no sólo en los que la aman vivamente en la Iglesia, sino en los que habiéndola amado, se han alejado de Ella. Ahora mismo, en la Vigilia de la Inmaculada, que se está extendiendo por tantos lugares de España, consta positivamente cómo muchos hombres acuden esa noche al templo, porque algo hay que les impulsa a acercarse a la Virgen, de la que nunca quisieran haberse apartado del todo. Pero es el temor, es el respeto humano, es esa triste actitud del hombre acobardado que tiene miedo de dar testimonio de su fe. Cuando por fin sale de casa, y camina decididamente hacia el templo al que le han convocado, y ve que otros hacen lo mismo, y que a medida que se aproximan al templo aumentan en número, el corazón de ese hombre siente una alegría indefinible; y, ya en el templo, canta la Salve o el Ave María, o reza el Acordaos, y cae de rodillas, y pide perdón, y se acerca al confesionario, movido por las gracias que le ha concedido la Virgen Santísima, y vuelve a casa alegre como nunca. Tantos y tantos, que se habían alejado un poco y que vuelven esa noche, atraídos por la dulzura maternal de María Santísima.

Y, por último, contad con Ella también en favor de los que no creen. Un día Raimundo Lulio, escribió esta página inmortal:

«Loada seáis, Virgen María, amada y bendecida; yo te bendigo y te amo por los que no te conocen; tienen entendimiento y tienen corazón, corazón para amar y entendimiento para discernir, pero no saben nada de Ti; tienen manos para coger las tuyas, y tienen pies para caminar por los caminos que llevan a Ti, pero nadie les ha hablado, y no saben hacia dónde dirigir sus manos y sus pies; por eso quiero hablarles yo, y como mi voz no puede llegar a todos, en nombre de todos yo te proclamo a Ti Bendita, y me acerco con mis manos y mis pies, con mi corazón y mi entendimiento, para decirte a Ti, que eres la luz de ellos y la luz mía: condúcenos a tu Hijo Amado, ¡oh Señora, Madre nuestra!».

Hay que invocar también a la Virgen en favor de los que no creen en Ella, esto forma parte también de las enseñanzas de la escuela de la evangelización. ¡Ojalá, queridos muchachos jóvenes, vosotros diáconos hasta hoy, diáconos

desde ahora hasta el verano, si Dios quiere, acentuéis en vuestro espíritu esta fuerza que os da la conciencia de ser evangelizadores! No tenéis tesoro terrestre ninguno; nos pueden en todo, en ciencia, en arte, en poder político, en dinero. Los hombres del mundo pueden más que nosotros. Sólo nosotros podemos más que ellos en una cosa, en la esperanza y en la fe; basta eso para producir un movimiento de espiritualidad que, aunque se limite inmediatamente a vuestras parroquias, salta los muros y se une con otros de otras parroquias y de otras diócesis, y llega a extenderse por toda Europa, en esta Europa necesitada de evangelización nueva, tal como viene proclamando Su Santidad el Papa.

Me alegro mucho de recibirlos en casa. Esta es vuestra nueva casa. Dejaréis la vuestra enseguida. Ahora pertenecéis a otra. Vosotros, presbíteros, hermanos y amigos, recibidles como corresponde, abridles las puertas de vuestra amistad, de vuestra hermandad; dad la mano, desde ahora, a esos que todavía sentados un poco más lejos del presbiterio, están ya caminando hacia aquí. Formad un presbiterio en que estéis bien unidos, empezando por estar unidos en la oración. Tenemos un Sínodo que hay que poner en marcha con humildad, con perseverancia y con fe. Ya veréis cómo Dios nos ayuda. Y en efecto, llegará otra Navidad, y habrá también ángeles del cielo y jóvenes alumnos de nuestros Seminarios, que unan sus voces al cantar eso de *«El camino que lleva a Belén»*, y cantadlo junto al altar, e invitad a toda una muchedumbre a unir sus voces a las de ellos, para entonar el mismo cántico de esperanza y de amor. Que así sea.

EL LLAMAMIENTO UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Homilía en la festividad litúrgica del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, celebrada en la parroquia de Santiago el Mayor, Toledo, el 25 de junio de 1992. Texto en BOAT, marzo-abril 1993.

Querido señor cura párroco y sacerdotes concelebrantes, y queridos hermanos:

Con un día de anticipación, para evitar la concurrencia con la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, celebramos aquí el aniversario del tránsito de la vida terrestre a la gloria celestial del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer: «*Beati qui in Domino moriuntur; opera enim illorum sequuntur illos*. Bienaventurados los que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen».

Sus obras les siguen. Y tantas y tantas que no vemos con nuestros ojos. La Iglesia es una Madre fecunda, que no se cansa de proteger a sus hijos, para que sobre ellos pueda ser ejercida constantemente la acción del Espíritu Santo. Ese Espíritu que actúa en nosotros y hace que pidamos lo que conviene, y que con gemidos inefables nos coloca en situación privilegiada de la comunicación con Dios por las vías de una actitud sobrenatural. A través y por medio de la Iglesia este Espíritu sigue presentándonos la vida de Cristo: sus palabras, sus sentimientos, la imagen de su lucha contra el poder del demonio, su entrega total y absoluta a la voluntad del Padre, y su capacidad infinitamente transformadora de las realidades terrestres, dentro de las cuales la primera de todas es el corazón del hombre. Esto es lo que hace la Iglesia, Madre fecundísima y a través de ella el Espíritu del Señor Jesús. Ese Espíritu que Él nos prometió antes de salir de este mundo, que vendría para garantizar la verdad de lo que Él había enseñado, completar toda la Revelación, y conducirnos por un camino incesante hacia el Padre.

El Beato Josemaría Escrivá respondió con todo su ser, en el comienzo ya de su vida sacerdotal, a esta acción transformadora del Espíritu Santo en él. En él, todo él. Respondió él antes que naciera la Obra que fundó en 1928. Esta no tendría explicación, si no fuera porque antes ese Espíritu Santo había ejercitado sobre él una acción transformadora en lo más hondo de su conciencia. Y le había ido disponiendo para los planes que Dios tenía sobre él, con una donación incesante de las riquezas del Espíritu, tal y como hoy puede estar sucediendo también en multitud de almas desconocidas, porque la acción del Espíritu Santo no cesa. El Beato Josemaría Escrivá tuvo el acierto, no sin la inspiración de ese Espíritu, de hacer una llamada fuerte, muy fuerte, a la santidad y al apostolado, a todos: eclesiásticos y seculares. Y proclamó con intrepidez evangélica la necesidad de buscar el camino de la santidad.

Leyendo yo ayer la Encíclica *Redemptoris Missio* me he encontrado con este párrafo del Papa Juan Pablo II: «*No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar las fuerzas de la Iglesia, ni analizar con más profundidad los fundamentos bíblicos o teológicos de la fe. Es necesario suscitar el anhelo de santidad en los misioneros y en toda la comunidad evangelizada*». Suscitar el anhelo de santidad. Y ha dicho que lo demás, y en ese lo demás tal como lo

enumera lo abarca todo, no basta. Esto es lo que por desgracia está sucediendo en la Iglesia de hoy desde no sé qué tiempo. Se ha acentuado esta crisis, después de los años del Concilio, cuando parecía que íbamos a disfrutar tanto de un bellissimo horizonte como aparecía entonces, con los documentos conciliares y con la reunión de los obispos que allí estábamos del mundo entero. No basta. No basta eso. Hay que suscitar el anhelo de santidad. Y esto es lo que está faltando hoy en gran parte de la Iglesia.

He dicho que no sin inspiración divina, porque, cuando el Beato Escrivá inicia esta Obra, se avecinaban ya tiempos durísimos, de un secularismo atroz, en la vida de España y, en general, en la vida de Europa. Tanto que, muy poco tiempo después, en nuestra patria, la guerra nos dividía ferozmente, y toda Europa se convertía después en un lago sangriento merced a los ataques de unos y de otros. Las guerras terminaron por desaparecer, pero el espíritu del escepticismo y del abandono de la idea de Dios estaba ahí y sigue dominando a muchas almas y conciencias de los hombres. Y aquí interviene, por eso digo que, con una inspiración de Dios, la llamada a la santidad del Beato Escrivá de Balaguer. Fuerte, intrépida, valentísima en muchas ocasiones, con enorme sinceridad y sin temor a las consecuencias; en un sector determinado al principio; después, poco a poco, en todos los sectores del Pueblo de Dios. Y va consiguiéndose un resultado que en su profundidad íntima sólo Dios puede conocer, pero que en su imagen social y pública –la vida de la Iglesia– brilla con fulgores propios; de tal manera que por doquier se extiende hoy la Obra, el Opus Dei, con vigor en muchísimas personas, aunque haya otros que escuchan el mensaje y no lo cumplan. Pero, en muchísimos suscita un anhelo auténtico de santidad que no puede ser negado por nadie, con sólo tener serenidad cristiana y honradez humana.

Esto es lo que tenemos que fomentar continuamente nosotros, queridos sacerdotes, queridos hermanos seculares. Estamos muy acostumbrados a pedir por las vocaciones sacerdotales y religiosas. Hay que introducir cada vez más en nuestras oraciones la petición por las vocaciones seculares, para que den el testimonio en el mundo que sólo ellos pueden dar desde su condición secular.

Estas vocaciones son hoy tan necesarias como las vocaciones al sacerdocio, y por eso, esta Obra tiene una actualidad perenne. He visto de alguna manera –y nunca del todo, porque tampoco me interesaba–, en el tiempo anterior a la Beatificación, las polémicas que se han producido y los debates desde las tribunas más públicas. Me han parecido muy innobles las observaciones atacantes. Tampoco trato ahora de ponderar las respuestas que se daban. Solamente quiero referirme a algo que ha estado a la vista: la dignidad con que, casi siempre dentro del silencio, los sacerdotes y personas del Opus Dei se han mantenido en medio de esa furia inconcebible de tantos atacantes. Dignidad cristiana, silencio.

Un día le pregunté yo a una persona relevante del Opus Dei, precisamente con ocasión de esto que estoy diciendo, ¿a qué se debe este comportamiento tan digno en vuestras actitudes silenciosas y en este sufrimiento en paz de todos los ataques? ¿Tenéis alguna consigna? Y me dijo: no. Sencillamente es fruto de nuestra vida de fe y estamos acostumbrados hace mucho tiempo a pedir y orar por los que nos atacan también y basta esto. Dios hará que vuelva la serenidad a las almas que nos atacan, cuando Él quiera. Esta es una respuesta preciosa,

que yo valoro en todo lo que tiene de coherencia evangélica y de obediencia a la acción de ese Espíritu Santo, a la que me estoy refiriendo.

El, el Beato Escrivá, nos llamó a la santidad y al apostolado, y habló sin miedo ninguno de la oración. Hasta tal punto lo han aprendido sus hijos que, en mi larga vida de obispo, y he tratado con ellos en todas mis actuaciones sacerdotales y episcopales, ya casi es un poco de retintín el que os digan, como a mí me han dicho, que «pedimos por usted», que «oramos por usted», y yo lo creo, porque lo hacen por mí y por tantas otras personas y por todos los obispos y sacerdotes, es decir, por la Iglesia. Esto no lo han perdido los hijos del Fundador y debemos volver a encontrarlo en nuestras comunidades cristianas.

No hace mucho, se hablaba de unas declaraciones que había hecho el Cardenal Ratzinger: después se han publicado en un pequeño libro *La Chiesa, –La Iglesia–* en que cuenta él esto mismo. Hay tantas reuniones hoy, tantos documentos que corren de un sitio para otro, tantos planes, que parece como si nadie pueda sentirse tranquilo si no pertenece a un conjunto de actividades eclesíásticas, para así transformar la situación eclesial. Añade más; de tal manera ha entrado, incluso dentro de la Iglesia, la atención a lo puramente temporal y humano, que hay muchos que, con su conducta, dan a entender que, lo primero de todo, hay que resolver los problemas sociales, económicos, políticos, y después, cuando esto esté resuelto, vamos a hablar de Dios, ya con paz, con tranquilidad. Y dice el Cardenal: *«Esto es absurdo. Dios no es un Dios de muertos, es el Dios de la vida, de toda la vida, y hay que contar con Dios desde el principio. Él, que además se nos ha revelado en Jesucristo, no es un Dios de abstracciones, no es un Dios para el discurso filosófico, es Jesús, nuestro Salvador, que está ahí dándonos la mano y ofreciéndose con su Corazón abierto, para que encontremos el suave yugo que nos conduce y nos guía»*. ¡Que no! ¡Que no está puesto su Corazón como un peso para aplastarnos, sino todo lo contrario! Y con Él y a partir de Él, todo lo demás. Y así marchará bien la Iglesia.

Hay que orar más, hermanos, sacerdotes; tenemos que predicar más la oración a nuestros fieles. Nuestras iglesias, fuera de los momentos de la misa, están vacías. Pero están llenas siempre las calles y las cafeterías y los comercios. No entran nuestros cristianos a visitar al Señor. Tendrían que entrar más. No se abren las iglesias, dicen, porque hoy, con la desvergüenza que existe, pueden robarnos. Si estuvieran visitadas las iglesias, habría gente para impedir los robos. Damos la impresión de que no creemos en Jesucristo Sacramentado, y así es. Se dan casos, como el que me contaban no hace muchos días, de alguien empleado en una institución bancaria que habla a otro compañero suyo del Cristo del sagrario, y oye que éste le pregunta: *¿Qué es un sagrario? ¿Qué es un sagrario?* Ha cundido la ignorancia religiosa de una manera monstruosa. Así se explican los conceptos que tienen de la Iglesia, de Cristo, de los sacramentos, de todo.

Anoche mismo escuchaba yo, accidentalmente, una emisión televisiva en que hablaba –así, en tertulia, tantas como hoy se tienen y se improvisan– un grupo de personas sobre los pecados capitales y la pareja humana. ¡Qué devastador! ¡Qué programa tan dañoso! Eran oleadas de veneno metiéndose en los hogares. En medio de ellos, un periodista famoso pontificando, con una autoridad, avasallante; y hablaban del pecado, de si esto procede de la civilización

judeocristiana...; porque el griego era un hombre inocente, como toda la civilización griega, y no digamos todas las demás culturas... Y se quedaba tan tranquilo. Y allí estaba también una mujer, de las más locuaces en el coloquio, tremendamente audaz para proclamar la libertad sexual y el rompimiento de todo orden social. Sin pensar ni un momento que la literatura griega está llena de pasiones humanas desbordadas, de violaciones, de desvergüenzas, de venganzas: los dramas de Sófocles, las tragedias de Eurípides y de Esquilo, las Filípicas de Demóstenes contra la tiranía... Nada: el griego era un ser inocente. Donde ha aparecido el daño y el veneno que destroza y obnubila a las personas sería en la civilización judeocristiana. Así, que hay que apartar a Cristo de nuestras vidas. Esto último no lo decían, era una consecuencia natural. Y yo me decía a mí mismo: pero, ¿qué familia vamos a tener de aquí a unos años? ¿Qué va a ser del hogar español, si con tanta facilidad están acostumbrándose a decir y hacen que se proclame por parte de unos y otros, que todo eso es una antigualla sin sentido, indigna del hombre moderno?

El Beato Josemaría Escrivá proclamó con tanta valentía la necesidad de prestar atención a los medios de vida sobrenatural que señala la Iglesia –no son el capricho humano de un grupo–, medios determinados por la Iglesia santa de Dios. Por ello es enormemente actual. No trato de defender al Opus Dei, que no necesita ser defendido. No soy miembro del Opus Dei, ni tengo por qué serlo, ni tengo por qué arrepentirme de si una vez hubiera querido serlo. Les trato y les conozco desde hace muchos años: en Valladolid, en Astorga, en Barcelona, en Toledo. Y he visto dentro de la Obra defectos, como es lógico que existan dentro de cualquier grupo humano, de una orden religiosa, o del clero de una diócesis. También aquí existen. Pero el espíritu de una Obra como ésta, que trata de santificar la vida del trabajo y de mostrar a los hombres del mundo un camino de santidad, naturalmente que debe ser alabado y defendido, y en ese sentido, yo proclamo mi alabanza y mi defensa.

Y pido al Señor que, igual que ha permitido que se haya glorificado en la tierra a vuestro Fundador, todos vosotros y aquellos a cuantos podáis llegar, con la influencia de vuestro pensamiento y vuestra conducta, hagan lo mismo en su actividad profesional, marcando un estilo que es el de la aceptación tranquila y devota de lo que la Santa Iglesia nos dice. «*Tenéis que soportar cruces y tribulaciones*», os decía el Papa en la homilía que pronunció el día de la Beatificación. «*La tribulación, –y recordaba el pasaje de los discípulos de Emaús– os acompañará*». El día en que vosotros digáis también que la Iglesia es como un algo amorfo, para construir dentro lo que a cada uno nos parezca mejor; un ideal subjetivo de vida cristiana, y que hay que hacer desaparecer esas exigencias de los Mandamientos de la Ley de Dios, cuando proclaméis esto, no tendréis tribulaciones. Si lo mantenéis y lo creéis como buenos hijos de Dios, puede suceder que las tribulaciones vengan por vuestro propio comportamiento, pero vendrán también por proclamar la necesidad de la cruz y de la unión con Dios tal como Jesucristo la defendió y la proclamó. Seguid, pues, por este camino y extendeos sin aislaros ni dejar de cooperar nunca con las obras diocesanas. Seguid trabajando para que este espíritu que la Iglesia ha señalado como digno de imitación, prenda en el corazón de otros muchos, y siga dando gloria a Dios en la tierra.

Me alegro de que hayáis recibido en vuestra vida la influencia beneficiosa de la Obra que el Beato Josemaría fundó en Madrid. Yo también, aunque he aclarado mi postura de obispo, he recibido la influencia riquísima de su ejemplo y de sus palabras. Hablé con él bastantes veces, y me senté a su mesa invitado por su cordialidad. Alguna vez siendo arzobispo de Barcelona, bastantes veces siendo arzobispo de Toledo. Tenía mucho interés en saber noticias sobre el seminario y los seminarios de Toledo. Escuchaba su palabra con gozo. Sin palabras de euforia. Nos alegrábamos de la buena marcha de las cosas, de las vocaciones que tenía, de los sacerdotes que se ordenaban. Y los dos sentíamos el anhelo de la Iglesia de Cristo: que resplandezca en el mundo de hoy con todo su brillo y su esplendor. Lo mismo deseo aquí ahora. Pienso que la manifestación de este deseo, al que contribuyó su amistad en la tierra, servirá también para que en el Cielo goce aún más de la cercanía de Dios. Que su intercesión se extienda a todos nosotros y de manera particular a los que estáis aquí, a los que yo ahora me dirijo con la solicitud de la Iglesia.

EL SEMINARIO, COMUNIDAD RECEPTORA

Homilía en la Misa del Espíritu Santo, con motivo de la apertura del curso 1992-1993 en los Seminarios diocesanos. Texto en BOAT, octubre-noviembre 1992.

Queridos hermanos:

Saludo con mucho gusto a todos vosotros, Rectores, Superiores, Profesores de nuestros Seminarios y demás Centros de formación sacerdotal. También a ustedes, representaciones de Autoridades civiles y militares, y a cuantos estáis aquí presentes. A todos vosotros, queridos alumnos.

Supongo que estarán también los cuatro diáconos, que ayer terminaban los Ejercicios Espirituales, para poder ordenarse de presbíteros mañana en la Catedral. Es una coincidencia preciosa; porque este año hacemos la solemne inauguración de curso, con el acto litúrgico y el posterior, académico, con un poco de retraso, por las circunstancias, bien conocidas, de los diversos viajes que he tenido que hacer, particularmente el de Roma, para la beatificación de ese monje cisterciense, bien conocido y amigo vuestro, seminaristas: el Beato Hermano Rafael. Esto nos ha retrasado un poco la celebración del acto solemne, pero nos ha traído estas consecuencias, no pensadas, de que se inaugure hoy el curso, y mañana, cuatro sacerdotes más. Es espléndido, y uno siente el deber de dar gracias a Dios, muchas gracias a Dios por tantos dones de su Espíritu Santo, que se nos están dando continuamente.

Saludo también, de manera especial al Señor Rector del Seminario Menor, porque hoy es la fiesta de Santo Tomás de Villanueva, el gran santo, Arzobispo de Valencia, oriundo de nuestras tierras manchegas; y además, Don Argimiro, Rector, tiene el privilegio hoy de enriquecer su juventud con la experiencia de consumir un año más; y por eso lo celebra de una manera particular, y nosotros le felicitamos y nos alegramos.

Como felicitamos también a un nuevo Rector, el de Santa Leocadia, y a los demás Rectores de otros centros; y a los alumnos todos, mayores y pequeños. Los pequeños y los más pequeños, a quienes he dirigido una tierna mirada, como la que ellos merecen, según pasaba junto a ellos. Empezáis hoy a ser testigos de estas celebraciones y, quizá pronto, llegue un día en que seréis participantes con alguna actuación vuestra en la liturgia, en el Menor o en el Mayor. Es una larga carrera la que tenéis que recorrer. Dios haga que vuestros pies sean ligeros, y para eso, que lo sea también vuestra alma; para ir viendo con la prudencia que da el tiempo y los auxilios que recibiréis de vuestros educadores, qué es lo que tenéis que decidir en el momento de las decisiones. Las que se toman, en diversas ocasiones, a lo largo del curso del Seminario, que comprenden bastantes años. Bienvenidos seáis todos.

El lema para el nuevo Curso

He hablado otros años, en ocasiones como esta, sobre el Seminario comunidad orante, evangelizadora, laboriosa, etc. Pues, se me ocurre hoy que debo hablar del *Seminario como comunidad receptora*. ¿Por qué?

Porque en la oración de la Misa del Espíritu Santo pedimos «*que Dios nos haga dóciles a su Espíritu*» y «*que el Espíritu nos haga dóciles a sus inspiraciones*».

Docilidad receptiva. Pero docilidad es algo más, y por eso he dicho comunidad, no receptiva, sino receptora.

Primera reflexión: el respeto cordial a la institución

Cuando se trata de una institución de la Iglesia, en la que la Iglesia pone su alma, su corazón, su pensamiento, el que vive en ella, el que trata esa institución, tiene que respetarla mucho. Mucho, porque no es una institución que nace de la deliberación de un grupo de hombres más o menos competentes. Ahí ha actuado el Espíritu Santo. Y el hecho de mantenerla y autorizarla constantemente con sus atenciones, –la Iglesia presta mucha atención a los seminarios– significa que estamos en presencia de algo en que el Espíritu Santo se recrea. En una institución como el seminario, hay años, tiempo, personas, lecciones, experiencias, sufrimientos, alegrías, esperanzas, talentos, reflexiones. Todo esto es muy serio.

Al Seminario no se puede venir, así, de cualquier manera, y a cambiar las cosas, porque a mí me parezca. Esto sería absurdo. Una institución de la Iglesia, una orden religiosa, una congregación, un determinado apostolado impulsado, promovido y querido por la Iglesia, deben ser recibidos por aquellos a quienes tales instituciones se dirigen, con todo el respeto, con todo el cariño, con toda la docilidad de su alma. Así es como hay que responder. De lo contrario, se cometería la torpeza insigne de sobreponer el propio juicio a algo que viene adornado y fortalecido por el peso de los siglos, de las experiencias, de la santidad de muchos, etc. Y esto es lo que ocurre en el seminario. Por eso, hay que venir al mismo, y seguir en él, con espíritu receptor. Poco a poco, el alumno va viendo hasta qué punto es capaz de disponerse así. Y llega un día en que, a lo mejor ve, con ánimo sereno, que no es capaz, y que no debe seguir por ese camino, y busca otro. Y esto es todo; los demás continúan. Pero, cambiar por cambiar, no.

Cuando yo vine aquí, los seminaristas mayores en la Diócesis no llegaban a veinte. Y me dijeron bastantes profesores y superiores que lo mejor era cerrar el seminario y enviar los alumnos que quedaban a algún centro, como por ejemplo, a Salamanca. Yo, naturalmente, me opuse de una manera total. Hoy, y a esta misma hora, está inaugurándose el curso en una diócesis que hasta aquí no ha tenido seminario propio, porque lo tenían en Valencia, y es Albacete. El Señor Obispo me llamó para invitarme a ir a la inauguración de curso y naturalmente yo le dije que no, porque tenía que estar aquí; pero que me alegraba infinito de que el esfuerzo que han venido haciendo para recuperar el seminario, que un día empezó a funcionar cuando la diócesis fue erigida, haya sido tan eficaz, que

empieza hoy el curso con toda plenitud y con un buen número; me parece que treinta y tantos alumnos.

Respeto a la institución. Fomentar dentro de ella todo lo que pueda tender a fortalecerla, hermosarla, ayudarla. Esto sí. Pero el abandonismo y la acción puramente subjetiva de que cada uno imponga sus criterios etc., esto es totalmente absurdo.

Segunda reflexión: la actitud receptora

Esta reflexión va expuesta de manera particular a vosotros, los seminaristas. ¿Habéis leído el Libro de Samuel? Sin duda, los mayores lo habéis leído. Habéis leído la historia de Samuel, el jovencito, el hijo de Ana, de Ana que suspiraba por tener un hijo y Dios se lo concedió. Y entonces ella lo consagra al santuario. Y vivía en el santuario de Yahvé ya mayorcito, pero muy joven; al lado del sacerdote Elí, cuyos hijos daban muy malos ejemplos, por lo cual, Dios los castigó y a él también, al sacerdote, porque no les corrigió.

Allí estaba Samuel, que una noche, cuando está dormido, muy cerca de Elí, oye una voz: «*Samuel*». Y él se levanta y acude a Elí, creyendo que era él quien le llamaba. «*Aquí estoy, Señor, háblame*». El sacerdote dice «*No, no te he llamado, vuelve a dormir*». Y así dos y tres veces. Y el jovencito que se levanta y acude. Con docilidad, muy receptor, disponiéndose a captar todo lo que Dios pueda decirle por medio de Elí. Pero no es Elí quien llama, es Dios mismo.

Y al fin, Dios se le revela, después de tres momentos de búsqueda y de incertidumbre. Una carrera sacerdotal, diríamos, la de aquella noche; un esfuerzo continuado de docilidad, de búsqueda inocente y limpia de alma, ateniéndose a lo que allí estaba determinado, con enorme respeto. Y Dios le habla, y le encarga que diga a Elí, tal y tal cosa. Él, él, el jovencito; él tiene que decírselo, a ese sacerdote Elí, que no ha sabido corregir a sus hijos.

¡Qué página tan hermosa para los jóvenes con fe, para los jóvenes del santuario, para alumnos como vosotros, mayores y pequeños! ¡Qué bien expresa esa página de la Biblia lo que debe ser la actitud receptora de esta institución y de cuantos moran en ella! Porque aquí también se oye la voz de Dios, a través de la Iglesia que os llama y que os dice lo que habéis de hacer. Y la actitud vuestra ha de ser así: generosa, decidida, limpia, y siempre acompañada de la gracia de Dios, solicitada constantemente en vuestra oración diaria.

¡Oh, hermosas vidas, las de estos jóvenes, seminaristas buenos, que se dan cuenta muy bien de qué es lo que dejan y qué es lo que buscan! ¡Seáis benditos y Dios os acompañe siempre!

Tercera reflexión: la fe de la Iglesia

Lo que no se puede tener hoy es la actitud del conformismo a priori con el mundo en que vivimos. No, no. Hay que saber nadar contra corriente. Ya sabemos que el mundo hoy se nos presenta con su modalidad, sus exigencias, su ambientación, sus influjos y, claro, de esto participan muchos, y sucumben también. Y así, por ejemplo, no se puede en un seminario mantener y cultivar la

fe subjetiva de cada uno, si no es después de recibir la fe objetiva. La fe es la fe de la Iglesia, es el Credo. Y nuestros seminaristas tienen que procurar en todo momento, en su lenguaje, en su estudio, en su reflexión, tener muy claras las afirmaciones de la fe. Como, por ejemplo, harán los profesores al terminar la Misa, con el Juramento de Fidelidad. Es la fe de la Iglesia, de la que hay que hablar en los Seminarios. No de la fe en un sentido vago, personalista. No. Es la fe del hombre arrodillado que recita el Credo, los Artículos de la fe. Sabe en qué consisten, los retiene, los explica, si llega el caso, según el comportamiento de cada uno.

Hoy se habla también de la persona humana, los derechos que tiene esta persona; es necesario pues, se dice, vivir el ambiente del Evangelio, ser testigos. No pida usted a los jóvenes de hoy que sean piadosos, como antes. Hoy tienen que aparecer así, como muy de nuestro tiempo; porque el Evangelio es vida; ahí están los signos de los tiempos.

Sí, sí, es verdad todo esto. Pero en ese Evangelio hay, por ejemplo, esta frase: *«Yo no he venido a traer la paz, sino espadas; y el hijo se pondrá contra su padre; la hija contra su madre y la nuera contra su suegra, y dentro de la misma casa el hombre y la mujer tendrán sus enemigos»*. Son palabras de Jesucristo. De manera que, cuando decimos “hay que ser como hoy”, “jóvenes de hoy”, de acuerdo, pero con el Evangelio íntegro; no disimulado, sino con todo lo que él nos pide.

Lo mismo cuando decimos que “hay que acompañar, acompañar al hombre de hoy”. Hay que acompañar, hay que hacer una vida normal; el sacerdote no es un ser raro; no tiene por qué aparecer un raro en el pueblo, en la ciudad, en la academia, en la cátedra; no es un raro. Es un hombre que va con los demás, pero que tiene una misión: ¡encender la llama, encender el fuego, dar luz!

¿Ah, sí? Y como tiene que ir con los demás, tiene que hacer la misma vida que los demás. Entonces, ¿por qué llamó Jesucristo a doce, y les separó, y les cultivó, e hizo que estuvieran con Él un largo tiempo? Y sólo cuando están así, muy preparados, muy distintos a los demás, en cuanto al capital que llevan y el que manejan, el Espíritu Santo, Pentecostés, los lanza al mundo. Y entonces esos hombres van a acompañar a los hombres. Acompañaron a las comunidades nacientes y por todas partes por donde fueron, iban apareciendo los rastros y las consecuencias hermosas de una acción evangelizadora, que el mundo no había conocido hasta entonces.

Acompañaron, pero fueron mártires, murieron. Porque el mundo, llega un momento que dice: “yo no acepto esto, por lo que sea”; razones políticas, razones morales, sociales. Todos murieron mártires. De manera que: ¡Mucho cuidado, Superiores, Profesores, con todas vuestras influencias sobre los alumnos! Este capital precioso que tenéis en las manos; formadles bien. Dad lo mejor de vuestra alma al ofrecer lo que el Seminario puede ofrecer.

Que Dios nos bendiga a todos a lo largo de este curso que iniciamos con tan buenos deseos.

Y con alegría, con esa alegría que nos viene por el hecho de que la prensa nos habla hoy de la llegada del Papa a Santo Domingo, y de las cosas que ya ha

empezado a decir, con gran verdad y sensatez, refiriéndose a la obra evangelizadora de España en el Nuevo Continente.

No puedo menos de evocar también el recuerdo de aquella Misa en Rito Hispano-Mozárabe, en la Basílica Vaticana, presidida por el Santo Padre. Fue un 28 de mayo, un día de inusitada alegría para todos los que pudimos estar allí presentes. Que también la experimentemos hoy, para nuestro consuelo y para fortaleza de nuestro espíritu.

SALVAD A LA FAMILIA

Homilía pronunciada en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, el 8 de septiembre de 1993. Publicada en la revista *Guadalupe*, n. 722, p. 161-163, 1993.

Excelentísimos y queridos señores obispos de Extremadura, sacerdotes y religiosos concelebrantes, querido Padre Provincial y Superior local de la Comunidad franciscana de Guadalupe.

Excelentísimas autoridades de la Comunidad Autónoma de Extremadura, gobernador civil de Cáceres, otros miembros de las mismas autoridades, corporaciones y de manera especial autoridades locales de Guadalupe y hermanos todos en Jesucristo, que estáis aquí, como siempre soportando con amor las molestias que os causa esta aglomeración de fieles. Entre los cuales, tengo que saludar de manera especial a los Caballeros y Damas de Santa María de Guadalupe. Hermanos todos en Jesucristo.

Estamos aquí otra vez, muchas ya, casi nos conocemos. Es una fiesta que tiene una vibración calurosa de familia. Está aquí el pueblo, pero no el pueblo en su significación meramente civil. El pueblo anónimo, que anda suelto o concentrado por los caminos y las ciudades. Es el Pueblo de Dios. El de los bautizados, el de los que rezan a Dios Padre y viven la redención hecha por Jesucristo y se encomiendan a la Santísima Virgen María. Este es un pueblo que hoy se alegra con la fiesta de la Virgen. Yo creo que se alegran incluso los zurbaranes de la sacristía y todos los demás objetos de arte o de piedad, que están colgados de los muros de este templo o de las paredes de los claustros, cuando los recorremos con respeto y con amor. Todo se alegra en este día. Mi enhorabuena, una vez más, a los peregrinos penitentes, a los que vienen con el deseo de cumplir una promesa que nace de la confianza y del amor, más que nada a las mujeres, que tienen menos respeto humano que los hombres. Ahora mismo, según avanzábamos hacia la sacristía para revestirnos, estaban ya cumpliendo sus promesas, recorriendo los claustros de rodillas, como si quisieran besar las piedras que pisan.

Fiesta de la Virgen de Guadalupe. ¡Cuántos siglos de veneración y de amor a esta imagen y a lo que significa en la historia de España y en la historia particular de cada uno! Lo que celebra hoy la liturgia propiamente es el nacimiento de la Virgen María. Es el día en que Ella nació. De la misma manera que entre nosotros los hombres consideramos el día de nuestro nacimiento, como un motivo que justifica nuestras felicitaciones a aquel a quien nos dirigimos, así también aquí, tenemos que felicitar a la Virgen María, que nació en un día como éste, se santificó cada vez más, fue poseída por la gracia especial del Espíritu Santo y destinada a ser Madre de Dios en la tierra cuando llegó la plenitud de los tiempos. De manera que la felicitamos por ese motivo, porque nació y con Ella nació una dicha especial para el Pueblo de Dios, porque al ser Madre de Cristo, es Madre de los miembros del Cuerpo de Cristo. Es Madre de todos nosotros, los cristianos, y por eso se la llama Madre de la Iglesia con todo derecho. Esta es la razón de nuestra felicitación.

Luego lo que sucede es que vienen distintos nombres. El amor a la Virgen María es el mismo, pero las invocaciones y los requiebros del amor del pueblo tienen diversas expresiones y pueden aparecer nombres distintos derivados del lugar en que se empezó, por un motivo o por otro, a dar culto a la Virgen. Por ejemplo éste, Virgen de Guadalupe, Virgen de Montserrat; o bien nombres que se refieren a las particularidades ambientales del trabajo y profesión de los hombres: Virgen de las Viñas, Virgen de las espigas. Así se la llama también Virgen del Buen Consejo. Si se piensa ya en las gracias que se le atribuyen con toda justicia a la Virgen María, por su influencia en el misterio de la redención: Virgen de Gracia, Virgen del Amor Hermoso y mil nombres que tratan del amor de sus hijos. Hay motivos, pues, para que todos hoy digamos como nos invitaba a decir la voz aguda de esa mujer, que como un requiebro amoroso, cantaba desde el coro: “De todos seáis loada, ¡Oh Virgen de Guadalupe!”

Queridos hermanos, os llamo la atención sobre un punto nada más. En las oraciones de la misa, en las antífonas del rezo que hacemos los sacerdotes el día seis de este mes y aún hoy también, no nos detenemos en la consideración de lo que es la Virgen de Guadalupe, sino que siempre aparece la referencia a Jesucristo. En torno a Cristo se mueve María Santísima y se recuerda su nacimiento, porque está destinada, desde que fue concebida, a ser Madre de Cristo, y esto lo digo para que nadie nos acuse de lo que no tendría derecho a acusarnos nunca, si tuviera un espíritu recto en la consideración de las cosas.

No hay fanatismo aquí. No hay sentimentalismo vacío de consolaciones estériles, que el hombre atribulado busque y quiera refugiarse en los brazos cálidos y amorosos de esa a quien llamamos Madre. No. Nosotros no la llamaríamos Madre, si no fuera porque en la Sagrada Escritura, donde consta la revelación, aparece Ella como Madre de Cristo. Ahí es donde empieza todo. Es la Madre del Señor, elegida por Dios y si es Madre de Cristo, lo es nuestra. Sencillamente, porque formamos como un cuerpo y nosotros somos miembros de Cristo. Así nos ha sido revelado y así hemos sido educados desde hace veinte siglos, con las instrucciones de San Pablo, derivadas de las enseñanzas de Cristo, que pidió una unión tan estrecha como la del sarmiento con la vid. Palabras literales de Jesucristo. Y ¿por qué existe una unión? Acudimos todos a la misma Madre, María. Yo os pido a todos, hermanos, que mantengáis firme el sentimiento hermoso de vuestro corazón creyente, para con la Madre de Dios y puesto que celebramos esta fiesta de su nacimiento, es lógico que tengamos un recuerdo para esos casi desconocidos padres de María: Joaquín y Ana.

Según una tradición lejanísima, que vienen repitiendo las generaciones cristianas, fueron ellos los que dieron vida, es decir, su sangre y amor a esta mujer preciosa, que nació del seno de santa Ana para cumplir la misión que Dios le señalaba, o sea, que detrás de esta fiesta del nacimiento de la Virgen está el misterio de la familia. Yo tengo hoy que decir a esta comunidad, a estos miembros del Cuerpo de Cristo, a estos devotos de la Virgen de Guadalupe: Queridos hijos, ¡salvad la familia!

Es un problema gravísimo que tenemos hoy en la sociedad moderna. Existen muchos peligros para la familia y va sufriendo ya los zarpazos, que lanzan contra ella estas situaciones ambientales tan lamentables, en las que se va destruyendo poco a poco lo mejor de la familia y, además, se quiere justificar con ideas que llaman de progreso. Ideas de progreso, como por ejemplo, esa que se difunde

tanto: el hombre no tiene por qué adquirir compromisos a perpetuidad. El hombre no tiene por qué hipotecar su libertad y, por consiguiente, en la unión del hombre y de la mujer, que no se nos hable de matrimonio indisoluble, porque entonces la libertad se destruye. Cuando el amor se termina, la unión se interrumpe. Esa es la tesis. Pues bien, esta es una tesis inadmisibles, por muy extendida que se encuentre.

No se puede admitir, incluso en el orden humano, prescindiendo ya de que ha sido el matrimonio elevado a condición de sacramento por Jesucristo, prescindiendo de eso, en el orden humano hay compromisos perpetuos para las causas más nobles. Con respecto a la defensa de la patria en el buen sentido de la palabra, ahí no hay amores interrumpidos. El amor de un buen ciudadano a su patria es perpetuo. No hablo de nacionalismos, hablo del sano y honesto patriotismo, que debe distinguir siempre a los hombres que viven en una condición determinada.

El sabio que trabaja en la investigación de un problema científico, ¡cuántas veces consume su vida entera y la expone, además con una convicción absoluta de que tiene que ser así! Poned ahí una relación ríe todos los Premios Nobel en las ciencias físicas y químicas, económicas, etc. Son hombres que adquirieron un compromiso a perpetuidad, porque esa era su vocación y para eso se les facilitaron los medios que han tenido para llegar, a lo mejor, después de cincuenta años o más, al resultado de esa investigación, que ellos estuvieron haciendo envueltos en un silencio que nunca apreció nadie, más que cuando se produjo aquella exposición venturosa del descubrimiento logrado.

Poned a otro lado tantas personas, como se dedican a la protección de un niño abandonado, al cuidado de un anciano desvalido, sencillamente a proteger a los enfermos de un hospital: Hermanas de la Caridad, enfermeras, simplemente en nombre de su profesión humanitaria, médicos que, una vez adquirida la profesión, a que se entregan, ya no tienen otro horizonte más que el progresar en sus conocimientos para cuidar mejor a esos enfermos que tienen.

Hay ahí compromisos perpetuos y nadie se extraña de eso, porque lo exige la condición vital de lo humano en el mejor sentido de la palabra. De manera que de lo que tenemos que extrañarnos es de que se nos quiera presentar como ideal del progreso la interrupción de la unión matrimonial, para que al cabo de equis tiempo el hombre y la mujer rompan esos vínculos, que les ataban para defender su dignidad, no para esclavizarles y matar la libertad que tenían. Hombres y mujeres a los cuales puede dirigirles un hijo suyo lo que nos decían los periódicos hace unas semanas de un niño de New York, de un muchacho de once años que un día se puso de rodillas ante sus padres y llorando, con una elocuencia más fuerte que la de todos los oradores. El niño de once años se agarró como pudo a las manos de su madre y de su padre y les dijo: ¡No os separéis! Yo os necesito. Y se quedó llorando inconsolablemente. Pero evitó que esa mañana triste se produjera una separación que podía haber traído el rompimiento a perpetuidad del matrimonio que unía a sus padres. El niño les salvó.

¡Salvad vosotros la familia! Tenéis obligación, queridos hijos, de ser cristianos. No meramente pasivos. No de brazos cruzados, sino cristianos activos, que luchan por el ideal de la familia cristiana que habéis de defender.

En el libro de los Hechos se dice que momentos antes de subir Jesucristo a los cielos, dirigiéndose a los Apóstoles y a cuantos estaban con ellos, o sea también a los discípulos, a una muchedumbre relativamente numerosa, les dijo: *“En adelante seréis mis testigos, en Jerusalén, en Samaría y en Judea y hasta los últimos confines de la tierra”*. Se lo dijo a todos los cristianos. Hemos de tener un afán evangelizados que hoy yo lo concreto en este sentido a que me estoy refiriendo: Conmemorar el Nacimiento de María Santísima en una familia en la cual se vivió honradamente el trabajo, la humildad, una digna pobreza, la de Joaquín y Ana. Para celebrar el nacimiento de la Virgen María, yo os digo: ¡Luchad también para salvar la familia y haced cuanto tengáis que hacer para comportaros con la dignidad que se pide siempre a un cristiano!

Sobre cada cristiano a la hora de morir habría que poner un epitafio en su tumba que dijera más o menos: Aquí yace un hombre o una mujer cristianos que lucharon para defender el honor de Dios y, al defenderlo, le rindieron el homenaje de su culto y a la vez sirvieron al bien de la humanidad. Ese es el hombre cristiano y esto es lo que la Iglesia va procurando en todo momento.

Cuando Gorbachov visitó al Papa por primera vez –lo hemos sabido de fuentes autorizadas–, tras la entrevista personal con él, cuando llegó el momento de introducir en la cámara pontificia a su mujer Raixa, el presidente de la Unión Soviética entonces, antes de que se hundiera y derrumbara el muro de Berlín, dijo estas palabras para presentarla al Papa: “Raixa, estás delante de la primera autoridad moral del mundo”. ¿Por qué? ¿Por qué ese hombre que venía de horizontes tan lejanos, se sentía tan cerca del que estaba allí sin otra fuerza más que la de la cruz que le sostiene y ante la que se ha postrado ayer en Lituania, tal como nos lo narra la prensa de hoy en una narración conmovedora? ¿Por qué? Pues, porque ve en él al depositario de una doctrina, de unos valores y unas súplicas que vienen de Cristo mismo y esto tiene una fuerza conmovedora para la sociedad de hoy y la de ayer. La primera autoridad moral del mundo, porque defiende lo que defiende el Evangelio y nada más.

Hermanos, a pesar de la inclemencia del tiempo que estorba un poco los movimientos normales que una concentración tan numerosa exige, sentid la alegría a que estoy refiriéndome, justificada por tantos títulos como podemos invocar.

Vividla así, humilde y dignamente, y pido a Dios por todos vosotros y vuestras familias para que en todo momento recibáis por medio de la Virgen de Guadalupe la gracia necesaria, para mantener esos valores cristianos que nunca habéis perdido y que siempre se fortalecen, cuando venís aquí. Así sea.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA FORMACIÓN DEL FUTURO SACERDOTE

Homilía pronunciada el 30 de septiembre de 1993, durante la Misa de apertura de curso en los Seminarios de la Archidiócesis toledana. Texto en BOAT, octubre-noviembre 1993.

Celebramos la Misa del Espíritu Santo, porque invocamos de una manera especial su protección para el curso académico que hoy empieza.

En realidad, en toda Misa se invoca al Espíritu Santo y siempre se hace significativa su presencia, precisamente, dicen los teólogos, en orden a la transubstanciación y la presentación renovada del sacrificio de Cristo ante el Padre por la humanidad. Esa invocación al Espíritu Santo, es lo que los liturgistas llaman la «*epiclesis*» en la Plegaria eucaristía. De un modo o de otro está siempre presente.

Pero, al comenzar el curso académico, concretamente en un Seminario, yo estimo que, de una manera muy particular, se hace, por nuestra parte, la confesión de que el Espíritu Santo está presente de manera singular en el Magisterio de la Iglesia en relación con los seminarios. Ya sé que también se le invoca para el comienzo de otras actividades, que no son las de un nuevo curso de los alumnos que quieren prepararse para el sacerdocio. Lo sé. El es el Dador y el Padre de las luces, y dondequiera que el hombre reconozca que las necesita, tiene que invocar su protección. Y esa necesidad se siente de manera especial en el Seminario, en el Magisterio de la Iglesia sobre el seminario. Esa es la frase precisa; porque fallaría algo sustancial, si no fuera así.

En la formación de los futuros sacerdotes y en las orientaciones fundamentales para la vida de los ya sacerdotes, cuando el Magisterio de la Iglesia lo ilumina con su luz, está actuando la inspiración singularísima del Espíritu Santo. Y creo que todo lo que hemos padecido en estos años de posconcilio, en esta crisis que aún no ha sido superada, se debe, por supuesto, en gran parte a que hemos buscado poco la luz del Espíritu Santo. Cualquiera de nosotros puede haber leído casi toneladas de escritos sobre seminarios, en estos años, acerca de múltiples temas: la psicología del seminario, el carácter de los alumnos, la sociología ambiental con la que ha de enfrentarse el seminarista, las cualidades humanas que ha de tener para el diálogo, la historia de los seminarios, los contrastes violentísimos en España entre una época y otra. Toneladas de escritos, pero sobre el Espíritu Santo poco, muy poco. Y a esto se debe, en gran parte, la anemia que sufren los seminarios. Por eso, y no por fórmula ya consagrada, celebramos esta Misa.

El Decreto conciliar *Optatam Totius*

Ayer llamaba yo al Señor Rector: Distribúyase por escrito el texto del «*Veni, Creator*», que lo canten todos, incluso los pequeños, que lo aprendan, y así, en latín, y aunque lo recen también en castellano, pero en los actos litúrgicos, cántenlo en latín. El «*Veni, Creator Spiritus*». Yo invoco al Santo Espíritu, el que Cristo nos prometió, del que habló tantas veces, al que San Pablo se refirió con

tanta frecuencia. Invoco el Espíritu Santo para que nos dé luz y que nos haga recordar ciertas cosas, a las que se refiere el Decreto *Optatam Totius* del Concilio Vaticano II. Por ejemplo ésta: una sentencia de San Agustín que dice así: «El que más ama a la Iglesia, más posee al Espíritu Santo»¹. Es muy profunda. Cuanto más se ama a la Iglesia, más se posee el Espíritu Santo. Poseer; habla de poseer.

El Espíritu Santo es el amor; se le atribuye a Él, dentro de la relación de las Tres Divinas Personas, el amor. El amor de salvación, de iluminación, de fuerza, de robustez, de delicadeza, de pureza; es decir, eclesial. Él es el que vela por todo esto, y San Agustín, con la espada de su genio, penetra y añade que hay que amar a la Iglesia a pesar de los defectos que uno encuentra, a pesar de las tentaciones y dificultades que puede haber, pero hay que amarla. Y claro, cuanto más se ama, más se experimenta la acción de Aquel que fomenta el amor, el Espíritu Santo. ¡Ay, si en estos años se hubiera profundizado tanto como estos Santos Padres lo hicieron, para la auténtica formación de los seminaristas y de los sacerdotes!

Imitación de Jesucristo

Y sigue el Decreto *Optatam Totius* recordando: «Fórmense a los alumnos de los seminarios en una verdadera obediencia sacerdotal, con una vida pobre, con espíritu de abnegación, y tratando de imitar siempre a nuestro Señor Jesucristo»². Otro programa.

En una auténtica obediencia, imitando a nuestro Señor Jesucristo. Nada de obediencia servil, temerosa, molesta. Es una obediencia, que se convierte en amor, al convertirse en una convicción interior profunda. Lo dice literalmente el Decreto *Optatam Totius*. Es una apología de la obediencia, pero es al mismo tiempo una explicación de lo que tiene que ser el espíritu que la anime.

Y más: «Fórmense espiritualmente, de manera que adquieran robustez espiritual, a la que ha de contribuir también la acción pastoral futura en el sacerdote»³. O sea, nada de decir, que con la acción pastoral ya está asegurada la espiritualidad. No, la espiritualidad del sacerdote y del que se prepara para el sacerdocio, es una cosa, y la acción pastoral y la claridad pastoral vienen a robustecerla; eso sí, pero son otra cosa. Porque de lo contrario caemos en el activismo de siempre, del activismo no creativo, de los apresuramientos, de las prisas, de las fórmulas estereotipadas, del profesionalismo.

Primero, lo espiritual y sobre eso venga a robustecerlo la acción pastoral.

Y es que lo espiritual tiene su propia entidad. Esta mañana cantaban por «Radio Santa María» en el canto de «Laudes»: no recuerdo bien el canto, pero era esto. Eran voces varoniles que decían: «¿Quién que te conozca no te amará, Jesús? ¿quién que te ame, no te seguirá?» Esa es la espiritualidad, amor, amor, amor; y seguir, seguir a Cristo, y sacrificarse por Él; y sobre eso, sermones, confesiones, visita a enfermos, grupos juveniles, familias, grupos de

¹ OT 9.

² Ibíd.

³ Ibíd.

matrimonios, reuniones sacerdotales, examen de la situación... Bien, sobre eso; pero no en lugar de eso. Vida espiritual, y por último, otro punto, que quiero recordar, porque no se trata de que aquí estemos la mañana entera hablando de lo que no hago más que insinuar, como manifestación de que el Espíritu Santo se mueve muy especialmente en el Magisterio de la Iglesia sobre los seminarios.

Disciplina, caridad y oración

Por último, nos recuerda también la *Optatam Totius* cómo existe la *obligación de la disciplina*, de una disciplina que –y lo dice enseguida, como si el texto quisiera salir al paso de esos pobres criticones que inmediatamente dirían, vaya, ya está la disciplina–; pues bien, el texto del Concilio a continuación dice: «para que pueda fomentarse la caridad»⁴. Claro, porque en la vida comunitaria, si no hay disciplina, no hay caridad. Pero si la hay y nace de la interioridad del espíritu, se hace por amor también.

Y en una comunidad numerosa como ésta, como las vuestras en general, si cada uno hiciera lo que quisiera, esto se convertiría en un manicomio; tiene que haber una disciplina bien marcada, bien aceptada, bien practicada, bien imitada, bien asimilada, bien vivida. Nunca me he avergonzado de decirlo y menos en aquellos tiempos, que a los obispos ya antiguos nos tocó vivir, cuando de parte de Comisiones episcopales y grupos y asambleas, salían tantos disparates en relación con lo que tenía que vivirse. Una disciplina que contribuye a la maduración del carácter, al sentido de comunidad, al orden en la convivencia, a la fecundidad en el trabajo, al autodomínio de sí mismo. Todo esto es del Concilio; no estoy yo inventando nada.

Pero, en estos puntos y en todo el Decreto, se ve la acción del Espíritu Santo sobre el Magisterio de la Iglesia. Recordadlos, Superiores del Seminario, de los Seminarios. Uno por uno, tenéis que atender a los seminaristas, para que se muevan a practicar la disciplina motivados de esta manera y con estos valores que estoy invocando. Uno por uno, enseñadles a orar con oración mental, porque la oración litúrgica es más fácil, puesto que tenéis el instrumento en las manos, tanto para las Horas litúrgicas, como para la Misa.

Hablo ahora de la oración mental. Directores espirituales, sobre todo. Tenéis la obligación seria de hacer que ninguno de estos alumnos deje de practicar la oración mental diaria, y aconsejarles, con toda caridad, que si no entran por ahí, busquen otro camino.

Es frase de San Agustín también aquella en que dice: «Se equivoca el que dice que hay que saber más para amar más y ser mejor». Es al revés, hay que amar más a Dios y ser mejor para entender más.

Deseo que tengáis un buen curso académico. Muchos días celebraré la Misa con vosotros. En mi cuaderno de Misas aparece constantemente: «hoy, día tal, en tal sitio, aquí, en mi casa: Seminario, o Seminario Menor, o Seminario de Santa Leocadia, o Seminario de Olías, de Almonacid, de Ajofrín». Pero aún más éste, San Ildefonso.

⁴ OT 10.

Treinta y nueve alumnos nuevos este curso

Dios nos ha bendecido haciendo que vengan –me dicen– ¡treinta y nueve alumnos nuevos al Seminario Mayor! Treinta y nueve alumnos. Dios os bendiga. Bienvenidos. Recibidles, vosotros los que ya sois moradores antiguos de esta casa. Recibidles con amor, con verdadero cariño fraternal. Pero ellos, que pisan por primera vez los claustros de este Seminario, deben pensar también que a través de cristales limpios pueden muy bien filtrarse luces no tan limpias. A lo mejor os extrañaréis, los que venís con esta ilusión de encontraros un camino expedito para vivir la unión con Jesucristo, de que hay fallos y miserias humanas; puede suceder. Pues bien, yo os digo: sed valientes; no quiero decir sed perseverantes, a ver si llegáis un día al sacerdocio. No, no os digo nada de eso. Será lo que Dios quiera. Pero sed valientes desde el primer día. Tenéis que aportar algo vosotros también, los que habéis entrado en tan gran número; aportar vuestro espíritu generoso, vuestra piedad sincera; y que de parte de los que están aquí, no se interponga ni siquiera la telaraña de una palabra inconveniente, que pueda sofocar la generosidad y la entrega de propósitos, con que vienen estos muchachos, a los que yo bendigo desde el primer momento con especial bendición.

No queráis hacerlo todo de repente. Acordaos de aquella carta de Santo Tomás a un joven estudiante en que le da consejos y le dice –el primero de ellos–: «Entra por los ríos que te llevarán poco a poco, al mar. No quieras entrar por el mar, de repente, porque te ahogarás». No escuches, ni hables lo que es inconveniente; busca el silencio de tu celda; aprovecha constantemente todo lo que Dios te va ofreciendo; es decir, actuad, actuad. Actuad vosotros y con verdad. Sed limpios de corazón, castos, puros, seminaristas amantes de la pureza que es la fortaleza. Hasta un filósofo no cristiano, Plotino, dijo esta frase conmovedora hoy: «Sólo las almas bellas pueden contemplar la belleza». Y para esa belleza del alma es necesaria la castidad. Nada de medias tintas; yo busco aquí seminaristas afanosos de santidad.

Oración del Cardenal Newman

Acordaos, termino, de una oración que compuso el Cardenal Newman, a quien yo tanto venero porque he leído mucho sus obras, el convertido del anglicanismo. Escribió y recitaba diariamente esta oración:

«Bien es cierto, Señor mío, que Tú estás siempre cerca de mí, pero dada mi fragilidad y que las cosas de este mundo son tan tentadoras, no es menos cierto que yo puedo caer, a no ser que se interponga tu gracia. Señor mío, guarda mis ojos, guarda mis oídos, guarda mis manos, para que pueda verme libre de estas miserables torpezas en las que puedo incurrir. Día tras día fortaléceme y ponte más cerca de mí para que yo pueda estar más cerca de Ti. Así sea».

EL APOSTOLADO EVANGELIZADOR, EL DEBER MÁS IMPORTANTE

Homilía en el día de la Misión Apostólica, 30 de octubre de 1993. Texto en BOAT, diciembre 1993.

M. I. Cabildo Primado de esta Santa Iglesia Catedral; queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, hombres y mujeres, jóvenes de ambos sexos que estáis aquí en representación de vuestros grupos de formación y apostolado:

Dentro de muy pocas semanas entraremos en el tiempo de Adviento. Hoy nosotros, parece que nos hemos anticipado. En Adviento la Iglesia nos dispone a celebrar a Jesús que nace en Navidad, la noche de la paz y del consuelo. Y hoy, en esta Iglesia Madre, nuestra Catedral Primada, de su seno, brota también algo así como una disposición canónica, espiritual, pastoral, que nos hace esperar el nacimiento de Cristo Redentor en muchos de esos lugares y personas que tenemos presentes en nuestro afán apostólico.

I. El más importante de nuestros deberes

Doy las gracias a estos jóvenes, que nos han hablado de lo que han hecho y vivido este verano. Yo quería precisamente esto. Quería un acto en el que aparecieran estos testimonios, porque debemos hacer actos vivos, muy vivos, muy realistas, que supongan algo más que palabras. Yo preveía que, si pasaban por aquí estos jóvenes, que no han ido a países de misión a hacer turismo, sino que se han sacrificado por amor a Cristo y a la Iglesia; si nos ofrecían así, sencillamente, un testimonio de lo que han hecho, nuestro espíritu se sentiría confortado. Les doy las gracias y les bendigo por tomar el avión o el barco, para trasladarse a tierras lejanas, a otro continente, y hacer lo mismo aquí, en Toledo, donde hay zonas carenciales que están ya casi exangües de vida cristiana. Y hay muchas personas que están haciendo lo mismo en las parroquias, aunque no se las conoce. Con todo, hay también muchas más que, aunque dicen que son católicos, no llevan dentro de sí mismos el impulso del Evangelio. Si este acto hubiéramos podido hacerlo de modo que hubieran asistido numerosos hombres y mujeres y otros muchos jóvenes, chicos y chicas, estoy seguro de que en el espíritu de muchos se hubiera producido una pequeña revolución interior, porque oír estos testimonios supone una interrogación para ellos: ¿Y tú qué haces? ¿Cómo vives? ¿Qué tienes? ¿Cuánto te sobra? ¿A dónde llega tu egoísmo?

Hay un peligro evidente en ese mundo que han visitado estos jóvenes. Acabo de estar en Roma, en una sesión de trabajo, de la Sagrada Congregación del Clero; allí se ha dicho: «De no venir muchas más vocaciones sacerdotales a Hispanoamérica, para el año 2010 o 2020, la mitad de Hispanoamérica habrá dejado de ser católica». Por consiguiente, os doy las gracias a vosotros, y a los que aquí, en Toledo, hacéis apostolado cristiano y evangelizador, porque están cumpliendo el más importante de los deberes que hoy tenemos.

Hay tres encíclicas de los papas modernos, que deberían ser conocidas y meditadas fuertemente por todos: «*Evangelii Nuntiandi*», de Pablo VI; «*Christifideles Laici*», de Juan Pablo II; y «*Redemptoris Missio*», también de este Papa. Son tres lecturas que no deberían caérsenos de las manos.

II. ¿Quién nos envía?

Porque hoy es el Día de la Misión Apostólica; mi misión, nuestra misión, la Iglesia misionera, misionera «Ad gentes», es decir, para con los paganos, y misionera dentro de sí misma, en los ambientes cristianos que lo fueron y han dejado de serlo, o que, aún siéndolo, están contaminados por un materialismo atroz y por un secularismo que da vergüenza. ¿Quién nos envía? No es otro que Jesucristo, Nuestro Señor. Hay que pensar en Él. Él nos dice a la hora de su despedida: «Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros». Lo dice a sus Apóstoles, para que esto resuene y repercuta en la conciencia y en el espíritu de todos los hombres. Así os envío yo a vosotros, “para que de esta manera los hombres todos sean uno, como Tú y Yo, Padre, somos uno; para que viendo los hombres que somos uno, crean”. De manera que Él vincula la creencia de los hombres a la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y, a imitación suya, la unidad de los cristianos. Pero ¿qué unidad puede haber cuando tantos cristianos no hacen ni caso de estas realidades?

Habláis de que habéis ido casa por casa, chabola por chabola; es más fácil entrar en una chabola, que en las casas en que se tiene todo; en éstas es más difícil entrar, porque ocupan la puerta y el corazón de sus moradores las atenciones, los egoísmos, el afán de placeres, el materialismo, la terrible ignorancia religiosa, en que van cayendo poco a poco nuestras familias, nuestros matrimonios jóvenes, los que creen saberlo todo y, sin embargo, no saben nada.

Os envía Jesucristo. Pero de manera inmediata os envío yo, como Pastor de la Diócesis. A todos estos grupos y movimientos les he dado mi aprobación, mi bendición, y les he comunicado mi ardor misionero, el que puedo tener, dentro de la misión que Dios me ha encomendado. A todos he bendecido y a todos les he pedido que se alimenten con la Eucaristía y con la oración diaria, y que lleven a ese Jesucristo amado, como el impulso más fuerte de su decisión de trabajo apostólico.

No se trata solamente de estos grupos laicales; hay sacerdotes también, y ahora voy a darles esta pequeña cruz a cada uno de los cuatro que hay aquí, y que van a irse muy pronto a tierras americanas. A vosotros, sacerdotes, os bendigo de manera especial. Yo no inculpo a nadie, porque no puedo inculpar; yo solamente tengo que bendecir y aprobar, pero sí puedo decir que nos sobran sacerdotes, tengo que decirlo: ¡nos sobran sacerdotes! Hay que trabajar más, aunque quedemos menos. De esta diócesis podrían salir fácilmente, en estos dos o tres años, cincuenta sacerdotes. Este fue el objetivo que yo anuncié, cuando venían las celebraciones del V Centenario de la Evangelización de América.

Otros podrán acariciar ya esta realidad, porque yo espero que se logre. Tal como vamos en nuestra diócesis, se puede esperar muy bien que, en tres, cuatro o cinco años, cincuenta sacerdotes toledanos monten su tienda en territorios de

América; con ellos también algunos y algunas seglares, como de hecho han venido haciéndolo en el Ecuador, donde no pocas veces, y bastante tiempo, han estado trabajando con los sacerdotes que allí había, dos o tres de los cuales siguen, y con ellos, algunos seglares.

III. ¿Y a qué nos envía?

A hacer lo mismo que hizo Cristo, en la proporción en que puede hacerlo un cristiano. Sois Iglesia, y vais a ir a implantar la Iglesia, y a desarrollarla. No vais a calentar sueños, ni utopías. La cosa está clara, porque la Iglesia es visible; precisamente es una condición esencial de la Iglesia de Cristo, su visibilidad. Tiene estructura, tiene jerarquía, tiene sacramentos, tiene palabra autorizada, tiene modos de piedad, tiene comunidad; todo esto es Iglesia. Y es fácil, cuando uno ama, comprender el misterio de la Iglesia y vivirlo e implantarlo, para que los demás lo vivan. Lo importante es amar. Siempre el amor; de la misma manera que de Dios hacia nosotros lo que llega, y siempre, es el amor. Vais a eso, lo mismo lo que os trasladáis allá, que los que os quedáis aquí, y trabajáis en los diversos modos y métodos, con los cuales hay que trabajar hoy.

IV. Nuestro amor a la Iglesia

Yo amo a la Iglesia, en la que conozco, mejor que otras personas que la atacan, las manchas que afean su rostro. Las conozco. Pero amo a la Iglesia, porque me entrega el tesoro de Jesús, el Evangelio; porque me hizo hijo de Dios, cuando apenas vine a este mundo; porque me facilitó un ambiente familiar, en el que me enseñaron enseguida a distinguir el bien del mal; porque me enseñaron a rezar el Padrenuestro, y supe después que esa oración, lo mismo que la rezaba yo con el lenguaje balbuciente de niño, la rezaban millones de seres humanos en el mundo entero, y seguirán rezándola, porque la enseñó Jesús, el Hijo de Dios.

Amo a la Iglesia, porque en mi adolescencia me facilitó otros medios, que me hicieron conocer un poco más lo que Jesús pedía a los niños y a los jóvenes. Amo a la Iglesia que despertó en mí, valiéndose de otras personas, un deseo de ir a un centro, en el cual nos preparaban para, quizás el día de mañana, ser sacerdotes.

Amo a la Iglesia que pone a mi disposición la Eucaristía, tan fácilmente me la pone a mi lado, para verla y adorarla, y también para alimentar mi alma con lo que la Eucaristía significa: un alimento para que mi alma y mi espíritu vivan de la Verdad y el Amor. Amo a la Iglesia que me ha rodeado de todas las ayudas necesarias para vivir una vida digna, lo mismo cuando era un joven del mundo, que cuando he sido sacerdote y obispo.

Amo a la Iglesia que me explica la Palabra de Dios y que me enseña el Evangelio de Cristo, garantizándome una transmisión fiel, siglo tras siglo, desde que los Apóstoles, estos conocidos nuestros, se dispersaron por el mundo llevando el Evangelio de Jesús y predicando con energía, como se dice en uno de los textos que se han leído hoy, a Cristo Resucitado; incluso, al recibir ese llamamiento, disponiéndose a dejar todos los bienes, venderlos y darlo a los pobres, como

hizo ese desconocido Bernabé, que era de Chipre, Bernabé que significa el que trae el consuelo.

Amo a la Iglesia de los sacerdotes, de las familias cristianas, de los obispos, de los papas, sea Pío XI, el primero que yo recuerdo de niño con todo lo que significó en el mundo de las misiones y de la Acción Católica; o Pío XII, el «Pastor Angelicus», que cuando hablaba y abría sus brazos parecía que iba a rasgar el cielo, para que todos pudiéramos ver el rostro de Dios; o Juan XXIII, el Papa de la bondad, que manifestó patentemente el corazón inmenso de esta madre bendita, la Iglesia, para que todos la miraran con mayor simpatía; o el Papa Pablo VI, el del espíritu delicadísimo y talento excepcional; luego el que vivió tan poco tiempo, Juan Pablo I; y el actual Juan Pablo II, gigante que lleva sobre sus hombros el peso moral del mundo entero, el hombre más admirado de la tierra, aunque no tenga ningún poder más que el de la palabra y el del latido de su corazón apostólico.

¿Por qué me echáis en cara las faltas de la Iglesia, si no son tuyas, son nuestras, de los hijos que ella ha recogido con el deseo de limpiar su cara, para ir poco a poco haciendo de cada uno un santo, un hijo bendito de Dios, un discípulo de Cristo? ¡Esto es lo que la Iglesia promueve y realiza!

V. Día de la Misión Apostólica

Gracias por estar aquí, los que habéis venido; habrá que evitar en lo sucesivo la coincidencia con otras reuniones, porque yo doy una importancia máxima a que se introduzcan en la vida de la Iglesia actos de esta índole.

No nos limitemos a lo que conocemos; daos cuenta de que hay tantos hombres y mujeres en nuestra ciudad, sobre cuya mente resbala todo lo que se dice en esa media hora escasa del domingo, si es que van a la Iglesia. ¿Qué podemos hacer ya, con católicos así? ¿Para qué nos sirven? ¿Y por qué se llaman católicos? Pero más grave es aún, ¿por qué estamos tan ciegos que nos contentamos con esto, y decimos que, en nuestra parroquia, o en nuestra diócesis, tenemos tantas y cuántas familias católicas? ¿Qué queda de vida católica en muchos hogares? ¿Qué hacen para instruirse un poco mejor?

A Jesús le preguntaron: «¿Dónde vives, Maestro?», y Él les invitó a ir con Él. «Enseñanos a orar», y les enseñó. «Explícanos la parábola», y la explicaba. «¿Qué hemos de hacer para encontrar el Reino de Dios?», y decía lo que había que hacer. Esto lo hace la Iglesia hoy, pero hay que abrir el oído para poder escucharlo.

Queridos miembros de los grupos y asociaciones apostólicas: hay que crear pequeños grupos. Queridos párrocos, hay que hacer algo distinto de los actos parroquiales genéricos, hay que buscar grupos parciales, concretos, unidos por ciertas características, que se reúnan en determinados lugares y se comuniquen lo que sienten, lo que sufren, lo que desean y lo que esperan, lo que aman, y juntos puedan ver, llevados por la luz de Dios, que la solución a sus problemas puede estar en ese Cristo tan cercano, y que les está esperando para darles el abrazo de su paz, de su consuelo y su alegría. Hay que cambiar métodos, tenemos que salir de nuestros templos, hay que buscar a los alejados, a los que están lejos; si ellos hubieran estado aquí hoy, oyendo a estos muchachos, o

viendo este ejemplo de los sacerdotes, vuelvo a decir, habrían sentido palpitar su corazón, porque se ven víctimas de su egoísmo y su miseria, cuando podían tener el fulgor de la belleza de su generosidad y de su entrega. Hay que cambiar muchas cosas, tenemos que molestarnos en discurrir, en pensar, en hacer nuestros trabajos más vivos, es decir, ponernos más a disposición de Cristo Jesús, nuestro Jefe amado, nuestro Hermano querido, nuestro Redentor y Santificador.

Que este Día de la Misión Apostólica sirva para que, a lo largo del año, se realicen gran parte de estos bienes espirituales, a los que me estoy refiriendo. Y para que otra vez podáis reuniros y hacer balance positivo, no sólo de vuestros gestos misioneros al exterior, sino de la penetración en el ambiente de la ciudad, en las parroquias, en tantos alejados que se han olvidado de la belleza de la vida cristiana. ¡Dios nos ayude para conseguirlo!

NO PUEDE HABER VIDA CRISTIANA SIN EUCARISTÍA

Homilía pronunciada en la parroquia de Santa Teresa de Jesús, Toledo, el 13 de noviembre de 1993, con motivo de la Jornada Eucarística Diocesana. Texto en BOAT, noviembre-diciembre 1993.

Querido Señor Obispo, Señor Cura Párroco, Vicario Parroquial y queridos sacerdotes de distintas parroquias e incluso arciprestazgos algunos bien lejanos: Os saludo a vosotros, seglares, asociaciones eucarísticas y de otra naturaleza que estáis aquí presentes; y a todos los demás; a cuantos habéis querido venir para celebrar esta Jornada Eucarística, que quiere ser el comienzo de un conjunto de actuaciones que vamos a ir celebrando y que constituirán nuestro Congreso Eucarístico Diocesano, para terminar, en el momento oportuno con una gran jornada, en que unos y otros podamos realizar una adoración profunda a Jesucristo sin desfiles procesionales espléndidos, como los del Corpus, sino con otra cosa más sencilla, más sentida, más profunda. Ese será el final de estos actos que vamos a celebrar empezando por éste de hoy.

Una tradición que procede del Señor...

Acabáis de oír esas frases del Apóstol San Pablo, en que se refiere a lo que él recibió como una tradición que venía del principio, de los mismos Apóstoles. «Yo he recibido una tradición», en que se me enseña que en la noche en que Cristo iba a celebrar la última Pascua... Habla de cómo el Señor, en la última Cena, consagró el pan y el vino, y se lo dio a comer y a beber a los Apóstoles diciéndoles: «Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre».

Y ahí empezó todo, queridos hermanos. En esa noche en que Jesús cumplió la promesa que un día había hecho: «El pan que yo os daré es mi carne»; el pan que habéis comido, el maná que habéis comido no os daba la vida. Mi cuerpo es pan bajado del cielo. Había hecho estas promesas y las cumplió. Y ahí empezó todo, desde esa primera Cena hasta la Primera Comunión de los niños de esta parroquia, que la harán dentro de algún tiempo, este año. Desde ese momento en que Cristo está con los Apóstoles ya para ir al huerto de los olivos, hasta el Viático, esa comunión para el gran viaje, el de la eternidad, que el sacerdote facilita a un enfermo. Ahí empezó todo. Desde esas palabras, cuando Jesucristo dice: «El que come mi carne no morirá para siempre», hasta esa comunión diaria de ese chico y esa muchacha joven, de esa mujer de su casa, de ese hombre consciente de su religiosidad; tantos y tantos en todos los lugares del mundo que conscientes de lo que es el sacrificio y el sacramento se acercan a recibir éste, participando en aquél, que es la Misa.

Sentido del Congreso Eucarístico Internacional

Han pasado ya unos meses desde el Congreso Eucarístico de Sevilla. Allí estuvimos algunos de los que estamos aquí. Adorábamos, cantábamos, amábamos. Íbamos y veníamos de un lugar a otro y nos unimos con todos los

fieles, no sólo de Sevilla, no sólo de España, sino del mundo entero, porque allí había grupos de fieles católicos de todos los continentes. Y escuchamos la voz del Vicario de Cristo. Yo me pregunto: ¿Va a quedar reducido el Congreso Eucarístico Internacional a los actos que allí celebramos? ¿Todo va a ser un tributo de acción de gracias y de adoración, pero pasajero y fugaz? ¿Es que no tenemos nada más que hacer en relación con el misterio de la Eucaristía?

Yo me he hecho estas preguntas, y he dicho a los sacerdotes: no, no podemos quedarnos así. Hay que celebrar en la diócesis un «congreso», algo con que las asociaciones eucarísticas que existen, se fortalezcan y se propaguen más, y otras que puedan existir, o que nazcan de la conmemoración de ese congreso, se consoliden o surjan. Porque no puede haber vida cristiana sin Eucaristía. ¿Sabéis vosotros lo que significa que tengamos este tesoro en nuestras iglesias, y que las gentes pasen junto a la iglesia, estando bautizados, y no se les ocurra entrar a hacer una visita al Sagrario, aunque no sea más que cinco minutos? ¿Es concebible esto? ¿Qué cristiano puede haber cuando se descuida, se silencia y se olvida la joya más rica que tiene la religión cristiana en la tierra, que es la presencia eucarística del Señor?

Entonces, lo que nos proponemos es que en cada arciprestazgo, se celebre como un “pequeño congreso” arciprestal con participación de todas las parroquias y con la preparación previa que debe preceder al acto del “congreso”. Y todo eso en el arciprestazgo, moviéndolo con todo interés y trabajando sin descanso hasta conseguir algo parecido a lo que me han telefoneado esta mañana desde Talavera.

Está celebrándose allí una misión popular; están trabajando en todas las parroquias y capillas misioneros paúles y sacerdotes; y hoy, sábado ha sido el Rosario de la Aurora. Y me dice el Vicario de aquel territorio, el Vicario Episcopal, que ha sido tal la muchedumbre que ha participado que nunca se ha dado esa concentración de gentes en Talavera. Es la Virgen del Prado, quizá, la que allí mueve el corazón. El hecho es que esa conmoción espiritual se ha producido y los curas mismos estaban hondamente impresionados de la respuesta de los fieles. Lo cual me hace pensar muchas veces: ¡Los fieles no responden, porque nosotros no llamamos! Hay que trabajar incansablemente, y frente a las indiferencias y descuidos que hay hoy en la vida religiosa, nosotros, los sacerdotes, al menos nosotros, nunca jamás podremos rendirnos a un desaliento pesimista; no. Tenemos a Jesucristo, y basta. Él hará que broten los frutos, cuando sea. Nosotros lo que tenemos que hacer es trabajar mucho más y hablar menos.

Adorar a Cristo en la Eucaristía

Adoración eucarística. ¿Por qué? El que adora a Cristo en la Eucaristía cultiva el silencio interior, hace de su alma un receptáculo de los bienes divinos; se enriquece con la inhabitación de las Tres Divinas Personas, y a poco que medite en lo que significa eso, adorar al Señor, gana terreno en la vida cristiana y se acerca mucho más a Jesucristo.

El que hace adoración a la Eucaristía se siente acompañado; frente a la soledad de la vida, que tantas veces nos atormenta, tenemos los cristianos un remedio

en nuestras manos. Es éste: buscar la compañía de Jesucristo. Con actos de fe, dejando a un lado nuestras dudas, pero buscando la compañía que necesitamos, y no nos la puede brindar nadie en este mundo tan completa y gozosa, como la que en muchos momentos es necesaria en nuestra vida.

El que hace adoración a la Eucaristía elimina la tristeza, experimenta gozo. Nuestro Dios no es un Dios de temor, es un Dios amable, Padre nuestro, Hermano nuestro, Redentor nuestro. Y yo, cristiano, quiero sentir esto en mi vida; quiero que no se limiten a decírmelo, y mis oídos a escucharlo; quiero sentirlo en mi corazón. ¡Dios Padre, Cristo hermano, Cristo redentor, Espíritu Santo luz, fuerza y amor!

El que adora tiene todo esto junto a sí mismo. Adorar es poseer la sabiduría y la sabiduría es la Sagrada Escritura, Dios mismo.

El que adora habla poco; nada más que cuando tiene que hablar; no ofende a nadie; se ofrece generosamente a los demás; hace participar a otros en los bienes que él posee. Vive la caridad.

El que adora comprende mejor el sufrimiento.

En esos ratos de adoración ha habido muchos hombres de la Adoración Nocturna. A algunos de los cuales yo he podido escuchar sus testimonios desde mis primeros años de sacerdote. Ha habido muchos hombres que han encontrado su consuelo en esa ejemplar institución eucarística. Recuerdo el caso de un señor de Escalonilla. Vino un día con su mujer a entregarme una cantidad para el Seminario. Es lo que le habían dado en el seguro que tenía suscrito a favor de una hija suya que, en la noche última del año, al ir de Escalonilla a Torrijos, murió en un accidente de automóvil. Una excelente muchacha; iba con su novio y una hermana. Habrían ido infinidad de veces; pero esa noche fue cuando, por lo que sea, sufrió un accidente, y ella murió. Entonces, el dinero que les dieron, dos millones y pico, este hombre vino a darme para el Seminario, y me dijo lo siguiente: «Yo la quería tanto, que cuando tuve noticias de la muerte de mi hija, inmediatamente pensé que yo ya no podría vivir y que debería no poder vivir. Pero eso fue un momento; después empecé a pensar: ¿y mis horas de adoración nocturna en Escalonilla, durante tantos años ya? ¿Y las que voy a seguir haciendo?, porque no debo retirarme. Me acompañará mi hija ahí, conmigo, y ofreceré al Señor algo que hasta ahora no he ofrecido, el terrible sacrificio de haber perdido a esta hija tan querida».

Se valora más el sufrimiento, cuando se sabe para qué está en la vida, porque la Eucaristía es sacrificio, porque es cruz amorosa, porque es huerto de los olivos, porque es despedida, porque es última Cena, porque es amor, es darse, es dar todo lo que tenía Jesús: Mi Carne y mi Sangre. Es el secreto de la Iglesia. Es la Eucaristía la que hace a la Iglesia. La hace, la construye; por eso hemos de tener mucho más culto a la Eucaristía en nuestras iglesias y hay que buscar modos de apostolado en los que la Eucaristía esté presente. Hay que trabajar, sacerdotes, en las parroquias con mucha fe, aunque vengan pocos; ya vendrán más; pero no retirarnos nosotros. No arreglaremos el problema religioso de nuestro tiempo con evasiones fáciles y con manifestaciones católicas cómodas, no. Tenemos que aceptar lo que haya de sacrificio, que es dulce, es yugo suave, es cruz santa y redentora. El sacrificio de Cristo en la Eucaristía, es, en una

palabra, amor. Está todo lleno de amor, y siendo así, ¡con qué facilidad vamos discurrendo por la vida, evadiéndonos de lo que significa esto que Dios ha puesto en nuestras manos, y entregándonos en cambio a pasajeras diversiones que no conducen a nada!

El apostolado seglar en España en nuestro tiempo subirá mucho, si consiliarios y dirigentes dan más culto a la Eucaristía, si se hacen más horas de adoración, si se examinan las conciencias más delicadamente delante del Señor de la Eucaristía. Él es nuestro Señor, a Él nos rendimos, a Él amamos, con Él queremos caminar y vivir; su carne es verdaderamente comida y su sangre es verdaderamente bebida.

Estas asociaciones eucarísticas tienen una vida lánguida y pobre en cuanto al número; rica y fervorosa en cuanto a los que a ellas pertenecen, porque son fieles y cumplen con esmero la obligación que por amor se han impuesto, pero son muy pobres para lo que tenían que ser en una ciudad como Toledo. En todas las iglesias tendría que haber turnos de Adoración Nocturna, con un poco de sacrificio, sí; viene muy bien. Cambian las vidas, se iluminan las mentes, coge calor el corazón y se transforman la familia y la sociedad.

Vamos a comenzar, desde hoy, estos trabajos para terminar, cuando sea, con ese acto que congregue a hombres y mujeres de toda la diócesis con sus sacerdotes, para adorar y consagrarnos en el culto y en el amor a Cristo Sacramentado, para hacerle más Hermano nuestro y sentir mejor su redención. Que así sea.

PROGRESAD EN LA VIDA DEL ESPÍRITU

Homilía pronunciada en la clausura de la santa Misión, de Talavera de la Reina, el 21 de noviembre de 1993. Texto, en BOAT, noviembre-diciembre de 1994.

Queridos hijos; queridos Padres Misioneros y sacerdotes de la Ciudad; queridos hermanos todos de Talavera:

Se clausura hoy esta Misión que ha estado siendo predicada durante tres semanas por los misioneros y misioneras y sacerdotes y demás colaboradores que han venido ayudando a realizar la tarea que os impusisteis desde el día 31 de octubre. ¡Dios sea bendito! Y ahora venimos aquí como a traer un ramo de flores para ponerlo a los pies de la Virgen del Prado. Ella sigue en su Basílica, pero está Cristo en su imagen bendita presidiendo el Santo Sacrificio de la Misa.

Lo que habéis estado haciendo durante estos días es lo que nos dice el Profeta Ezequiel en la primera lectura de hoy, en la cual habla de Dios que busca al hombre. ¡Dios buscando al hombre...! Si no lo hubiese creado, no lo buscaría; pero es suyo. El hombre es una criatura hecha a imagen de Dios, y Dios le ama, le ama mucho; y si el hombre se pierde, Dios va a buscarle como el pastor busca a las ovejas perdidas. Lo que hace Dios con los hombres equivale a esta tarea propia del Buen Pastor: busca a la oveja perdida, la saca del abismo en que se ha hundido, cura sus llagas, la alimenta, hace todo lo posible para que no vuelva a caer en la sima en que se hundió. Estas palabras reflejan, digo, lo que es el comportamiento de Dios con respecto al hombre; y son como un anticipo de la realidad mesiánica, que ha de producirse más tarde, cuando venga su Hijo divino Jesucristo al mundo. Él también se retratará a sí mismo como Buen Pastor: es la alegoría famosa que propuso Jesús cuando dijo: *«Yo soy el Buen Pastor... y el Buen Pastor da su vida por sus ovejas. Y conoce a sus ovejas y sus ovejas le conocen a Él»*. Aplicádoselo a sí mismo dijo en primera persona: *«Yo conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen a Mí»*.

Jesucristo nos conoce a cada uno de nosotros; para Él no hay nadie oculto, y en cada persona no hay nada secreto. Él atraviesa, con los ojos de su poder infinito, la realidad de cada uno de nosotros; pero no lo hace para hacer sentirnos como temerosos de su poder; es para asegurar ese trato delicado y fino que tiene con cada uno de nosotros. ¿A quién no ha perdonado Jesucristo? ¿Quién no se ha sentido amparado en sus brazos, cuando ha rezado el «Señor mío Jesucristo», u otra oración parecida, algo de paz y de consuelo? Y, a la hora de la muerte, cuando se nos van los seres queridos ¿quién no ha sentido cierto alivio, en medio de su dolor, cuando ponen un crucifijo sobre la caja mortuoria, y el último beso lo dan ya a ese crucifijo que al exterior aparece como la salvaguarda de quien está allí dentro, para ser llevado al camposanto y esperar allí la resurrección de los muertos?

Dios es misericordioso, queridos hermanos. Dios no es fundamentalmente un juez temible, no. Dios nos juzgará, pero Él no busca nuestro castigo, Él no se complace en afligirnos, con lo que podría ser una pena dura para nuestros comportamientos; basta con que haya arrepentimiento sincero, para que vuelva

al corazón del hombre la paz de Dios. ¡Qué saludo tan bonito el que se hacía antiguamente...! Ahora vuelve a hacerse en la Iglesia, cuando nos damos la paz los unos a los otros. Antaño no era necesario estar en la iglesia para decirnos unos a otros cuando nos veíamos: «La paz de Dios»; bien seguros de que ésa sí que es paz, no la que nosotros establecemos con nuestros propios criterios: tiene que fundarse en algo más sólido, tiene que fundarse en la misericordia de Dios, la cual invocamos humildemente y recibimos, si nuestro corazón quiere estar dispuesto.

Esto ha sido la Misión en Talavera. Yo os felicito a todos cuantos habéis asistido y habéis querido recibir el don de Dios que ha llegado hasta vosotros; y lamento que haya quienes han pasado de largo y no han abierto sus puertas a esa llamada dulce y suave de Dios Omnipotente, que ha venido aquí, a través de la Iglesia, y por medio de los sacerdotes misioneros, y con el auxilio de cuantos han trabajado en la Misión; ha venido para dar luz, para dar paz, para hacer sentir el amor verdadero sin el cual nuestra vida es tan pobre. Y ¿por qué, hermanos por qué? ¿Por qué predicamos a Jesucristo?

Hoy es la fiesta de Jesucristo Rey, pero no un Rey de este mundo. A la hora de la Pasión fue Pilatos el que le preguntó: «¿Luego, Tú eres rey?» Y Jesús le contestó: «*Tú lo dices: Yo soy Rey, pero mi reino no es de este mundo. Si fuera de este mundo se habrían levantado legiones de ángeles para defenderme*». Y hoy mi situación, viene a decir, no es más que la de la pobre víctima que va al Calvario. «*Mi Reino no es de este mundo*», pero tiene que empezar aquí con aquellos que escuchan mi palabra, una palabra que es luz y vida, Jesús. Le ofrecemos a los niños, a los jóvenes, a las familias, a los matrimonios, a los ancianos. Le ofrecemos para la vida profesional, familiar, política, económica, cultural.

Ya sé que hay quienes, siendo muy sabios con la sabiduría de este mundo, se olvidan de Dios y permanecen tan tranquilos. También sucede lo contrario: quienes, siendo muy sabios, buscan a Dios y rezan como un niño pequeño: el gran Pasteur, el investigador de la Bretaña francesa, cuando iba de vacaciones a su pueblo, así lo cuenta él en sus memorias, le gustaba ir a la iglesia parroquial del pueblecito y escuchar los sermones del señor cura: unos sermones pobres, nada especialmente elocuentes, pero pronunciados con la humilde fe de un campesino francés de entonces; eso era aquel pobre cura rural; y este gran sabio se complacía en escuchar tales sermones y sentía robustecida su fe, y rezaba más, y se hincaba de rodillas en su pobrecita iglesia para lograr fuerzas para la semana y seguir portándose cristianamente. Lo digo, porque a veces hay quienes enseguida se fijan en otros sabios que han podido vivir y morir sin contar con Dios. Pues sucede lo contrario en otros muchos: de manera que por ahí no hay argumento ni en contra ni a favor: a unos y otros Dios les llama: unos responden, otros no quieren responder: eso es todo.

Jesús es la Vida, la vida del alma. Hay que nacer de nuevo, nos dijo Él, y ahí está el problema grande. «*Hay que nacer de nuevo*», le dijo a Nicodemo; y Nicodemo tomó al pie de la letra las palabras que Jesús le decía: «¿*Cómo puede un hombre volver a nacer?*». Y Jesús le dijo, como remontándose hacia una altura a la que Él quería llevar a aquel hombre que buscaba de verdad, dentro del judaísmo, la verdad de Dios: «*En verdad, en verdad te digo que, si no naciereis de nuevo, no podréis ver el Reino de Dios*». Y aquí está la cuestión:

Todos los días se nos ofrecen ocasiones para nacer de nuevo, para vencer las tentaciones del mal, para orientar nuestra conciencia en el sentido recto, pero muchas veces descuidamos el modo de vencer esas tentaciones, no hacemos caso, nos creemos dioses nosotros a nosotros mismos; y así no, no podemos hacer nada. Enseguida las fuerzas del Espíritu se desvanecen, si creemos que sólo con nuestros criterios y recursos humanos podemos vencer las dificultades de la vida; luego, al final se acaba todo, y ¿de qué ha servido la salud?

¡Cuántas lecciones se aprenden en las cárceles que los sacerdotes visitan! En Ocaña, donde existen prisiones bien conocidas, van semanalmente muchos sacerdotes: además de los de la parroquia, sacerdotes del seminario y algunos seminaristas mayores: tengo interés en que se acerquen allí y ayuden, al menos, con un signo de amistad, a los que allí cumplen la pena que la justicia les ha impuesto. Pues bien, *el lamento continuamente repetido es el del fracaso de su vida*; dicen los que allí están: «Mi vida fracasada. Ahora no me queda más horizonte que estos años de condena; aunque algo se me rebaje ¿qué puedo pensar ya?» Y que todo iba a ser fácil, que todo serían noches azules y llenas de sonrisas, dinero abundante, todo a su disposición, pero ahora se encuentran con que no hay nada de lo que ellos imaginaban, porque la vida es implacable. Y así continuamente; matrimonios deshechos a los pocos años de haberse constituido, infidelidades conyugales, adulterios, familias rotas, como la de ese niño del que nos han hablado los periódicos: un niño norteamericano que se pone de rodillas delante de sus padres y llorando les dice: «No os separéis, porque yo no podré vivir sin que estéis aquí los dos»; ¡Un niño de diez años!... Así no se progresa. Así ciertamente seremos reyes de nosotros mismos, pero unos reyes destronados, reyes sin reino. Jesús en cambio es Rey del corazón y, a medida que su reino se extiende, los corazones se agrupan para proclamarle Señor de sus vidas y ofrecérselas en homenaje, que se convierte en paz y alegría para quienes se lo ofrecen.

Queridos hijos de Talavera. Ahora empieza la misión propiamente. Han pasado aquí estas tres semanas, pero esto no debe ser una lluvia de otoño, como las que han caído, para desaparecer después. Ahora sois vosotros, en las parroquias, los que tenéis que constituir pequeñas comunidades de Iglesia. No digo más que eso: comunidades de Iglesia. Pequeñas, porque así es mejor; así podréis tratar cuestiones de la vida de la fe, podréis conocer mejor la Biblia, la Palabra de Dios; podéis animaros unos a otros a vivir con más perfección la vida cristiana; podéis adorar al Santísimo Sacramento. Yo os daré todas las facilidades que puedo dar dentro de mis facultades para que adoréis la Sagrada Eucaristía no sólo en los templos; en centros de evangelización, centros pequeños donde se reúnan pequeños grupos para hablar de Dios, para exponer cada uno lo que siente en relación con la vida cristiana y progresar en ella.

Llegan momentos de crisis. No podemos los cristianos permanecer indiferentes ante el sufrimiento de los demás, cuando aparecen esos dramas familiares, de un hombre sin trabajo; de una mujer medio desesperada, porque no puede sacar adelante a sus hijos; de unos niños deseosos como los que más de contar con los auxilios de la vida y no tener en la mano ni siquiera un pequeño juguete para entretener sus ocios. Hermanos, es necesario que vivamos pendientes unos de otros, practicando el precepto del amor fraterno, buscando el ejercicio de esa caridad sin fin, que no encubre ninguna injusticia, sino que es la justicia máxima

que pueda darse, porque significa que, además de cumplir con las obligaciones que tengamos, aportamos más, como dijo un día aquel escritor español, Jacinto Benavente: «Es necesario muchas veces hacer algo más que la justicia». Y añadió este pensamiento: «Nadie puede pedirme a mí, en nombre de la justicia que dé un beso en la frente a ese pobre desgraciado con el que me encuentro en un hospital o en un camino, pero yo me acerco y le doy ese beso ¿quién me lo pide? ¡Eso que se llama caridad y está por encima de toda justicia!».

Que Talavera progrese en la vida del Espíritu. Que se formen parroquias más evangelizadoras. Vosotros estáis diciendo eso, que este es el propósito fundamental: seguid siendo parroquias evangelizadoras. Hoy no basta un cristianismo cómodo para casa, como si fuera una posesión nuestra. Un cristianismo que se limita a rezar unas cuantas oraciones que sabemos de memoria desde niños. Un cristianismo de domingo que se limita a acudir a la iglesia para escuchar la misa y la homilía y estar deseando que termine todo para salir; no. Se necesita un cristianismo activo, militante, fervoroso, en el que se unan unos y otros y, formando comunidades en ese sentido en que os he dicho, sepan penetrar en los ambientes y, con toda decisión, confesar el nombre de Dios y ayudarse unos a otros, para que se respete más su ley divina en la vida familiar y en la vida social. Dios quiera que podamos conseguirlo.

Ahora ya, queridos misioneros, sembradores de la Palabra de Dios, vosotros camináis a otros lugares donde os esperan. Iréis comentando alguna vez vuestra Misión en Talavera. Os quedará un recuerdo: deseo que sea un recuerdo bueno. Aquí también os recordarán y habrá muchas personas que, en un momento u otro de la vida o al final de la misma, volverán sus ojos hacia Dios nuestro Señor gracias a lo que os han escuchado a vosotros estos días. Alguna palabra, alguna frase, alguna exposición doctrinal ha podido hacerles un bien inmenso: es vuestra tarea, podéis estar sencillamente orgullosos de tener esta misión en la vida. En unos sitios tendréis más éxito que en otros, pero la palabra éxito aquí significa muy poco: bien quisiéramos que, cuando vais a una ciudad, escucharan todos vuestra palabra, pero ni a Jesucristo le escucharon. Nosotros nos quedamos pidiendo por vuestro esfuerzo y vuestro trabajo. Y vamos a hacer una cosa, ¿sabéis?, vamos a ofrecer a esa imagen pequeña y delicada de la Virgen del Prado todo el esfuerzo hecho por los misioneros, los sacerdotes, las misioneras y por todos vosotros, hijos de Talavera. La Virgen del Prado, ésta a la que amáis tanto, confidente de vuestros secretos espirituales, alentadora de vuestros mejores propósitos, seguirá ayudándoos. Quizá sería bueno, Sr. Arcipreste y Párroco de la Basílica que todos los años, un día como éste, un día 21 de noviembre, silenciosamente, sólo ustedes, se acercasen lo más posible a esa imagencita de la Virgen del Prado y le dieran un beso en nombre de todos nosotros y dejaran allí un ramo de flores que fuera como el símbolo del amor que todos estos días se ha tratado de despertar en el corazón de todos los talaveranos, para que Ella traslade ese beso a Jesús, su Hijo divino, nuestro Redentor. Así sea.

EL DEMONIO, ÁNGEL DEL ABISMO

Texto inédito, sin fecha concreta, de una meditación cuaresmal redactada por el autor, cuando era arzobispo de Barcelona.

No es sólo la limitación, la finitud del hombre lo que somete su vida a la ley de un dinamismo tenso y duro, que la convierte en implacable milicia sobre la tierra (Job 7, 1). Hay también una voluntad hostil al hombre y a su “justicia y verdad”, a su realización y destino sobrenatural de hijo de Dios y heredero de su gloria. Ese adversario temible quiere que el Job de todos los tiempos sucumba, y se goza en ello. Es el demonio.

Realidad pesada y dolorosa

En una época como la nuestra, que sólo se interesa por los fenómenos concretos y palpables, con efectividad inmediata y práctica, ¿cabe hablar de otras realidades, de otros hechos, que ciertamente escapan al análisis espacio-temporal de nuestra “ciencia”? Si el hombre es consciente de su propia realidad, de todo lo que afirma, niega, siente y vive, sí cabe hablar. Más aún, es una exigencia. Y no puede dejar a un lado, con la sonrisa de su ironía o su desprecio, lo que experimenta, no en un laboratorio exterior en el que sus manos manipulan y dirigen, sino en ese otro, más rico y menos fácil, de su propia personalidad y de la humanidad entera.

Bernanos ha introducido de nuevo la figura del demonio en la literatura con seriedad y profundidad. En 1926, año en que publicó *Sous le soleil de Satan*, produjo un verdadero estallido entre los católicos. La gracia de Dios, combatida incesantemente por Satán, es el mensaje de su obra.

«¡Ah, hijo mío! –exclamó el abate Menou-Segrais dirigiéndose al abate Donisan– ¡Los tontos cierran los ojos ante estas cosas! Hay sacerdotes que no se atreven a pronunciar siquiera el nombre del diablo. ¿Qué es para ellos la vida interior? El oscuro campo de los instintos. La moral, una higiene de los sentidos. La gracia ya no es más que un razonamiento exacto, que solicita a la inteligencia; la tentación, un apetito carnal, que tiende a sobornarla. De esta manera, apenas se dan cuenta de los episodios más vulgares del gran combate librado en nosotros”¹. Pero los hombres han sido rescatados y ésta es la gran esperanzó y la gran alegría: “Todo es gracia”»².

Por esta visión, Charles Moeller, en su conocido libro *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, le llama: Bernanos o el profeta de la alegría: «Todos los sufrimientos del mundo dibujan misteriosamente un icono, el del cuerpo de Jesús, en el cual se consume la pasión redentora. He aquí por qué las palabras

¹ G. BERNANOS, *Sous le soleil de Satan*, p. 232.

² G. BERNANOS, *Journal d'un curé de campagne*, p. 363.

más bellas que puedo citar en este libro han sido escritas por Bernanos: “Todo es gracia”»³.

El demonio es una realidad. El cristiano lo sabe. No es una figura mítica, simbólica. Tampoco esa burda caricatura que han aprovechado los no cristianos para burlarse, aunque esta tendencia tenga en su origen un hondo sentido cristiano: la ironía del siervo, que a pesar de la lucha que sigue sosteniendo, sabe que ha sido liberado del amo opresor. El cristiano de los primeros siglos sentía vivamente que el diablo, como león rugiente, anda buscando a quien devorar, pero al que se le resiste, con la gracia de Dios, firme en la fe. *“Estad, pues, a pie firme, ceñidos vuestros lomos con el ángulo de la verdad, y armados de la coraza de la justicia. Y calzados los pies en preparación del evangelio de la paz. Embrazando en toda circunstancia el broquel de la fe, con que podéis apagar todos los dardos encendidos del maligno”*⁴.

El demonio en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento sólo poco a poco se dibuja la idea de la posterior afirmación cristiana del demonio. Algunos pasajes nos ilustran: Job 1, 6; 1Cro 21, 1; Zac 3, 1. En todos ellos se habla del adversario, del enemigo y espía omnipresente que acusa a los hombres ante Dios y los tienta para lograr su condenación.

En la visión del profeta Miqueas un espíritu se presenta ante Yahvé: *Vino un espíritu a presentarse ante Yahvé y dijo: yo, yo le induciré. ¿Cómo? preguntó Yahvé. Y el respondió: Yo iré y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas*⁵.

Al fin de la revelación del Antiguo Testamento ya aparece el demonio con toda claridad como el padre de todo mal, que se opone siempre hostilmente a Dios: *Por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo y la experimentan los que le pertenecen*⁶.

Pero es más tarde, en el Nuevo Testamento, cuando reciben pleno sentido todos aquellos pasajes del Antiguo que hablan de la sublevación, dominada, de un poderoso enemigo de Dios. Por ejemplo: *Hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón y peleó el dragón y sus ángeles, y no pudieron triunfar ni fue hallado su lugar en el cielo. Y a los ángeles que no guardaron su dignidad y abandonaron su propio domicilio los reservó con vínculos eternos bajo tinieblas para el juicio del gran día*⁷.

En el cosmos creado por Dios estalla una rebeldía, un pecado original, y este pecado, por obra de Satanás, pasa del mundo de los seres espirituales al mundo humano. La redención es una lucha poderosa entre el fuerte y el más fuerte. *¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, no puede durar. Y si una casa está dividida contra sí misma, no podrá*

³ CH. MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, I, p. 456, Madrid.

⁴ Ef 6, 14-16; 1P 5, 8.

⁵ 1R 22, 21-22.

⁶ Sb 2, 24.

⁷ Ap 12, 7-8; Judas 6.

*subsistir. Si, pues, Satanás se levanta contra sí mismo y se divide, no puede sostenerse, sino que ha llegado su fin; mas, nadie puede entrar en la casa de un fuerte y saquearla, si primero no ata al fuerte y entonces saqueará la casa*⁸.

Estas citas iluminan ciertos textos del Antiguo Testamento:

*«¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora? ¿Echado por tierra el dominador de las naciones? Tú, que decías en tu corazón: Subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono; me instalaré en el monte santo, en las profundidades del aquilón. Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo. Pues bien, al sepulcro has bajado, a las profundidades del abismo»*⁹.

*«Eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de belleza. Habitabas en el Edén, en el jardín de Dios, vestido de todas las preciosidades... El día en que fuiste creado te pusieron junto al querube colocado en el monte de Dios, y andabas en medio de los hijos de Dios. Fuiste perfecto en tus caminos desde que fuiste creado hasta el día en que fue hallada en ti la iniquidad... Se ensoberbeció tu corazón de tu hermosura y se corrompió tu sabiduría, y a pesar de tu esplendor, por tus muchos y grandes delitos, te eché por tierra»*¹⁰.

El Nuevo Testamento, respuesta decisiva a la figura del demonio

Hay un pasaje esencial en el evangelio de S. Juan: *«Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. Él es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira»*¹¹.

Satanás es una criatura caída que pretende un reino de rebeldía, de desesperación, de pecado. Convirtió su ser en mentira, se hizo padre de la mentira por ser «el que cambia la verdad de Dios en mentira»¹². Satanás no es “antípoda de Dios”, no es el Mal frente al Bien, no está frente a frente con Dios: *«apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás»*¹³. No existe un poder contra Dios.

Satanás no tiene el bien para sí, y lo quiere impedir en los demás. Es el adversario de los designios de Dios sobre la salvación de la humanidad y el adversario de Cristo en su obra de la redención. Quiere arrastrar a los hombres a la apostasía y a la ruina, quiere establecer un falso orden: el del egoísmo, el de la soberbia, el de la avaricia. El pecado es el campo en que el demonio vive y trabaja: *«El que comete pecado, ése es el diablo, porque el diablo desde el principio peca. Y para esto apareció el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo»*¹⁴.

⁸ Mc 3, 23-27.

⁹ Is 14, 12-15.

¹⁰ Ez 28, 12-17.

¹¹ Jn 8, 44.

¹² Rm 1, 25.

¹³ Mt 4, 11.

¹⁴ 1Jn 3, 8.

La lucha del diablo va dirigida contra Cristo y su Iglesia. Ataca a Cristo antes ya de que el Señor comenzara su predicación: tentaciones en el desierto. Su odio se hace patente en la traición de Judas, al poner en el corazón de éste el propósito de entregarle y al tomar posesión de él: *después del bocado, en el mismo instante entró en él Satanás*¹⁵. Es el enemigo que siembra la cizaña: *«Explicanos la parábola de la cizaña del campo. Él respondiendo dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno; el enemigo que la siembra es el diablo»*¹⁶. Se opone constantemente a la acción de los discípulos de Jesús: *«Simón, Simón, Satanás os busca para cribaros como trigo»*¹⁷.

Cristo es el fuerte que ha vencido al demonio, le ha arrebatado su dominio: *«Si yo arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios»*¹⁸.

Cristo derrotó ya al demonio, cuando hizo realidad la profecía del Génesis¹⁹. Desde su aparición sobre la tierra: *«Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo»*²⁰. Destruyó con su muerte al dominador de la muerte²¹. Esta victoria se completará en la segunda venida de Cristo: *«Por eso regocijaos, cielos, y todos los que moráis en ellos. ¡Ay de la tierra y del mar! Porque descendió el diablo a vosotros animado de gran furor, por cuanto sabe que le queda poco tiempo»*²². Por eso tiene un poco de tiempo, porque la derrota definitiva no tendrá lugar hasta el fin del mundo, y por eso nuestra resistencia a sus ataques ha de ser constante: él arranca la semilla de la palabra de Dios de los hombres, y causa desorientación disfrazándose de ángel de luz²³.

La lucha contra el poder de Satanás, “actitud cristiana” fundamental

La lucha contra el poder de Satanás es una “actitud fundamental” en Jesús que se manifiesta constantemente en el Evangelio *«Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí»*²⁴. Satanás ha sido el causante de la muerte de Cristo, pero no ha impedido la redención. La muerte de Jesús es nuestra vida y en ella venció al príncipe de este mundo.

¿Nuestra conciencia científica, moral, nuestra conciencia de hombres de casi finales del siglo XX nos lleva a sonreír, a dar por superada y como resultado de otras culturas y de otros tiempos la lucha contra el poder de Satanás? No respondo con la ciencia, ni con la conciencia moral, ni con ninguna otra realidad fruto de nuestro siglo. Ni puede responderse de esa forma, ni es de su

¹⁵ Jn 13, 2.27.

¹⁶ Mt 13, 36-39.

¹⁷ Lc 22, 31.

¹⁸ Mt 12, 28.

¹⁹ Cf. Gn 3, 5.

²⁰ Lc 10, 18.

²¹ Hb 2, 14.

²² Ap 12, 12.

²³ Cf. Mc 4, 5; 2Cor 11, 14.

²⁴ Jn 12, 31-32.

incumbencia. Es el Evangelio, todo el Nuevo Testamento el que nos da la respuesta. Como cristianos es decisiva nuestra actitud con respecto a Cristo.

Si Cristo y su mensaje pertenecieron a otra cultura, a otro momento histórico ya superado, ¿este Jesús sería realmente Dios y Salvador de todos los hombres? Pero creemos en Cristo y nos dejaremos aleccionar por Él. «Y lo haremos con plena conciencia, porque no se trata aquí de declaraciones eventuales, sino de una actitud fundamental de Jesús, que se manifiesta una y otra vez. Su lucha contra el poder satánico es el fundamento especial de su conciencia mesiánica. Sabe que no debe limitarse a enseñar una verdad, a mostrar un camino, a inspirar una actitud religiosa viviente, a establecer unas relaciones con Dios; sino que ha sido enviado para aniquilar unas potencias que se oponen al cumplimiento de la voluntad divina. Para Jesús no existe solamente la posibilidad del mal, propia de la libertad humana, ni tampoco la inclinación al mal, fruto del pecado del individuo y de la colectividad, sino también un poder personal que quiere esencialmente el mal»²⁵.

Como ocurre en todas las alegorías bíblicas, no importa que Job no haya existido, importa su mensaje. Es el Job que hay en todo momento histórico el que nos orienta en nuestra actitud cuando «*la noche taladra mis huesos y no descansan los que me roen*»²⁶.

Es el hombre creyente en la Providencia de Dios el que nos enseña a contestar: «*Todo esto lo ven mis ojos, lo ha oído y mi oído lo entendió. Lo que vosotros sabéis, lo sé yo también, no soy menos que vosotros*»²⁷. Dios no ES, si frente a Él se tienen razones: «*¿Cómo pretenderá el hombre tener razón contra Dios?*»²⁸. Lo que desconocemos es la sabiduría de Dios en medio de la tentación, del dolor, de la lucha, del fracaso. Es el hombre que pide ayuda y perdón a Dios en su pecado y en su debilidad, quien sabe vencer a Satanás. Y le vence, porque arrojado de los hombres, objeto de burla para todos, derritiéndosele la vida entre sus huesos, arrojado al fango y venido a ser polvo y ceniza, llama a Dios y en su grito comprende que ¿quiénes somos los hombres para empañar la Providencia de Dios con imprudentes discursos? , ¿dónde estábamos al fundar el Señor la tierra? , ¿hemos mandado nosotros a la mañana ser mañana y a la aurora ser aurora?, ¿qué Dios es aquel a quien se le puede enmendar la plana?²⁹.

La estrecha relación entre demonio, pecado y muerte aparece con particular claridad en San Pablo: «*Por la envidia del diablo, vino el pecado al mundo, y por el pecado la muerte*»³⁰. Por eso sólo hay una forma de esperanza: la de esperar en el precio a que hemos sido rescatados del diablo, del pecado y de la muerte. El Evangelio de Cristo es el único, precisamente porque se enfrenta con toda profundidad con las realidades de este mundo y con la realidad del hombre.

El Evangelio no elimina al demonio, lo vence. De este modo nos ayuda a evitar las utopías de nuestra incredulidad y ayuda al mundo a mantenerse joven y

²⁵ R. GUARDINI, *El Señor*, vol. I, p. 199-200.

²⁶ Job 30, 17.

²⁷ Job 13, 1-2.

²⁸ Job 9, 1.

²⁹ Cf. Job 38.

³⁰ Rm 5, 12.

alegre. Es mejor el saber que el demonio existe y puede ser vencido, que el no creer en él y ser sus víctimas constantes y repetidas.

Parte Tercera

Discursos

LA VIRGEN MARÍA Y LA IGLESIA DE HOY. MARÍA Y EL HUMANISMO CRISTIANO

Conferencia de clausura de la XXX Asamblea de Estudios Mariológicos, celebrada en Zaragoza, del 16 al 21 de octubre de 1972, Año del Pilar. Reproducción del texto publicado por Editorial Cocusa, Madrid 1972.

Una crisis y sus causas

Hace poco más de un mes, afirmaba muy acertadamente el padre Aldama en una de sus conferencias pronunciadas en la V Semana de Cuestiones Teológicas, de Toledo, que si prestamos atención al Concilio Vaticano II, al Magisterio posterior de la Iglesia por parte de los Obispos, y sobre todo, del Romano Pontífice, y a las manifestaciones del pueblo católico, no se puede hablar de crisis de la Mariología, ni de disminución o menos aprecio del culto y la piedad hacia la Santísima Virgen María. Es evidente.

Sin embargo, hay una zona intermedia, no pequeña, en la Iglesia hoy, formada por personas responsables de la educación y mantenimiento de la fe del pueblo, en la que sí aparece esta crisis, la cual se manifiesta en silencios, displicencias, reproches indiscriminados a lo que ellos llaman excesos o deformaciones de la piedad mariana, abandono de prácticas tradicionales, y a veces, en menor escala, por supuesto, ataques velados o abiertos a ciertos dogmas y formulaciones de la doctrina católica relativas a la Virgen María. Artículos en revistas y periódicos, exposiciones de cátedra, predicaciones en algunos templos o ausencia de las mismas, determinadas orientaciones que se dan en algunos colegios de la Iglesia, repulsa o al menos falta de participación en actos externos y colectivos, que hasta hace poco se consideraban normal expresión de una fe y de unos sentimientos dignos de ser respetados, aparecen aquí y allá en número suficiente como para poder decir que, en esa zona amplia a que me refiero, existe una crisis en la Mariología y en el culto mariano, que forma parte de la crisis general que padece la Iglesia en cuanto a la transmisión de su doctrina y la incorporación de la misma a la vida del culto y la piedad. No es sólo mera desorientación, sino auténtica crisis.

Como causas desencadenantes de este fenómeno creo que pueden señalarse estas tres:

- A) Una influencia de la teología protestante, al menos en el sentido de querer atenuar los obstáculos que de parte católica, según los que así piensan y obran, se oponen al progreso de la causa ecuménica.
- B) Una absorbente y polémica entrega, por parte de muchos, a lo que podríamos llamar cristianismo periférico, denominación en la cual incluyo tantos y tantos esfuerzos como se hacen en orden a la revisión de estructuras, cuadros organizativos, conceptos de Iglesia, comunidades, pedagogía de la fe, búsqueda de la autenticidad... etc., todo lo cual quema energías, produce irritaciones y descontentos, fomenta esperanzas, fundadas unas veces y vanas otras muchas, y aparta la atención de algo que por su naturaleza, como es el misterio de la Virgen María, requiere, para ser contemplado, mucha sencillez de alma, mucho silencio, amor manso y tranquilo, y, sobre todo, paz.
- C) Una exaltación exagerada, que quiere ser religiosa, de los valores del humanismo, que, prescindiendo de casos extremos ya incompatibles con la doctrina católica, se manifiesta en una Cristología que acentúa lo humano en Cristo, en una teología de la liberación de las miserias terrestres, en una oposición a hablar del pecado actual u original, en una valoración desmedida de la libertad, en relación con todo lo cual, la figura de la Virgen María, tan humilde, tan esclava del Señor, tan sin pecado, tan llena de silencio y de gracia sobrenatural, parece a los cantores de este humanismo una abstracción idealizada e inactual.

Merecería la pena estudiar la figura de María y el culto a su persona santísima en relación con cada una de estas tres causas que influyen en la crisis de que hablo. No puedo hacerlo. Limitaré mi examen solamente a esta última y, en síntesis, la afirmación fundamental que va a presidir mi exposición es ésta:

- que precisamente en la Virgen María encontramos uno de los más excelsos motivos para un humanismo cristiano;
- que sólo la falta de reflexión sobre lo que significa María en la historia de la Salvación del hombre puede inducir a algunos a olvidarla, cuando se proclaman estos entusiasmos humanistas, que, por otra parte, suelen terminar en trágicas desilusiones.

LA CONDICIÓN HUMANA DE MARÍA

Semejante a nosotros, presagia nuestra grandeza

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, *nacido de mujer*, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Gal 4, 4-5). La realidad de todo el misterio de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y de los hombres, está enraizada en lo más profundo de la condición humana: ningún hombre puede nacer sin madre. El Verbo participó de nuestra condición asumiendo la naturaleza humana en el seno de una mujer virgen, que concibió por obra del Espíritu Santo. Cristo, como todos los que creen en su nombre y son por adopción hijos de Dios, “no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios” (Jn 1, 13).

María es de nuestro linaje, tiene nuestra propia condición humana, pertenece a la gran familia de los redimidos y toda su grandeza le viene, como a todo hombre, de la redención de Cristo, su Hijo, nacido de su mismo ser. No podemos olvidar la *persona*, la *mujer* que es María y que no puede ser un simple instrumento impersonal, con lo que se disminuiría la misma realidad de la encarnación divina, al hacer de ella una “aparición de Dios en el mundo” y no su encarnación humana: Cristo verdadero hombre y verdadero Dios, del mismo linaje de Adán, Primogénito de la gran familia, Único que por sí mismo adora al Padre en espíritu y en verdad, el Hombre que mostró a todos cómo en la obediencia absoluta al Padre está la libertad, el Verbo que se hizo hermano nuestro para hacernos hijos del mismo Padre y de la misma Madre, el Salvador que murió para resucitarnos.

“Nacido de mujer”. María es una persona humana. La vida terrena de Cristo es descendimiento de una Persona eterna en el tiempo. La de María es como la nuestra: ascensión progresiva desde el tiempo a la eternidad. Es la Madre y Esposa en la historia de la Salvación, no un simple instrumento. La condición verdaderamente humana de su persona es riqueza nuestra, de la que parte nuestra dignificación; la plenitud de la gracia de Dios en esa misma condición humana nos engrandece también a nosotros. *“Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada”* (Lc 1, 48). Existe una persona totalmente humana que creyó, esperó y amó a Jesucristo con toda la fuerza de su ser: la Virgen María, una criatura sujeta a las limitaciones de nuestra propia condición, a las circunstancias históricas de su patria y de su raza, al momento presente, sin conocimiento del futuro y que, por lo tanto, supo de la incertidumbre, de la inquietud, de la angustia. Conoció el dolor, el desprendimiento, el trabajo, la separación y la muerte de los seres queridos. Sintió el peso de la contradicción. Cumplió fielmente las exigencias de mujer, madre y esposa “cristiana”, girando, eso sí, dentro de un misterio que confería a estas misiones humanas una plenitud y singularidad que la hacen distinta, pero no extraña a nadie.

Dios quiere el amor libre del hombre y su mirada inteligente. *“Ninguna condenación pesa, pues, sobre los que están en Cristo Jesús”* (Rm 8, 1). *“Para la libertad nos liberó Cristo”* (Gal 5, 1). Dios es Dios de vida, de verdad, de inteligencia, de libertad y de voluntad, y si nunca convertirá a los hombres en puros instrumentos, porque les negaría lo mismo que les ha dado, su imagen y semejanza ¿cómo iba a hacerlo con la que iba a ser la Madre del Redentor? *“En donde está el Espíritu del Señor, está la libertad”* (2Cor 3, 17). *“Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo... El Espíritu Santo vendrá sobre ti”* (Lc 1, 28.35). María vivió su vida con toda la fuerza de su condición humana de mujer, y con la plenitud de la gracia en Ella, puesta totalmente al servicio de Dios: *“He aquí la esclava del Señor”* (Lc 1, 38). Las gracias, prerrogativas y privilegios que parecen separarla de nuestra condición humana, manifiestan en Ella la realidad de la salvación de nuestro linaje y la gloria de nuestra resurrección. *“Hemos sido salvados, pero en esperanza”* (Rm 8, 24).

SACRIFICIO Y FIDELIDAD OLVIDADOS EN EL HUMANISMO ACTUAL

Valor de la presencia de María

María es nuestra madre, presente y activa en el nacimiento del Primogénito de los Hijos de Dios, en su vida, en su muerte, en su resurrección y ascensión, en el nacimiento de la Iglesia. Su presencia es siempre fe, abnegación, entrega. *“Hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1, 38). A ella hemos sido confiados todos: *“Mujer, ahí tienes a tu hijo”*. Luego dice al discípulo: *“ahí tienes a tu madre”* (Jn 19, 26-27). Es fácil decir así, con una sola frase lo que fue su vida: aceptar y vivir desde su condición humana la vida de Dios en Ella. ¿Es que acaso no se nos pide a nosotros lo mismo? ¿Es que no aceptó ella ser madre y ayudarnos? ¿Es que la plenitud de gracia y vida de la madre no es para el bien de los nuevos hijos? *“Si el grano de trigo no muere, queda infecundo”*. El humanismo actual está olvidando la noción de sacrificio, porque los hombres de todos los estamentos y ambientes rompen sus lazos más sagrados y sus obligaciones más caras ¿Y qué humanismo es entonces? Ahí esta la raíz de esa “deshumanización” de nuestro humanismo.

Necesidad presentida

El humanismo actual comprueba las contradicciones del hombre en su zona más personal; sabe de su dominio, de su lucha, de su poder, de su angustia, de su inquietud y de su dolor. Sabe de su optimismo y de su depresión, de su éxito y de su fracaso, de sus complejos y de sus evasiones. No en balde las ciencias del espíritu humano avanzan penetrando en el mundo inmenso de la persona. Tenemos el sentimiento de estar viviendo un cambio sin precedentes; no hay aspecto de la realidad al que esta mutación no afecte. Hemos visto cambiar en nuestra propia vida humana la realidad histórica, diferentes sistemas, diferentes políticas, planes que se suceden unos a otros. Con mucho fundamento se habla, al tratar de la educación de nuestros niños y de nuestros jóvenes, de una “pedagogía para el cambio”. Vivimos en una época científica y de una técnica aplastante. El pensamiento contemporáneo es el reflejo de un mundo en crisis. Todo contribuye a hacer del hombre un ser inquieto y preocupado por su futuro, inquieto y preocupado por su propia imagen. Un humanismo serio y profundo sabe que el hombre, que trabaja sólo por los bienes materiales, construye su propia prisión. Los hombres tienen siempre necesidad de “algo” más que la dicha sensible que se deshace entre las manos. ¿Dónde encontrar este “algo” más? Sólo es dado en la fe.

Progreso y felicidad no son paralelos

Nuestros sabios y científicos no están seguros de que la línea de la ciencia y del progreso sea paralela de hecho a la de la felicidad y del bienestar humanos. La auténtica felicidad brota del espíritu; hay que sacrificar todas las apariencias de felicidad, que no son más que simples goces. Todos nos preguntamos cómo esa fuerza y esa energía natural conquistadas, ese progreso y avance logrados no se insertan en la vida de la humanidad para mejorarla en todo su crecimiento y despliegue. Pero en cada uno de nosotros tenemos la contestación: egoísmo,

ambición y orgullo. La gran labor de una época no está en que sus hombres, logren sólo un progreso y un bienestar material, un dominio de la naturaleza cada vez mayor, sino en lograr una forma de vida humana cada vez más digna y más rica.

El humanismo de una época como la nuestra, con una realidad ya efectiva y con unas posibilidades todavía mayores, tendría que tener una ética humana, unas costumbres, una vida interior a la misma altura, por lo menos, que su propio avance material y científico; pues, ¿para qué sirve todo, si el hombre no es cada vez más rico en su propia sustancia y cualidad, cada vez más grande en su libertad? El poder en sí no es ningún valor. Tiene que poder ser “para algo”. Y ahora la pregunta a nuestra época: “el poder ¿para qué?” “En la vida del hombre actual –especialmente de aquel que tiene la responsabilidad y ejerce la decisión– debe insertarse algo que puede ser descrito del siguiente modo: en él debe formarse una auténtica interioridad, que pueda oponerse a las tendencias superficializadoras y dispersoras de la época. El núcleo personal debe experimentar una consolidación que, partiendo en cada caso de la conciencia de verdad, le haga capaz de establecer una posición más fuerte que las consignas y la propaganda... El futuro del hombre descansa realmente en que alcance la capacidad de sujetar la tendencia al poder y a la ganancia, mediante la superación de sí mismo”¹.

Los médicos y los educadores ponen constantemente de manifiesto, aunque parezca paradójico y contradictorio, que el hombre está cada vez más solo y aislado. Hay muchas “masas”, muchas reuniones, muchas asambleas, pero hay poca “comunidad”. Aun sin saberlo y de una manera inconsciente, parece que en el momento actual vuelve a levantarse el criterio de la “gaya ciencia” de Nietzsche: el hombre es un sí y un no, idea o realidad que no tiene nada que ver con el Evangelio: si el grano de trigo no muere, queda infecundo; el que quiera salvar su vida, la perderá. Aquella, la de Nietzsche, es una ética de la voluntad de poder, de las fuerzas irracionales del alma, del instinto natural de vida y felicidad. Una ética que hace desaparecer los valores evangélicos, porque disminuyen la virilidad del hombre y lo esclavizan. Desde luego que no es lo mismo que el hombre sea a imagen y semejanza de Dios o que él cree continuamente su propio ideal. No es lo mismo que el hombre se realice según Dios, o que trate él de ponerse en su sitio y suplantarlo.

EL HUMANISMO ACTUAL NECESITA DE LA MÁS PERFECTA ENCARNACIÓN DEL SACRIFICIO Y FIDELIDAD: MARÍA, LA VIRGEN FIEL

Lo exterior no llena

He dicho que sacrificio y fidelidad están olvidados o son despreciados en el humanismo de hoy y aquí está la raíz de nuestros fracasos. La verdadera transformación se ha de producir en el interior de la persona. A pesar del afán de sensacionalismo, de figurar, de triunfar, de la inundación de palabras e imágenes, de la publicidad y agitación a la que todos contribuimos, sentimos desconfianza y amargura por todo ello; nos produce malestar, quizá porque en

¹ ROMANO GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, p. 45, 76, Madrid.

nuestros momentos de sinceridad y lealtad vemos la inanidad de este esfuerzo. Los hombres de hoy sabemos muy bien, aunque no lo vivamos, que nuestra grandeza no es nada cuantitativo y externo, es cuestión de vida interior, de riqueza y honradez, de cualidad y nobleza humana. De ahí vienen tantos fallos en la vida familiar y matrimonial, en comunidades religiosas, en sacerdotes, en el trabajo... ¡Cuántas veces he oído esta expresión dolorida en los más diferentes ambientes!: “Es cuestión de ‘personas’”.

Hondura y personalidad

Se necesitan santos de lo ordinario, de lo cotidiano; se necesita la más difícil honradez, “la de todos los días”, y la más difícil grandeza, la de ser “persona”. Se necesita un humanismo cristiano sencillo, real y práctico: el del sacrificio y la fidelidad, el de la responsabilidad personal en el oficio, trabajo y misión de cada uno, y el de la “responsabilidad de la fe”. No está el mal, lo hemos oído muchas veces, en la incredulidad, sino en la falta de responsabilidad de la fe en los que creyendo no realizan su vida y acciones a partir de esta responsabilidad de la fe, sino por ventajas personales, por su facilidad en los asuntos u otras miras por el estilo. La más perfecta encarnación de este humanismo siempre nuevo es María, la Virgen fiel, Ella es su realización concreta y clara. Un humanismo así lo transforma todo, porque transforma la raíz de lo que se ha de transformar: el corazón y el espíritu del hombre que de este modo se pone a disposición de Dios. Las posibilidades realmente salvadoras y liberadoras residen en el interior, en la conciencia del hombre ligado a Dios.

María, modelo y alivio para nosotros

María significa el humanismo opuesto al orgullo, a la altivez, a la afirmación y apoyo de sí mismo que en último término lleva a la desesperación. Su vida fue todo lo contrario a la ambición, egoísmo y voluntad de poder. Su responsabilidad se concretó y actualizó en cada momento de su vida y se hizo sensible en las obligaciones que se impuso; la vivió a través del sacrificio, del despojamiento y el don, es decir, de la entrega de todo su ser a la tarea que Dios le confió. La fidelidad fruto de su amor a Dios fue su ley y su guía. ¡Ah! esa Virgen María de la historia real de Nazaret, de Belén, de Egipto, de la vida monótona y cotidiana, de la vida pública de Cristo, de las bodas de Caná, de las bienaventuranzas, esa Virgen que ha reflexionado en su corazón, ¡cómo tiene que iluminar nuestra vida!

María es la afirmación de la gracia de Dios, de su eficacia y realidad en un mundo en el que, según la afirmación de Camus, “el problema que domina es cómo vivir sin gracia”. Su grandeza es una realidad viva frente a todas las filosofías y posturas que sólo creen en el hombre y en el esfuerzo del hombre ¿Somos los cristianos capaces de admirar, creer y vivir de la gran lección de María: entregarse a la gracia de Dios y proclamar siempre su humanidad resplandeciente de vida divina? El amor es más fuerte que el poder y el verdadero señorío no es el de la violencia, sino el de la verdad. Tengamos muchos ratos de reflexión junto a María, nuestra Madre, para que se disuelva la opresión sorda y pesada que nos agobia, consecuencia de nuestra falta de sacrificio e infidelidad, y Ella hará que nuestro corazón se penetre de cómo son las cosas de verdad a la luz de la fe.

LA VIDA DE MARÍA, PREDICACIÓN VIVA DE LA FE EN DIOS

La fe, principio de acción

El hombre de fe espera contra toda esperanza, contra todas las señales externas que parecen estar en contradicción con su fe, no aguardando pasivamente, pero sí aceptando que la luz plena esté actualmente escondida. No, la fe no es pasiva ni inerte. Lejos de cruzarse de brazos, el hombre que cree siente la urgencia de su responsabilidad y de todo su esfuerzo, pero está pronto a aceptar que las cosas no se le arreglen a su gusto y que los sufrimientos le hieran: *“Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!”* (Lc 2, 34-35). Todos sentimos enfrentarse las realidades de la fe y de la vida, las promesas de esperanza y los bienes materiales. Esperar en medio de los sufrimientos no es una pobre resignación que hace perder la grandeza humana; por el contrario, es abandonar el orgullo que nos enajena y volver a tener un corazón puro.

La certeza de la fe se sitúa más allá de la oscuridad, de la angustia y de la duda, más allá de la noche de los sentidos y del espíritu porque viene de Dios. *“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena... Cuando Jesús tomó el vinagre dijo: Todo está cumplido. Inclino la cabeza y entregó el espíritu”* (Jn 19, 25-30). Como para María, para el cristianismo la fe es la única llave del universo, el significado de toda la existencia humana, la respuesta a todas las preguntas: el camino, la verdad y la vida. Todo cristiano sabrá lo que es el sacrificio de un hijo, una familia, una esposa, una buena posición, un nombre, una realidad, un proyecto, porque Dios se lo pide, y sólo conocerá la alegría de la esperanza cuando se haya echado en los brazos de Dios. La que se hizo esclava del Señor nos dice: *“Haced lo que Él os diga”* (Jn 2, 5). La fe en Dios ahonda más y más en la grandeza interior del hombre, porque la fe impide dormirse en las provisiones hechas y le hace ir viendo siempre más y más la capacitación de su ser. *“Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava... porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen”* (Lc 1, 46-50).

La fe en la vida de María

Todos los autores que han escrito sobre la Virgen hacen esta afirmación: la maternidad de María es fruto de la fe. *“María –dice San Agustín– fue más dichosa recibiendo la fe en Cristo que concibiendo la carne de Cristo...El vínculo materno de nada hubiera servido a María, si no hubiera sido más feliz al llevar a Cristo en su corazón que llevándolo en su carne”*². María afirmó con todo su ser que Jesús era la verdad; su vida fue una completa sumisión en la fe a todo el misterio de Cristo; orientó su pensamiento, su corazón y su sentido en la misma dirección que la enseñanza del Maestro. *“Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron”. Pero él dijo: “Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan”* (Lc 11, 27-28). La fe de María estaba en las fuerzas vivas de su corazón

² SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, III: PL 40, 397.

y de su espíritu. *“El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”* (Mt 12, 50).

Si hay algo que revela la grandeza de María es la exclamación de su prima Isabel: *“Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor”* (Lc 1, 45). Estas palabras incluyen las otras: *“Ellos no entendieron lo que les decía”*. *“Y su madre conservaba todo esto en su corazón”* (Lc 2, 50-51). María tiene fe, y su fe va creciendo y fortaleciéndose y es más honda que la de cualquier otro ser humano. Abraham es grande y sublime por la firmeza de su fe. Pero a María se le exigió más que a Abraham, porque se le pidió que no dudara de “lo santo”, a quien había dado vida y que iba creciendo y separándose de ella al sumergirse en la lejanía. Y se le pedía que, como mujer, no se desorientase ante la grandeza de Aquel a quien ella había dado a luz y criado y visto en el desamparo de la niñez, y que tampoco se desorientara en su amor, al ver que se sustraía a su protección, y creer que todo estaba bien y que en ello se cumplía la voluntad de Dios, y con todo, no cejar ni empequeñecerse, sino perseverar y seguir la ruta incomprensible, trazada por su Hijo, alimentada por la fuerza de la fe. He aquí su grandeza.

Posibilidades de nuestra fe

No sólo en el caso de María la fe es decisiva en la historia; ciertamente, en ella significa el acontecimiento central de la historia de la Salvación. Pero la historia la vamos haciendo hombres y mujeres concretos y la fe de cada uno de nosotros tiñe esa historia y la orienta. Cada uno de nosotros tiene un radio de influencia, nuestra fe tiene que iluminar de tal manera que a la luz de ella los pensamientos queden mejor orientados y las acciones sean más rectas.

El hombre que cree es fuerte, porque radicado en la realidad de Cristo y fortalecido con su gracia lleva, sabiendo a dónde camina, todo el peso que la vida tiene. *“Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe”* (1Jn 5, 4). El creer es ya realmente una victoria sobre todo lo que se opone a Dios y a su revelación. Creer es admitir una realidad más grande que todo lo que nos rodea, vivir sabiéndose hijos de Dios y con una tarea entre las manos de la que se nos pedirá cuenta. *“En él tenemos, por medio de su sangre, la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre todos nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: Hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra”* (Ef 1, 7-10). Esto es lo decisivo en la historia, porque se traduce en el actuar y se vive tomando las cosas como realmente son, y no embriagados, sumergidos o hastiados de ellas.

El hombre que cree tiene mucho más abiertas todas las posibilidades de la historia, de la ciencia, de la investigación, del arte, porque su ámbito no se limita a lo que toca y palpa ahora, en este momento o en aquel. El hombre que cree siente la responsabilidad más fuerte que puede sentirse en la historia: su propia salvación y la de los demás hombres. *“El es imagen del Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas... Él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia: Él es el principio, el Primogénito*

de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud, y reconciliar con Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col 1, 15-20). El hombre que cree sabe que hay una vida más plena, más rica, más noble que la que siente, y esto le estimula. Puede caminar, no en un horizonte cerrado: la Vida, el Amor, la Verdad, la Belleza es la verdadera realidad, la existencia plena es porque Dios es. Y he dicho la Vida, el Amor, la Verdad, la Belleza es, así, en singular, porque todo es lo mismo en la posesión de Dios.

Ciertamente, la fe es factor decisivo en la historia, porque el hombre que cree sabe que “el mundo”, el momento histórico que le toca vivir, es su tarea. *“Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la futura gloria que se ha de manifestar en nosotros, pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la Creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto”* (Rm 8, 18-22).

La fe en la Iglesia peregrina

En María se hizo vida que Dios es el Señor de la historia. Ella es la realidad concreta de cómo ha de vivirse la fe, la esperanza y la caridad; es el modelo perfecto de la Iglesia y es personalmente lo que la Iglesia ha de ser³. Están tan unidas María y la Iglesia que una es figura de la otra.

Hay un libro que ha tenido mucha divulgación en España desde que se tradujo y publicó en 1966, cuyo título es ya muy significativo, seguramente muchos de vosotros lo habéis leído: “María, madre del Señor, figura de la Iglesia”. Es de Max Thurian, teólogo protestante que no tiene ninguna intención polémica. “De una a otra página la lectura nos va convenciendo de que el diálogo ecuménico, llevado como lo lleva Max Thurian, es posible, es útil, es constructivo y puede, bajo la acción del Espíritu Santo, conducirnos a resultados ardientemente deseados por los mejores”. (Presentación de don Casimiro Morcillo, pg. 6). María, madre de los creyentes, es figura de la Iglesia, muestra a ésta el camino de la fe, fruto de la gracia recibida en la pobreza, expresándose en un acto de ofrenda, de obediencia y de confianza en Dios.

La Iglesia sólo puede vivir de la fe y por la fe, y en caso contrario aparece como una sociedad religiosa con más o menos poder temporal para apoyar sus pretensiones de dominio. Y esta fe de la Iglesia es, como la de María, ofrenda, obediencia y confianza. La fe de la Iglesia se expresa en su ofrenda litúrgica y diaconal: la Esposa de Cristo, al que adora en su culto en espíritu y en verdad; es la Sierva de los hombres, a los que ama en su caridad y compasión. La fe de la Iglesia es obediencia a Dios, no a los hombres; respecto a filosofías y poderes

³ “Entre la una y la otra no hay solamente una mera semejanza. Es debido a una razón de conexión íntima, objetiva, que todo lo que conviene a la Iglesia, madre de Cristo colectivo, se haya realizado primeramente en la existencia personal de María” (citado por H. DE LUBAC, en su libro *Meditación sobre la Iglesia*), C. DILLENCHNEIDER, C.SS. *Le mystère de la Coredeemption mariale*, p. 79.

humanos, la Iglesia es libre; sólo es sierva de la Verdad revelada en Jesucristo, del amor y justicia manifestados en Él; no acepta trabas de ninguna clase, ni del espíritu ni de la carne, que le impidan proclamar el Evangelio o defender la fraternidad o la justicia entre los hombres. La Iglesia defiende la integridad de la Palabra de Dios al mismo tiempo que la libertad y felicidad de todos los hombres. La fe de la Iglesia es confianza en la Palabra y promesa de Dios. Sabe que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; es el Cuerpo de Cristo, lleva en sí misma la Palabra divina, los sacramentos de su presencia, particularmente el Cuerpo y la Sangre del Resucitado, para darle como alimento a los creyentes. En su humana pobreza, es rica de Dios, y puede caminar con toda confianza entre los obstáculos históricos, traiciones, infidelidades, persecuciones.

LA VIRGEN MARÍA Y LA IGLESIA DE HOY

Unión indisoluble entre María y la Iglesia

En todas las consideraciones anteriores tenía presente ésta en que ahora me centro: La Virgen María y la Iglesia hoy. Ciertamente, al hablar de la condición humana de María, de la gracia de Dios en Ella, de la necesidad que el humanismo actual tiene de su vivencia del sacrificio y de la fidelidad, de su vida como predicación viva de la fe en Cristo, pensaba en la Iglesia de hoy, y en nosotros, los hijos de esta Iglesia. Pensaba en todo lo que podemos esperar de ella, en lo que tenemos que exigirnos y en lo que tenemos que darle.

La fe católica en la Santísima Virgen resume simbólicamente, en su caso privilegiado, la doctrina de la cooperación humana a la Redención, ofreciendo de esta suerte como la síntesis o la idea madre del dogma de la Iglesia. Aquí nos place resumir, en breves palabras, el pensamiento de Henri de Lubac, S.J., J. Hamer, O.P. y de P. Maury: “Todo se sostiene con la lógica más sólida en el sistema romano. La Iglesia de Roma, por una profunda necesidad interna, es toda en una pieza la Iglesia de la cooperación humana a la Redención. La Iglesia de los méritos, la Iglesia dispensadora de la salud, y la Iglesia de María”. Por eso se ha podido incluso afirmar que ambas tienen que sostenerse o hundirse juntas. No hay, pues, por qué extrañarse de que la historia nos las muestre constantemente asociadas, y que los desenvolvimientos que ellas adquieren en la conciencia común vayan frecuentemente a la par. Nuestra época nos ofrece un nuevo ejemplo de ello. Pero no se llega a discernir toda la razón de esto, mientras no se haga otra cosa que constatar entre la una y la otra una analogía de funciones más o menos exterior. Los lazos que existen entre la Iglesia y la Virgen María no son solamente numerosos y estrechos, sino también esenciales. Están íntimamente entretejidos. “Estos dos misterios de nuestra fe son más que solidarios: se ha podido decir que son ‘un solo único misterio’. Digamos al menos que es tal la relación que entre ambos existe que ganan mucho cuando el uno es ilustrado por el otro; y aun más, que para poder entender uno de ellos, es indispensable contemplar el otro”⁴. Y es el Vaticano II el que nos habla de esa unión íntima de María y la Iglesia: “La Virgen Santísima, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, está también íntimamente unida con la Iglesia. Como ya enseñó San Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia

⁴ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, p. 283, Bilbao.

en el orden de la fe, de la caridad, de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre... La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la Palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza y una caridad sincera”⁵.

La Iglesia invita a mirar a la Virgen y a esperar en Ella

La Iglesia, hoy, siglo de la gran época científica, del avance gigantesco de la técnica, de las más diversas cosmovisiones y concepciones antropológicas, de las grandes y nobles inquietudes sociales, presenta a María, en quien la Iglesia ha llegado ya a la perfección y está limpia de cualquier limitación, mancha o arruga, como faro que guía y luz que ilumina. Todos los hombres tienen que elevar sus ojos a María: los que luchan por un mundo mejor y por crecer en santidad venciendo el pecado, los que sufren por dolores físicos o morales, los que vacilan y dudan de su fe, los que sienten dificultades en su vida familiar o matrimonial, los que consagrados a Dios sienten su yugo. María resplandece para todos llena de ese humanismo sencillo basado en la fidelidad y en el sacrificio, y llena de la gracia de Dios, que a nadie falta. “La Iglesia, a su vez, glorificando a Cristo, se hace más semejante a su excelso Modelo, progresando continuamente en la fe y en la caridad y buscando y obedeciendo en todo, la voluntad divina. Por eso también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en Aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres”⁶.

Al acabar este texto del Vaticano II, permitidme una digresión seguramente un poco salida de tono, pero que me ha venido al pensamiento al contemplar a María, como faro y luz de nuestro momento actual, llena en su misión de ese amor maternal del que es necesario que esté animada toda la misión apostólica de la Iglesia. Paul Valéry, en 1919, frente a la sociedad que intentaba encontrar de nuevo el optimismo desaparecido por la guerra, señalaba con fuerza los hechos que eran claros y despiadados: miles de hombres muertos; pérdida de ilusión de una cultura europea; la ciencia alcanzada mortalmente en sus ambiciones morales y deshonrada por la crueldad de sus aplicaciones; un idealismo difícilmente vencedor, casi marchito, responsable de sus sueños; un realismo engañado, abrumado de crímenes y faltas; las creencias confundidas, cruz contra cruz, creyente contra creyente. Los hombres, con un esfuerzo siempre creciente, luchaban por encontrar un sentido a la existencia. Después vino la Segunda Guerra Mundial. Un autor, también francés, no cristiano, ante

⁵ LG 63-64.

⁶ LG 65.

tal panorama quería “hacer llover sobre los hombres y la tierra algo semejante al canto gregoriano”, era Saint-Exupéry, el autor de “*Terre de l’homme*” y “*Le Petit Prince*”. “Hacer llover sobre los hombres y la tierra algo semejante a un canto gregoriano...”, esta es la expresión causa de mi digresión. Hacer llover sobre la tierra, tan reseca por el orgullo y por el egoísmo, la caridad de María, su humildad, su sacrificio y su fidelidad.

Conciencia mariana y conciencia eclesial

Sí, y es una afirmación taxativa por todos ratificada: la historia nos muestra a María y a la Iglesia constantemente asociadas, y el despertar y desenvolvimiento de ambas en la conciencia común van a la par. Guardini hace unos cuarenta años dijo que la Iglesia se había despertado en las almas y que su realidad se iba haciendo más íntima en la conciencia cristiana. Pío XII publicó en 1943 la *Mystici Corporis*, encíclica valorada, como dijo en 1946 C. Lialine, como una nueva etapa en la eclesiología católica. El Vaticano II ha sido un Concilio centrado en el misterio de la Iglesia: “Esperamos que la doctrina sobre el misterio de la Iglesia, ilustrada y proclamada por este Concilio, tendrá desde ahora feliz repercusión en el corazón, ante todo de los católicos... Quisiéramos... que la doctrina de la Iglesia irradiara también, con algún reflejo de atracción, al mundo profano en el que vive y del que está rodeada; la Iglesia debe ser el signo alzado en medio de los pueblos para ofrecer a todos la orientación de su camino hacia la verdad y la vida”⁷. Es la primera vez –y decirlo nos llena el corazón de emoción– que un Concilio ecuménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Esto corresponde a la meta que este Concilio se ha prefijado: manifestar el rostro de la Santa Iglesia, a la que María está íntimamente unida, y de la cual, como egregiamente se ha afirmado, es “la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta”.

En verdad, la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos, ni en sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificados, ha de buscarse en su mística unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de aquella que es la Madre del Verbo encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación. Así ha de encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su Santa Madre. Y el conocimiento de la verdadera doctrina sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia⁸.

⁷ LG 12.13.

⁸ Cf. PABLO VI, Discurso en la sesión de clausura de la tercera etapa conciliar, 1621.22. 34,21 de diciembre de 1964: en *Insegnamenti di Paolo VI*, II, 674-676.

AMOR Y PEQUEÑEZ HUMANA ANTE EL MISTERIO DE MARÍA Y DE LA IGLESIA

Pequeñez del hombre en su grandeza

Por poco inteligentes que seamos, somos conscientes de la limitación, pequeñez y deficiencia propia en nuestro mismo campo de trabajo humano, en la tarea que realizamos, en el mundo que construimos y habitamos, en las circunstancias concretas que vivimos. Y es la gran paradoja, como ocurre en todo el maravilloso misterio del ser del hombre, que experimentamos más esta pequeñez y limitación en lo más grande que vivimos: amistad, amor, contemplación, investigación de la verdad, creación de belleza, lucha y esfuerzo por lo bueno y lo justo. Por eso, lo más grande que vive el hombre le hace humilde y le da un conocimiento más diáfano de la realidad. Al sentirnos inmersos en la grandeza que experimentamos, quisiéramos como desbordar lo que en ese momento sentimos como límite o pequeñez de nuestra propia capacidad para dar más, para ser más, para hacerlo mejor, para expresarlo más claro. Y esto no es, de ninguna manera, orgullo, todo lo contrario, ya he dicho que nos hace humildes y sencillos; ni produce amargura o insatisfacción, es estímulo, es visión fecundísima de nuestra propia realidad.

¿Somos conscientes de nuestra limitación y pequeñez, de la nuestra propia y personal, en nuestro servicio a la Iglesia y consecuentes con ello, o estamos constantemente viendo la limitación y pequeñez en el otro, la paja en el ojo ajeno? ¿Somos capaces de vivir todo eso de que hemos hablado en el plano humano, en nuestro servicio a la Iglesia? El Espíritu de Cristo es el alma de la Iglesia, los miembros somos los hombres, y ya sabemos que nunca estamos a la altura de la misión divina que nos ha sido confiada. Somos la Iglesia peregrina que camina hacia el cielo por la tierra: “La Iglesia, a la que todos estamos llamados en Cristo Jesús y en la cual conseguimos la santidad por la gracia de Dios, no alcanzará su consumada plenitud, sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (Hch 3, 21) y cuando, junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo”⁹.

De esta mezcla de amor y pequeñez humana están entrelazados nuestros comportamientos y nuestra actitud ante el Misterio de María y de la Iglesia. Pero esforcémonos para que no se vuelva contra la Iglesia o contra María, en sus hijos, lo que es pequeñez nuestra o lo que, a pesar de nuestra deficiencia, se hace con la buena intención de servir mejor. No identifiquemos por pequeñez de miras nuestras causas, nuestras visiones e interpretaciones particulares con la causa de María y de la Iglesia. Ni ante la Madre, ni ante el mundo al que hemos de dar testimonio de amor, “en eso conocerán que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13, 35), vivamos ridiculizándonos y buscando las interpretaciones más peyorativas e irónicas; dejemos de convertir todo, por un extremo o por otro, en materia de denigración y caricatura. María nos ve y nos siente hijos, ¿por qué hemos de enfrentarnos los hermanos

⁹ LG 48.

teniendo todo en común y sólo separándonos las pequeñeces y limitaciones propias?

Examen sincero y noble

En el famoso libro *Meditación sobre la Iglesia*, de Henri de Lubac, hay dos capítulos que merecen la atención: “Nuestras tentaciones sobre la Iglesia” y “La Iglesia y la Virgen María”. Es pequeñez y limitación humana hacer de la Iglesia un determinado orden de cosas, en las que uno se instala, vive familiarmente y cuanto “le” perturba, perturba a “su” Iglesia, es contra la institución divina. Pequeñez confundir la fidelidad con una adhesión mezquina al pasado, y si a título de intransigencias y firmeza en la fe queremos imponer nuestras ideas y gustos o nuestra propia visión de Iglesia. Ella no es esclava de nadie, ni de épocas, ni de civilizaciones, ni de situaciones sociales. Está fundada sobre la fe de Pedro en Jesucristo: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Tomando entonces la palabra Jesús le respondió: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado esto la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en los cielos” (Mt 16,16-20). Es amor no dejarse contaminar por espíritus e ideologías ajenas al espíritu del Evangelio. Es amor no dejar reducir el Misterio de la Iglesia a una mera sociología o a una ética natural. Es amor no quebrantar los fundamentos tradicionales, porque el Espíritu es siempre nuevo y siempre igual a Sí mismo.

Es pequeñez no discernir lo que debe conservarse y lo que debe cambiar, la vana agitación, la falta de competencia, la poca oportunidad en las soluciones tomadas, la falta de confianza en la Iglesia. Es pequeñez por un entusiasmo ciego juzgar las cosas con criterios superficiales modernos, el deslumbrarse ante valores profanos y dejarse arrastrar con un pobre complejo de inferioridad ante los representantes de esos valores. Es pequeñez cuando la plegaria se convierte en recriminación humana. Es amor un esfuerzo personal de realismo en la acción, la decisión de renunciar a cuanto uno no puede justificar como auténtico, el examen humilde impulsado por la inquietud apostólica y la exigencia espiritual siempre en guardia. Es amor la insatisfacción ante lo hecho, el deseo de superación, la independencia en la voluntad para romper con lo injusto y con los abusos. Es amor no cerrar los ojos a las insuficiencias y a los fallos y luchar por superarlas. Es amor servir a la Iglesia procurando que su acción se adapte a las necesidades de los hombres reflexionando serenamente para lograr una intuición justa de las necesidades. Es amor emplear todos los medios, manteniéndose siempre en su puesto de servicio al Espíritu de Dios.

Pido ardientemente a María, Madre de la Iglesia, que nos amemos de verdad unos a otros, que reconozcamos en los demás el amor con el que la sirven y quitemos en cada uno de nosotros, en la medida de nuestras fuerzas, lo que hay de pequeñez y deficiencia en nuestro trabajo por la Iglesia. Fe y confianza en la Iglesia que “va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar

al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo su esplendor al final de los tiempos”¹⁰.

Nueva orientación, acaso, bien intencionada

Con mucha frecuencia oímos decir hoy que, en la presentación del Misterio de María a la piedad del pueblo e incluso en los estudios mariológicos, hemos insistido demasiado en la exaltación de los privilegios que la acompañan, contribuyendo así a una “celestización” deshumanizadora de la figura de la Santísima Virgen. Tanto ha sido el honor tributado a su grandeza singular, que la hemos alejado de nosotros convirtiéndola en un símbolo y desfigurando su realidad. Así se dice. Y se invoca el Concilio Vaticano II, en que la tensión que surgió entre las dos conocidas tendencias se resolvió por el camino de una mayor integración del Misterio de María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia. Se logra así –dicen– una mayor exactitud en el encuadramiento de María dentro del Pueblo de Dios, al que pertenece como la primera redimida, con redención ciertamente única. Esto –se añade– es también más conforme con la mentalidad moderna en cuanto a la pedagogía de la fe, mentalidad a la que resulta menos grato ponderar privilegios que comprobar proximidades. La misión de la madre y de la esposa, los valores de la mujer, incluidos los del sexo, el trabajo, la responsabilidad consciente, los esfuerzos de la fe laboriosa y de la esperanza militante y luchadora, encuentran en María una expresión cabal y sublime que, sin merma de las riquezas con que fue adornada, la hacen más real y la sitúan más cerca de nosotros.

De aquí el nuevo enfoque que debe tener la piedad mariana y el discreto abandono de las exuberancias de otro tiempo. Más sobriedad, más geometría, más exactitud, más humanismo... y habremos logrado una nivelación mayor, sin fisuras ni rompimientos en lo que debe ser mantenido, pero también sin montañas inaccesibles, coronadas de flores, las flores y las glorias de María.

Simplificación abusiva

Parecería que, dentro del campo de mi reflexión en esta conferencia –María y el humanismo cristiano– yo habría de considerar preferible esta nueva pedagogía que se nos quiere ofrecer. Pero no me es posible hacerlo, porque creo que es incurrir en una simplificación abusiva.

1º. No hay humanismo cristiano sin que brille la luz de la gracia. Cuando ésta se extingue, el humanismo ya no es cristiano. Si la gracia y las gracias son singulares, lo humano no deja de estimarse al reconocer estos favores, sino que aparece más encendido de fulgores divinos.

Los dones de María son inabdicables, porque se los ha ofrecido Dios por ser madre suya. Su condición humana es real, pero igualmente es su “status” privilegiado en la historia de la Salvación. Hay que unir las dos realidades, no separarlas.

¹⁰ LG 8.

2°. Indudablemente, hemos de insistir, cuando eduquemos al pueblo en la piedad mariana, en la proximidad de María a nosotros como mujer, como hermana, como madre de familia, llena de fe, de esperanza, de caridad y de afán de servicio a la Iglesia y a los hombres, pero haciendo ver también que estos ejemplos que nos da, a los que acompaña siempre el mérito de una libertad personal en sus respuestas generosas, están indefectiblemente unidos con una elección por parte de Dios para hacerla Madre de su Hijo y con una consiguiente exaltación que invade todo su ser y la hace inmaculada, llena de gracia, virgen perpetua, libre de todo pecado, misericordiosa intercesora, cooperadora singular de la Redención.

3°. El Concilio Vaticano II se mueve en esta línea pedagógica cuando en la Constitución Dogmática “Lumen Gentium” dedica a la Virgen María su famoso capítulo octavo. Aceptemos con gozo, puesto que ha sido decisión de la Iglesia, que el Misterio de María haya sido expresado así, integrado en el gran misterio de amor que es la misma Iglesia, y no en un documento aparte, como otros muchos reclamaban, anhelosos de reconocer, también por este procedimiento, la singularidad de María. Pero aceptémoslo completo, en todas sus afirmaciones, las que señalan la integración de María y las que indican la justicia con que es acreedora de alabanzas incomparables. Está dentro de la Iglesia, pero está con gloria propia, reflejo intransferible de la de Cristo, Hijo suyo. Así es el Magisterio del Concilio. Y así viene siéndolo el del Papa Pablo VI, desde aquellos mismos días conciliares hasta hoy, sin interrupción alguna.

4°. El pueblo creyente, el que ha honrado siempre a María en las innumerables manifestaciones de su fe y su piedad, no la ha sentido lejana al ponderar sus privilegios y grandezas. Cuanto más la ha exaltado, más confianza ha tenido en ella. Y nunca le ha faltado docilidad, en medio de cualquier posible exceso, para admitir, a la más mínima advertencia educadora, que el único Mediador es Jesucristo, seguro también de que ella, la Virgen, ayuda a encontrar al Señor. Más aún, si hemos de hablar de pedagogía de la fe, dudo mucho que las grandes comunidades populares pudieran ser capaces de captar el mérito profundo de los ejemplos de fe, de esperanza y de caridad que María nos da –a los cuales se refiere el Concilio reiteradamente–, si a la vez la Virgen no hubiera aparecido ante él adornada con tan relevantes riquezas. Han sido precisamente éstas las que, al ser conocidas y meditadas por el pueblo sencillo, tal como se las ha propuesto la Iglesia, han sacudido la conciencia popular y han facilitado y abierto el camino a la comprensión de los demás aspectos que en la vida de María se encierran. Un solo privilegio, por ejemplo, el de su Concepción Inmaculada, ha servido como estímulo poderoso, con fuerza infinitamente superior a todas nuestras pedagogías, para despertar y sugerir en millones y millones de almas creyentes anhelos de pureza, de elevación sobre el desorden moral, de retorno al camino de la virtud, todo lo cual es fe, esperanza y caridad con Dios y con los hombres, como es restauración de la persona, defensa de la familia, purificación del orden social, es decir, humanismo auténtico de signo cristiano.

5°. Por último, me pregunto hasta qué punto es lícito entre nosotros, educadores de la fe, condescender tanto en nuestros planteamientos con estas afirmaciones que tanto se repiten..., la mentalidad moderna, lo que piensan los jóvenes de hoy, la sensibilidad espiritual y religiosa de nuestro tiempo, etc. No ha sido éste el modo de proceder de Dios en la encarnación de su Hijo, la cual supone una

irrupción violenta, con la violencia de su amor, en la mentalidad moderna de los hombres de entonces y de siempre. Los jóvenes de hoy, como los de ayer, aceptarán el mensaje de la fe, si son creyentes, tal como lo presentan la revelación y el magisterio de la Iglesia. A nosotros nos toca no incurrir en infantilismos ni en perniciosas efusiones sentimentales, que tampoco favorecen el verdadero sentimiento de la piedad. Pero, igualmente, tenemos la obligación de ser justos y equilibrados sin caer en parcialismos ni en silencios deformantes.

La fe de María mereció este elogio de su prima Isabel: *“Bienaventurada tú, que has creído”* (Lc 1, 41). Pero la misma Virgen Santísima pronunció aquellas palabras que los hijos de la Iglesia repetimos sin cesar... *“todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso”* (Lc 1, 48). Y entre ellas están todas las que la Iglesia proclama en coherencia con la que es fundamental, haber sido elegida para Madre de Dios. En suma, la piedad mariana de hoy habrá de esforzarse por descubrir y vivir, dentro del misterio de Cristo y de la Iglesia, cuanto hay en María de próximo y cercano a nosotros, y en la medida en que lo haga, más fácilmente comprobará que lo que llamamos sus privilegios sirven precisamente para que nosotros tratemos de acercarnos a ella por el camino de la imitación, de la intercesión y la súplica, o el de la alabanza. Cada cristiano, en su intimidad personal, y cada pueblo, en su expresión colectiva, tienen el deber y el derecho de proclamarlo así. Y no será nunca la Iglesia de Cristo la que se lo arrebathe. Por el contrario, le ayudará siempre para que encuentre en María ejemplos de fe y esperanza, de fidelidad y abnegación, paz y consuelo, belleza singular, estímulo para la vida de gracia, fortaleza, amor, sentido humano, sentido religioso, sentido sagrado, todo lo cual forma parte del humanismo cristiano.

LOS PRIMADOS DE TOLEDO

Discurso pronunciado en la Catedral de Toledo, en presencia de SS.MM. los Reyes de España, el día 3 de marzo de 1993, con motivo de la presentación del libro *Los Primados de Toledo*, Toledo, 1993.

Lamento que, tras este discurso del Señor presidente, no haya habido aquí alguien que, con medios técnicos, que sólo la modernidad puede ofrecer, nos hubiera facilitado ahora la espléndida calefacción que merecía el Presidente, después de habernos hablado. Hubiera sido una consecuencia preciosa, por el calor que despierta en nuestras almas un parlamento así, percibir el calor exterior también en nuestro cuerpo.

La grandeza del lugar en que estamos, se sobrepone al encogimiento natural, que yo podría sentir, si, pensando en la propia pequeñez, reflexionara hondamente sobre lo que significa para mí esta regia atención de vuestras Majestades. Digo atención y no homenaje, porque en relación con esta última palabra, yo no soy más que un mero receptor, con las manos abiertas, eso sí, de este homenaje a todos los Primados de Toledo. Con lo cual me coloco en una actitud de servicio, no de protagonismo. Y así, sí. Así me encuentro más a gusto, porque la Catedral nos ampara a todos, a mí también en este instante; nos da cobijo, y su grandeza hace grandes a los que somos pequeños, para recibir tales consideraciones y muestras de benevolencia.

La Catedral nos ampara a todos, también a los Reyes. Y no es necesario realizar muchos esfuerzos de imaginación, para encontrarnos al andar por aquí con el recuerdo de Reyes de España que aquí estuvieron. Por ejemplo, Felipe II llevando las andas en que era transportado el relicario riquísimo de Santa Leocadia, cuando fue trasladado desde Flandes a la Catedral de Toledo. Por aquí iba Felipe II llevando una de las varas de las andas. Y todos los Reyes que le han sucedido a él, todos sin excepción. El último, Alfonso XIII, vuestro augusto abuelo, aquí vino con relativa frecuencia, y aquí rezó con fervor sincero.

El Sr. Presidente de la Junta de Castilla-La Mancha ha tenido la feliz, iniciativa de impulsar la edición de este libro. La Consejería de Cultura y la Diputación Provincial lo han hecho posible, y es una verdadera joya bibliográfica, con valor histórico, y con ese otro valor testimonial de lo que significa un día de grata comunicación entre nosotros y de recuerdo a hechos históricos que perduran para siempre. Es un espléndido libro, que tenemos que agradecer.

Creo que el Sr. Presidente no solamente lo hace por motivos estrictamente culturales, sino que, como yo le conozco, y a eso se ha referido él con un gozo que yo comparto, el de la amistad, ha querido también responder de alguna manera a las llamadas del espíritu, que no se apagan nunca en quien ha recibido un cultivo esmerado, por su reflexión y por su esfuerzo a lo largo de los años, de algo que manifiesta respeto y cariño a personas e instituciones vinculadas con la Iglesia; porque la Iglesia no es sólo cultura, es fe. Y precisamente por ser fe es cultura.

Los Primados de Toledo han sido, por lo general, hombres insignes, que han prestado muchos servicios a la Iglesia y a la Patria española. Han sido servidores, auténticos servidores de la comunidad eclesial. En la época en que se han sucedido unos a otros, desde el siglo XII, la organización del episcopado era distinta, cada obispo tiene su jurisdicción en su diócesis. Hoy las Conferencias Episcopales nos ayudan a que podamos ejercer nuestro trabajo pastoral más unidos. Conferencia quiere decir conferir, hablar, escucharnos y así ayudarnos en la escucha, en la sugerencia y en la reflexión. Esto es una ventaja, si se hace bien.

Antaño el Primado ejercía, de alguna manera, una dirección moral, que al ser asumida por los demás, no contenta con lo que podía atribuirse a sí misma, al ser asumida por los demás, llegaba con su influencia pastoral a otros ambientes distintos del suyo. Eso ha pasado. Hoy existe esa comunicación entre nosotros con una Conferencia, con un Presidente.

El Cardenal y los cardenales más bien tienen, si algo los distingue, una comunicación con Roma que al Colegio Cardenalicio está reservada. De manera que aun hoy los servicios pueden seguir prestándose, cuando hay buena voluntad y ¡¡cuántos!!, ¡¡cuántos se han prestado aquí!! Algunos nombres han sido ya pronunciados, pero yo repito con gozo esos nombres de Jiménez de Rada, Gil de Albornoz (muy olvidado), del que Menéndez Pelayo dijo que es el genio político mayor de la península ibérica. El que logró que los Estados Pontificios volvieran a manos del Papa. El que fundó el Colegio de San Clemente de los Españoles en Bolonia, tan antiguo o más que el de Oxford, en el que se han formado generaciones incesantes de hombres eminentes en el campo del derecho, la medicina, etc. Y el Cardenal Tavera, del que a su muerte dice el emperador Carlos: “se me ha muerto un viejecito, que con su báculo me tenía sosegados los reinos de España”. Silíceo, con el primer Colegio de formación de la mujer en toda Europa. Y así, a lo largo de los siglos, podríamos ir citando figuras preclaras, que aun hoy siguen dándonos lecciones muy elocuentes.

Añadiré únicamente el nombre del Cardenal Lorenzana. El Cardenal de la Ilustración, piadoso, culto, firme, atento a las exigencias de su tiempo. Que acepta cuando llega el momento la solapada persecución de un Godoy y renuncia a su diócesis para terminar su vida en Roma, después de habernos dejado aquí monumentos, como, por ejemplo, el que hoy ocupa la Universidad de Castilla-La Mancha, cuyo Rector y gran amigo mío, está aquí presente. El Cardenal Lorenzana fue un genio de la cultura de su tiempo, y un hombre de fe y de piedad profunda en la vida de la Iglesia. Y luego estos otros modernos que acaban de citarse, todos ellos merecedores de nuestro recuerdo y nuestra veneración.

Cuando se habla de los Primados de Toledo, espontáneamente la reflexión camina un poco hacia el pasado. Es como recoger algo de la historia y de las acciones que configuraron el ser de España en el orden religioso e incluso político, porque las leyes de entonces lo exigían. Yo suelo decir, cuando me asomo a ese balcón del arzobispado y veo la placita provinciana, encantadora, que desde ese balcón contemplo, que aquí se ha hecho media historia de España: Catedral, Audiencia, Ayuntamiento, Arzobispado. Media historia de España. Con los fallos consiguientes y con los éxitos innegables, que ha tenido esta historia a lo largo del tiempo.

Pero yo no quisiera nunca que cuando se habla de los Primados, nos contentáramos con una referencia al pasado. Miro más bien al futuro, y lo que pienso y lo que deseo es que los hombres y mujeres de nuestro tiempo y los que han de venir, puedan tener la posibilidad, y aun más, la facilidad de encontrarse con el mensaje eterno de la verdad y la esperanza del Evangelio, por el cual, en otro contexto histórico propio de los tiempos, lucharon aquellos Primados, como ahora tenemos que luchar nosotros, todos los obispos, en coherencia con la fe que profesamos y con la misión pastoral que nos ha sido confiada. Eso es lo que yo busco, el futuro.

El Sr. Presidente me ha dedicado el libro con estas palabras: “Nos acecha una paz ecuménica, en la cual imaginamos que irán limitándose diferencias y se acentuarán afinidades”. Dios lo quiera. El mundo camina por ahí. Y ello no significa que vayamos hacia un sincretismo religioso, que sería opuesto a la verdad que nos enseñó el Señor Jesús. Puede lograrse esa paz ecuménica de los espíritus sin que nadie pierda la identidad que le corresponde. Y la identidad nuestra es insoslayable. Es la de Cristo Jesús, Camino, Verdad y Vida.

Hay que impedir degradaciones. En los jóvenes de hoy, como en los de todos los tiempos, hay hogueras ocultas, ésas sí que dan calor, pero tendríamos que trabajar todos mucho más, para que ese calor no se convierta en un incendio que les queme. Creo que se podría también lograr que en el campo de la enseñanza y de la educación no hubiera tantas dificultades, ni positivas ni negativas, para que el mensaje de la revelación cristiana llegue a la mente y al corazón de los que tienen que recibirlo, de los que todavía lo desean. Es decir, creo que puede conseguirse mucho más con el buen esfuerzo de todos y con un tipo de comunicación y de diálogo como el que, por ejemplo, yo he podido tener siempre en esta región, gracias a la elegancia de estilo y al buen hacer del presidente de la Junta.

Nada más, señoras y señores. Muchas gracias. Gracias a cuantos estáis aquí. Gracias a los autores del libro, los que habéis escrito estas apretadas biografías, en que se resume, no sin dificultad, lo que se puede conocer de cada uno de los Primados, desde que empezaron a existir. Gracias, Sr. Presidente. Y a Vuestras Majestades, Señor y Señora, no solamente mi gratitud muy viva, sino una singularísima bendición, para que Dios os conceda toda clase de bienes. Incluso por el gesto que habéis tenido tan señorial de venir a presidir estos actos en Toledo hoy, cuando las noticias que hora tras hora podéis recibir sobre la salud de vuestro padre, D. Juan, tienen que afligiros constantemente. También a él me lo encontré yo un día, en esa capilla de la Virgen del Sagrario, rezando, porque se adelantó al horario señalado para los actos en que iba a intervenir, y se adelantó porque me dijo: yo no puedo venir a Toledo –me lo dio a entender y yo lo entendí– sin visitar antes a la Virgen del Sagrario.

EL SENTIDO HUMANISTA DE LA VIDA

Lección inaugural de la Facultad de Humanidades, de la Universidad de Castilla-La Mancha. 23 de mayo de 1994. Texto inédito.

Mi disertación quiere tratar de la necesidad de que la existencia humana esté transida de humanismo. Porque puede darse un tipo de hombre –y se da cada día más– especialista en algo, aislado, gregario. El que es así, y solamente así, no tiene sentido humanista de la vida y por lo mismo ni siquiera es humano.

El hombre es el ser por el que se expresa el mundo, por el que el mundo responde a las preguntas que el propio hombre formula. Si faltase el hombre al mundo, éste perdería su sentido.

El pensamiento, que es el instrumento al mismo tiempo que la condición de la libertad, constituye la grandeza suprema de la creación. Es posible, como decía Henri Poincaré, que el pensamiento no sea más que un relámpago entre dos infinitos; o, como decía Pascal, que no sea más que una mónada entre dos inmensidades; pero este relámpago, esta mónada, vale incomparablemente más que todos los infinitos o todas las inmensidades, porque el pensamiento los conoce y ellos no se conocen y no conocen el pensamiento, y porque sólo el pensamiento está dotado de iniciativa¹.

Esta concepción del mundo le da un carácter netamente antropocéntrico. El hombre es el ser por el que mundo responde a Dios, expresándose por la creación². Por el hombre, el mundo que viene de Dios y expresa la voluntad divina, vuelve a Dios y le responde. Si faltase el hombre al mundo, éste perdería, como he dicho, su sentido³.

Nos impresiona Anaxágoras, como impresionó ya a Platón y a Aristóteles, cuando dijo que el principio de todo era el *nous*, un principio inteligente. Siempre me ha conmovido pensar en ese espacio misterioso, en el que todo emerge: energía, movimiento, astros, constelaciones. Sea según la teoría del “*big bang*”, o según otra. Esperemos que sigan hablando los físicos.

A última hora volveremos a estar en el punto cero, preguntándonos con Heidegger: ¿por qué el ser y no la nada? Los creyentes hablamos de creación. Y en medio de esa creación el impresionante y grandioso hecho: el ser humano atravesando los espacios y los tiempos, conociendo, sabiendo, “sintiendo” la naturaleza en lo más profundo de sus fuerzas y variaciones y penetrando en lo más hondo de sus leyes.

¡Qué gran acierto el título del libro de Max Scheler *El puesto del hombre en el cosmos!*, y más aún cuando en la introducción dice que quiere dilucidar la esencia del hombre y su singular puesto metafísico. Esa esencia del hombre y su singular puesto, que es capacidad de objetivar, de transformar el medio en el

¹ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de luz y amor*, n.34, en *Obras completas*, p. 413, BAC 15, Madrid 1978.

² CONCILIO VATICANO II, Constitución *Gaudium et Spes*, 14.

³ Véase JACQUES LECLERQ, *Las grandes líneas de la filosofía moral*, p. 306-307.

mundo, conciencia de sí por la que el hombre modela libremente su ser y con su ser, su entorno.

Hablar del hombre es hablar de su espíritu, de su capacidad y necesidad de valorar, de anhelo de la verdad, de la inquietud por saber, de la búsqueda del sentido de la vida. Me admira sencillamente nuestro eterno preguntar, nuestro sentirnos abiertos a todo un horizonte que es ciencia y arte y religión y filosofía y sociedad, que se expresa en cultura y civilización.

Es necesario y vital el sentido humanista de la vida, que facilita la apertura máxima del hombre, para que con su acción, promovida por su espíritu, se haga consciente de su ser en el mundo, de su religación con los demás hombres, cuyo nudo esencial es Dios. A pesar de su poder, de su ciencia, de sus innumerables bienes de consumo, de la multiplicidad de posibilidades para satisfacer sus ansias de placer, los hombres se mueren de hastío y, en su hastío, de sed que no han sabido satisfacer. Sólo un sentido humanista de la vida que sabe sentir lo que le rodea y a los que le rodean con sentido trascendente, los salva.

SER HUMANISTA

Ser humanista, como dice Gregorio Marañón, es estar siempre alerta en nuestro diálogo diario, que eso es vivir, saber ver el alma de todos y de todo, vivir con profundidad, sabiendo escoger en la escudilla de nuestra cotidiana experiencia esa gota de sabiduría que la vida destila en cada jornada. Saber que la verdad no fracasa nunca y encontrar la razón del fracaso al tomar como verdad lo que no lo era. El humanista es generoso, comprensivo, abierto, tolerante, responsable, solidario. Quiere el progreso, pero al servicio de lo esencial para perfeccionar la dignidad humana. El verdadero humanismo es un valor eterno no sujeto a modas, a la esclavitud de lo moderno, ni de lo antiguo; está ligado a la trayectoria inmutable del progreso de la humanidad⁴.

El hombre con verdadero sentido humanista de la vida lee, actúa, vive en una contemplación y en una acción, que le agudizan a ver el hoy, a sentir y comprometerse con sus circunstancias históricas; lo vivido ya, le enriquece, no le produce resentimiento, y vive abierto, con esperanza, trabajando por el perfeccionamiento de la condición humana y de la sociedad, implicada en su misma condición humana.

Pienso en el sentido humanista transido de unidad y universalidad con todo lo creado que no admite otra firma que la de Dios: Verdad, Sabiduría y Amor. Por eso dice Gregorio Marañón que el hombre de ciencia tiene que ser humanista. El genio humano, si no quiere equivocarse, no puede separarse de la suprema razón de nuestro vivir, que es el misterio de por qué somos y adonde vamos. El progreso de nuestra mente está potenciado por dos aspiraciones paralelas:

- afán de saber las cosas que ignoramos y que están en la posibilidad de nuestro conocimiento futuro. Para ello está la ciencia.

⁴ Véase GREGORIO MARAÑÓN, *Obras completas*, vol. I, p. 224-226, Madrid 1975.

- fe en lo sobrehumano, tan necesaria para el alma de los hombres, como la realidad experimental de la ciencia.

Ambas son precisas, para que nuestra ciencia no se estanque y se corrompa como el agua sin curso de los pantanos⁵.

La ciencia tiene que llevar a ensanchar nuestro espíritu, los horizontes de nuestra sociedad, de nuestra civilización. No puede empobrecer al hombre, no puede emponzoñar su sentido de la vida, su anhelo de goce, su deseo de felicidad, *el imposible necesario*, del que hablaba Julián Marías en uno de sus muchos espléndidos artículos de ABC, y al que se refirió en su tiempo el doctor Marañón. “La ciencia práctica actual, maravillosa, pero que es sólo una cara de la ciencia, no hubiera sido posible sin la previa creación que realizó la ciencia especulativa de las tres grandes características del alma civilizada; a saber: la conciencia del propio vivir y la libertad inalienable del propio pensar, el sentido de la responsabilidad, y el planteamiento de la otra vida. Sólo, si, cuando estas tres realidades dejaron de ser presentimientos, para convertirse en sentimientos básicos, sólo cuando dejaron de ser balbuceos de un resplandor para convertirse en permanente claridad, sólo entonces el hombre empezó a sentir la voluntaria sumisión de los instintos a los deberes, en lo cual reside el secreto de la civilización. Y en este inmenso vuelo del alma humana, aún inacabado, aún sujeto a tristes caídas, el progreso científico, en el sentido limitado materialista con que hoy lo concebimos, con ser prodigioso, es sólo un episodio y no fundamental”⁶.

Una visión humanista de la vida admite la comunión universal de todo en Dios. En realidad, las bases de esta comunión universal son la colaboración, amistad; los cristianos decimos “cuerpo místico”, en virtud de la presencia de Cristo.

En este sentido humanista es problema capital la relación persona-sociedad, persona-comunidad, persona-humanidad. ¿Qué significan los valores humanos: rectitud, honradez, generosidad, profesionalidad, autenticidad, fidelidad, sin una común medida que les dé el valor con la que sopesarlos?

La gran fraternidad de los hombres sólo puede ser tal, fundada sobre el Amor que nos hace hijos y hermanos al mismo tiempo.

Humanismos como el personalismo de Emmanuel Mounier suponen una verdadera fe en el ser humano. Tanto para Scheler, anteriormente citado, como para Mounier los hombres “somos” en función de los valores que nos “personalizan”. De todos es conocida la concepción del hombre como “vocación”, como llamada a la unificación personal e integral. “La primera misión del hombre es descubrir progresivamente esa cifra única que señala su lugar y sus deberes en la comunicación universal y consagrarse contra la dispersión de la materia a esta unificación de sí mismo... La unidad de un mundo de personas no se puede obtener más que en la diversidad de las vocaciones y en la autenticidad de las adhesiones”⁷. El humanismo de Mounier es personalista y comunitario, obliga a

⁵ Cf. *ibid.*, vol. III, p. 216, Madrid 1972.

⁶ Cf. *ibid.*, vol. II, p. 485-486, Madrid 1973.

⁷ E. MOUNIER, *Oeuvres*, vol. III, p. 207.468, París.

una continua búsqueda y realización de la propia dignidad, en cuyo estilo de vida los hombres nunca podrán ser “utilizados”, sino amados.

El sentido humanista de la vida que ennoblece a la persona es una luz, una fuerza que irradia al universo entero.

DESINTEGRACIÓN DEL HOMBRE

En este último siglo la preocupación por el hombre, por el sentido de su existencia es evidente. La situación se hace confusa, ya que cada filósofo cree haber encontrado la facultad maestra y principal, “*l'idée maîtresse*”, como la designaba Taine; cada uno proporciona su cuadro especial de la naturaleza humana. La teoría moderna del hombre pierde su centro intelectual. En su lugar nos encontramos con una completa anarquía de pensamientos.

Ya Max Scheler, fue uno de los primeros en percatarse de este peligro, y dio el grito de alarma: No poseemos una idea unitaria del hombre. Según él mismo, en ninguna época de la historia resultó el hombre tan problemático para sí mismo como en sus días. Su preocupación orientó parte del pensamiento contemporáneo y llevó a una búsqueda de una antropología en la que fueron científica y filosóficamente estudiadas la vida y la realidad del hombre. En el campo médico es una realidad tangible el esfuerzo por lograr un conocimiento de lo humano que supere la especialización de las ciencias positivas. Esto supone la búsqueda de una *antropología científico-metafísica* como la ha llamado Laín Entralgo (cuya obra filosófica-antropológica es paralela a la Antropología médica e Historia de la Medicina), que significa el análisis de la problemática del hombre tanto sano como enfermo en su rica complejidad científica, fenomenológica y metafísica. Al tratar de curar al hombre enfermo desde una visión más amplia, la medicina ha aprendido y ha mostrado nuevos aspectos sobre su estructura, sobre lo que él es propiamente. Siempre la enfermedad ha sido maestra, cuando se logra algún conocimiento. La enfermedad es una circunstancia eminentemente humana. No es casual el que un sector de la medicina, cada día dueña de más poder, se vea obligada a volverse paulatinamente más humana.

EL PODER ES ESPECÍFICAMENTE HUMANO

La preocupación por el hombre, por su poder, es punto de apoyo fundamental de toda civilización. El poder, como capacidad específicamente humana, que es expresión inmediata de la existencia humana y que puede adoptar un carácter positivo o negativo, justo o injusto. Se expresa en la noble y alta realización de la vida con todas sus implicaciones (podemos amar, crear, transformar, servir, curar, comprender, ayudar, etc.) Puede dominar la naturaleza. Dominarse a sí mismo. Un derecho, una obligación-deber: dominar. El poder del hombre proviene y tiene sus raíces en la semejanza con Dios. Por eso no es autónomo. Él tiene que hacer surgir un mundo que exprese su auténtica libertad y dignidad y del cual es responsable.

La dimensión negativa significa soberbia, violencia, olvido de su realización interior, de la seriedad del cotidiano vivir, de sus deberes de “ser hombre”, del entusiasmo de su vocación humana, del respeto a la vida. Significa enajenación, abuso de fuerza, allanamiento de la libertad, destrucción de la intimidad, supeditación a otras fuerzas desenfocadas, perversión de fines. Se expresa en el hombre que destruye cuando tenía que crear, y que también se destruye a sí mismo por ejercer un poder tiránico.

El poder es un fenómeno específicamente humano, porque presupone el espíritu. Sólo puede hablarse de poder, cuando se dan energías para cambiar la realidad de las cosas; conciencia de que se poseen estas energías y voluntad que les da fines y objetivos dignos a cumplir. El poder es realmente humano, cuando el hombre cobra conciencia de sí y decide sobre él. No existe poder del que no se tenga que responder. Os invito a leer el libro que sobre este tema escribió Romano Guardini *El poder*, como un intento de orientación.

A ninguna persona reflexiva puede pasar inadvertida la ambivalencia y la antinomia que nos toca vivir. Tenemos conciencia de la trascendencia tan enorme de nuestro quehacer. Estamos en una época fuerte, en la que se pone de manifiesto que el poder de disponer sobre lo dado va en aumento. Todo esto puede significar, como decía hace un momento, creación, progreso, bienestar, desarrollo de tipo personal y laboral. En nuestra época, como en todas las del pasado, se da el bien y el mal. No podemos ceder a la tentación del pesimismo y del lamento, que es cerrazón de orgullo impotente, ni a las sibilinas ilusiones de un optimismo superficial. Nuestra actitud debe ser la de hombres de esperanza dinámica que, confiando en la providencia divina, se saben forjadores de la historia.

Los progresos científicos y técnicos poseen en sí mismos una bondad natural. En sí mismos, son fruto de la investigación y de la labor reflexiva del hombre que, cumpliendo el mandato del Génesis, señorea el mundo. En sí mismos muestran la superioridad de la inteligencia humana sobre la fuerza y la del espíritu sobre la materia.

La ambivalencia valorativa y práctica del progreso de la ciencia y de la técnica radica en la libertad humana, en el uso de su poder, que puede encaminarlas al bien o abusar de ellas para el mal. La ambivalencia del progreso depende de la actitud del hombre ante su propio sentido de la vida. Si lo considera un logro absoluto, sin ninguna referencia trascendente, tenderá a una voluntad de poder omnímoda que se fija en sí misma la norma de la moralidad desde sus propios intereses y desde su propio subjetivismo. Si lo contempla desde una actitud modesta, con sentido de responsabilidad, de deber, de lo que tiene que dar cuenta y ponerlo al servicio de la dignidad humana, será un peldaño en el acceso a lo bueno, a lo verdadero y se transformará en instrumento de fraternidad, por la supremacía de los valores espirituales.

Ahí está el problema: ¿el grado de poder de que disponemos está asegurado por una correspondiente penetración del sentido de la existencia humana? ¿Tenemos una ética del poder construida desde la realidad del sentido de nuestra existencia? ¿Hay algo que no sea tangible para el hombre? ¿Hay algo que se admita como sagrado, como intocable? Sin vínculos morales, surgidos de la ley natural, ¿cómo centramos y garantizamos el poder? ¿Las legislaciones

de todo tipo, los medios de comunicación, la propaganda cómo contribuyen al desarrollo y progreso de la vida humana? ¿Qué clase de relaciones y de vida promueven? Todo tipo de poder que no esté determinado por la responsabilidad moral y el respeto a la persona significa sencillamente la destrucción de lo humano. Se confunde la justicia con la violencia, la energía e iniciativa con la gloria personal, la objetividad con ventajas propias, el dominio con la esclavitud. Todo lo que hacemos no permanece fuera, con “lo que hacemos, nos hacemos a nosotros mismos”. Para poder tener un sentido humano del poder hay que vivir la verdadera relación con Dios, con los hombres y con el mundo. Y esto implica algo que de momento puede extrañar, pero que es fundamental: el dolor en la condición humana.

EL DOLOR EN LA CONDICIÓN HUMANA

“Dime cómo te comportas frente al dolor y te diré quién eres”. Esta sentencia de Ernst Jünger explica cómo el dolor es la llave con la que se abren la intimidad y el mundo. Algo persiste siempre a lo largo de la historia de la humanidad: la realidad del sufrimiento. No es sólo una incomodidad, algo grave que hay que combatir; está en la estructura misma de la persona. Es esencial en el ser humano su debilidad, su limitación, su vulnerabilidad, su experimentar situaciones angustiosas. El hombre de nuestro momento busca desesperadamente la evitación del dolor y no tanto la profundización en la existencia humana. León Bloy dice en *Le Pelerin de l’Absolut*: el sufrir pasa, pero el haber sufrido no pasa jamás. Buytendijk llega, en su libro *El dolor*, a través de una fenomenología, a una metafísica del dolor. El placer relativiza las preguntas; no hay amor profundo sin dolor. La dicha rechaza los problemas, el dolor impulsa a la pregunta, a la reflexión. El verdadero sentido del dolor no debe llevar a la rebelión. Está ligado al desarrollo espiritual del hombre, espolea la existencia a su propia madurez y perfeccionamiento y al respeto a los demás.

Pone de manifiesto lo que es el sacrificio. El valor del hombre es proporcional .al don, al amor, a la fidelidad, al sacrificio, al obstáculo que vence. La vida sólo tiene sentido si se la transforma poco a poco. Las mismas crisis, las edades, las etapas de la vida comportan dolor.

La conciencia de la existencia implica superación, aceptación, esfuerzo. Lo esencial del dolor es el estar afectado el hombre en su unidad más íntima, en su naturaleza psicofísica. “Estar afectado” que pone en conflicto al “yo” con el “cuerpo”, pero estamos vinculados a nuestro cuerpo en su dolorosidad. En esta forma de impotencia radica nuestra actitud personal ante el dolor. El hombre ante el dolor no debe responder con el grito, si puede con el llanto. Somos capaces de muy distintas clases de dolor, de llanto, de muy distintas manifestaciones. El “héroe absoluto” no es un héroe, porque no es un hombre, es un loco, o algo extraño tiene su psicología.

Nuestra vida es incompleta, llena de resistencias, anhelosa de libertad, de realizaciones, conlleva la vivencia de situaciones-límite ante la pérdida de seres queridos, ante enfermedades, decisiones importantes, catástrofes de toda índole. ¿Cómo vivimos esas situaciones? A la pregunta por el dolor sólo le da respuesta la actitud que tomemos ante el sufrimiento y comprendamos qué valor

tiene en nuestra vida. El hombre es actor; el animal, escenario donde se desarrolla el drama. No hay resignación natural, como tampoco heroísmo natural, aquélla es siempre fruto del espíritu. En el dolor la situación nos interroga y nosotros respondemos. Es un hecho el dolor en la vida humana, pero sólo en la medida en que los hombres lo vivan y experimenten como salvador, redentor; como necesaria participación en una vida más amplia, no sólo de placer sensible y material, que recibe el sentido de una entrega, incluso de una liberación que implica el sacrificio del propio bienestar y su aceptación. Y esto le lleva a una participación en la comunidad humana. También el dolor, como el poder, requiere todo un sentido de la persona.

Poder y dolor son auténticas manifestaciones de vida humana. La doble dimensión: poder, limitación-dolor es tensión que supera e implica un auténtico humanismo trascendente.

LA RECUPERACIÓN DEL HUMANISMO Y DE UN HUMANISMO TRASCENDENTE

¿Qué es humanismo? ¿Qué es ser humanista?

Resumo ahora el pensamiento del doctor Marañón, que tanto se distinguió por el sentido humano y humanista de la vida, al que al principio me referí. El humanismo está en la categoría de las cosas fundamentalmente serias. Siendo humanista se es “humano” y se merece ser “hombre”. Ser humanista es;

- tener siempre alerta nuestro diálogo patético con las cosas: sentir lo que nos rodea, saber ver el “alma” de las cosas, porque cada cosa del mundo tiene “su alma”;
- vivir con profundidad sabiendo escoger en la escudilla de nuestra cotidiana experiencia esa sola gota de sabiduría que la vida destila en cada jornada;
- saber generalizar, “universalizar”;
- imaginar lo que la investigación no nos puede decir, punto donde queda atascado el “especialista”;
- saber que la verdad no fracasa nunca y encontrar la razón del fracaso en el tomar como verdad lo que no era.

El mejor humanismo se aprende no en la fría erudición, sino en el camino áspero de la vida y de la realidad, porque los criterios del humanista son:

- sentir lo que nos rodea con criterio de eternidad, en los que el pasado es un “pasado histórico”;
- seguridad en el progreso que se apoya en postulados de comprensión, generosidad y tolerancia.

El humanismo es mucho más “gesto y conducta” que saber. Tienen más valor las actitudes. De ahí los postulados anteriores –comprensión, generosidad, tolerancia– que caracterizan a todos los hombres impulsores de la civilización, porque la civilización nunca se ha basado en cosas radicalmente inventadas, sino nacidas del pasado fecundo, no muerto (pasado histórico). La eternidad a

las ideas les viene por haber escapado de los libros y diluirse en el “saber y sentir” de todos: UNIVERSALIZACIÓN.

El “alma universal” auténtica está transida de humanismo que es derramador de sabiduría destilada a través de generaciones y engendrador del ímpetu de la perfección, que no es fuerza ciega, sino consciente visión del porvenir.

El humanismo quiere el progreso para lo esencial. Perfeccionar la dignidad del hombre. Por eso el humanismo es valor eterno no sujeto a modas, a la esclavitud de lo moderno ni de lo antiguo, está ligado a la trayectoria inmutable del progreso de la humanidad.

Exigencias del humanismo: leer, sentir, vivir en la “ancha era” en la que se trilla, se experimenta, se medita, destila un saber que es vida para hoy, sosiego del alma, paz en el dolor y agudeza para verlo lejano (cada uno de estos puntos es “leitmotiv” constante en Marañón).

La actitud del humanista está transida de “universalidad”. La humanidad utiliza los inventos y descubrimientos como suyos. El purgatorio del “enciclopedista es la disolución de su hallazgo en el saber universal”. El humanista sonríe de gozo al verse incorporado a la formidable unidad del universo que no admite otra firma que la de Dios: Verdad y Sabiduría. El vivir por la vida del espíritu es el servicio heroico que la humanidad necesita. Sólo los que hayan sufrido persecución por la gloria de ser soldados de una inteligencia así, dejarán huella auténticamente eficaz por ser “humana”. Estos son los que se alimentan de la realidad viva y palpitante y al asimilarla provocan el planteamiento de los problemas científicos.

RIQUEZA DE LOS HUMANISMOS BASADOS EN LA CONCEPCIÓN BÍBLICA DEL HOMBRE

La concepción bíblica del hombre señala tres aspectos fundamentales:

1.- Está hecho a imagen y semejanza de Dios. Tiene un ser que rebasa lo material, y su plenitud y felicidad están en Dios. “Dijo Dios: Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza...y creó Dios al hombre a imagen suya” (Gn 1, 26-27). El hombre necesita por su mismo ser, de la contemplación, de la adoración y glorificación de Dios. El hombre “es capaz de Dios” dice San Agustín. Su apertura y posibilidad de realización es grandiosa. La posibilidad de la riqueza de sus sentimientos es enorme. Grandeza, justicia, belleza, admiración, apertura a la verdad.

2.- Dominio sobre el mundo. Cuando Dios crea a Adán le asigna la tarea terrestre, dominar el mundo y ponerlo a su servicio “Domine en los peces del mar, en las aves del cielo, en los ganados...” (Gn 1, 26). La obra del hombre es la civilización. Sus realizaciones artísticas, científicas, éticas, sociales. Todo es expresión de su vida interior.

3.- Estar en comunión con los demás hombres. A la esencia de la naturaleza humana pertenece “la relación”. Como ha dicho la filosofía existencial el hombre es un ser-con-los-demás. La existencia humana es siempre dada en conexión con otros hombres. Vivimos en la existencia cotidiana y natural en comunidad

con nuestros prójimos. “No es bueno que el hombre esté solo. Voy a darle una ayuda adecuada” (Gn 2, 18). “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19, 18).

No se puede abandonar ninguno de los tres aspectos, porque los tres se entrelazan, son consecuencia unos de otros, y resumen toda la vida del hombre. No está dividido el hombre, ni disociado, es una maravillosa unidad; su lucha está entre la gloria de Dios o la idolatría de sí mismo. La disociación aparece cuando nosotros introducimos esta deformación, pues es evidente que no pueden existir dos absolutos.

Es necesario preguntarse si nuestro sentido del humanismo favorece a la persona humana, si comporta una verdadera jerarquía de valores, si está nutrido de la dignidad espiritual de la persona. ¿Qué sentido tiene el trabajo en el conjunto de la vida? ¿Cómo deben ser la ley y el derecho para favorecer a la persona? ¿La propiedad en qué medida está justificada? ¿Qué es el mando verdadero y cómo resulta posible? ¿Libertad y obediencia tienen la misma raíz y sirven a los mismos objetivos? ¿Qué sentido tiene la salud, la muerte, el dolor? ¿Qué representan las relaciones humanas, amistad, fidelidad, ayuda, fraternidad, solidaridad? ¿Cuándo la atracción que se siente por otro merece llevar el gran nombre de amor? ¿Qué significa la unión del hombre y mujer que llamamos matrimonio y que sustenta la existencia humana? ¿Qué es lo más importante? ¿Y lo menos importante? Vivimos realidades fundamentales ¿sabemos qué son?

Debemos volver a aprender que el dominio sobre el mundo presupone el dominio sobre nosotros mismos; pues ¿cómo podrán dominar los hombres la inmensa cantidad de poder de que disponen, y que aumenta constantemente, si no son capaces de formarse a sí mismos? ¿Cómo pueden tomar decisiones políticas o culturales, si fracasan continuamente con respecto a sí mismos? ...Además debemos volver a plantear seriamente el problema del punto de convergencia último de nuestra existencia, es decir, el problema de Dios. El hombre no está constituido de tal manera que esté acabado en sí mismo, y, además, pueda entrar o no en relación con Dios, según sus ideas o sus gustos. Por el contrario, su esencia consiste decisivamente en su relación con Dios. El hombre sólo existe en cuanto referido a Dios; y por ello su carácter se define según la manera como entienda esta relación, la seriedad con que la tome y lo que haga con ella. Esto es así, y ni los filósofos, ni los políticos, ni los poetas, ni los psicólogos pueden cambiar nada aquí.

Sin un sentido trascendente de humanismo acaban por ahogarse el hombre, su creación científica, las ciencias sociales y humanas. No existiría la ética ni la moral. Sería un caos. Los humanismos tienen que favorecer toda la riqueza del espíritu humano.

LA CIENCIA NO HA FRACASADO

“Cuando se habla de que la ciencia ha fracasado como ideal humano y que este fracaso es una de las causas de la confusión que preside la encrucijada de la historia que nos ha tocado vivir (y escribo lo de “suerte” sin asomo de ironía), se comete un error de bulto; no es la ciencia como ideal, sino el ideal de la técnica lo que ha fracasado. Cuando el hombre ha tenido a su disposición el breve

espacio de muy pocos años, técnicas prodigiosas para todo, con las que no pudo nunca ni siquiera soñar, se ha enterado, y sólo entonces, de que esas técnicas no sirven para resolver nada fundamental; ni aun para darle una sensación de superioridad sobre el hombre de las edades anteriores, el que soñaba con esas técnicas como algo casi irrealizable y suponía que en ellas estaba la clave de la liberación de las miserias humanas. Pero esto no es decepción de la ciencia o no debe serlo; sino motivo para dar, casi siempre, a Dios lo que es de Dios, es decir, para renovar la categoría de pensamiento eterno e inacabable y para dejar en su lugar al César, a la técnica, a lo que se toca y nos fascina con su poder trascendente. Ciego será quien no vea que el ideal de la etapa futura de nuestra civilización será un simple retorno de los valores eternos y por ser eternos, antiguos y modernos: a la supremacía del deber sobre el derecho; a la revalorización del dolor como energía creadora; al desdén por la excesiva fruición de los sentidos; al culto del alma sobre el cuerpo; en suma, por una u otra vía a la vuelta hacia Dios”. Esto lo dice un hombre que fue un gran médico, científico, naturalista, biólogo, historiador de la condición humana, Gregorio Marañón, al que siempre admiré y que ahora, estando en Toledo, me parece más próximo y cercano⁸.

⁸ GREGORIO MARAÑÓN, *Obras completas*, vol. I, p.128, Madrid 1975.

LA AGRICULTURA, EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Conferencia de apertura de la XXXVII Semana Social, celebrada en Jaén, del 26 al 28 de mayo de 1994, sobre el campo español ante la Comunidad Europea, publicado en BOAT, julio 1994, p. 543-564.

Los sociólogos y los economistas están de acuerdo, al menos por una vez, con el contenido de la revelación divina expresada en los Libros Sagrados, según la cual el cultivo del campo es el sector primario de toda producción humana, pues de la agricultura, junto con sus complementos más inmediatos –la ganadería, la caza y la pesca– procede, como de su origen primordial, toda otra utilidad para el hombre, bien sea a través del comercio o del ejercicio de lo que llamamos industria. Así, y con referencia, sin más, a uno de los más preclaros documentos con los que nos ha regalado Juan Pablo II, dedicado todo él a ensalzar el trabajo del hombre (*Laborem excercens* = LE), éste no sólo “domina ya la tierra por el hecho de que domestica los animales, los cría y de ellos saca el alimento y vestido necesarios, y por el hecho de que puede extraer de la tierra y de los mares diversos recursos naturales”, sino mucho más, “somete la tierra”, cuando el hombre empieza a cultivarla y posteriormente elabora sus productos adaptándolos a sus necesidades. La agricultura constituye así un campo primario de la actividad económica y un factor indispensable de la producción por medio del trabajo humano. La industria, a su vez, consistirá siempre en conjugar las riquezas de la tierra –los recursos vivos de la naturaleza, los productos de la agricultura, los recursos minerales y químicos– y el trabajo del hombre, tanto el físico como el intelectual. Diversas referencias a Adán, Caín y Abel (Gn 1, 29; 2, 5 y 15; 4, 2; 9, 20), las de distintos pasajes del Eclesiástico (7,16), 1 Samuel (11,5), 1R (19, 19) y otros del Antiguo y Nuevo Testamento, exponen con indubitable clarividencia esta dedicación de los hombres más primitivos al cultivo de la tierra. Es manifiesto, por otra parte, que la más original tarea del ser humano fue la del labrantío de las campiñas, o quizá, antes, la misma caza de animales, cuya carne utilizara como alimento y con cuyas pieles se defendiera de los elementos climáticos, de las mismas fieras y de sus semejantes, mientras percibía también los frutos espontáneos de los árboles y arbustos silvestres, y aprendía a roturar las llanuras que le parecían más feraces, a fin de disponer de frutos convenientes y seguros, según las diversas temporadas del año. En épocas perfectamente identificadas por los historiadores, tanto orientales como de la más antigua cultura occidental, el cultivo de los campos supuso la fuente principal de la mayoría de los pueblos y así, a modo de ejemplo, el dominio rural y la vida agrícola fueron en Roma, sobre todo en el tiempo del Imperio, el órgano más poderoso, a la vez que el más regular, de la vida social.

Los monasterios y el clero rural

La Iglesia, al menos ya desde el siglo IV, acepta una serie de dominios rurales que le llegan generalmente por donaciones, y acepta también los sistemas socio-económicos en que se apoyaba su explotación, aunque pone en juego un conjunto de medidas que hacen más humana la condición de los colonos,

particularmente a través de los monasterios, muchos de los cuales y bajo la orientación y ejemplo de los mismos monjes, sobre todo los de origen o influencia benedictina, contribuyeron a dignificar las circunstancias de la vida rural en búsqueda de un desarrollo integral de la misma; así se fue poniendo en práctica la enfiteusis, la aparcería, mediería, tercería, etc., o el sistema de censos sobre las propiedades transferidas. Varios documentos eclesiásticos de la alta Edad Media, como uno de San Germán de Auxerre (+448) y otro del Papa San Gregorio I (+604), piden que se reconozcan los derechos de los campesinos e, incluso, el gregoriano dispone que se lea de vez en cuando a los rústicos para que conozcan sus deberes y derechos y tengan medios para preservarse de las vejaciones de los arrendatarios generales y de los funcionarios intermedios. Estas y otras clases de medidas positivas en favor del campesinado se adoptaron en Sicilia, los Alpes, Dalmacia, las Galias y Norte de África, entre otros lugares.

Mas no es sólo la solicitud eclesiástica por la condición humana de los labriegos la que se va imponiendo en esta época, sino que los lugares, “vici”, pasan a ser pequeños centros de religiosidad a partir de la creación de las parroquias rurales, que, a través del siglo V, van adquiriendo no escasa importancia, y el Concilio de Arlés (IV, a.524) hace mérito de los diáconos “urbici”, distinguiéndolos de los “rustici”, imponiendo a los presbíteros y diáconos, residentes hasta entonces en las ciudades, la obligación de residir en la localidad rural en que tengan asignado su servicio. La Regla de S. Benito describe el monasterio (cap. LXVI), en su consideración social, como una gran “villa”, en la que, a la oración, se anexionan una serie de actividades rurales y otras análogas o derivadas: *“Monasterium autem, si fieri potest, ita debet construi, ut omnia necessaria, id est, aqua, molendinum, hortus, pistrinum..., ut non sit necessitas monachis vagandi foras”* y al tratar de los precios de sus productos agrícolas se establece: *“In ipsis autem pretiis... semper aliquantulum vilius detur quam a saecularibus datur”*.

No es fácil encontrar referencias pastorales a los labriegos y campesinos en los Concilios y Sínodos Visigodos de Toledo ni aun, en esta misma Archidiócesis, en los Sínodos y Concilios de la Baja Edad Media (1257-1498), a no ser una ligera alusión a que los clérigos beneficiados eviten ganancias injustas por explotaciones agrícolas, que los colonos llevan a cabo en los predios beneficiales, o que los mismos clérigos se abstengan de prestar “dineros adelantados a pobres labradores” para cobrarles después con usura¹.

Órdenes militares y Renacimiento

Sí hay constancia, sin embargo, de la acción repobladora de las Ordenes Militares, actividad que se lleva a cabo paralelamente a la erección de las parroquias e iglesias en general: los repobladores, por ejemplo, de la comarca de Consuegra estaban sometidos a la jurisdicción del Priorato de San Juan de Jerusalén, en Castilla y León, y se consideran vasallos de la Orden de Rodas o sanjuanista, pero, amparados por su propio Fuero, cultivan sus tierras, cedidas normalmente en propiedad, o explotan sus montes y pastos en libertad de acción laboral, mientras abonen el censo “martiniega” cada año en reconocimiento del

¹ Sínodo diocesano de Alcalá, 1480, n. 13.

vasallaje, a la Dignidad Prioral². Por lo demás, podemos asegurar que en la costumbre sabia y prudente de muchas regiones agrícolas españolas y en los restos vigentes de las legislaciones torales, quedan todavía vestigios del modo ponderado, equitativo y conciliador con que en España eran atendidos los intereses del agricultor y garantizados sus derechos.

El Renacimiento y la colonización de América marginaron ligeramente las clásicas tareas rurales, mientras llegaba a su apogeo el desarrollo de la ganadería en virtud de los privilegios que había ido acumulando la Mesta; en los siglos XVII y XVIII se advierte un fuerte incremento del comercio, y la misma industria, derivada de los productos del campo, adquiere inusitadas proporciones que hacen que muchos labriegos dejen sus aperos de labor para dedicarse a manufacturas de cáñamo, esparto, algodón y seda, particularmente por el auge que adquirió esta floreciente industria en la época de Carlos III.

Un Cardenal español

En los años de este monarca rige la Archidiócesis de Toledo un erudito, celoso y solícito Pastor: me refiero a D. Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón (1772-1800), que con el trato regio unió la denuncia de las apetencias regalistas, y con sus edictos y recomendaciones a los párrocos fomentó la instrucción del pueblo; el trabajo, para él, es promoción del individuo y riqueza para la sociedad, y por ello defendió la protección de las manufacturas que se venían elaborando y fomentó la modernización de las técnicas agrícolas. En las denominadas “Relaciones del Cardenal Lorenzana”³ que este insigne prelado mandó hacer para tener un conocimiento exhaustivo de la realidad de su inmenso Arzobispado –por entonces, 1775-1780, además de gran parte de la actual provincia de Toledo, abarcaba las de Madrid, Ciudad Real, gran parte de la de Guadalajara y porciones notables de Extremadura, Jaén, Albacete y Granada, y hasta un pueblecito de Ávila–, presenta a los curas y vicarios una serie de interrogatorios sobre los trabajos de los feligreses y producción de las tierras de sus curatos, concretando que respondan a “cuáles son los frutos más singulares de su terreno; los que carecen; cuál la cantidad a que asciende cada año”, después de solicitar relación de montes, bosques y forestas, así como ríos, arroyos, etc., aunque sin olvidar lo referente a manufacturas y otras industrias. Los curas contestan con todo un conjunto de datos sobre trigo, cebada, centeno, avena, sosa y barrilla, frutas y hortalizas, vino, aceite, queso, lana, etc., de que se servían para su alimento y vestido; mimbre, esparto, cáñamo y lino para sus rústicas fábricas de cestería, pleitas y esteras, estameñas y calzado campestre; en las cercanías de Aranjuez y de Ocaña resaltan el cultivo de los espárragos y en la Mancha los de zanahorias y azafrán. Algunos cultivos se llevan a cabo por agrupaciones de campesinos organizadas sobre rudimentarias bases gremiales.

El siglo XIX

No podemos menos de mencionar el fenómeno de las desamortizaciones, eclesiástica y civil, llevadas a cabo a mediados del siglo pasado, por las que se

² Puede verse Ms. de D. Aguirre, edición del I.P.I.E.T., Toledo, 1973, en diversos capítulos.

³ En el Archivo diocesano de Toledo, legajo: *Relaciones de Lorenzana*.

privó a muchos labriegos de la fundamental base de su subsistencia y se aumentó el número de latifundios en manos de nuevos ricos absentistas y desarraigados de sus fincas y, en no pocos casos, en poder de aburguesados “señoritos”, desconocedores de la agricultura. Durante este siglo XIX el fenómeno antes citado, las continuas contiendas que impedían un trabajo ordenado y sistemático, los incendios de montes y campiñas y la falta de una adecuada modernización agrícola, deterioraron tanto nuestros campos que dejaron de ser suficientemente productivos para mantener los restantes sectores de creación de riqueza. Y no sólo esto, sino que los pequeños y medianos labradores se dejaron llevar por el ejemplo de los latifundistas, y los braceros, gañanes y labriegos, al verse, en muchos casos, totalmente caídos de brazos por falta de trabajo, perdieron su confianza hasta en las mismas instituciones de la Iglesia. No es extraño que, aun en los refranes, tan clásicos y usados hasta principios de esta centuria a que nos referimos, se notara la ausencia de evocaciones religiosas relacionadas con las agrícolas, como cuando se venía diciendo, con espontaneidad, asiduidad y precisión aquello de “*el día de la Ascensión cuajan la almendra y el piñón*” y “*el día de San Juan acaban de cuajar*”, o “*deja ya San Silvestre atinada el aceite*”, o “*por San Juan brevas comerás*”, o “*por San Miguel, los higos son miel*”, lo que, entre otros dichos vulgares, pero sabios, empezó a dejar de oírse, porque ya no se vivía.

La Iglesia no dudó en levantar su voz frente a situaciones agrícolas tan nefastas en todos los órdenes; perdonad si, de nuevo, hago referencia a Arzobispos toledanos o a instituciones creadas en esa Archidiócesis –como en otros lugares de España, sin duda– que trataron de poner en práctica lo que el Papa León XIII exponía, por aquellos mismos años, en su Encíclica *Rerum Novarum*: “*...lo que más contribuye a la prosperidad de las naciones es la probidad de las costumbres, la recta y ordenada constitución de las familias, la observancia de la religión y de la justicia, las moderadas cargas públicas y su equitativa distribución, los progresos de la industria y del comercio, la floreciente agricultura, y otros factores de esta índole, si quedan, los cuales, cuanto con mayor afán son impulsados, tanto mejor y más felizmente permitirán vivir a los ciudadanos*” (n. 23), primera alusión que se hace en un documento solemne del Pontificado acerca de la agricultura, junto con otra sobre el trabajo de los proletarios “*en el cultivo del campo*” contenida en el número 25 de esta misma Carta.

Como insinué anteriormente, me quiero referir, ante todo, al Siervo de Dios, Cardenal Sancha y Hervás, Arzobispo de Toledo desde 1898 a 1909, quien haciéndose eco, prácticamente en toda España, de las enseñanzas de León XIII, se fijó detenidamente en la situación de los obreros, en general, que tratábamos de describir hace unos instantes: anteriormente, en Ávila, en Madrid y en Valencia venía observando el distanciamiento del llamado proletariado de las instituciones de la Iglesia y de la Iglesia misma, y aprovechó la oportunidad sociológica que brindaban las leyes sobre sindicatos y otras asociaciones análogas para organizar círculos católicos de obreros, el Protectorado de Obreros Católicos y Círculos de Obreros Católicos, que en realidad eran sociedades mixtas, es decir, de patronos y obreros, principalmente en ambientes rurales, en los que también se crean, por la iniciativa del Cardenal, sindicatos de agricultores, en general y de propietarios agrícolas, de signo singularmente

católico, unos y otros⁴. El breve espacio de tiempo de su pontificado no permitió a su sucesor, Cardenal Aguirre, continuar esta promoción del sindicalismo católico agrícola. Sería el siguiente Arzobispo, Cardenal Guisasola y Menéndez, quien experto en estos temas –Jaén, Madrid, Valencia–, impulsará los sindicatos católicos agrarios, las cajas rurales católicas y las sociedades de socorros mutuos y crea en 1917 la Federación Agraria de Sindicatos Católicos toledanos⁵. Asimismo, se interesa por los emigrantes desde el área rural y propone algunas medidas que podrían remediar el alejamiento del campo que previó quedaría abandonado, si no se tomaban algunas de las disposiciones propuestas. Hacia el año 1930 era excepcional la parroquia del Arzobispado, de carácter rural y cierta entidad de población, que no tuviese alguna forma de asociacionismo católico agrario.

Ya en el III Congreso Católico Nacional Español, celebrado en Sevilla en octubre de 1892⁶, el Rector de la Universidad, profesor Prudencio Mudarra y Párraga, sostuvo una interesante tesis sobre que “las clases industrial, comercial y agrícola deben inspirarse en las doctrinas de la Iglesia –en este caso, ya, en la *Rerum Novarum*–, para llenar cumplidamente su misión, aun en el orden de sus intereses materiales”. Era el común sentir católico sobre el necesario equilibrio entre los diversos sectores de la producción.

Pío XI y Pío XII

Idéntico es, sin duda el sentir de los Papas de la época posterior a León XIII, singularmente el diáfano y penetrante criterio manifestado por Pío XI. En efecto: ya en la Encíclica *Divini Redemptoris* (1937), al tratar de auxiliares de la acción social, el Pontífice cita expresamente, en el conjunto de las organizaciones de clase, a los agricultores, entre los diversos obreros, en general, y entre los ingenieros, médicos, patronos y estudiosos (n. 30); pocos días después (27-III-1937), en la *Firmissimam constantiam*, dirigida al Episcopado mejicano, sobre la situación religiosa y la misión de la A.C., encomienda a los obispos de aquel país, para que lo transmitan y encarguen a la A.C. como actividad propia, trabajar para resolver las graves cuestiones sociales “*como por ejemplo, el problema agrario, la reducción de los latifundios, el mejoramiento de la vida de los trabajadores y de sus familias*”, concretando más adelante, en su apartado específico sobre los campesinos: “*No menos grave ni menos urgente es otro deber, el de la asistencia religiosa y económica a los campesinos, y en general a aquella no pequeña parte de mejicanos, hijos vuestros, en su mayor parte agricultores, que forman la población indígena; ...son millones de seres humanos que frecuentemente viven en condición tan triste y miserable que no gozan siquiera de aquel mínimo de bienestar indispensable para conservar la dignidad humana*” (n. 9 y 12 respectivamente).

Esta enérgica llamada de atención se repetirá innumerables veces en los escritos y discursos de Pío XII, quien desarrolla de manera original, espléndida y hasta técnica cuantos asuntos se refieren a la agricultura de su tiempo, tanto en sus aspectos positivos como en los recusables. En su alocución a los obreros

⁴ Puede verse la revista *Anales Toledanos*, Diputación provincial, Toledo 1982, p. 245-261.

⁵ Véase JOSEFINA CUESTA, *Sindicalismo católico agrario en España (1917-1919)*, Madrid 1978.

⁶ Cf. *Crónica del III Congreso Católico Nacional Español*, Sevilla 1983.

de las diócesis de Italia, reunidos en Roma para felicitarle con motivo del 25º aniversario de su consagración episcopal⁷, les pide “no reprimir ni dar exclusivamente preferencia a la industria, sino procurar su armónica coordinación con el artesanado y con la agricultura, que hace fructificar la multiforme y necesaria producción del suelo” (n. 11). Unos años después, en su discurso a los miembros del Congreso de la Confederación Italiana de Agricultores⁸, después de destacar la importancia de la explotación agrícola y ensalzar los valores imperecederos “de la que podría llamarse genuina civilización rural”, estimula a cuantos trabajan en haciendas rurales a justipreciar su trabajo, sus virtudes tradicionales, potenciar su cultura característica y evitar los peligros que pueden sufrir al comparar su trabajo con el específico de las ciudades (n. 3-10). Más tarde, en alocución dirigida al XII Congreso de trabajadores directos de la tierra⁹, exige un “mejoramiento del tenor de vida entre los que trabajan los campos, el incremento y mejora de la producción”, con una llamada de atención “sobre un particular grupo, que, entre todos, es el más deprimido económicamente, menos desarrollado socialmente y menos tutelado: queremos decir el grupo representado por la clase de los braceros, cuya condición está agravándose por el peso del paro y de la “infra ocupación”, especialmente en las zonas de pequeña propiedad fragmentada.”

En otros varios documentos el Pontífice desgrana con singular maestría toda una serie de particularidades que inciden en la vida agrícola, como, por ejemplo, destacar en favor de los trabajadores de la tierra la situación, en primer plano, de los valores del espíritu, cuando se trata de reajustar las relaciones económicas; proponer como medida precisa para superar la crisis que hoy – como en 1955, más o menos– pesa sobre el mundo agrícola, dar al trabajador de la tierra la seguridad de que puede vivir con igual desahogo y dignidad, con iguales recursos y posibilidades de afirmarse en la vida social, reconociendo toda la importancia de su profesión agrícola; que el Estado, sin un intervencionismo que agote las legítimas libertades, dé vida a aquellas condiciones generales de subsistencia en que se desarrollan la instrucción pública, las comunicaciones, las formas de previsión y seguridad social que garanticen un positivo y continuado progreso económico-social; de lo contrario – podemos leer en otro lugar– se dará tal éxodo rural, que hemos de deplorar y que conducirá a que el suelo, abandonado por incuria o agotado por una explotación inhábil, pierda gradualmente su productividad natural y la economía social misma entre en una crisis de las más graves al tener que abandonar los labradores su entorno y como su tronco natural por los desplazamientos de poblaciones, que llevan consigo tantas dificultades de adaptación al nuevo ambiente y no pocos peligros para la vida familiar y religiosa; todo esto, en gran parte, es debido a aquella falta de medios de bienestar antes enunciados de forma genérica y que en otra alocución específica, como viendo los campos, todavía no suficientemente dotados en todas partes de viviendas, de carreteras, de escuelas, de acueductos, de energía eléctrica, de ambulatorios médicos¹⁰.

⁷ Discurso del 13 de junio de 1943, *La vostra gradita presenza*: AAS 35 (1943) 171-179.

⁸ *Al particolare compiacimento*, 15 de noviembre de 1946: AAS 38 (1946) 432-437.

⁹ *Al vivo compiacimento*, 17 de abril de 1958: AAS 49 (1958) 830.

¹⁰ Cfr. respectivamente: Carta a la Semana Social de Cagliari (Italia), 18 de septiembre 1957; Alocución *Eccoci convenuti*, de 18 de mayo de 1955: AAS 48 (1955) 497507; Carta a la XXX Semana Social de Italia, *L'Osservatore Romano*, 22 de septiembre 1958; Alocución *Soyez ici*, al

Si bien es cierto que muchas de estas circunstancias han cambiado, no lo es menos que algunas continúan todavía caracterizando nuestros campos, particularmente de las zonas llamadas deprimidas. Tan sólo hace diez años, cuando la fundación *Agapé* –de Cáritas Española– publicó un amplio volumen sobre la pobreza en España y sus causas, además de dedicar un capítulo, entre otros varios, a la cuestión de la tierra en España, tuvo que fijarse también en el fenómeno, casi de carácter medieval, de las comarcas rurales deprimidas; no vamos a citarlas ahora una por una, aunque podríamos hacerlo casi con la misma precisión que se enumeraron entonces, bien que se hayan superado en no pocos casos los índices mínimos fijados para determinarlas. Estos serían: que la renta comarcal “per capita” sea inferior al 65% de la media nacional; que el porcentaje de personas mayores de 65 años rebase el 15% de la población total de la comarca; que entre 1975 y 1990 la población haya disminuido en un 25%; que más del 40% de las casas no tengan agua corriente y más del 5% no tengan luz eléctrica; que la población escolarizada en unidades de EGB de menos de cinco unidades sea un 25% mayor que la media nacional; que los ingresos municipales por habitante sean inferiores al 60% de la media nacional. Aunque estos criterios corresponden a una mentalidad adoptada por el R.D. 3418/1978, B.O.E., 7-III-1979, cualquiera de los oyentes, si conoce ligeramente el valor de las actuales estadísticas que ofrece la C.E.E. o U.E. en su “política estructural”, puede llegar a la fácil conclusión de que el paro, el envejecimiento de la población y el deterioro socio-moral han aumentado las zonas deprimidas, o la depresión en las comarcas que ya la venían sufriendo¹¹.

Juan XXIII y Juan Pablo II

Y llegamos al magisterio de Juan XXIII y Juan Pablo II, omitido el de Pablo VI, no porque carezca de trascendencia, sino por la sistematización que de estos temas nos ofrecieron los dos Papas citados en primer lugar, aunque sin preterir las enseñanzas del Concilio Vaticano II en la Constitución Conciliar *Gaudium et spes*, ni las referencias a la ecología expuestas por Pablo VI y el actual Pontífice.

Comenzando por este asunto, el de la ecología o, por mejor decir, de la problemática que se presenta desde la perspectiva de la destrucción del medio ambiente, debemos advertir que las previsiones formuladas por el Papa Pío XII en 1951 sobre el agotamiento del suelo por incuria en su cultivo o por una explotación inhábil, se están cumpliendo inexorablemente, según estamos experimentando en los desequilibrios climatológicos, en las pertinaces sequías, en las contaminaciones de las aguas y en la extenuación de nuestras masas arbóreas. Ya Pablo VI, en su Carta Apostólica *Octogesima adveniens*, de 14 de mayo de 1971¹² consideró como situación dramática la degradación del medio ambiente producida por un desequilibrio en la actividad humana y una “*explotación inconsiderada de la naturaleza*”, desequilibrio que también había denunciado repetidas veces Pío XII. No hay duda de que el abandono de la tierra

I Congreso Internacional de la Vida Católica Rural, 2 de julio de 1951: AAS 44 (1951) 554-556; Allocución a la peregrinación de la Diócesis de Badajoz, 16 de noviembre 1957: *Ecclesia*, 23 de noviembre; Allocución *Vi siamo grati*, de 11 de abril de 1956: AAS 48 (1956) 277-282.

¹¹ Puede verse el volumen citado *La pobreza en España y sus causas*, Madrid, 1984, p. 147, 607.

¹² Texto original en *L'Osservatore Romano*, 15 de mayo de 1971.

cultivable, el abuso de los pesticidas en la agricultura, los regadíos incontrolados, la extralimitación de ciertas industrias en un excesivo ánimo de lucro y, en general, la disposición arbitraria de la tierra y sus elementos naturales, nos han llevado a situaciones alarmantes. Juan Pablo II, en su Encíclica *Centesimus annus*, de 1 de mayo de 1991¹³, ha advertido que el hombre consume de manera excesiva y desordenada los recursos de la tierra y su propia vida; “*crea que puede disponer arbitrariamente de la tierra*”, añadiendo más adelante, con una expresa referencia al orden trascendente que “*(el hombre), en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, ... suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza, más bien tiranizada que gobernada por él*”. El tema había sido ya tratado en la Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, particularmente en su número 34, en el que pide una atenta ponderación sobre la necesidad de tener en cuenta la naturaleza y la mutua conexión de cada ser –plantas, animales, elementos naturales–, en el sistema ordenado que es precisamente el cosmos; advierte que los recursos de la naturaleza son limitados y no renovables y que todos estamos sujetos a las leyes morales y no sólo a las biológicas.

Pero debemos ya fijar nuestra atención en un conjunto de textos de Juan XXIII y Juan Pablo II, en los que el autor de la *Mater et Magistra* recopila las ideas y las líneas maestras de los documentos de Pío XII sobre la agricultura y las expone de forma sistemática y con un método pedagógico extraordinario, mientras el segundo, en la *Laborem exercens* revaloriza y dignifica el trabajo agrícola, devolviéndole la prerrogativa que siempre le correspondió según los planes de Dios.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et spes*, n. 71, párrafo último, trataría el tema de la agricultura desde el punto de vista de los latifundios, de los salarios y beneficios indignos del hombre que perciben muchos braceros, de la carencia de alojamientos, seguridad y libertad, que siguen padeciendo no pocos labriegos y de su falta de libertad y responsabilidad para intervenir en la vida social, impuesta por las circunstancias en que se desenvuelven en su vida rural, así como de los abusos a que se ven sometidos por no pocos intermediarios. Los temas no son totalmente nuevos, como fácilmente se echa de ver por lo dicho anteriormente, como tampoco lo son los criterios de reformas que se juzgan necesarios para evitar tales anomalías, señalándose entre otros cambios que hay que realizar, el incremento de las remuneraciones, la mejora de las condiciones laborales, el aumento de la seguridad en el empleo etc.; todo ello, repetimos, enseñado anteriormente en una lógica concatenación de la Doctrina Social de la Iglesia. El Concilio, conforme a su dimensión, decisión y estilo, no propone un estudio orgánico de los problemas agrícolas, que podían interceptar, menguar o aniquilar los derechos humanos en el ámbito de la agricultura –ya lo había hecho Juan XXIII, como veremos de inmediato–, limitándose a proyectar un haz de luz que iluminara las conciencias, con el fin de que se adoptaran actitudes y se tomaran decisiones concretas, como lo haría más adelante y nosotros examinaremos en breve, Juan Pablo II.

Refiriéndonos en primer lugar a Juan XXIII y a su Encíclica *Mater et Magistra*¹⁴, sobre el reciente desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana,

¹³ Texto original en AAS 88 (1991) 793-867.

¹⁴ Véase AAS 53 (1961) 401-464.

fecha el 16 de mayo de 1961, conmemoración de la RN, de León XIII, observamos que dedica gran parte de la misma a exponer criterios relativamente nuevos, como cuando trata de la socialización, y a “mantener encendida la antorcha levantada de sus predecesores” (n. 50), puntualizando y desarrollando materias sobre las que venía insistiendo la enseñanza social de los anteriores Pontífices. Después de referirse expresamente a la Encíclica RN, a la *Quadragesimo anno*, y al casi desconocido mensaje de Pío XII, *La solemnità*, de 1 de junio de 1941, el Papa se fija en los cambios y transformaciones que había sufrido la sociedad, en los últimos años, en los ámbitos científico, técnico, económico, social y político, ofreciéndonos, a partir de las consideraciones de estas innovaciones, una serie de principios doctrinales iluminadores, con todo detalle, de las anteriores enseñanzas sociales de la Iglesia, definidores del pensamiento de la Iglesia sobre los nuevos e importantes problemas del momento e impulsores de decisiones para solucionarlos. Estos problemas son, entre otros: la iniciativa privada y la intervención de los poderes públicos en el campo económico; el ya apuntado de la socialización; la remuneración del trabajo; las diversas estructuras económicas del servicio de la dignidad humana; la propiedad y sus nuevas formas; las relaciones entre los distintos sectores de la economía, etc.

Precisamente este último enunciado abarca un conjunto de aspectos de la cuestión social que nos exigiría mucho más tiempo del que se puede disponer en toda una Semana Social, cuánto más en la apertura de la misma. Pero en esta interconexión de los diversos sectores de la vida económica ocupa un lugar preeminente, sin duda, la agricultura¹⁵, materia a la que dedica una serie de reflexiones Juan Pablo II en la *Laborem exercens*, n. 21, apartado que constituye una apretada, pero, por ello mismo, valiosa e inagotable síntesis de toda la anterior doctrina sobre los agricultores y la agricultura. Manteniendo la identidad de cada documento, trataremos de vincular entre sí los temas afines, pues, como es lógico, se da una continuidad absoluta del pensamiento pontificio e incluso de algunas formulaciones del mismo, con las lógicas adecuaciones exigidas por las circunstancias y la creciente investigación.

El Papa Juan XXIII, de origen campesino, no menos conocedor de la sociología de su tiempo, de la economía y de la técnica que de la agricultura, demarcó todo lo concerniente a ésta en relación con aquellas, señaló las líneas de su necesario equilibrio, junto con el de los otros sectores de la producción, y precisó los caminos a seguir para lograr “una cuidadosa política económica en materia agrícola”. Juan Pablo II, formado en otros ambientes sociales y experto en las particularidades concretas del trabajo físico personal, aplica lo genérico de cada tarea humana a lo específico del hombre que cultiva la tierra, sea como simple hombre del campo, sea como agricultor, para situar a la agricultura “como base de una sana economía, en el conjunto del desarrollo de la comunidad social”¹⁶. Juan XXIII, desde la MM, da virtualidad al título de su Carta y propone la doctrina de la Iglesia, como la de una Madre y Maestra que adoctrina amorosamente a sus hijos y los dispone para afrontar los riesgos que se les pueden presentar, ya en el presente, ya en el futuro; Juan Pablo II se fija en la agricultura y en los agricultores como sujetos de una actividad que nunca será suficientemente

¹⁵ Cf. MM, 123-149.

¹⁶ LE 21, párrafo último.

valorada y que ha de ser considerada como de *“una importancia fundamental”*, pues *“ofrece a la sociedad los bienes necesarios para su sustento diario”*¹⁷.

El autor de la MM, en los referidos, extensos y categóricos puntos sobre la agricultura, nos advierte acerca de varios problemas, más bien de carácter internacional, que nadie debe eludir, como si no nos afectasen, porque los vemos muy lejanos en el espacio; y los trata, aunque sea en concepto de conclusiones prácticas, no ajenas, en la metodología, al llamado sistema de “ver”, “juzgar” y “actuar”, con una sistematización y claridad admirables. Estos problemas, sin entrar en muchos pormenores de su exposición, podríamos enumerarlos: la desproporción entre el terreno cultivable y la población agrícola: *“efectivamente, en algunas naciones hay escasez de brazos y abundancia de tierras laborables, mientras que en otras abunda la mano de obra y escasean las tierras de cultivo”*; además se dan situaciones de tierras muy productivas sin que se disponga de medios adecuados para que rindan lo debido, mientras que ciertas técnicas hacen producir más de lo conveniente para la economía nacional; se precisa, pues, que *“los pueblos se presten activa y variada ayuda mutua, de la cual se seguirá no sólo un más fácil intercambio de bienes, capitales y hombres, sino además una reducción de las desigualdades que existen entre las diversas naciones”*. En este sentido, la FAO viene realizando una obra estimable en favor de la agricultura misma, de la distribución de los alimentos y ayuda a los países que sufren hambre; por otra parte, se han de considerar obligatorias las llamadas ayudas de emergencia, pues *“tanto la justicia como la humanidad exigen que las naciones ricas presten su ayuda a las naciones pobres”*.

Mas no basta ni la ayuda material sistemática, ni la meramente esporádica, sino que los organismos supranacionales y estatales, fundaciones particulares y sociedades privadas deben ofrecer a diario con creciente liberalidad, a dichos países *“(pobres) ayuda técnica para aumentar su producción”*: a ello contribuye también el ofrecer posibilidades a jóvenes que, estudiando en las universidades más modernas, *“adquieran una formación científica y técnica conforme al nivel exigido por nuestro tiempo”*; también contribuyen las entidades bancarias y los Estados que facilitan préstamos a instituciones cuya finalidad es la producción económica. Todo esto se ha de realizar reconociendo y respetando el *“legado tradicional de cada pueblo”*, evitando nuevas formas de colonialismo y de dominio político. Por último, las naciones en vías de desarrollo examinen la trayectoria recorrida por las que gozan de mayor prosperidad, por lo que *“hay que esforzarse para que el desarrollo económico y el progreso social avancen simultáneamente”* y este equilibrio se vea acompañado de la armonía que debe existir entre los diferentes sectores de la agricultura, la industria y los servicios de toda clase.

En este conjunto de perspectivas para conseguir la más variada colaboración recíproca entre unos países y otros, la Iglesia, además de acoger por igual a todos los pueblos y contribuir a su bienestar cuando los gana para Cristo, realiza el renacer o resucitar de cada hombre en Cristo y los ciudadanos católicos, tanto de los países subdesarrollados como de los más ricos, deben mantener el primer

¹⁷ Ibíd., párrafo primero.

puesto en el esfuerzo para que a las naciones económicamente débiles se les facilite lo más posible el progreso económico y social¹⁸.

La tierra como un don de Dios

En relación con este conjunto de facetas de dimensión internacional, Juan Pablo II, en el apartado a que nos venimos refiriendo de su Encíclica sobre el trabajo humano, nos hace caer en la cuenta de la necesidad que tenemos, aunque vivamos en zonas desarrolladas, de considerar la situación lamentable en que trabajan los campos los campesinos del llamado tercer mundo: *“En algunos países en vías de desarrollo, millones de hombres se ven obligados a cultivar las tierras de otros y son explotados por los latifundistas sin la esperanza de llegar un día a la posesión siquiera de un pedazo mínimo de tierra en propiedad”*, fenómeno –decimos nosotros– que tan dolorosamente oprime a tantos hermanos nuestros de Centro y Sudamérica, como pueden ser de Nicaragua, el Salvador, Perú, Bolivia... sin contar los innumerables afroasiáticos; y el Pontífice nos sigue llamando la atención: *“Faltan formas de protección legal para la persona del trabajador agrícola y su familia en caso de vejez, de enfermedad o falta de trabajo. Largas jornadas de pesado trabajo físico son pagadas miserablemente”* no sé –aclaro yo– si también en cultivos de áreas más cercanas a nosotros... *“Tierras cultivables son abandonadas por sus propietarios; títulos legítimos de posesión de parcelas de terreno cultivadas como propias durante años, no son tenidos en cuenta o no pueden defenderse frente al “hambre de la tierra” de individuos o de grupos más poderosos”*. Además de la puesta en práctica de las ideas ofrecidas por Juan XXIII sobre la acción de la Iglesia –que formamos todos– y que dejamos expuestas más arriba, resulta inexcusable reiterar lo que Juan Pablo II dejó escrito al final de este número que venimos declarando: *“Por lo tanto, es menester proclamar y promover la dignidad del trabajo agrícola, en el cual, el hombre, de manera tan elocuente, “somete” la tierra recibida como don de Dios y afirma su “dominio” en el mundo visible”*¹⁹.

El éxodo rural

Si el actual Pontífice nos ha presentado un panorama rural que no podemos por menos de calificar como tercermundista, no por ello han dejado de tener actualidad en el mundo desarrollado las apreciaciones, advertencias y apremios que nos hizo, treinta y algún años atrás, el autor de la *Mater et Magistra*. Es cierto que nuestra agricultura, en términos generales y absolutos, ha mejorado; pero otras facetas relacionadas con la vida rural, y al mismo tiempo, con la urbana, apenas han prosperado, sino que en muchos casos se han deteriorado por la afluencia masiva y falta de coordinación de muchos labriegos hacia zonas industrializadas. *“Indudablemente –dice Juan XXIII– son muchos los campesinos que abandonan el campo para dirigirse a poblaciones mayores e incluso centros urbanos. Este éxodo rural, por verificarse casi en todos los países y adquirir a veces proporciones multitudinarias, crea problemas de difícil solución, por lo que toca al nivel de vida digno de todos los ciudadanos”*. A este fenómeno del éxodo se atreve Juan Pablo II a calificarlo de “fuga”, al sentirse los hombres de la

¹⁸ Cf. MM, 153-184.

¹⁹ LE 21.

agricultura como socialmente unos marginados, *“hasta acelerar en ellos el fenómeno de la fuga masiva del campo a la ciudad y, desgraciadamente, hacia condiciones de vida todavía más deshumanizadoras”*. Este hecho ha venido ocasionando una serie de desequilibrios económico-sociales, aunque el mismo desarrollo económico ha motivado también la partida desde el campo a las ciudades. El Papa Juan XXIII lo constata con toda claridad, sin ocultar que ha habido diversos estímulos, no tan laudables, mientras que Juan Pablo II lo atribuye, entre otras causas, a las no leves dificultades que lleva consigo el trabajo del campo.

Dice la MM: *“A la vista de todos está el hecho de que, a medida que progresa la economía, disminuye la mano de obra dedicada a la agricultura, mientras crece el porcentaje de la consagrada a la industria y el sector de los servicios”,* concluyendo la LE que *“son necesarios cambios radicales y urgentes para volver a dar a la agricultura y –a los hombres del campo– el justo valor ‘como base de una sana economía’, en el conjunto del desarrollo de la comunidad social. Por lo tanto, es menester proclamar y promover la dignidad del trabajo... y en particular del trabajo agrícola”,* como ya se ha anotado más arriba. Entre los estímulos menos nobles para dejar el campo destaca la MM *“el ansia de huir de un ambiente estrecho sin perspectivas de vida más cómoda, el prurito de novedades y aventuras de que tan poseída está nuestra época, el afán por un rápido enriquecimiento, la ilusión de vivir con mayor libertad, gozando de los medios que brindan las poblaciones más populosas”*. La LE, sin embargo, se fija más bien, a la hora de señalar algunas motivaciones para dejar el campo, en la dureza del trabajo mismo y en otros inconvenientes que proceden, incluso, de la misma sociedad y que veremos en breve. No se le oculta a Juan XXIII, como insinuamos más arriba, que hay otras motivaciones más justas para que los labriegos y agricultores, en general, se trasladen a ambientes urbanos: *“También es indudable que el éxodo del campo se debe al hecho de que el sector agrícola es, en casi todas partes, un sector deprimido, tanto por lo que toca al índice de productividad como por lo que respecta al nivel de vida de las poblaciones rurales”*²⁰.

Este nivel de vida –bajo, por supuesto y, en la mayoría de los casos, indigno del hombre de nuestros tiempos– es considerado por Juan Pablo II desde una perspectiva casi deplorable, como cuando enumera las circunstancias que suelen rodear el trabajo agrícola, en *“la situación del hombre que cultiva la tierra en el duro trabajo de los campos”*; *“el esfuerzo físico continuo y a veces extenuante”*; *“la escasa estima en qué está considerado socialmente –el trabajo del campo–, hasta el punto de crear entre los hombres de la agricultura el sentimiento de ser socialmente unos marginados”,* a lo que hay que añadir *“la falta de una adecuada formación profesional y de medios apropiados (para el trabajo); una actitud difuminada de preocupación exclusiva por los propios problemas –o sea, individualismo–; situaciones objetivamente injustas”,* que dependerán, aclaramos, de las circunstancias que concurren en cada caso.

Volviendo casi exclusivamente a la MM, su autor considera necesario adoptar una serie de medidas *“ante un problema de tanta importancia”*; *“investigar... los procedimientos más idóneos para reducir las enormes diferencias que en*

²⁰ MM 123-124.

materia de productividad se registran entre el sector agrícola y los sectores de la industria y de los servicios; buscar... los medios más adecuados para que el nivel de vida de la población agrícola se distancie lo menos posible del nivel de vida de los ciudadanos que obtienen sus ingresos trabajando en los otros sectores aludidos; realizar, por último, los esfuerzos indispensables para que los agricultores no padezcan complejo de inferioridad (–lo que Juan Pablo II llamaría, según hemos visto, sentirse socialmente unos marginados, acentuando más todavía el concepto de ese complejo–), frente a los demás grupos sociales, antes, por el contrario, vivan persuadidos de que también dentro del ambiente rural pueden no solamente consolidar y perfeccionar su propia personalidad mediante el trabajo del campo, sino además mirar tranquilamente al porvenir”²¹.

Medidas concretas

Para que estas situaciones no se perpetúen, el Pontífice señala “*algunas normas de valor permanente*”, cuya aplicación dependerá de lo que permitan las circunstancias concretas de tiempo y de lugar. Estas normas, exhortaciones y hasta exigencias se han de resumir, necesariamente, conforme a la doctrina expuesta en los núm. 126-127 de la MM: “*es necesario que todos, y de modo especial las autoridades públicas procuren con eficacia que en el campo adquieran el conveniente grado de desarrollo los servicios públicos más fundamentales* (–citando seguidamente las deficiencias denunciadas ya por Pío XII, desde 1951 a 1958, aunque, lamentablemente, agravadas en nuestro tiempo–), *como por ejemplo, caminos, transportes, comunicaciones, agua potable, vivienda, asistencia médica y farmacéutica, enseñanza elemental y enseñanza técnica profesional, condiciones idóneas para la vida religiosa y para un sano esparcimiento*”. Pero no sólo esto, con ser ya mucho de lo que carecen hoy diversos sectores rurales de algunas regiones españolas, sino que advierte el Pontífice, es necesario “*todo el conjunto de productos que permitan al hogar del agricultor estar acondicionado y funcionar de acuerdo con los progresos de la época moderna*”. Cuando faltan estos servicios, que han de considerarse fundamentales, “*existe la imposibilidad* –continúa el Papa– *de frenar el éxodo rural y la dificultad de controlar numéricamente la población que huye del campo*”. Juan Pablo II, en la LE volverá de nuevo sobre esta problemática, a la que no se encuentra o no se quiere dar solución adecuada.

Es también indispensable –sigue diciéndonos Juan XXIII– una debida proporción y conveniente equilibrio entre la agricultura y sus técnicas de producción y las que se utilizan en los otros sectores productivos (lo que también advertirá Juan Pablo II), en una justa reciprocidad de intercambios entre dichos sectores.

Las ventajas que se obtendrán de la puesta en marcha de estas medidas son evidentes: se podrá controlar la salida y llegada de los que dejan el campo, con estadísticas precisas; será posible proporcionar una formación profesional apta para la nueva dedicación; será fácil ofrecer ayudas económicas y asistencia espiritual apropiadas a la mejor integración en los medios urbanos (n. 130).

Juan XXIII, en su programación exhaustiva de los remedios que se han de aplicar al campo para conseguir una adecuada política económica agraria, llama la

²¹ MM 125.

atención sobre la necesidad de adoptar medidas muy concretas en determinados aspectos de la vida social, que afectan de manera más decisiva a la agricultura, en general. Así se ha de tener en cuenta la exigencia de adoptar sistemas tributarios justos y equitativos, habida cuenta de la gestión económica característica de las gentes del campo; se precisa *“establecer una particular política crediticia para la agricultura”*, mediante instituciones de créditos llamados “blandos”; es necesario que se implanten diversos sistemas –al menos, dos– de seguros, que garanticen, no sólo la obtención y almacenamiento de los frutos, sino también la salud de los campesinos y su renta “per cápita”, no inferior a la de los demás trabajadores; pero también se debe garantizar la seguridad de los precios, tanto por parte de los mismos interesados, cuanto por la acción moderadora de lo» poderes públicos, pues el valor de los frutos agrícolas *“constituye generalmente una retribución del trabajo, más bien que una remuneración del capital empleado”*, remuneración que, ya expresada en 1961, tendría su confirmación plena en la doctrina de Juan Pablo II²² treinta años más tarde.

En las zonas campesinas, sean o no de países tercermundistas, se han de promover industrias y servicios dependientes de la agricultura, para asegurar a los rurales unas formas idóneas de ingresos económicos en los mismos ambientes en que viven y trabajan. No se puede perder de vista lo complejo que resulta encuadrar la empresa agrícola en unos parámetros preconcebidos o análogos a los de otros sectores; debemos tomar en consideración que las tareas agrícolas suelen estar vinculadas a las familias en la mayoría de los casos y, desde una perspectiva cristiana se ha de considerar la empresa agrícola y la familia *“como una comunidad de personas en la que las relaciones internas... han de ajustarse a los criterios de la justicia y al espíritu cristiano”*; esta singular característica exige que se dé a los agricultores una instrucción adecuada a las tareas que han de llevar a cabo, que se les ofrezcan oportunidades de formar cooperativas y que tengan posibilidades de intervenir en la vida pública²³. El Papa Juan XXIII ya quiso destacar que los agricultores han de ser los protagonistas de su propia elevación económica y social, *“adquiriendo una conciencia clara y profunda de la nobleza de su profesión”*, de que son productores de la *“rica gama de alimentos con que se nutre la familia humana”* y que *“proporciona también un número cada vez mayor de materias primas a la industria”*, lo que vuelve a confirmar el actual Pontífice en la Carta y lugar ya repetidamente mencionados. Otra vez vuelve a insistir Juan XXIII en la *“específica dignidad”* e *“intrínseca nobleza”* del trabajo del campo²⁴, tema que no dejará de repetir en cuantas ocasiones se le presenten, como en el número 149 y el último de este capítulo de su Encíclica, apreciándolo como *“una misión excelsa”* recibida de Dios, sobre lo que volverá a insistir Juan Pablo II a la luz de la dignidad del trabajo humano.

Sin embargo, no podemos perder de vista que esta u otra problemática similar se da también en los países económicamente desarrollados, como sabiamente observó Juan Pablo II en su Carta magna del trabajo, países *“donde la investigación científica, las conquistas tecnológicas o la política del Estado han*

²² Cf. MM 131-140 y LE 21.

²³ Cf. MM 141-143.

²⁴ Cf. MM 144 y 145.

*llevado a la agricultura a un nivel muy avanzado, el derecho del trabajo puede ser lesionado cuando se niega al campesino la facultad de participar en las deliberaciones que afectan a su trabajo o cuando se le niega el derecho de libre asociación en vista a la justa promoción social, cultural y económica del trabajador agrícola*²⁵, para evitar lo cual la Encíclica MM había pedido que los agricultores se asociaran, sobre todo cuando las empresas eran familiares, crearan cooperativas para defender los precios de los productos del campo y trataran de colocarse “en un plano de igualdad respecto a las categorías económicamente profesionales, generalmente organizadas”, “porque, como con razón se ha dicho, en nuestra época las voces aisladas son como voces dadas al viento”²⁶.

El Norte y el Sur

Por último, una cuestión íntimamente relacionada con la agricultura, sin insistir de nuevo en lo concerniente al deterioro ecológico, de que también trata la *Sollicitudo rei socialis* y la *Centesimus annus*²⁷, es la que se refiere a los desequilibrios culturales y socio-económicos entre el Norte y el Sur, o como dice la Encíclica citada en primer lugar, n. 14, “el abismo entre las regiones del llamado Norte desarrollado y el Sur en fase de desarrollo”, denominación sólo indicativa, pues tanto en los países más ricos –Norte–, como en los menos desarrollados –Sur–, se pueden dar y se dan situaciones de miseria y de riqueza y viceversa. Lo que sí merece tenerse en cuenta es que en los países del Sur “vive la absolutamente máxima parte del género humano. Si, después se ponderan los múltiples elementos de los diversos sectores: producción y distribución de alimentos, sanidad pública y viviendas, recursos de agua potable, condiciones de trabajo, principalmente femenino, que difícilmente se distingue de las formas de esclavitud, duración de la vida y otros indicadores simultáneos, económicos y sociales, se hace evidente un cuadro general totalmente desolador, ya se mire en sí mismo, ya se compare con los índices y estimaciones de las naciones más desarrolladas. Aquella palabra, “abismo”, brota espontáneamente en la mente y en los labios”.

Estas reflexiones de Juan Pablo II merecen –por lo que se refiere a la agricultura, en sus relaciones con el comercio y con la ayuda alimentaria–, aunque no sea más que un sencillo comentario. En efecto, podemos constatar la tremenda paradoja que se da entre las escasas tierras cultivadas y cultivables del Norte, con sus excedentes agrarios, y la desnutrición y hambre del Sur, de inmensa riqueza natural agrícola y ganadera. Los países de la U.E. (Europa Unida) suelen subvencionar a los agricultores y ganaderos –con cargo a los presupuestos estatales– con enormes cantidades de dinero; y a través de la PAC (Política Agraria Común) la U.E. se ha convertido en autosuficiente con su producción de lácteos, carne, cereales y azúcar, entre otros productos; mientras tanto, la puesta en práctica de los acuerdos del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) está ya produciendo cambios profundos en los países en vías de desarrollo, como la sustitución de los cultivos tradicionales por otros de exportación destinados a los países industrializados; cultivar, por ejemplo, café,

²⁵ LE 21, 2.

²⁶ MM 146.

²⁷ SRS 34 y CA 37.

cacao, algodón o caucho implica grandes inversiones en productos agroquímicos y maquinaria que hay que importar del Norte a precios cada vez mayores. *“La agricultura se ha convertido en hijastra de la política”*, ha escrito Willy Brandt; también ha denunciado que Zambia, en los años 80 tuvo que importar seis veces más cereales que inmediatamente después de la independencia; que Zaire, que en 1960 exportaba productos alimenticios, tiene que depender de la importación de productos agrícolas o derivados de éstos; que Liberia importa el arroz que ella misma podría producir, y lo mismo puede decirse del Magreb norteafricano, por no citar más países en vías de desarrollo.

La Iglesia advirtió ya hace mucho tiempo estas posibles futuras anomalías – aunque sin citar casos tan concretos–, mientras los responsables de la economía y las empresas multinacionales sólo percibían mensajes de un capitalismo salvaje y ajeno a las más elementales necesidades humanas. *“La iglesia ha sentido y sigue sintiendo la obligación de denunciar tal realidad con toda claridad y franqueza, aunque sepa que su grito no siempre será acogido favorablemente por todos”*, nos dejó escrito Juan Pablo II al final de su Encíclica²⁸.

CONCLUSIÓN

Las anteriores reflexiones, espigadas en los más variados campos del pensamiento de la Iglesia, Maestra de la verdad transmitida por el mismo Dios en la Sagrada Escritura y en la Tradición constante de los Padres, Concilios y santos, o derivadas de las más nobles actitudes de insignes Prelados, mentores incansables de la sociedad de sus épocas, y sobre todo, avaladas por las enseñanzas sociales del magisterio pontificio, en particular de Juan XXIII y Juan Pablo II, sirvan para reavivar las inquietudes que siempre han movido a todos los hombres de buena voluntad a preocuparse por la suerte de nuestros labriegos y agricultores, en general. Humildemente las ofrezco a cuantos participáis en esta Semana Social de España y a cuantos quieran alimentarse de la rica doctrina que brotará, sin duda, de vuestros trabajos. Y al terminar, las pongo a los pies de *“la Santísima Virgen María, Madre y Reina nuestra, aquélla que volviéndose a su Hijo, dijo: “No tienen vino”* –en frase evangélica y del Santo Padre Juan Pablo II–; *Ella misma alaba a Dios Padre porque “derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes; a los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada”*²⁹.

Muchas gracias.

²⁸ CA 37.

²⁹ SRS 43. Puede verse: INST. SOC. LEÓN XIII, *Documentos pontificios sobre la agricultura*, Madrid, 1963. Véase también, Homilía de Juan Pablo II en la Misa de beatificación de Sor Ángela de la Cruz, Sevilla, 5 de noviembre de 1982. n. 5, sobre la agricultura y el trabajo de los agricultores, particularmente de las tierras de Andalucía.

LA MODERNIDAD DEL TRATADO DE TORDESILLAS

Discurso pronunciado por el Cardenal don Marcelo González Martín, como enviado especial de S.S. Juan Pablo II, el 7 de junio de 1994, en los actos conmemorativos del V Centenario del Tratado de Tordesillas.

Tengo el honor y la satisfacción de venir hasta aquí como enviado especial de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, a quien nada de cuanto tuvo relación con el Descubrimiento y Evangelización de América le es indiferente. Deseo hacer constar mi profundo agradecimiento por esta designación y mi gozo por estar en mi tierra.

Durante los nueve años que han precedido al aniversario del encuentro en que la luz del Evangelio llegó a las costas de Santo Domingo, ha dedicado el Papa intensos esfuerzos y múltiples gestiones de su alta misión pastoral a ponderar la grandeza de los acontecimientos que entonces sucedieron, sobre todo cuando a la dignidad natural del hombre se incorpora la dimensión de la fe por la que se hace hijo de Dios.

La Iglesia ha dejado muy claro que una cosa es la evangelización de los indígenas pobladores de aquellas tierras, y otra muy distinta la acción conquistadora y a veces violenta que se produjo como consecuencia de tantos factores concurrentes.

No hablamos hoy de esto, sino de que poco tiempo después del descubrimiento pudo haberse originado un conflicto bélico muy importante entre España y Portugal por las diferentes interpretaciones que daban unos y otros a la fijación de límites que se habían señalado como consecuencia de la línea divisoria señalada por los Papas.

Con el descubrimiento de América por Colón en su primer viaje se pusieron de manifiesto las dudas acerca de la interpretación del tratado de Alcaçovas. El rey de Portugal aseguró que lo descubierto por Colón le pertenecía, ya que se encontraba al sur del paralelo de las Canarias, mientras que los castellanos afirmaban que los derechos de Portugal sancionados por los Papas se limitaban a sólo lo situado en las proximidades de las costas africanas. Por eso, Castilla se apresuró a obtener de Alejandro VI un paquete de seis bulas, que asegurasen la posesión de los descubrimientos colombinos para ella. En una de las bulas se señala la famosa línea de demarcación entre ambas jurisdicciones, que el Papa coloca a cien leguas al oeste de las islas Azores. Estas concesiones les parecieron a los portugueses que vulneraban sus derechos en África. Ambos países llegaron a un alto grado de tensión, pero finalmente se impuso la vía del diálogo, que condujo al Tratado de Tordesillas.

Lo más original, novedoso y digno de alabanza en el Tratado de Tordesillas fue su modernidad. Las negociaciones siguieron este itinerario:

1. Voluntad inicial de los monarcas de ambos reinos de solucionar las diferencias por el diálogo, sin el habitual recurso a la guerra, y compromiso de cumplir y hacer cumplir los acuerdos.
2. Intervención de una comisión paritaria de sabios de ambos reinos, expertos en geografía y náutica, que emitieron informes técnicos, para servir de base a las discusiones.
3. Negociaciones a cargo de seis hábiles diplomáticos, tres por cada parte, encargados de la defensa de los intereses en conflicto, que firmaron los acuerdos.
4. Ratificación final de los mismos por los soberanos de ambos reinos.

Se discutirá después la autoridad con que el Papa intervenía en asuntos de índole temporal y política, siendo la Escuela de Salamanca la primera en precisar bien los límites de dicha intervención. Pero no cabe duda de que se llegó al Tratado de Tordesillas en virtud de unos criterios y una actitud interior en las conversaciones, en que predominaba una cultura del espíritu sobre la cultura del poder y de la fuerza. Los hombres de la Iglesia, que de un modo o de otro colaboraron a orientar y dirigir las conversaciones, veían que detrás del conflicto iniciado estaba en juego la empresa de la evangelización y cristianización del mundo descubierto, veían que si se conseguía la solución pacífica, se abría el paso a las naves de portugueses y españoles, que serían capaces de surcar los mares con pasajeros a bordo como Francisco de Javier y tantos y tantos que con el agua bautismal llevaron hasta lejanos confines el nombre y la salvación de Cristo. Comprendieron los negociadores del Tratado de Tordesillas que la humanidad tiene el deber de desarrollar como exigencia del espíritu lo que Dios ha creado como naturaleza, y que había que entronizar el diálogo y la consideración de la concordia en lugar del poder y la fuerza, pero a la larga destructiva, violencia. Buena lección también para los pueblos de hoy. El deber de evangelizar no es una fuerza que oprima, sino una misión que Dios confía a los hombres y a los pueblos para construir la paz y superar las diferencias que, en lugar de enriquecer, destruyen y rompen la armonía de la convivencia. La evangelización lo hace por elevación. Cuando el Evangelio es conocido y Jesucristo redentor es amado, la sociedad recibe como un oxígeno espiritual que la hace respirar mejor y escalar con dignidad las más altas cumbres de su destino.

Me alegro de poder transmitir estos sentimientos del Santo Padre en ocasión tan solemne como ésta, a la vez que os ofrezco también la Bendición apostólica que él se ha dignado otorgar a cuantos están aquí presentes.

Parte Cuarta

Artículos, prólogos y entrevistas

LA RECONCILIACIÓN Y LA PENITENCIA A LA LUZ DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Artículo publicado en la revista *Tierra nueva*, 51 (1984), pp.77-84.

El tema presente es extremadamente amplio; pero, sin duda, de gran actualidad.

Es amplio, ciertamente, porque abarca los puntos más vitales e íntimos de la misión de Cristo, y, por consiguiente, toca lo más profundo de la existencia cristiana.

La reconciliación, en efecto, es aquello que resume en una sola palabra toda la obra salvífica de Cristo, el único Salvador del mundo y de las cosas. Porque, como nos enseña San Pablo, “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2Cor 5, 19). Y si para algo fundó su Iglesia, fue para confiarle el ministerio de reconciliación hasta el final de los tiempos: “Dios mismo nos reconcilió por medio de Cristo y nos confió el ministerio de reconciliación... y puso en nuestras manos la palabra de reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros” (ib. 18-20).

San Pablo nos muestra en este corto párrafo de la segunda carta a los fieles de Corinto, una visión grandiosa de la obra de Cristo y de la Iglesia. Mirada en su conjunto, puede definirse como un gran misterio de reconciliación. Una reconciliación que no sólo abarca al hombre histórico concreto, sino que se extiende hasta la renovación del mundo y de las cosas: “Y plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud, y por Él reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo” (Col 1, 19-20); Él (Cristo), que como Pablo ha dicho en el verso anterior “es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el principio, el primogénito de los muertos” (v. 18).

La verdad es que toda la obra de Cristo no es otra cosa sino el despliegue de una voluntad amorosa del Padre que crea en el mundo una nueva humanidad de hombres reconciliados con Dios por medio de la sangre de Cristo (Rm 5, 10; Col 1, 22). Y como Cristo es el instrumento excepcional y único del Padre para llevar a cabo la reconciliación del mundo, la Iglesia, que es su cuerpo, no tiene más objetivo en la tierra que el de prolongar esa obra de reconciliación y poder presentar ante Dios a esos hombres reconciliados, “santos e inmaculados e irrepreensibles” (Col 1, 22).

No cabe duda de que el tema de la reconciliación es extraordinariamente amplio.

Pero es además de suma actualidad. Porque el tema de la reconciliación y de la penitencia, que son dos temas convergentes, hemos de iluminarlos con esa luz inefable que brota del Sagrado Corazón de Jesús. Esto quiere decir que esa realidad inmensa de la reconciliación que convierte a hombres muertos en resucitados con Cristo (2Cor 5, 14ss.; Col 3, 1), a extraños en familiares de Dios (Ef 2, 19), a esclavos en hijos (Gal 4, 7), hemos de verla a la luz de aquel amor infinito que “predestinó a los hombres para hacerlos conformes con la imagen de su Hijo” (Rm 8, 20) y de aquel amor humano, anidado en el corazón del Hombre-Dios, que “de tal manera nos amó que se entregó a la muerte por nosotros” (Ef 5, 2; Gal 2, 10).

Hay razones que la razón no entiende. Y el misterio de la reconciliación no es obra de la razón fría, sino de un amor que llega hasta la ternura infinita. Un amor así sólo podrá comprenderlo un hombre que tenga corazón. Y, por eso, es especialmente interesante este tema en los momentos actuales. Porque vivimos en un mundo que se está quedando sin corazón. Un mundo abandonado a la asfixia conceptual y matemática de su propio desarrollo eminentemente tecnológico, que acabará por producir hombres “robots”, incapaces de comprender la parte más misteriosa de su propio ser de hombres, realidad que escapa a los números o a las reacciones controlables en el laboratorio. El Papa Juan Pablo II se ha hecho eco de esta preocupación cuando, en su encíclica *Dives in misericordia*, escribía: “La mentalidad moderna, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de misericordia, y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado. Tal dominio, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia” (AAS 72 [1980] 1181).

Y he aquí que, frente a este racionalismo frío, que amenaza con destruir en el hombre la parte más misteriosa de su ser, el corazón, viene de nuevo la doctrina evangélica, como tantas veces lo ha hecho en la historia, en ayuda del hombre, que no quiere convertirse en un “robot”, desprovisto de calor humano, de afecto familiar, de ternura, de inspiración, de generosidad gratuita y de tantas y tantas cosas hermosas y bellas que nacen del corazón y que escapan a la pura racionalidad. Viene a descubrirle ese lugar íntimo en el que la criatura puede escuchar el murmullo de Dios, que le habla en el silencio de las cosas y le descubre que el hombre no es un producto del azar, sino una criatura de Dios, llamada a participar de la naturaleza divina y a vivir como hijo amante y amado, que tiene el derecho de llamar a Dios Padre, Padre querido; y que, como derivación de esta realidad inconmensurable, ha de considerar a todos los hombres como hermanos.

En este mundo sin corazón, Cristo es el corazón del mundo, que al hacer a los hombres hijos de Dios, los hace ya en el tiempo hermanos entre sí, y tiende a curar las heridas que han convertido el tiempo en un semillero de odios, de luchas, de injusticias, de desórdenes, de avaricias. Todo esto rebasa los límites de la pura racionalidad mecánica y nos introduce en el santuario del corazón de Dios, que “de tal manera amó al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito” (Jn

3, 16); y del Corazón de Jesús, que “nos amó y se entregó a la muerte por nosotros” (Rm 8, 37; Gal 2, 20; Ef 2, 4; 5, 2).

Por todo esto pensamos que el tema presente es de un interés particular en las circunstancias concretas de nuestro tiempo.

Haré unas breves consideraciones, primero, sobre la reconciliación; después, sobre la penitencia; y terminaré proyectando sobre estos dos puntos, o mejor dicho, captando en ellos la luz que brota del Corazón de Jesús y les da vida.

I. LA RECONCILIACIÓN

La reconciliación –dígase lo mismo de la penitencia– es un tema bíblico que no se agota en lo que hoy llamamos el sacramento de la penitencia o reconciliación. Yo quisiera tratarlo en su profunda dimensión bíblica; de este modo, el sacramento de la penitencia adquirirá una luz nueva, al integrarse en el todo, como una parte más de esa obra inefable de amor divino a los hombres que es la reconciliación.

a) El término *reconciliar*, o *volver a la amistad primitiva*, tiene un largo uso profano y bíblico. San Pablo lo emplea una sola vez para indicar la vuelta o reconciliación de la mujer con el marido del que se ha separado (cfr. 1Cor 7, 11). Mas, fuera de este caso, San Pablo es el único autor del Nuevo Testamento que emplea el término refiriéndolo siempre a las relaciones del hombre con Dios. Así en Rm 5, 10: “Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”; y en la carta a los fieles de Corinto: “Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo” (2Cor 5, 18-19).

b) Cuando Pablo hablaba de la reconciliación de la mujer con el marido, la iniciativa partía de parte de la mujer, que era la que se había apartado de él. En cambio, cuando se refiere a la reconciliación del hombre con Dios, aun cuando el hombre es el que se ha separado de Dios por el pecado, la iniciativa del encuentro recíproco parte siempre y necesariamente de Dios. Pablo describe al hombre a quien Dios va a reconciliar consigo, como “alienado y enemigo” (Col 1, 21-22); como “muerto por el pecado” (Ef 2, 1-5). Y un muerto es incapaz de toda iniciativa de salvación. Para no dejar lugar a duda de que la reconciliación es obra de Dios y no una acción nuestra, Pablo usa la voz pasiva: “Hemos sido reconciliados con Dios por la sangre de Cristo”, o simplemente habla de la reconciliación como de un don que hemos recibido de Dios: “Nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo... por quien hemos recibido la reconciliación” (Rm 5, 11). Es la misma idea que desarrolla San Juan mediante la alegoría de la vid: “Sin mí nada podéis hacer” (Jn 15, 5).

c) San Pablo señala una segunda característica de la reconciliación. Y es que, siendo una nueva relación personal con Dios, no se mantiene, sin embargo, en la esfera de lo exterior al hombre, sino que consiste en una transformación interior que lo convierte en una nueva criatura: “De suerte que el que es de Cristo se ha hecho una nueva criatura, y lo viejo pasó; se ha hecho nuevo. Mas todo esto viene de Dios que, por Cristo, nos ha reconciliado consigo” (2Cor 5, 17-18).

No es sólo que ha cambiado la actitud espiritual del hombre para con Dios. Es que ha cambiado todo el ser del hombre y se ha insertado de alguna manera en la misma vida de Dios, y “reconciliados, seremos salvos en su vida” (Rm 5, 10). Ha cambiado el mismo ser del hombre, hasta el punto de que el amor de Dios ha pasado a ser un constitutivo de su vida, ya que “el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones” (Rm 5 ,5). De ahí que el reconciliado “ya no es enemigo, no es impío, no es débil, no es pecador” (Rm 5, 6-8).

El amor de Dios es una realidad viva y activa en los reconciliados, mientras que los que no lo son, viven encerrados en sí mismos, con un horizonte que no va más allá de las exigencias de la carne. Y esta mutación, que podría también llamarse conversión, se ha operado por obra del Espíritu: “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu; si es que de verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros” (Rm 8, 8-9).

Permanece, sin duda, el hombre antiguo junto al nuevo; pero su modo de ser es completamente diferente, porque su corazón es nuevo, repleto como está por el amor de Dios que ha derramado en él el Espíritu Santo. De ahí que necesariamente tenga que ser nuevo su modo de obrar. Una vez más hay que aplicar a esta realidad sobrenatural inefable aquel adagio de la filosofía perenne, de que el modo de obrar es consecuencia del modo de ser.

San Pablo insiste de diversos modos en esta idea. Nosotros hemos sido reconciliados en la muerte de Cristo (Rm 5, 10), y por esta muerte ha perdonado Dios nuestros pecados: “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo y no imputándole sus delitos... A quien no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que en él fuéramos justicia de Dios” (2Cor 5, 19-21). La muerte de Cristo es evidentemente la causa de nuestra reconciliación; pero esa reconciliación no es un mero perdón de los pecados, sino una transformación interior de todo el ser. Porque Cristo murió para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó; y se consideren muertos al pecado y resucitados como nuevas creaturas. La reconciliación supera nuestro egoísmo pecaminoso, porque nos une a Dios, haciéndonos vivir por Cristo.

d) Notemos, por último, que la reconciliación se opera mediante la muerte de Cristo: “Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rm 5, 10), o “por la sangre de Cristo”, como ha dicho San Pablo inmediatamente antes. Es decir, que la reconciliación no puede mirarse asépticamente, como si fuera tan sólo un don gratuito, un acto de gracia o una manifestación del infinito amor de Dios. Este amor tiene una vertiente mucho más profunda, por ser más trágica. Porque tiene a la vez carácter de expiación por nuestros pecados que, en Cristo, el Hijo sin pecado, quedaron castigados: “A quien no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que en él fuéramos justicia de Dios” (2Cor 5, 21). Nuestra reconciliación, a la vez que era manifestación del infinito amor de Dios, era también manifestación de su infinita justicia que, en Cristo, hecho pecado por nosotros, aceptó la expiación merecida por nuestras culpas.

Pero con una particularidad: que la parte que pudiéramos llamar constructiva, como era el amor y el don de Dios, superaba con mucho a la parte destructiva de la expiación, como era la eliminación del pecado por el perdón. Una vez más

aparece aquí la gracia y el amor de Dios rebasando las pobres y mediocres perspectivas humanas: “Donde abundó el delito, sobreabundó el amor” (Rm 5, 20).

II. LA CONVERSIÓN O PENITENCIA

El concepto de conversión o penitencia (*metanoia*) tiene bastantes aspectos comunes con el concepto de reconciliación que hemos desarrollado. Pero resalta algunos elementos que no se pueden pasar por alto.

a) Uno de ellos es el elemento humano. En efecto, si se consideran aisladamente los textos paulinos de que nos hemos servido anteriormente, podría pensarse que la reconciliación es obra de Dios solo (ya que la iniciativa parte de Dios), y que el hombre la recibe pasivamente, sin tener que hacer otra cosa sino recibir el don de Dios: “hemos sido reconciliados”, hemos “sido justificados”, “hemos recibido la reconciliación”, etc.

Sin embargo, el mismo Pablo subraya, en los pasajes en los que trata de la reconciliación, que Dios no nos impone su iniciativa salvífica, sino que respeta del modo más absoluto nuestra personalidad activa y libre. Prueba de ello es que Dios mismo ruega, por medio de sus Apóstoles, que aceptemos libremente su ofrecimiento: “Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os rogamos: Reconciliaos con Dios” (2Cor 5, 20).

Hay, pues, que excluir absolutamente que San Pablo atribuya al hombre una participación meramente pasiva en el proceso de reconciliación. Porque, incluso ante el hecho de la reconciliación, el hombre sigue siendo una persona; y solamente en cuanto persona, es decir, criatura libre y activa, es capaz de una reconciliación con Dios. Este aspecto de la colaboración libre del hombre y de la aceptación personal del don de Dios, queda resaltado en el concepto de conversión o penitencia.

En efecto, el primer anuncio contenido en el mensaje de Jesús es una exhortación a la penitencia, a la conversión. Es una llamada apremiante de Jesús a cambiar de mente (*metanoia*-conversión), que requiere una aceptación libre, una colaboración por parte del hombre: “Vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios y diciendo: el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios se ha acercado; convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 15; cf. Mt 4, 17).

Esta invitación apremiante a la penitencia deberá continuarse siempre en el mundo, mediante la predicación apostólica; fue el encargo que el Resucitado confió a los Apóstoles: “Y les dijo que así estaba escrito que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos y que se predicase en su nombre la penitencia para el perdón de los pecados” (Lc 24, 46-47). No es de extrañar que los Apóstoles comenzaran su ministerio con el anuncio y la invitación a la conversión y penitencia: “Convertíos en el nombre de Jesucristo para la remisión de vuestros pecados” (Hch 2, 38. Cf. 3, 19; 5, 31; 11, 18; 17, 30; 20, 21; 26, 20).

b) La conversión o penitencia que proclama el mensaje evangélico es una exigencia absoluta, derivada de la realidad definitiva del Reino de Dios

escatológico, presente ya en la persona y en la obra de Jesús. No es un cambio cualquiera de mentalidad (*metanoia*), no es un mero apartarse de la senda del pecado. Tampoco son los gestos penitenciales que tanto valor tenían en las tradiciones judaicas, como el llanto, el luto, la ceniza, el cilicio, a los cuales hace Jesús alusión en determinadas ocasiones (cf. Mt 11, 21; Lc 10, 13). Se trata de la revelación última y decisiva de la presencia del Reino de Dios, que requiere una decisión también definitiva e incondicionada de parte del hombre; una conversión radical, un cambio esencial, una vuelta a Dios en completa y perfecta obediencia a su voluntad: “El tiempo se ha cumplido, convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1, 15). Por eso, la penitencia-conversión es el artículo fundamental para la iniciación en la vida cristiana. Así lo vio el autor de la carta a los Hebreos, que expresamente lo afirma (Hb 6, 1), y lo vieron los Apóstoles, como San Pedro en su primer discurso, que une la penitencia-conversión con el bautismo (cfr. Hch 2, 38), que la refrenda definitivamente.

c) Este cambio radical, esta conversión abarca al hombre entero, es decir, al centro de la vida personal y de la voluntad; pero, lógicamente, también al contenido de esa vida, o sea, a los pensamientos, palabras y obras, en cada circunstancia y en todas las situaciones. Porque, como enseñaba el mismo Jesús, “si plantáis un árbol bueno, su fruto será bueno; si plantáis un árbol malo, su fruto será malo. Porque el árbol se conoce por sus frutos” (Mt 12, 33). Dicho de otra manera, y usando también una expresión del mismo Jesús: abarca y requiere la conversión del corazón y, como consecuencia, todo el contenido de la vida. Porque “del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios, los robos, los adulterios, las fornicaciones, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto es lo que hace impuro al hombre” (Mt 15, 19-20).

En este sentido, podríamos decir que, todo el mensaje de Jesús, referido a las exigencias categóricas del amor al Reino de los cielos, es una predicación, una exhortación a la conversión del corazón, a la vuelta incondicional a Dios y al abandono de todo aquello que es contrario a la voluntad de Dios. Y esto, aun cuando no use expresamente la palabra penitencia o conversión, como sucede, por ejemplo, en el sermón de la Montaña o en las enseñanzas para aquellos que quieran seguir en pos de Jesús.

d) Hemos de añadir un elemento muy importante de la penitencia o conversión que, más que una consecuencia, pertenece a su misma esencia: la fe. La fe constituye lo que pudiéramos llamar el aspecto positivo de la conversión: “Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 15).

Es evidente que para Marcos son sinónimos creer en el Evangelio y creer en Cristo. Esto es lo que pretende descubrirnos el segundo evangelista en su obra: que Cristo es ese evangelio vivo en quien hemos de creer y al que debemos seguir.

Ahora bien, creer en Cristo es lo mismo que fiarse de Cristo, aceptar a Cristo en nuestra vida, reconocer su soberanía; en una palabra: vivir la vida de Cristo, ver la realidad de las cosas con sus ojos, amar el mundo y las cosas con su propio corazón. De este modo, el justo vive de la fe (cf. Gal 3, 11; Hb 10, 38), porque la fe es una vida, una nueva vida, la vida del Hijo de Dios sobre la tierra que, aceptada por la fe, construye en el mundo la familia de los hijos adoptivos de Dios. Esto es también lo que San Juan pretende mostrarnos en el prólogo de su

evangelio, que es el compendio de su obra: “Les dio poder de llegar a ser hijos de Dios a aquellos que creen en su nombre” (Jn 1, 12).

De nuevo nos encontramos con que la penitencia-conversión coincide, en aquello que tiene de más profundo y positivo, con la reconciliación. Y ambas cosas, a su vez, constituyen la finalidad de toda la obra salvífica del Verbo de Dios hecho hombre: “Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos” (Gal 4, 4).

e) Por lo que acabamos de decir se comprende la estrecha unión que existe entre la conversión-penitencia y el bautismo: “Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo, para el perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch 2, 38). Es que el bautismo es la primera y fundamental conversión (*metanoia*), por la que el hombre renuncia a la vida del hombre viejo, el hombre de pecado, y se reviste de Cristo resucitado: “Porque cuantos os habéis bautizado en Cristo, os habéis vestido de Cristo” (Gal 3, 27). Y es tal la identificación, que no teme San Pablo escribir unas palabras que parecerían exageradas, si no fueran, como lo son, la expresión más sencilla y ajustada de una sublime realidad: “Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros pecados, nos dio vida por Cristo... y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús” (Ef 2, 4-7).

f) El Bautismo es ciertamente el don fundamental de la conversión o penitencia. Pero el amor de Dios excede toda medida; y junto al bautismo ha querido dejar a su Iglesia todas las reservas de perdón y de ternura que exceden con mucho, infinitamente, el tormento fundamental de los hombres que se alejan de la casa del Padre: “Un segundo bautismo”, llaman frecuentemente los Santos Padres al sacramento de la penitencia. Nada más trágico que la ingratitud del hijo; nada más estremecedor que la ternura del Padre. Nada más abominable que el pecado, porque el pecado no es la infracción de un código o una regla, sino la infidelidad a un amor: “Contra ti sólo pequé”, reza el salmo *Miserere*. Cristo recoge y amplifica la idea: “Pequé contra el cielo y contra ti” (Lc 15, 18). El pecado es un mal trascendente; es semejante a la muerte (Col 2, 13; Ef 2, 5). Pero, una vez más “donde abundó el delito, superabundó el amor” (Rm 5, 20). Y es el amor sustantivado el que Cristo da a sus Apóstoles, para hacerlos ministros del perdón y la indulgencia: “Como el Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dice: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados” (Jn 20, 21-23). Y es el cielo el que se alegra “más por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión” (Lc 15, 7), “porque este hijo mío estaba muerto y ha resucitado; estaba perdido y se ha encontrado”. En este contexto parece que Cristo-Dios quiere trasladar su corazón de padre a los apóstoles, cuando los hace embajadores suyos como ministros de reconciliación: “Y puso en nuestras manos la palabra de reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo” (2Cor 5, 18-20). El corazón de Dios, en el Corazón de Cristo; y éste, en los ministros de la reconciliación.

No se puede decir más, ni se puede decir menos. Porque lo que da vida, calor, consistencia, verdad y firmeza a todos estos temas que hemos tratado tan

brevemente, podría resumirse en esa última palabra: el Corazón de Dios y el Corazón de su Hijo-Jesús, trasladado a los ministros de reconciliación en la Iglesia.

III. A LA LUZ DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

La reconciliación y la penitencia no son en realidad otra cosa sino el encuentro de dos corazones: el Corazón del hombre-Dios, roto en la cruz por la lanza del soldado, para restaurar el corazón del hombre, deshecho en el paraíso por la mortal herida del pecado.

San Pablo nos lo ha dicho, con un lenguaje directo, en el capítulo cinco de la carta a los romanos que hemos utilizado anteriormente: “Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rm 5, 10), que “de tal manera nos amó que se entregó a la muerte por nosotros” (Ef 5, 2; Gal 2, 20).

Con esto nos bastaría para iluminar el camino recorrido con una luz nueva: la luz que brota del Corazón de Jesús; porque toda la obra de restauración llevada a cabo por la sangre de la cruz (cfr. Ef 2, 13), fue una obra del amor infinito que anidaba en el Corazón del Hombre-Dios.

Pero San Juan va más adelante; y, con su típico lenguaje que sabe ver en los signos la profunda realidad de las cosas, nos descubre expresamente que el Corazón herido de Jesús fue, en definitiva, el último responsable de la obra salvífica de reconciliación y conversión de la humanidad a Dios.

Ya en el proemio, con el que abre la narración de la pasión del Señor, nos descubre el sentido de la muerte de Cristo: Jesús, “habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin” (Jn 13, 1). Es decir, no sólo hasta el último momento de su vida, sino hasta las últimas consecuencias. Toda la obra de Jesús fue la manifestación, la puesta en práctica de un amor infinito. En realidad, todo el cuarto evangelio está construido sobre la base de la revelación de ese amor, y de la fe del cristiano como respuesta a ese amor: “Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Jn 3, 16).

Pero ese amor va a quedar plasmado y simbolizado en el Corazón herido de Jesús, como último responsable de la salvación.

En efecto, San Juan da una importancia muy grande al hecho de la herida del Costado y al subsiguiente fluir de sangre y agua. Quizás no haya en todo el evangelio de Juan ningún otro pasaje subrayado con tanta decisión: “Lo atestigua el que lo vio; y su testimonio es válido; él sabe que dice la verdad” (Jn 19, 35). Es curioso que Juan insiste en que él vio todo esto; y que lo comunica a sus lectores para que crean. Porque, en el lenguaje de San Juan, ver (*oraó*) no es un simple mirar, sino un penetrar en lo profundo de una realidad que se descubre y se revela: “Habiendo visto a Jesús, dijo: He aquí el Cordero de Dios” (Jn 1, 36). Juan ha visto cómo, después de muerto, se ha abierto el Costado de Jesús y ha brotado de él sangre y agua. Evidentemente, como muy bien explica Pío XII, cuando se habla del Costado, se habla del Corazón: “Lo que aquí se describe acerca del Costado de Cristo, herido y abierto por el soldado, ha de

decirse también de su corazón que ciertamente alcanzó la lanza con su golpe, como quiera que el soldado agitó la lanza precisamente para que constase con certeza la muerte de Jesucristo” (AAS 48 [1956] 334).

Juan vio este profundo misterio de amor que se manifiesta en el Corazón de Jesús, y recuerda la profecía de Zacarías: “Mirarán al que traspasaron” (Zac 12, 10), para que no sólo miren, sino que vean y descubran el profundo misterio de amor que ha sido el motor de nuestra salvación, crean en el amor y creyendo se salven.

MÁS QUE UNA FIESTA DE FAMILIA

Artículo publicado en ABC, edición del 24-25 de diciembre de 1989.

Estos días nos saludamos unos a otros deseándonos, al menos de palabra, una felicidad que sabemos que no existe en este mundo. Pasará la Nochebuena, pasará la llamada Pascua navideña, y todo seguirá igual. Pero en nuestras relaciones de amistad o de simple convivencia humana pronunciamos repetidamente este saludo que en muchos momentos es cordialmente sincero. Al menos unos días al año nos consideramos capaces de creer, a impulsos de un hondo deseo, en una felicidad siempre anhelada, aunque nunca conseguida. Algo es algo.

Y no digo esto como reproche, sino como reconocimiento de una actitud que, aunque sea en muy modestas proporciones, es un tributo a la dignidad humana en las relaciones de unos con otros, y de esperanza que se manifiesta en dos hermosas palabras: “¡Feliz Navidad!” ¿Por qué no? ¿Por qué no ha de ser feliz y no ha de reportar felicidad la celebración de un hecho como el que conmemoramos, tan singular, tan significativo como es el nacimiento de Cristo?

Lo que no puede traer la felicidad auténtica y profunda es el ruido de la Navidad que acompaña la fiesta, un ruido del que somos responsables nosotros los hombres, siempre proclives a desvirtuar la naturaleza de las cosas con tal de que ello sirva a nuestros intereses egoístas. Del nacimiento de Cristo en pobreza y soledad hacemos un motivo de festín abundante y ruidoso; de la tiernísima espiritualidad de lo sucedido aquella noche, un pretexto para nuestra propia complacencia; de la invitación que se nos hace en la liturgia a contemplar las profundidades del amor de Dios hecho hombre, una llamada meramente sociológica, a la que creemos dar suficiente respuesta con la ambientación superficial de luces y cánticos de que están impregnados estos días pueblos y ciudades.

Aun así, prefiero mil veces que siga celebrándose la Navidad como algo que forma parte de una tradición cristiana, a pesar de las adherencias que se han ido agregando, a que desaparezca de nuestras costumbres y comportamientos el recuerdo popular, ancho y extenso, de lo que la Navidad quiere traernos.

Por otra parte, seríamos terriblemente injustos si nos empeñáramos en desconocer la cantidad innumerable de personas que, como fruto de una catequesis y cultura cristianas que vienen transmitiéndose desde hace siglos, viven en la Nochebuena y en estos días los sentimientos nobles y puros de lo que esta fiesta significa.

Esos hombres y mujeres que conocen, porque las han experimentado, las tribulaciones de la vida, y sin embargo son capaces de cantar o rezar un villancico con sus hijos y sus nietos..., esas reuniones de muchos miembros todavía vivos del núcleo familiar en que se recuerda con dolor a los que ya no están, mientras una lágrima furtiva humedece las mejillas de los que cantan o se acercan para darse un beso que casi tiene algo de rito religioso; esos centros de

ancianos, impedidos o simplemente enfermos, a cuyo rostro llega esos días la mirada especialmente afectuosa de una enfermera, un médico de guardia, una religiosa...

En nuestros viejos países cristianos, todos los de Europa, y en los de América que recibieron más tarde la semilla del Evangelio, ¡cuántos millones y millones de hogares en que de algún modo se recuerda la presencia del misterio y se acepta, o porque se cree en lo que nos ofrece o ¡porque se quisiera creer!

¿Es que no tiene esto ningún valor humano y social aparte de lo religioso? No a todos se puede pedir la grandeza sublime de un San Francisco de Asís, el primero que al parecer inaugura la costumbre del “pesebre”, ante el cual se postraba arrebatado de amor en una contemplación que le hacía sonreír y llorar al mismo tiempo. El pueblo no puede tanto, y Cristo tampoco se lo exige. A lo largo de la historia del cristianismo, como en los días en que el Señor predicaba el Evangelio, las muchedumbres le han seguido, cautivadas por su belleza única o atraídas por las ventajas materiales de los milagros que esperaban. A todos pidió que le siguieran con corazón limpio y a ninguno rechazó, aunque no lo tuviera, a no ser a los que, llenos de soberbia, eran capaces de pecar y seguir pecando contra el Espíritu Santo. La Navidad de los humildes, de los pobres, de los que sufren –¡cuántos de éstos hay en todas las clases sociales, aunque parezca lo contrario!– merecerá siempre ser celebrada y vivida por unos y por otros, aunque no todos tengan la sencillez de los pastores de Belén. Un poco de ruido y de humo, con tal que no se olvide el motivo central que lo provoca, merecerá siempre una benévola comprensión.

“Pues hacemos alegrías
cuando nace uno de nos,
¿qué haremos naciendo Dios?”

(Cristóbal de Castillejo).

Reconocido esto, me siento obligado a precisar que la fuerza principal del misterio de Navidad y lo que puede hacer un poco más felices a los que lo recuerdan, radica en la interioridad, en la fe, en la conciencia iluminada de quienes aceptan que Dios se ha hecho hombre y que a cada uno se le ofrece el don de su presencia salvadora. Esto es lo que transforma al hombre y le hace sentir la grandeza de su dignidad.

El que tiene esa fe sabe que no está solo ni abandonado a sus sufrimientos, cuando ha de padecerlos. Y se persuade fácilmente de que en ese Niño que ha nacido de una Virgen hay algo de divino. Leyendo los Evangelios, podrá seguir los capítulos de una vida que empieza en Belén y termina en el Calvario. ¿Termina? No, ha seguido de algún modo entre nosotros, ha inspirado las más generosas resoluciones, ha movido sin cesar el espíritu de los hombres hacia el bien, ha consolado a los que lloran y fortalecido a los débiles, ha alimentado la esperanza y ha hecho que se practique el amor de unos a otros. Todo esto es lo que da felicidad a los hombres, y como Navidad –nacimiento de Jesús– es cuando todo empezó, se explica perfectamente que los buenos deseos que estos días nos manifestamos unos a otros, sean como un anhelo de toda la felicidad que el Salvador nos ha traído y como un presentimiento de lo que nos espera, según lo que se nos ha prometido, aunque sepamos por experiencia que lo que conseguimos es poco, porque la felicidad plena no es de este mundo.

Así es como se va consolidando el humanismo cristiano en el individuo y en la sociedad. Ese es el valor del hecho religioso celebrado y vivido por el pueblo siglo tras siglo en el canto y la plegaria, en la meditación y en el arte, en la catequesis y en la predicación, y sobre todo en la liturgia, donde los cristianos hijos de la Iglesia han encontrado siempre la posibilidad de sentirse en familia frente a la disgregación, pueblo unido y jerarquizado frente al amontonamiento gregario y anulador de la personalidad.

La vieja Europa cristiana está llena de catedrales y templos parroquiales o conventuales en los que aparecen cuadros, retablos e imágenes del Nacimiento, la Pasión, la Eucaristía, que expresaban una fe y ayudaban a sentirla. Ello ha contribuido tanto como las escuelas de teología o la predicación sistemática a que esa fe se hiciera vida y a que poco a poco fuera difundándose una cultura que nacía y se fundaba en el humanismo que hablo. Los hombres y mujeres de nuestras tierras han mantenido la esperanza, a pesar de enfermedades, fracasos y muertes; se han reconciliado, a pesar de tantas guerras, incluso religiosas; han procurado aliviar las desgracias superando antagonismos y odios. Todo lo cual es lo que justifica que digamos “¡Feliz Navidad!”, que es algo así como “¡Feliz vida humana inspirada en la fe, en la esperanza, en la solidaridad profunda!”

Este año en la catedral de Praga, en Berlín, en las llanuras de Hungría, en tantos y tantos lugares de esa amada y bella Europa, se celebrará la Navidad y se felicitarán unos a otros, no sé si con muy directa o nula referencia al misterio cristiano que se celebra, pero sí con la satisfacción de que otra vez empiezan a vislumbrar en el horizonte el paisaje de la libertad, de la propia dignidad ya no hollada, de la luz que viene de Oriente y disipa las tinieblas, la de aquel que, según el profeta Ageo, nace como deseado de todas las naciones.

La Navidad no es solamente una fiesta familiar. Aun reducida por muchos a esa dimensión, tiene encanto indefinible, porque en ella se ponen de relieve valores humanos preciosos: cariño, ternura, recuerdo conmovido, generosidad y anchura de corazón, alegría compartida...

Nada de esto deja de manifestarse, sino al contrario, cuando además aparece la referencia al hecho cristiano que ha dado origen incluso al nombre de Navidad. Sobre todos esos pueblos de Europa, incluido el nuestro, hasta el hogar que reunía a padres e hijos para darles calor e intimidad, llegó el agua del bautismo y surgió una cultura en que tenían también su lugar la adoración y la plegaria, es decir, se propagó la fe, que fue el más eficaz aglutinante de la vida de familia.

Aun cuando el continente europeo sufra hoy tan honda crisis espiritual y religiosa, todavía podemos afirmar con el cardenal König que “dos mil años de historia cristiana han marcado el rostro de Europa”. Creer en la Navidad es creer también en la Redención, en Jesucristo Redentor. ¡Lo necesitamos tanto...!

EL CENTENARIO DEL COMIENZO DE LA EVANGELIZACIÓN DEL NUEVO MUNDO, VISTO DESDE EUROPA

Trabajo publicado en el volumen de AA. VV., HISTORIA DE LA EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA, que recoge las actas del Simposio internacional, celebrado en Roma, 11-14 de mayo de 1992. ACTAS. Ciudad del Vaticano, 1992, pp.19-33.

Un precedente inexcusable

En una crónica escrita en la segunda mitad del siglo VII, su autor, un desconocido, al que sucesivamente se ha llamado Isidoro de Badajoz y anónimo de Córdoba, hace un relato de la batalla de Poitiers (a.732) en que fue contenida la invasión musulmana que amenazaba con apoderarse de toda la Galia y extenderse por el resto de Europa. Siete días duró la pelea. Al amanecer el séptimo, los cristianos, ya vencedores, se adueñan de las tiendas de los árabes y las encuentran vacías. El cronista termina así su descripción: “*Europenses vero...in suas se laeti recipiunt patrias*” (‘Los europeos, por su parte, regresan alegres a sus patrias’).

Muchos historiadores opinan que, a partir de entonces, se consolidó la conciencia de una identidad común entre los pertenecientes a los pueblos que se opusieron a la invasión musulmana: era la conciencia de sentirse defensores de una civilización cristiana. Así surgió la cristiandad medieval, en que, a pesar de todos los nacionalismos exacerbados, los odios y los ultrajes humanos, las destrucciones y violencias de todo género, nunca dejó de brillar la luz del Evangelio y, muchas veces, con esplendor.

Pues bien, un poco antes de esa fecha de 732, exactamente el 718, en una porción de Europa llamada España, se iniciaba la reconquista del suelo patrio que, éste sí, había sido sorprendentemente dominado en muy poco tiempo por los invasores islámicos. Don Pelayo y los que con él se unieron para combatir, defendían la civilización cristiana. Y así, durante más de siete siglos estuvieron los españoles luchando contra el Islam, a veces ayudados también por los franceses, ingleses, germánicos, itálicos...La lucha continuada de España obedeció a dos motivos fundamentales: reconquistar el suelo patrio y *querer seguir siendo* un país cristiano, en una elección libre que hicieron y siguieron haciendo durante todo ese tiempo, a pesar de que la civilización árabe, que se les ofrecía, era más adelantada y humanamente atractiva que la suya.

La referencia a este largo período de la Reconquista es ineludible, si se quiere comprender bien el por qué del esfuerzo de evangelización que realizó España en América desde el descubrimiento de ésta.

El gran historiador Sánchez Albornoz, en su obra *La Edad Media Española y la empresa en América* afirma “como verdad indestructible, que la Reconquista fue la clave de la Historia de España” y que “lo fue también de nuestras gestas hispanoamericanas. Repito lo que he dicho muchas veces: si los musulmanes

no hubieran puesto el pie en España, nosotros no habríamos realizado el milagro de América”.

“La Reconquista duró casi ocho siglos y la Conquista sólo medio. Esta fue tan asombrosamente rápida, porque España hizo en el Nuevo Mundo lo que en la península venía haciendo desde hace ocho siglos. Estaba ya bien entrenada”¹.

Y del mismo modo, en continuidad con la tradición multiseccular de avanzar, predicar, bautizar, alzar cruces, iglesias y nuevos pueblos para Cristo, ha de entenderse la rápida evangelización de América, esa inmensa transfusión de sangre, fe y cultura que logró la total conversión de los pueblos misionados, fenómeno único de la historia de la Iglesia. “Sin los siglos de batalla contra el moro, enemigo del Altísimo, de María, de Cristo, y de sus Santos, sería inexplicable el anhelo cristianizante de los españoles en América, basado en la misma férvida fe”².

La Conquista de las Indias es completamente ininteligible sin la experiencia medieval de la Reconquista de España. Concretamente, “la política asimilista, pero igualitaria de Castilla, única en la historia de la colonización universal – política que declara súbditos de la Corona, como los castellanos, a los indios de América y que no convirtió en colonias a las tierras conquistadas sino que las tuvo por prolongación del solar nacional–, no podrá explicarse sin nuestro medioevo”³.

“Id y predicad el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15)

Lo que conmemoramos en este V Centenario es el comienzo de la evangelización en América.

“La llegada y proclamación –en palabras del Papa Juan Pablo II– de la fe y del mensaje de Jesús, la implantación y desarrollo de la Iglesia; realidades espléndidas y permanentes que no se pueden negar o infravalorar. Y (la Iglesia) se dispone a celebrarlas en el sentido más profundo y teológico del término, como se celebra a Jesucristo, Señor de la historia, ‘el primero y más grande evangelizador’ ya que Él mismo es el Evangelio de Dios (cfr. *Evangelii nuntiandi*, n. 7)”.

“Como ya tuve ocasión de señalar en el discurso al CELAM reunido en Puerto Príncipe: ‘Como latinoamericanos, habréis de celebrar esta fecha con una seria reflexión sobre los caminos históricos del subcontinente, pero también con alegría y orgullo. Como cristianos y católicos es justo recordarla con una mirada hacia estos quinientos años de trabajos para anunciar el Evangelio y edificar la Iglesia en estas tierras. Mirada de gratitud a Dios por la vocación cristiana y católica de América Latina, y a cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la evangelización. Mirada de fidelidad a vuestro pasado de fe. Mirada hacia los desafíos del presente y los esfuerzos que se realizan. Mirada hacia el futuro para ver cómo consolidar la obra iniciada’ (9 de marzo 1983, III)”.

¹ J.M. IRABURU, *Hechos de los apóstoles de América*, p. 38.

² SÁNCHEZ ALBORNOZ, o.c. p. 106.

³ *Ibíd.*, p. 128.

“Por esto, la Iglesia se dispone a celebrar el V Centenario sin triunfalismos, consciente de saber que es una sublime gracia del Señor el que haya llamado a la luz de la fe a tantos millones de hombres y mujeres que invocan su nombre y en él son salvados. Este evento eclesial debe ser también ocasión para una reflexión pastoral sobre el pasado, presente y futuro de América Latina; una reflexión que sirva para dar un nuevo impulso a la obra evangelizadora del continente a todos los niveles, en todos los países y en todos los sectores de la sociedad”⁴.

Es muy importante esta precisión del Santo Padre porque deja a las investigaciones de los hombres el estudio de los hechos históricos que se desarrollaron en relación con el descubrimiento, la conquista, y el dominio de España, y también de Portugal en la proporción que le corresponde, y pone el acento en lo que para la Iglesia es lo esencial: la llegada de la fe.

Acción misionera de España

Fue todo un pueblo el que sintió fuertemente el impulso de evangelizar el continente descubierto. Todo un pueblo –digo–, no sólo los misioneros y los religiosos, cuya única misión era ésa, sino muchos, hombres y mujeres, colaboraron intrépidamente en la tarea de dar a conocer a Jesucristo, y a la Virgen María como poderosa intercesora ante su Santísimo Hijo.

La evangelización consiste en esto, tal como afirma Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*: “No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios”⁵.

Naturalmente, al ofrecer así la Buena Nueva que anunciaba el Reino de Dios en la tierra, se forjó y extendió entre los indios una cultura distinta de la que tenían, la cultura cristiana, porque, como afirmó Juan Pablo II en la Universidad Complutense de Madrid en su visita a España en 1982, “*una fe que no se hace cultura es una fe no acogida plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente*”.

Donde quiera que ha penetrado el Evangelio aparece un nuevo concepto del hombre y de la vida. Así sucedió en los países europeos cuando fueron abrazando el cristianismo, empezando por Roma y las Provincias de su Imperio. En cada uno de ellos había un modo de pensar, de sentir y de amar que fue desapareciendo o modificándose a medida que penetraba en ellos la luz de quien había venido a la tierra para ser luz del mundo (Jn 8, 12). Había que nacer otra vez, como dijo Cristo a Nicodemo (Jn 3, 3).

Las enseñanzas del Señor sobre la filiación divina, la esperanza de la vida eterna, la pureza de corazón, el amor fraterno, la mortificación y dominio de sí mismo y las cartas de los Apóstoles Pablo, Pedro, etc., son un impulso constante hacia la radical novedad en la vida del hombre y de la sociedad, y hacen surgir una nueva cultura que el creyente en Cristo va generando y que a su vez da

⁴ *Discurso a la II Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina*, 14 de junio de 1991, en *L'Osservatore Romano*, ed. esp. 21 de junio de 1991, p. 24.

⁵ EN 23.

lugar a nuevos cristianos. Todos los evangelizadores, en todos los lugares de la tierra adonde han llegado, en cualquier época de la historia, han hecho lo mismo. Primero el anuncio, después el catecismo y los sacramentos, y como fruto de esta acción, la promoción humana, cultural y social de los nuevos evangelizados. Así se hizo también en América.

Lo asombroso, lo verdaderamente sorprendente es que la evangelización entendida como ofrecimiento y aceptación del misterio de Cristo e implantación de la Iglesia mediante el establecimiento de la Jerarquía y administración de los sacramentos, se produjera con tanta rapidez.

La explicación está en lo que hemos dicho:

“La Iglesia en las Indias fue una madre capaz de engendrar con Cristo Esposo más de veinte naciones cristianas. Y en esta admirable fecundidad misionera colaboraron todos, Reyes y virreyes, escribanos y soldados, conquistadores y cronistas, escribanos y funcionarios, frailes y padres de familia, encomenderos, barberos, sastres y agricultores, indios catequistas, gobernadores y maestros de escuela, cofradías de naturales, de criollos, de negros, de españoles o de viudas, de gremios profesionales, patronos de fundaciones piadosas, de hospitales y de conventos, laicos fiscales y religiosas de clausura, párrocos y doctrinos, niños hijos de caciques, educados en conventos religiosos, corregidores y alguaciles... Todo un pueblo cristiano y fiel, con sus leyes y costumbres, con sus virtudes y vicios, con sus poesías y danzas, canciones y teatros, con sus cruces alzadas y templos, sus fiestas y procesiones, y sobre todo con sus inmensas certezas de fe, a pesar de sus pecados, fue el *sujeto real* de la acción apostólica de la Iglesia”.

“Ese pueblo, evidentemente confesional, que no fue a las Indias a comunicar a los indígenas la *duda metódica*, sino que recibió de Dios y de la Iglesia el encargo de transmitir al Nuevo Mundo la gloriosa certeza de la Santa Fe Católica, cumplió su misión, y es el responsable de que hoy una mitad de la Iglesia católica piense y crea, sienta, hable y escriba en español”⁶.

Este pueblo era así, fuertemente católico. Había sido forjado en la lucha contra el Islam invasor. Tenía fallos y defectos, muchos. Pero tenía también una fe ardorosa y militante y admitía y trataba de cumplir con generosidad sin límite el mandato evangélico: “Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto Yo os he mandado” (Mt 28, 19-20).

“El espíritu religioso de aquella magna aventura que fue la conquista y la colonización, se mantuvo largo tiempo en su prístina fuerza gracias al fraile. El fraile es el segundo prototipo de la estirpe blanca en las Indias. En su esencia no difiere del conquistador. Viene a ser como un conquistador a lo divino. El fraile encarna el sentido universal más que el individual de la psicología española, pero desde luego la diferencia es más bien cosa de grado que de naturaleza; de otro modo, que uno y otro tipo sólo difieren en proporción y puede pasarse de uno al otro por gradaciones casi insensibles. Hubo muchos conquistadores que terminaron frailes. Las Casas fue primero conquistador, luego encomendero, más tarde clérigo y por último fraile. Caso típico si los hay, pues nadie abrazó la

⁶ Cfr. J.M. IRABURU, *Hechos de los apóstoles de América*, p. 84.

causa del espíritu universal con más celo y ardor, y sin embargo nadie luchó por tal causa con terquedad más apasionada e individualista. En el fraile se observa la misma osadía, el mismo espíritu de sacrificio, el mismo deseo hazañoso de vencer obstáculos que caracteriza a los conquistadores. Pero mientras los conquistadores pasaban trabajos y fatigas por alzarse hasta la honra y la grandeza, los frailes luchaban por humillarse. “Maravillábanse los indios de ver el tesón en los predicadores, y más de verlos tan desaficionados al oro y la plata de que nuestros españoles seculares hacían mucha estima” escribe un autor de la época. El ejemplo era, en efecto, el único lenguaje en que al principio era posible a los frailes hacerse comprender a los naturales y comunicarles la fe ardiente que les animaba; y en el lenguaje del ejemplo hablaban aun a riesgo de muerte...Era entre los frailes cosa, a la vez, de doctrina y de disciplina vivir tan modestamente como los indios más humildes. “Andan pobres y descalzos como nosotros –decían los indios–, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan con nosotros mansamente”. Hubo muchos casos de martirio, y quizá uno todavía más significativo, el de fray Antonio de Roa, que no contento con imitar la pobreza de los indios, a fin de ganar mejor su confianza, y al ver que no se daban cuenta suficientemente del horror que el pecado debía inspirar, solía disciplinarse cruelmente durante el sermón, y para demostrarles que el cuerpo no era más que un esclavo, se marcaba a fuego con una tea. Tales eran los métodos de los conquistadores a lo divino, para intentar al menos, la conquista espiritual del Nuevo Mundo”⁷.

Propósito de los Reyes de España y abusos posteriores

Sucedió además que quienes ejercieron la autoridad y el gobierno, como Reyes de España, como jefes de las expediciones desde el primer viaje de Colón, o como conquistadores de los territorios, eran y fueron también –muchos de ellos– igualmente fervorosos cristianos que tenían el anhelo de extender la fe que profesaban.

La Reina Isabel, aunque educada conforme a la mentalidad esclavista de la época, nunca admitió que se tratase a los indios como esclavos, quería que se les tratase “muy bien y amorosamente”, y obligó a devolver a América los esclavos que habían sido traídos por abusiva determinación de Colón. Consideró siempre las tierras que podrían ser descubiertas –y mucho más tras el descubrimiento– como campo de evangelización. Y así toda su vida, hasta tres días antes de morir en Medina del Campo, cuando dicta un codicilo que se añade a su testamento, en el que declara cuál es su intención principal cuando la Santa Sede concedió a la Corona las Indias descubiertas:

“Nuestra principal intención fue...de procurar inducir y traer los pueblos de ellas y los convertir a nuestra santa fe católica, y enviar a las dichas Islas y Tierra Firme Prelados y Religiosos y Clérigos, y otras personas doctos y temerosos de Dios, para instruir los vecinos y moradores de ellas en la fe católica y les enseñar y doctrinar buenas costumbres, y poner en ello la inteligencia debida, según más largamente en las letras de dicha concesión se contiene” (Codicilo, Cláusula X).

⁷ S. DE MADARIAGA, *El auge y el ocaso del Imperio Español*, Madrid 1979.

Demuestra lo que estamos diciendo la narración que hace Bartolomé de las Casas. Refiere lo que sucedió cuando llegaron algunas naves con sus respectivos indios esclavos. “Como por las cartas postreras del Almirante, que vinieron en los dichos navíos, supiese la Reina de gloriosa memoria, que el Almirante había dado a cada uno de los que allí venían un indio por esclavo, y que, si no se me ha olvidado, eran trescientos hombres, hubo muy gran enojo, diciendo estas palabras *¿Qué poder tiene mío el Almirante para dar a nadie mis vasallos?* y otras semejantes”. Este relato no se ha tenido suficientemente en cuenta. El Almirante había decidido cubrir la falta de oro y especias prometidas a los Reyes con el envío de indios esclavos. Consta que la actitud de la Soberana fue de disgusto y repulsa. “La Reina Isabel, que había apoyado la hazaña colombina, demostró su fibra cristiana, su humanismo, y obligó a Colón a retraer sus malos pasos esclavistas”. El hecho de que el Almirante enviara esclavos sin aprobación real fue una de las causas de su relevo en el gobierno de La Española. Las Casas sigue refiriendo la reacción que tuvo Doña Isabel: “Mandó luego a pregonar en Granada y en Sevilla, donde ya estaba la Corte, que todos los que hubiesen llevado indios a Castilla, que les hubiese dado el Almirante, los volviesen luego acá (a las Indias, desde donde escribe Bartolomé su Historia), so pena de muerte, en los primeros navíos”. Y a continuación reconoce que él mismo tuvo un esclavo que le había llevado su padre (que acompañó a Colón en el segundo viaje a las Indias) desde la Española “Y mi padre, a quien el Almirante había dado uno y lo había llevado en el susodicho viaje de los dos navíos o carabelas, que yo en Castilla tuve, y algunos días anduvo conmigo, tornó a esta isla con el mismo comendador Bobadilla, y los trajo, y después yo lo vi y traté acá”.

Como señala Rafael Altamira, el 20 de junio de 1500 es una fecha memorable para el mundo entero, porque señala el primer reconocimiento del respeto debido a la dignidad y libertad de todos los hombres, por incultos y primitivos que sean: principio que hasta entonces no se había proclamado en ninguna legislación, y mucho menos se había practicado en ningún país. Aquella disposición fue luego ratificada y ampliada por otras, en las que se declaró hombres libres a todos los indios: base de un empeño para protegerlos que caracteriza de manera especial la filosofía política de la Corona española en las Indias y cuya iniciadora fue Isabel I⁸.

No siempre fueron fieles a estos deseos y ruegos de la Reina Isabel muchos de los españoles que fueron a América; con sus abusos y crueldades escribieron páginas oscuras. Pero los evangelizadores directos, los religiosos franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios, jesuitas, y con ellos muchísimas familias que allí llegaron, realizaron una labor de difusión del Evangelio inigualable.

Y, cuando en la Península iban siendo conocidas las noticias que hablaban de tales abusos, cundió un malestar profundo que dio lugar a posturas revisionistas sobre lo que se estaba haciendo en Indias y fue la ocasión para que brillara con esplendor una luz que no se ha apagado: la del gran maestro Vitoria y en general la Escuela de Teólogos de Salamanca, que exponían sus enseñanzas fundados en el hecho de la dignidad humana y la revelación cristiana.

⁸ Cfr. E. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Tesis doctoral defendida en la Facultad de Teología del “Angelicum” en marzo de 1992 con el título “Filosofía Política de la Corona Española en Indias”.

La nueva ética: La fe en el indio y en su capacidad de libertad

Francisco de Vitoria y sus discípulos durante el siglo XVI llegaron a ser la voz más cualificada de la Iglesia, la luz para iluminar los problemas múltiples que se originan con el descubrimiento, la conquista, la colonización de las Indias Occidentales.

Las lecciones de Francisco de Vitoria desde la cátedra y desde el púlpito pasan de mano en mano: llegan a hacerse hasta 500 copias manuscritas de las mismas.

Los principios de los derechos humanos y de gentes están asentados en el derecho natural que los fundamenta; y de tal forma estos principios son verdaderos y fecundos que sus discípulos de derecho y teología, pronto maestros, irán enriqueciéndolos al aplicarlos a los problemas y situaciones que se iban ofreciendo, sobre todo en los años de las conquistas.

Así podríamos compendiar las enseñanzas de esta Escuela que a la luz del Evangelio enseña al mundo entero la esencia del derecho natural, del derecho de gentes, de los derechos humanos.

Reivindica la dignidad humana de los indios, pues son seres racionales y libres, creados a imagen de Dios, con destino personal y trascendente. Los indios eran capaces de salvación y de condenación.

Tenían, por tanto, derecho a ser bautizados.

El retraso o subdesarrollo de los indios, su “bestialidad” o incapacidad, se debía más a la mala y bárbara educación.

Tenían derecho al progreso y a la paz.

Los indios eran verdaderos dueños de sí y de sus cosas de igual modo que los españoles.

Indios y españoles eran iguales fundamentalmente, en cuanto que eran hombres.

Su libertad política también es reivindicada.

Por tanto, la intervención de España en América se justifica en función de la necesidad de protección de los derechos humanos. No sería conveniente ni lícito al Rey de España abandonar completamente la administración de aquellos pueblos.

Los españoles por derecho natural y de gentes tenían derecho a recorrer las provincias de los indios y permanecer en ellas, mientras no causaran daño a sus poblaciones. Los indios no podían prohibir el derecho de emigración.

Igualmente, los españoles podían comerciar con los pueblos indios, importar y exportar mercancías.

Los conquistadores y sus familias, por derecho natural y de gentes, tenían derecho a domiciliarse y tomar la ciudadanía de los países indios, contrayendo

matrimonio o por otras formas mediante las que los extranjeros la adquieran; de igual modo pueden defenderse y buscar su propia seguridad⁹.

El ilustre historiador Lewis Hanke dice que “la empresa de España en América fue mucho más que una extraordinaria hazaña militar y política. Fue también uno de los mayores intentos que ha presenciado el mundo para que prevalezcan los preceptos cristianos en las relaciones entre las gentes”¹⁰.

Francisco de Vitoria, en virtud de estos títulos y con estas y otras limitaciones, obligaba tanto a indios como a españoles, a la Corona y a los gobernantes, virreyes, encomenderos, vasallos y soldados. El derecho natural obliga en conciencia a todos.

La Universidad de Salamanca es pionera en España y en el mundo entero en el riguroso y crítico planteamiento de la presencia de España en las Indias.

“La duda indiana”

La intervención de Vitoria y sus discípulos no se limita a dictaminar algunos casos de gravedad que le son planteados, sino que progresivamente llega a ser la conciencia de la mejor sociedad española cristiana. De las aulas de Salamanca saldrán los mejores defensores de los indios: misioneros, obispos, juristas, profesores de las universidades americanas de Lima, México, promovidas con el propósito de predicar íntegramente el Evangelio entre los indios: Pedro de la Gasea (Pacificador del Perú y presidente de la Audiencia de Lima), Juan de la Peña (Obispo de Lima), Zumárraga (Arzobispo de México), Anchieta, Juan del Valle (Obispo de Popaván), Domingo de Santo Tomás Navarrete (Obispo de Charcas), Tomás de San Martín (La Plata), Diego de Covarrubias (Obispo de Santo Domingo y de la Concepción de la Vega).

Por encargo de Carlos V, Francisco de Vitoria escogía misioneros y profesores para las universidades americanas entre sus mejores discípulos.

El influjo de la Universidad de Salamanca es tan eficaz que la mayoría de las disposiciones legales de este tiempo van en el sentido de paralizar y prohibir las conquistas, porque se oponían radicalmente al concepto de tutela; misión que únicamente justificaba la presencia e intervención de España en las Indias (1556).

Por el magisterio de Juan de la Peña, se llegó a la convicción de que es preciso, para obtener la absolución sacramental, la restitución y devolución de lo adquirido en guerra injusta.

La opción negociada y defendida por gran parte de los obispos, sacerdotes, misioneros y religiosos, y por no pocos juristas y funcionarios de la Corona, se enfrentaba a la opción continuista de los conquistadores y encomenderos, que luchaban por el reconocimiento de la perpetuidad de sus encomiendas.

⁹ Cf. L. PEREÑA, *La Escuela de Salamanca. Proceso a la conquista de América*, Salamanca 1986, p.47-48.

¹⁰ Cit. en la revista *Palabra*, agosto 1991, p.48.

Tras los primeros años de descubrimientos, seguidos de conquistas muchas veces ensombrecidas por el atropello y la crueldad, se había llegado, después de muchos trabajos, a una situación que hoy podríamos llamar de protectorado político; única plataforma que podía ayudar a la tarea evangelizadora de la Iglesia¹¹.

Imposible enumerar siquiera los hitos por los que van transcurriendo el pensamiento y las realizaciones jurídicas y de gobierno; la Escuela de Salamanca es la pionera en la Iglesia y a la vez la mentora de la Corona. Se consigue una política de rectificaciones continuas, pues “la Corona de Castilla tenía el país en fideicomiso hasta que los naturales fueran capaces de autogobierno y de perseverar en la fe cristiana”.

A la luz de estos principios, y luchando enérgicamente desde el Consejo de Indias y la Corona de Castilla por el fiel cumplimiento de los mismos, se organiza la empresa de evangelización de América con todo lo que lleva consigo de empeño cultural, asistencial, social, humano, en una palabra. Esta es la base, que irá haciendo posible la futura independencia. Como el fruto maduro se separa del árbol, así estaba prevista por Francisco de Vitoria la independencia, como una mayoría de edad de los hijos de familia.

El problema no es sólo de juristas. La fundamentación de la ley está en último término en el derecho natural que asiste a todo hombre. Afectan, pues, muchos aspectos a la conciencia moral. En el fondo de todo problema político hay un problema teológico. La “gobernación de las Indias” está sometida también al derecho divino y natural.

Los Reyes de España, dice Vitoria, habían asumido la carga de un mandato con el fin de capacitar a los pueblos de los indios para facilitar su integración en la Comunidad del orbe sobre una base de igualdad fundamental. En interés de los súbditos de los países indios, y sólo por ello, los Reyes de España se hacían cargo de la administración mientras fuera necesario para la utilidad y progreso de aquellos pueblos.

El Emperador no podría dar leyes que fueran perjudiciales para los pueblos indios y beneficiosas para España.

Frutos abundantes

No debemos negar que hubo grandes atropellos y crueles violencias según fue desarrollándose el proceso del descubrimiento, la conquista y la evangelización, pues no se puede separar una cosa de otra de manera neta y tajante.

Gracias a esta Escuela de Salamanca fueron distinguiéndose los diversos campos de actuación. Las leyes y ordenanzas que progresivamente se promulgaron, sirvieron para hacer luz en medio de las sombras y nunca dejó de haber espléndidos testimonios de fe y amor cristiano, tras los que se ve una prodigiosa acción evangelizadora, que en menos de cincuenta años sirvió para

¹¹ Cf. L. PEREÑA, *o.c.*, p. 83-93.

que se extendieran la fe y el sentido cristiano de la vida en los numerosos territorios descubiertos.

Merecerán siempre la gratitud y la admiración de todos los que creemos en Jesucristo aquellas legiones de misioneros franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios, jesuitas y obispos, que aprendieron y enseñaron idiomas, fundaron escuelas y, sobre todo, abrieron la inteligencia de tantos para comprender de algún modo los catecismos y textos litúrgicos que explicaban con ardorosa fe. Hombres como “Motolinía” y los doce apóstoles de México; el incomparable Santo Toribio de Mogrovejo, en el Perú; San Pedro Claver, en Colombia; Acosta, Anchieta, Pedro de Gante, Bernardino de Sahagún etc. ¿A qué seguir?

Los frutos de vida cristiana se multiplicaron sin cesar. La devoción a Cristo Crucificado, a la Virgen María, a la Sagrada Eucaristía, arraigó en el pueblo y alimentó la piedad de pobres y de ricos como expresión de su fe y como estímulo para conservarla y propagarla.

En las Iglesias de esos países de Iberoamérica cuajó con fuerza la familia cristiana y no fueron pocos los que dieron testimonio de santidad heroica con nombres gloriosos, que tienen su lugar hoy en el martirologio de la Iglesia. Juan Pablo II, antes de inaugurar los años de preparación del V Centenario, dijo a su paso por Zaragoza: “Una siembra generosa y fecunda fue la de aquellos misioneros españoles y portugueses, que sembraron a manos llenas la palabra del Evangelio en un esfuerzo que llega hasta hoy y que constituye una de las páginas más bellas de toda la historia de la evangelización, llevada a cabo por la Iglesia” (10 de octubre de 1984).

Así fue, en efecto, y cuando en el siglo XIX los países americanos se independizaron de España, no por eso se separaron de la Iglesia.

Promoción humana

La labor de evangelización que se realizó prestó atención también a los problemas humanos de los indios, de manera que no fue una espiritualidad desencarnada la que se practicó entre ellos. Son innumerables los testimonios de amor al hombre y de transformación de la condición humana para fomentar el progreso de aquellos pueblos, gran parte de los cuales vivían en condiciones ignominiosas. Tantos y tan grandes como los abusos de muchos fueron también los gestos y los actos de amor que se realizaron por parte de los evangelizadores, los frailes, los obispos, y muchos de los laicos que los acompañaban.

Empezaron por tener que enseñar las elementales normas de educación y convivencia respecto al aseo personal, la comida, el vestido y la vivienda, la convivencia entre ellos, los oficios artesanales que les ayudaron a valerse por sí mismos, las normas de civilización (policía, se decía entonces) y ordenamiento político elemental, que poco a poco fue desarrollándose. En todo intervinieron los misioneros, porque lo consideraban como un deber de la fraternidad cristiana que proclamaban. Las escuelas de los franciscanos, las “reducciones” de los jesuitas, y otros similares, fueron una contribución muy notable al progreso y desarrollo de las poblaciones autóctonas. “Se edificaron ciudades enteras con sus plazas mayores, iglesias y catedrales, casas y palacios, fuertes, audiencias

imperiales, universidades. Estos centros universitarios de Hispanoamérica precedieron tres cuartos de siglo a la primera de América del Norte”¹².

Escribe el historiador Pedro Borges:

“En el tema concreto de las relaciones de los padres y los hijos los dominicos de Nueva España aconsejaban en 1548 a estos últimos que obedecieran a sus progenitores, pero, sorprendentemente, una vez establecido el principio general de la necesidad de esta obediencia, en lo que insistían era en la facultad de que gozaban los hijos para sustraerse a ella cuando los padres les preceptuaban algo moralmente reprobable. Evidentemente, a estos religiosos les preocupaba sobre todo la posibilidad de que los adultos de reciente inserción en el cristianismo y probablemente aficionados todavía a las prácticas idolátricas prehispánicas intentasen obligar a sus hijos a realizar acciones contrarias a la nueva religión o a lo que ellos entendían por ley natural”.

Más adelante cambian las circunstancias y cambia la perspectiva. Continúa Borges:

“Un documento como el *Tercer Catecismo* del Concilio de Lima, editado en 1585, es decir, en un momento en que los indígenas peruanos a los que se dirigía ya estaban plenamente cristianizados, olvida esa preocupación y enfoca el asunto desde un punto de vista positivo y desde todas las vertientes de esas relaciones”.

“Así y según ese catecismo, los hijos debían honrar a sus padres, porque habían sido engendrados y criados por ellos, lo que practicarían obedeciéndoles y ayudándoles cuando lo necesitaran, sobre todo en la ancianidad. Esta misma honra debían hacerla extensiva a los padres espirituales y a los ancianos, esto último a imitación de los españoles y de todos los hombres de policía y buena razón”.

“Los padres, por su parte, tenían obligación de educar a sus hijos en las buenas costumbres, consejo con cuyo motivo inserta el catecismo la siguiente exhortación, antológica por su estilo y por su insistencia en basar el razonamiento en la cualidad de hombres de los indios, distintos por lo mismo de los animales:

“Mirad que oigan Misa vuestros hijos, que recen cada día la Doctrina antes de acostarse, que no se apuñeen y riñan. Limpiadlos, lavadlos y vestidlos, y las muchachas ya grandecitas no consintáis que anden con otros muchachos, y mirad que no duerman hermanos y hermanas todos juntos, como muchos hacéis. Eso es de bestias, y no de hombres. ¿Son perros o carneros para que machos y hembras anden revueltos? ... Que por ese pecado y otros que tenéis ha permitido Dios que andéis perseguidos y hechos esclavos, como si fuédeses bestias, porque no queréis vivir como hombres, sino como caballos y carneros del prado, sin orden ni limpieza en vuestras almas ni en vuestros cuerpos”.

“Estas exhortaciones de los catecismos americanos tienen el mérito de que trascendían el orden de las ideas, porque dichos catecismos eran una especie de manuales para los predicadores, a quienes se les quería facilitar su labor

¹² J. MARÍAS, en ABC, 12 de julio de 1991.

ofreciéndoles incluso el texto de cómo debían predicar a los indios, sin limitarse a simples guiones”.

“Refiriéndose al noroeste de México, Andrés Pérez de Ribas nos ofrece en 1647 una relación detallada de lo que los jesuitas de esas misiones habían conseguido de los indígenas desde finales del siglo XVI. De una manera general, esos misioneros habían logrado ‘las mudanzas de costumbres fieras que (los naturales) tenían arraigadas y heredadas de sus antepasados’. En concreto, habían conseguido implantar entre ellos la monogamia, el corte de cabellera al bautizarse, el abandono de los nombres personales bárbaros, la amistad con los españoles, la afición al trabajo cuando antes eran las gentes más ociosas del mundo”¹³.

Reflexión desde Europa

Cuando en 1492 los Reyes Católicos Fernando e Isabel conquistaron Granada, se celebraron grandes fiestas en los países de Europa occidental. Fueron famosas las de Milán y las de San Pablo, de Londres. Se vivía con gozo la victoria que suponía para la fe cristiana el alejamiento que representaba la presencia del Islam en la Península Ibérica.

Ese mismo año se produjo el descubrimiento de América. En muchos lugares de Europa aparecieron en seguida manifestaciones de sorpresa y perplejidad, y en sus respectivos pueblos también de gozo, por lo que suponía para la fe católica la actitud tan favorable de la Corona española en orden a la evangelización.

La escisión provocada por la Reforma protestante en el siglo XVI dio lugar a la aparición de actitudes contrapuestas y enconadas e incluso a guerras de religión y desatadas ambiciones políticas. Todo apareció mezclado y confundido.

En lugar de atender a la evangelización, se rechazaba la conquista y el dominio, todo igual. Las devastaciones, saqueos y crueldades se presentaron como actitudes de la España católica sin más. Desde entonces y a partir sobre todo del siglo XVIII se han ido extendiendo el apasionamiento y la deformación de la historia, que ha llegado hasta hoy.

Es necesario volver a estudiar con el máximo rigor los hechos y las interpretaciones.

Durante los siglos en que se fue forjando la Europa cristiana medieval, la violencia, los ataques feroces de unas regiones contra otras, las destrucciones en masa estuvieron a la orden del día. Un Carlomagno, que tanto hizo por la cristiandad, se distinguió igualmente por su afán imperialista y sus atropellos y venganzas.

América debe mucho a Europa y más aún a quienes han ido realizando desde 1492 la gran empresa de la evangelización. Pero también Europa debe mucho a la América evangelizada. El simple hecho de poder contar con tantos otros pueblos que creen en Jesucristo Redentor fue para los europeos, libres de odio y pasión, un motivo de satisfacción incalculable, el que produce la propagación

¹³ P. BORGES, *Misión y civilización en América*, p. 176-177.

de la fe, que permite, conforme a nuestras creencias, pasar de las tinieblas a la luz. Pero está comprobado que no se logra esto normalmente, sin que aparezca el misterio de la contradicción.

Evangelizadores íntegros, sin ninguna otra apetencia humana en sus afanes, son siempre escasos. Aquí tiene aplicación la parábola del grano de mostaza. Sólo con el paso del tiempo se hace árbol frondoso en que pueden anidar las aves del cielo. Y hoy el pueblo católico de América es árbol frondoso. Para Europa entera, el descubrimiento de América significa –creo yo– un complemento de humanidad que sólo entonces haría comprender a los europeos qué perspectivas tan colosales se abrían a sus inquietudes, y qué *poca cosa* habían sido mientras estuvieron encerrados en sí mismos.

La Europa de Santo Tomás y San Bernardo, como la de San Francisco de Asís. Santo Domingo de Guzmán y San Francisco Javier, estaba reclamando horizontes de universalidad, que ahora se presentaban fascinantes a los espíritus nobles. También a los evangelizadores que salieron de Europa para América –pues no fueron sólo frailes españoles los que llegaron al nuevo continente–, como a los que en territorios europeos habían evangelizado siglos atrás, les acompañaron –sin que ellos fueran responsables– la ambición desmedida y muchas veces la barbarie. En medio de tantas sombras fue extendiéndose la luz.

Ahora esa América no reniega de la fe que recibió, aunque puede ser que las sectas se la arrebaten en gran parte. Europa debería prestar una mucha mayor atención a los problemas sociales y económicos de Iberoamérica, porque, aunque tengamos distinta casa, formamos parte de la misma familia. El corazón de las Iglesias de América late con fuerza en el momento actual y se siente agitado en sus afanes apostólicos.

Desde aquí, desde Europa, ¿qué podemos hacer para ayudarles? ¿O es que ya somos tan pobres en la fe los europeos, que casi estamos necesitando que vengan a ayudarnos ellos? Quizá no se trate de que ellos reclamen la ayuda que se les debe, sino de que ellos y nosotros nos dispongamos a predicar y vivir mejor el Evangelio hoy, en nuestro tiempo, en estos años que vivimos.

En la homilía que el Santo Padre pronunció el 1 de enero de este año, dijo estas palabras:

«Desde hace quinientos años el misterio de Cristo, Salvador del hombre, está presente entre los pueblos del continente americano, totalmente desconocido para el Viejo Mundo hasta 1492.

“El descubrimiento de América coincide con el comienzo de la evangelización de aquellas tierras nuevas. Desde entonces, el misterio de la salvación, revelado para toda la humanidad en el Verbo hecho carne, comenzó a ser anunciado a nuevos pueblos, con los cuales hasta entonces Europa no había tenido ningún contacto. Sin embargo, aquellos pueblos eran conocidos por Dios desde toda la eternidad; y por él siempre abrazados con la paternidad que el Hijo ha revelado «en la plenitud de los tiempos” (cf. Gal 4, 4).

Al igual que en otras partes del mundo, el Evangelio, de hecho, ha acompañado durante su andadura a los pueblos latinoamericanos, entre los cuales el mensaje de la salvación ha resonado mediante el testimonio de infatigables misioneros y apóstoles. Damos gracias al Señor por la asistencia constante y sobrenatural, con la que ha guiado el camino de aquellos pueblos cristianos a lo largo de estos 500 años. Al mismo tiempo., reafirmamos nuestra voluntad y el compromiso de continuar el irrenunciable ministerio de la Evangelización”.

Resumen final

Si se me pidiera una síntesis de los principales pensamientos que me sugiere el hecho de la evangelización de la América Latina, vista desde Europa, diría lo siguiente:

1º. La evangelización que comienza en 1492 y ahora conmemoramos, es, en conjunto, una labor prodigiosa, llevada a cabo principalmente por España, gracias a la cual se predicó la fe cristiana y el misterio de Cristo fue conocido y amado.

2º. Con la fe predicada surgió una nueva cultura, que en muchos casos sustituyó a la que existía, y en otros coexistió con ella, en cuanto lo permitió el nuevo concepto del hombre.

3º. A la vez que la evangelización realizada por la Iglesia (obispos y misioneros, Bulas Alejandrinas, etc.) y por la Corona y el pueblo español, hubo abusos, crueldades, violencias numerosísimas que lamentamos profundamente. Es deber de los historiadores fijar con precisión estos hechos, discernir responsabilidades con exactitud, conocer el origen de muchas falsedades y calumnias que también se han dado desde el principio, por lo que son muy de alabar los estudios que vienen haciendo diversos autores españoles y extranjeros.

4º. La Escuela de Salamanca, con sus grande teólogos y juristas, como Vitoria, Soto, etc., y otros como Suárez, merecen el reconocimiento universal por las luminosas doctrinas que difundieron sobre los indios y los conquistadores, y en general sobre el derecho internacional de pueblos y naciones, favoreciendo una autocrítica de lo que se venía haciendo en América, como nunca se ha dado entre colonizadores y colonizados.

5º. Las Iglesias de Europa deberían ser capaces de ayudar con mayor eficacia a las de América Latina como lo hace la de Alemania. Ayuda para colaborar en la transmisión de la fe, en la erección de seminarios y noviciados, en la acogida y fomento de las vocaciones, en el envío de sacerdotes, en la defensa de los criterios que eviten la secularización de la sociedad, en el esfuerzo por aplicar lo que está pidiendo la justicia respecto a la situación de esos pueblos en cuanto a la deuda exterior, los gastos en armamento, la defensa de la vida, el acceso a la propiedad de la tierra y a las fuentes de producción para los aborígenes y desposeídos, etc.¹⁴.

¹⁴ Véase la Exhortación de las Comisiones Episcopales de España en el Día de Hispanoamérica, 1 de marzo de 1992.

6°. El esfuerzo por secundar las exigencias de la nueva evangelización a que nos convoca el Papa Juan Pablo II ha de dar frutos, tanto en América como en Europa. Tendrá que ser nueva en su ardor, en su expresión y en sus métodos, sí, pero permanentemente fiel al Evangelio y a la guía y magisterio de la Iglesia.

CARRANZA Y EL TIPO DE OBISPO QUE ÉL DESEABA

Prólogo al libro *Speculum pastorum*, de Fr. Bartolomé de Carranza, edición preparada por J.I. Tellechea, publicada por el Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo y la Universidad Pontificia de Salamanca, en 1992.

La diócesis de Toledo está en deuda con el que fue su Arzobispo, Fr. Bartolomé Carranza, y no la habría pagado con sólo lamentarse por haberse visto privada de la presencia de su Pastor durante tantos años.

Nunca se han hecho estudios serios sobre su figura. Solamente el Cabildo de la Catedral –y alguno de sus miembros en particular– puso empeño en defenderle de las impugnaciones que se le hicieron e incluso organizaron actos de oración públicos y rogativas para pedir a Dios por su absolución desde el día en que Carranza fue apresado por la Inquisición, cuando visitaba Torrelaguna, el pueblo natal de Cisneros.

Es cierto que hasta su procesamiento sólo habían pasado seis meses desde que entró en Toledo, pero ya había dado la medida de su talla.

En ese tiempo había sido capaz de visitar todas las parroquias e iglesias de la ciudad, predicando y administrando la confirmación; había introducido notables reformas en la Curia y en la Catedral; había conferido tres veces órdenes generales y había dado muestras de sus grandes virtudes de amor a la pobreza, generosidad, y digna firmeza.

Toledo perdió así una figura extraordinariamente dotada por su ciencia y virtudes pastorales: gran teólogo, predicador elocuente, austero, dialogante, trabajador infatigable. Había estado en Inglaterra y en Flandes actuando en múltiples negociaciones con autoridades civiles y religiosas; había tratado de conocer hasta el fondo el grado de penetración del protestantismo en la sociedad y sus raíces doctrinales; había intentado ya corregir –quizá fue esto lo que predispuso a muchos en su contra– los abusos que se daban en su época con la falta de residencia de obispos y párrocos, etc.

Habiendo intervenido como teólogo del Emperador en el Concilio de Trento, quiso después que el catolicismo de la nación española tuviese un esplendor nuevo, más que por su poderío en el mundo, por el fulgor de los espíritus en su autenticidad cristiana y en la práctica de las virtudes.

En la España de Felipe II ardían las llamas de un incendio de fe militante que a veces abrasaba. Todo el cuerpo de la nación vivía sometido a una tensión inacabable y creciente, en medio de triunfos y fracasos. Carranza prefería las luces a las llamas. Iluminaba las conciencias, fundamentaba en la Escritura su predicación, admitía de buen grado cierto talante erasmista que le permitía ser y querer que todos fueran un poco más coherentes con su fe y menos extremos en sus censuras e impugnaciones. Dos hombres de la misma Orden que él fueron, el uno, amigo suyo, Fray Luis de Granada; el otro, adversario declarado, Melchor Cano.

Su pontificado, pues, quedó prácticamente inédito en Toledo, a pesar de tan prometedores comienzos. Ni el Cabildo ni otras instituciones toledanas se atrevieron a mostrar su disentimiento por lo sucedido: el temor a la Inquisición, cuando ésta empezaba a instruir un proceso, paralizaba la lengua para hablar y las manos para escribir. Solamente en nuestros días, el Arzobispo Bartolomé Carranza y el proceso a que fue sometido han encontrado en el Profesor Tellechea al sereno investigador que no se ha arredrado ante la ingente mole de documentos, bajo cuyo peso quedaba prisionera la figura del Prelado, como antaño lo estuvo en las cárceles de la Inquisición aquí en España y después en Roma. Menéndez y Pelayo confiesa haberse sentido abrumado por la montaña de papeles que hubo de examinar para escribir sobre el tema. Tellechea ha examinado con justa ponderación la figura del Arzobispo y el proceso terrible del que le hicieron víctima. Ahora, el ilustre Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca nos presenta un texto de Carranza que, aunque ya comentado por él, no conocíamos en su integridad. Lo escribió el dominico en Trento durante sus estancias allí, cuando vivía tan lejos de pensar que, no tardando mucho, subiría al más alto grado de la Jerarquía Eclesiástica en España para descender enseguida y vivir en adelante sumergido en las tinieblas de la persecución y del olvido. *Speculum pastorum* es el título de esta obra, pequeña en extensión, pero riquísima en su contenido. Junto al vigor dogmático de la reflexión, toda ella fundamentada en la Escritura, Santos Padres y Concilios conforme al más puro estilo de la teología primitiva que Carranza tanto estimó, aparece un tono cálido en la exposición que permite captar la vibración ascética de su alma al dirigirse a obispos y presbíteros para señalar su función en la Iglesia y por consiguiente sus deberes y responsabilidades. No es nada farragosa ni especulativa, sino sobria y precisa.

Habla, por ejemplo, del obispo como doctor, es decir, maestro de la ley y la doctrina, y afirma que el pueblo tiene derecho a saber de él y obtener respuesta a lo que pregunte; pondera la necesaria capacitación y llega incluso a contestar a la posible objeción de que Pedro fue elegido obispo por el Señor cuando no era más que un pescador humilde y pobre.

Es admirable el comentario que hace a la obligación que el obispo tiene de *pascere et regere*, que nunca debe ser interpretado como equivalente a potestad o dominio.

Encarece la obligación de trabajar sin descanso, la de orar por el pueblo, predicar la palabra de Dios, administrar los sacramentos, dos de los cuales, la confirmación y el orden, solamente al obispo están reservados. Se hace eco ya de la diversidad de sentencias respecto a la edad de la confirmación: la de quienes propugnan que se ha de esperar a que los confirmandos tengan catorce o al menos doce años y la de quienes quieren que se confirme a los niños antes del uso de razón, como es costumbre –añade– hacerlo en algunas Iglesias, p.ej. en Inglaterra. A él no le parece conveniente esto, prefiere a los siete años, pero no más tarde.

Son espléndidas las páginas que escribe sobre el sacramento del orden y sobre las restantes funciones de los obispos: distribuir los bienes de que pueda disponer, dictar sentencias en los litigios que hayan surgido entre sus fieles y ¿cómo no? visitar asiduamente la diócesis, velar por su grey, etc.

Tras las consideraciones que hace sobre los obispos pasa a hablar de los presbíteros, párrocos, vicarios, canónigos, etc., e incluso de los diáconos, subdiáconos y otros ministros de grado inferior, fiel a su propósito de mostrarnos lo que es la Jerarquía de la Iglesia contemplada incluso en lo que, sin pertenecer a sus elementos constitutivos, completa y agiliza su organización pastoral.

¡Qué bella idea y qué bien expuesta la de la necesaria unión, más aún, conjunción familiar, que debe existir entre obispos y párrocos! Cuatro siglos después, el Concilio Vaticano II en el Decreto *Presbyterorum ordinis* (nº 7) nos diría que los obispos «tengan a los presbíteros como hermanos y amigos suyos».

¡Ojalá surja alguien al leer este texto de Carranza que quiera hacer un estudio comparativo del mismo con los Decretos *Christus Dominus* y *Presbyterorum ordinis* del último Concilio!

A mí me sorprende la capacidad persuasiva que tiene en su discurso y la fundamentación del mismo. Leyéndolo siente uno la necesidad de asentir y decir, así, tiene que ser así, debería ser así. A la grandeza de la Iglesia en lo que tiene de institución salvadora, tiene que corresponder una grandeza de espíritu igual en los que son llamados a regirla. Nos quedamos siempre lejos de lograrlo en la proporción deseada, también entonces, también hoy, pero al menos podemos contar con el ejemplo de tantos Pastores vigilantes, que no han dejado desatendida su grey y que nos han dejado su palabra o sus escritos como el latido del corazón de la misma Iglesia, que nos da vida a nosotros a través de ellos. Este texto de Carranza es también uno de esos latidos. El que lo lea, sea obispo, párroco o ministro de diferente grado en la Jerarquía de la Iglesia, siente el deseo de ser mejor.

Y si es de Toledo y penetra en la Catedral Primada, podrá volver sus ojos a un sarcófago vacío que hay en la nave de la derecha destinado a poder recibir sus restos, medio perdidos hoy bajo el pavimento de la Iglesia de Santa María sopra Minerva en Roma. Yo sería feliz si, tras las gestiones que vengo haciendo, pudieran ser hallados para traerlos al lugar en que más dignamente pueden descansar: su Catedral, en la que celebró el Sacrificio de la Misa y levantó su voz para clamar por una Iglesia que pudieran parecerse en belleza, sólo parecerse, a la Iglesia celeste de la cual termina hablando él en este su *Speculum pastorum*.

Muy cerca de la Catedral, en el antiguo convento de Dominicas de San Pedro Mártir, reposan también los restos de Melchor Cano. Sus almas habrán podido encontrarse en la presencia de Dios y entenderán mejor ahora, ya sin sufrimientos, dónde está la verdad por la que lucharon, a veces con dureza excesiva.

LA FUERZA DE LA EUCARISTÍA

Artículo publicado en ABC, el 8 de abril de 1993.

“¿Cuántos cristianos ha conseguido usted ya en esta misión?”, preguntaron no hace mucho a un sacerdote español perteneciente al IEME (Instituto Español de Misiones Extranjeras) que trabaja en un territorio de Tailandia. Y contestó: “Somos dos, Jesucristo y yo”. Lo notable es que lo decía con buen humor, sin el menor asomo de desesperanza, incluso con cierta tranquilidad y como quien sabe que tiene que ser así. Ese misionero y tantos y tantos otros que han predicado el Evangelio en lugares tan diversos a lo largo de los siglos, han empezado casi siempre así: ellos solos, con la única compañía de Cristo.

Me refiero particular y concretamente a Jesucristo Sacramentado, a la Eucaristía, al pequeño Sagrario de su capilla humilde y pobre. De ahí no se apartan sus ojos, cuando sus almas quieren dar calor a su fe: del Sagrario, o de Cristo crucificado, o de una imagen de la Virgen María.

Y el caso es que invariablemente, indefectiblemente, a no ser que lo estorbe una persecución violenta, mientras dura, con sólo eso y con hablar de Jesús, llega un día en que el misionero logra una comunidad de bautizados que se arrodillan ante la Hostia Santa, cantan himnos y salmos, alaban al Señor y sienten en su corazón el bálsamo de una alegría y una paz que no habían experimentado nunca.

Hoy es Jueves Santo, el día en que celebra la Iglesia la institución de la Eucaristía. Fue el regalo del Señor en la noche de la última cena con sus discípulos, antes de que comenzara su pasión “voluntariamente aceptada”. La vida de los hombres aquella noche seguía su curso normal. El día había transcurrido en el quehacer cotidiano de las familias agrupadas en ciudades y aldeas y nadie había podido pensar que, en el piso superior de una modesta morada de Jerusalén, se pronunciarían palabras misteriosas sobre el pan y el vino, cuya última significación ni los mismos Apóstoles podían entender.

267 Lo entendieron todo después de Pentecostés, cuando empiezan a celebrar la fracción del pan, es decir, la Misa, con detalles litúrgicos primorosos que ya nos describe, por ejemplo, un San Justino en el siglo II. La Eucaristía es la fuerza secreta del cristianismo. Y hoy sucede lo mismo que sucedió ayer. Los hombres caminan entretenidos o preocupados con sus cosas. Nobles cosas y ocupaciones de los hombres, porque no es nunca despreciable ningún rasgo de su actividad y su trabajo por pequeños que sean. Ese rumor de la colmena humana que se mueve y trabaja, se despierta o descansa, habla o guarda silencio, ama y sufre, nace y muere, es la continuidad de la creación, la lucha por la vida y, a veces, muchas veces, el esplendor de la fraternidad que hace a los seres humanos tan respetables y tan dignos.

Es mucho más hermoso el paisaje, cuando entre las cosas creadas descubrimos, con los ojos de la fe, que hay algo que eleva todo lo creado a un nivel que roza ya con lo divino, con la obra directa de Dios. El pan y el vino son eso: pequeños brotes de una espiga o un racimo, pero transformados en la

sustancia de Dios. Esto no son literaturas ni fantasías utópicas de un misticismo visceral y primitivo, sino realidades sobrenaturales que transforman la vida del creyente y están destinadas a acompañar a todo hombre que camina entre esperanzas y frustraciones.

El Jueves Santo pide algo más que visitar monumentos, aunque es costumbre hermosa, propia de un país de tradición cristiana, que se visiten y se les encuentre instalados con amor, rodeados de flores como obsequio de la primavera naciente, y que haya durante horas hombres y mujeres que rezan y ofrecen el mejor testimonio de reverencia que son capaces de presentar durante todo el año al Dios en que creen. Es, sobre todo, la palabra transformadora que pronunció el Señor, el “Esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre, haced esto en memoria mía”.

Lo más sublime de esta expresión, aparte de su contenido, es que lo afirme Jesús, el Señor, consciente del valor que tienen y sin que nadie comprenda lo que quiere decir. Mientras él está pensando en el don de sí mismo bajo las especies de pan y vino, los Apóstoles sólo se ocupan de mezquinas vulgaridades, o incluso de madurar dentro de sí mismos el propósito bien meditado de la traición inminente.

La gente de la calle va y viene ocupada en preparativos para celebrar la Pascua, y más allá de los estrechos límites de Palestina, en las grandes ciudades del paganismo triunfante, Roma, Atenas, Corinto, Éfeso, etc., no hay más que gérmenes que, al desarrollarse un día, todavía lejano, obligarán a obedecer órdenes de los emperadores romanos para tratar de extirpar el nombre de cristiano, condenando a muerte a todo aquel que se compruebe que lo es.

Jesús instituye la Eucaristía del amor mientras los hombres siguen sumergidos en sus odios e indiferencias, establece las bases de la mejor fraternidad sin esperar a que los beneficiarios acepten explicaciones que satisfagan su razón; manda creer, adorar y comer seguro de que se va a hacer así, y de que sus palabras llevadas por mensajeros desconocidos atravesarán fronteras y serán escuchadas con religioso fervor y, aun más, con un amor puro y nuevo por millones de hombres y mujeres de todos los continentes.

Cuando Jesús instituía la Eucaristía era ya prácticamente un condenado a muerte. Todavía en ese momento le envolvía la atmósfera de una amistad, la del grupo de los doce, ya mermado. Muy pocas horas después quedaría solo en su marcha del Huerto de los Olivos al Pretorio. ¿No es ésta la historia de siempre? Jesús, el Dios del amor, dándolo todo, su misericordia y su perdón, sus palabras de ánimo para la esperanza y la limpieza de corazón, el don de fortaleza y de piedad, su alimento para la vida eterna, su pan divino y gracioso que decía Santa Teresa, su sangre como licor cristalino que engendra vírgenes y mártires...y en contraste recibiendo la injuria constante del descreimiento, la soberbia personal, el desdén, la brutalidad feroz que hace que los hombres se maten entre sí matándolo también a Él, si les fuera posible, a Él que se ha quedado como comida y bebida de todos para hacernos sentir que tenemos sangre de familia por la hermandad común.

Pero hay muchos hombres también que han comido ese pan y bebido ese vino. Son innumerables. En aquel cenáculo donde se celebró la última cena estaban

ya, como si empezaran a nacer, todos los millones de desconocidos adoradores de la Eucaristía que han vivido con los ojos clavados en ese pan, diciéndole los más amorosos requiebros, se han hecho fuertes en medio del dolor, han perdonado, han curado las llagas de los cuerpos heridos, se han limpiado de todo egoísmo, han superado la sucia lascivia, han llamado hermana a la pobreza, han creado comunidades, han conseguido que siendo al principio nada más que “el misionero y Él”, se haya formado poco a poco un pueblo cristiano numeroso, capaz de cantar el “Pange lingua” o el “Amor de los amores”. Los Congresos Eucarísticos mundiales de Buenos Aires, Budapest, Barcelona, Bombay, Seúl y ahora Sevilla estaban ya aquella noche preparándose silenciosamente en el cenáculo, mientras Jesús pronunciaba las palabras que brotaban de sus labios.

De manera que apenas sirve de nada la pobre ambición de quienes se oponen aunque sean apóstoles, o incluso la traición que parece triunfar a cada momento sobre la inocente víctima que no quiere que se utilice en su favor ni siquiera la espada de Pedro. La Eucaristía es comunión y da vigor, es sacrificio y origina fortaleza, es hermandad y da alegría. No hay ninguna noche triste en ninguna capilla o iglesia en que luce una lámpara junto al Sagrario. Los cristianos, desde el Papa Juan Pablo II hasta el último miembro de una célula parroquial evangelizadora, saben que allí, en una rica custodia o en un pequeño ostensorio, pueden encontrar la misteriosa respuesta a sus anhelos más profundos de renovación y el por qué el cristianismo resiste a tanta persecución de unos o tanta indiferencia de otros.

No se puede olvidar a Dios. Es inútil la prosperidad material de Occidente, porque es el corazón del hombre el que tiene que ser llenado de amor y de esperanza, y esto sólo lo consigue la fuerza secreta del cristianismo: un Dios cercano que se da a los hombres como alimento.

LA CUSTODIA DE TOLEDO: LA FE PLASMADA EN EL ARTE

Artículo publicado en la edición del diario ABC, el 9 de junio de 1993, que ha servido de prólogo al libro de don Luis Moreno Nieto, *La custodia de Toledo*. Reproducido en BOAT, junio-julio 1993.

Cualquier iniciativa que pretenda dar a conocer el acervo religioso y cultural que se encierra en nuestra Catedral, es digna de toda alabanza y merece el apoyo generoso. Cuando lo que se intenta es facilitar el conocimiento y, por lo tanto, la contemplación y la lógica admiración de la custodia de la Catedral de Toledo, resulta especialmente obligado el apoyo más entusiasta. Esto es lo que D. Luis Moreno Nieto persigue con la publicación de este libro: ofrecer al gran público una descripción detallada de la custodia, generalmente conocida como de Enrique de Arfe, obra cumbre de la orfebrería universal.

Es tal su riqueza y grandiosidad, que no necesita ninguna presentación, no se requiere ningún esfuerzo publicitario, pues la fama de esta joya, única en su género, llega a cualquier rincón del mundo, y cualquier persona, por sencilla que sea su formación, y aunque goce de escasa sensibilidad artística, tiene una referencia y un conocimiento más o menos preciso de esta pieza inigualable de la orfebrería. No hay turista o visitante de esta ciudad que no llegue a la Catedral con el ansia de ver de cerca y contemplar con asombro incontenible esta filigrana de arte. Está tan vinculada a la ciudad y a su fiesta del Corpus Christi, que el más sencillo recuerdo de la misma o la reproducción fotográfica más elemental e insignificante se convierte en el mayor reclamo para visitar Toledo y acercarse a admirar el Tesoro de la Catedral.

Dentro de esta inmensa concentración de arte en el templo primado, no resulta fácil seleccionar la pieza más representativa del patrimonio que nos han legado nuestros antepasados. Indudablemente, la custodia ocupa un lugar prioritario. Ante tanta fe plasmada en arte, considero oportuno tributar desde aquí un cordial reconocimiento y una sincera gratitud a la iniciativa del Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros para realizar este prodigio de fe y filigrana artística; al esfuerzo de aquel Cabildo que secundó la iniciativa de su cardenal y no ahorró sacrificio alguno para hacer realidad aquel proyecto; y al acierto de los orfebres, especialmente a Enrique de Arfe, que se inmortalizó con esta obra y enriqueció a nuestra Catedral con esta joya inigualable.

Al contemplar esta pieza de orfebrería del siglo XVI, no es suficiente resaltar los medios económicos de que disponían en aquella época, y que hicieron posibles obras de la envergadura tan colosal como es la custodia de la Catedral de Toledo. La realización de este proyecto no fue obra exclusiva de un artista y de un genio como lo fue Enrique de Arfe. Ni tampoco es fruto de la generosidad de unas gentes, cuyas riquezas y posesiones resultan proverbiales. Es, sobre todo, la plasmación de una fe y de una evolución intensamente arraigada y profundamente vivida en torno a la Santísima Eucaristía. Aquellas generaciones, con sus aciertos, que no fueron pocos, y con sus fallos, que no superan los del momento presente, al dejarnos en herencia esta joya, nos han ofrecido el

testimonio perenne de una fe ardiente y de una religiosidad que se traducían en obras de belleza insuperable.

Las gentes de este mundo nuestro, como las de todos los tiempos, necesitan materializar su fe, y manifestar abiertamente su creencia y su religiosidad. Por eso surge la necesidad de sacar a las calles y a las plazas al Autor de todo lo creado. El hombre, limpio y noble, siente una necesidad incontenible de vivir esta fe con la mayor dignidad y esmero posibles. Por eso, porque era la suya una fe muy viva y apasionada, hicieron que lo mejor se destinara al culto divino, como ofrenda al Señor y como donación a quien todo le pertenece. Así nació este trono majestuoso del Señor, esta carroza de la Eucaristía, con la que el Señor del Universo cada año se pasea por las calles de nuestra ciudad.

Aquel pueblo del siglo XVI, al realizar esta custodia, no tenía complejo de hacer una obra demasiado lujosa en abierto contraste con las no pocas ni pequeñas necesidades económicas, que nunca han faltado en la sociedad de cualquier tiempo y lugar. También en aquella situación concreta la riqueza de la custodia podría llegar a ser motivo de escándalo para los especialmente sensibles ante los problemas y miserias de la sociedad. Por encima de estas consideraciones eran conscientes de que, de esa forma, brindaban al Señor el trato que requiere y la dignidad suma con que el hombre ha de aprender a relacionarse con un Dios tan cercano, que está realmente presente y vivo en la Eucaristía, bajo las apariencias de pan y vino. Entonces, como ahora, quien sabe ser espléndido con Dios no es tacaño con sus hermanos, los hombres más necesitados. Está por ver que sea capaz de desprenderse para atender las necesidades ajenas quien no ha aprendido el arte difícil de saber entregarse y hacer entrega de sus cosas por Dios y por los motivos más sublimes.

Es explicable que quien no tenga la riqueza de la fe, adopte ante esta custodia una postura de admiración incontenible y de embelesamiento espontáneo por lo que tiene de obra de arte única e irrepetible; mas a los que vivimos el don de la fe, la grandiosidad y riqueza de esta joya tienen que llevarnos a la contemplación de Aquel para quien está hecha. ¡Qué grande es el Señor que todavía resulta pequeño un trono como éste, de belleza y riqueza difícilmente igualables! Todo es poco para el Señor a quien todo pertenece. Tenemos la impresión de que los hombres, al preparar este trono de la Eucaristía, a pesar de todo, aún se quedaron cortos, porque sabemos para quién se hizo y a quién porta. Todo es accidental y secundario. Todo menos Jesús. El Señor, a quien no vemos, es el gran protagonista de la custodia.

No me parece justo que el visitante, con más o menos fe, interesado por el patrimonio de Toledo, se limite únicamente a contemplar el arte y escuchar los pormenores históricos y los clásicos detalles y datos que, a veces con cierta rutina, se transmiten en casi todas las visitas turísticas. Si se pudiera decir que la custodia es el centro de la riqueza artística de la Catedral y de la procesión del Corpus Christi de esta ciudad de Toledo, es porque Cristo está en el centro de todo ello. Él es el centro de la historia, y el centro y la raíz de toda la vida cristiana. Por esto nos resistimos a presentar la custodia como si se tratara únicamente de un objeto de arte. Aunque también lo sea, la teología y la fe nos dicen que es mucho más.

La noble satisfacción con que nuestros hombres y mujeres de Toledo contemplan, admiran y hablan de su custodia debe ser la manifestación externa y la muestra inequívoca de esa fe que está por encima de esas otras visiones puramente humanas con que a veces se comentan las cosas más sublimes, como son, entre otras, la Eucaristía y el Corpus Christi. Si hay motivos sobrados para sentirse honrados por esta joya admirada y envidiada por todos, de lo que verdaderamente hemos de estar orgullosos es de la presencia en ella de un Dios tan cercano como es la Eucaristía.

A la vez que alabo el acierto de D. Luis Moreno Nieto al publicar este libro, fruto de una minuciosa investigación y de un paciente trabajo, le aliento a que siga escribiendo muchas páginas cargadas de belleza literaria y de riqueza cultural, que den a conocer la maravilla de nuestra fe y la necesidad de nuestra religiosidad. Y le deseo que, al facilitar el conocimiento de tantos pormenores de la custodia, ayude a todos sus lectores a descubrir la riqueza insondable que es el Señor de la custodia.

La lectura pausada y paciente de cuanto nos ofrece el Catecismo de la Iglesia Católica sobre el Sacramento de la Eucaristía contribuirá poderosamente a una visión más serena y a una valoración equilibrada y profunda de esta riqueza teológica. En los momentos que vive la Iglesia, es especialmente necesaria y urgente una catequesis muy bien cuidada, que permita adquirir una adecuada y conveniente formación teológica que fundamente todo comentario y cohesione cualquier actividad en torno al Señor de la custodia. Como acabo de escribir en la Carta Pastoral *“Eucaristía y Evangelización”* ante la celebración del XLV Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla (7-11 junio 1993), “el Misterio Eucarístico transmite y expresa con elocuencia el don del amor de Dios manifestado en Cristo, algo que ha de ser el alma y la meta de la tarea evangelizadora. Cuando en nuestro último Sínodo diocesano tratábamos de ofrecer una respuesta al hombre de hoy sobre su destino y la razón de su vivir, la Eucaristía aparece como la semilla sacramental de un cielo y una tierra nuevos, donde habitará la justicia”. Deseo y espero que el autor de este libro contribuya a esa nueva evangelización tan necesaria para cuantos se recreen con la lectura de estas páginas, escritas con tanto amor a la Eucaristía y con tanta devoción al Señor de la misma.

UN NUEVO SANTO ESPAÑOL: SAN ENRIQUE DE OSSÓ

Artículo publicado en ABC, el 16 de junio de 1993 y reproducido en BOAT, junio-julio de 1993.

Hoy será canonizado por el Papa el sacerdote catalán Enrique de Ossó y Cervelló.

Nació en Vinebre (Tarragona) el 15 de octubre de 1840. El 15 y no el 16, como consta en la partida bautismal, según manifestó repetidamente don Enrique que su madre le decía con frecuencia. Es un día muy significativo, pues en don Enrique de Ossó y Cervelló hizo Teresa de Jesús su segunda salida. Este hombre, que fue providencial en la España turbulenta y desorientada de aquellos años, encontró en el espíritu de la gran mujer y la gran santa una invencible fuerza de arrastre.

Maestro, maestro por encima de todo quería ser de pequeño, frente al padre, que lo quería comerciante, y la madre, sacerdote. Pero Dios le quiso sacerdote y maestro. A los catorce años se escapa a Montserrat con el propósito de ofrecerse a la Virgen y darlo todo. Todo, hasta las ropas que llevaba las cambia durante el camino por los andrajos de un pobre niño mendigo. Siendo seminarista, en sus temporadas de vacaciones se adivina ya en él el genial catequista que iba a ser –como lo llamó Juan Pablo II en su beatificación–. Profesor de matemáticas en el Seminario de Tortosa. Apóstol de los suburbios. Periodista, director y jefe del periódico *El amigo del Pueblo*. Autor de libros doctrinales, de devoción, de pedagogía, de catequesis, de propaganda religioso-social, de libros de texto para la Compañía de Santa Teresa en su colegio. A sus treinta y dos años funda la Revista Teresiana y así desde Tortosa llega a toda España con Santa Teresa de Jesús.

Gran descubridor de la fuerza, de la capacidad y de la importancia de la mujer, fundó un movimiento femenino de apostolado seglar en un momento en que no se conocía lo que esto significaba ni su trascendencia: la Archicofradía de María Inmaculada y Teresa de Jesús, que llegó a tener ciento treinta mil afiliadas en toda España –hoy, Movimiento Teresiano de Apostolado–. Había que formar el corazón de la mujer española en el molde de Teresa de Jesús, hacer que reviviera su imagen en ella. Movimiento que posteriormente se difundió por otras partes del mundo gracias a la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

El cuarto de hora de oración es un libro famoso que escribió con maravillosa visión, apenas fundado el movimiento de apostolado, y se difundió rápidamente por parroquias, pueblos y ciudades. Lo mismo que *El tesoro de la juventud*. Del primero se han hecho más de cincuenta ediciones. En seguida, la fundación de otra obra maestra de la pedagogía cristiana: los *Rebañitos del Niño Jesús* –hoy, los Amigos de Jesús–. Y todos los movimientos, alimentados siempre por sus propios escritos: *Guía del catequista*, *Viva Jesús*, etc. Pero había que ir en busca de los hombres y a tal efecto constituyó la Hermandad Josefina. Fue un apóstol incansable. Como consecuencia de la peregrinación nacional que organizó en Ávila, se establecieron las bases de lo que habría de ser la Hermandad

Teresiana Universal, idea que, por su amplitud, casi temeraria, no llegó a cristalizar.

Su intenso amor a la Iglesia y al Papa le movió a organizar una peregrinación teresiana a Roma. Apenas hay un número de la Revista Teresiana en que deje de comentar los documentos pontificios. Pío IX y León XIII fueron los Papas que rigieron la Iglesia durante su vida. Su irrenunciable vocación de pedagogo, amigo siempre de concretar hasta el máximo posible ideas y orientaciones, le inspiró resumir en normas y consejos prácticos la necesidad de seguir cada día con más fidelidad los caminos que los Pontífices señalaban. Una manifestación muy significativa de lo que digo es el siguiente hecho. Al lanzar León XIII al mundo la *Rerum Novarum*, la respuesta inmediata de don Enrique para contribuir a su difusión fue hacer una edición sumamente económica y numerosísima de un Catecismo de obreros, sacado, a la letra, de la encíclica.

Entre sus servicios a la Iglesia y a la sociedad descuella el que vino a ser la razón de su vida: la fundación de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Quiso regenerar la enseñanza desde el punto de vista cristiano y pedagógico, valiéndose de instituciones y métodos que a muchos parecían demasiado nuevos. “Se ha dicho –escribe– y es verdad que educar a un niño es educar a un hombre, mas educar a una mujer es educar a una familia... El campo donde se da la batalla más encarnizada es el de la enseñanza”. Quería que las religiosas de la Compañía no vistieran hábito, sino traje normal de las mujeres de su tiempo, que hicieran estudios civiles, que lograsen cátedras en institutos y universidades. Hoy la Compañía de Santa Tera de Jesús se ha extendido por España, Francia, Italia, Portugal, por África y por casi todos los países de América.

Don Enrique sufrió mucho en su vida, sencillamente porque fue un apóstol. El mundo no acepta el mensaje de Cristo sin contradicción. Creo que fueron dos los momentos más dolorosos de su vida, los dos dentro de lo que llamamos contradicción de buenos. Fue reo ante los Tribunales. En los ambientes políticos y eclesiásticos de la época, don Enrique encontró el canto y la cal de la incomprensión, cerrándole el paso. Y la persecución abierta y enconada apareció en su vida, amenazando destruir lo que había levantado tras largos años de esfuerzo, acusado de haberse apropiado de un solar que no era suyo. Su conducta durante todo el pleito hoy es motivo de su gloria. Su otra espina lacerante fue la crisis interna de la Compañía que había fundado. Se desconfió de él. Lo que él sufrió ante esta situación sólo Dios puede saberlo. Tomó una resolución que a mi juicio es la piedra más preciosa de la corona que mereció llevar su frente. Juzgó ser del agrado de Dios retirarse de la Compañía. Su ausencia no fue rompimiento, ni evasión, fue sencillamente holocausto. Murió solo en el Monasterio Franciscano de Sancti Spiritus en Gilet (Valencia), el 27 de enero de 1896, adonde se había retirado para practicar ejercicios espirituales.

Cuando escribí su vida –hace ya treinta y ocho años– creí acertado resumir lo que a mi juicio señalaba el secreto de su fecundidad apostólica en este título: “*Don Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio*”. De ahí, de ese espíritu sacerdotal equilibrado, sereno, profundo, brotaron en él las caudalosas energías que desplegó con esfuerzo admirable al servicio de la Iglesia y la sociedad de su tiempo.

CAMINO DEL CALVARIO

Artículo publicado en ABC, el 30 de marzo de 1994

A más de veinte siglos de distancia del momento en que sucedieron los hechos, los que profesamos la fe cristiana conocemos suficientemente las narraciones evangélicas sobre la muerte de Jesús. Y en países de tradición católica tan densa en sus manifestaciones externas como España, todavía son muchos los que escuchan el eco que despiertan en sus conciencias las palabras de aquel moribundo a quien crucificaron entre los ladrones la tarde del Viernes Santo.

No hace falta insistir en ello. Siglo tras siglo han seguido a Jesucristo camino del Calvario esclavas de pies descalzos y reinas que le ofrecieron sus coronas, hombres valientes y aguerridos como Ignacio de Loyola y místicos que llevaban prendida en su corazón la insignia de la fraternidad universal como Francisco de Asís.

El pueblo no ha necesitado saber mucha teología para comprender que lo que se conmemora y se celebra hoy en nuestros templos y en las calles y plazas de nuestras villas y ciudades es la muerte redentora del Hijo de Dios, el acto más trascendental de la relación de Dios con el hombre precisamente para consolidar sobre cimientos indestructibles la relación del hombre con Dios.

Si efectivamente el que muere es el Hijo de Dios, víctima de tantas crueldades e ignominias, tiene que ser por un motivo inmensamente poderoso y para poder ofrecer los beneficios de su muerte no a un pequeño grupo, sino a todos los que lo necesitan, que son todos los hombres de todos los tiempos.

En Semana Santa todos los que creemos en Jesús, o sin creer del todo en Él, nos acercamos a meditar en su vida o su mensaje, nos sentimos pecadores, manchados, culpables de algo. He ahí el motivo: Cristo murió para quitar esa mancha y hacer que desaparezca la maldad que, junto a la cruz del Calvario, nos hace sentirnos reos. Y en cuanto al beneficio que de ahí brota, ¿a quiénes no ha llegado? Tantos y tantos son que aun siendo muchos los que ni siquiera le conocen, al menos se benefician silenciosamente del deseo de llegar hasta esos beneficios por el amor que tienen los que le han conocido y oyen en su conciencia la llamada que Dios les hace, para que pongan sus ojos y sus manos de colaboradores de la Redención en la familia universal de la humanidad. Tantos y tantos misioneros que no han pedido señales como los judíos ni sabidurías como los griegos, sino simplemente las palabras de Jesús crucificado, según lo que escribió San Pablo en su primera carta a los de Corinto.

No es fácil, o por lo menos es mucho más difícil que antes, llevar al ánimo de los hombres de hoy, aunque sean creyentes, la convicción de la maldad del pecado. Es éste uno de los éxitos de la sucia cultura del hedonismo, si no se quiere decir de Lucifer: haber convencido al hombre de la inanidad de su acción u omisión pecaminosa. Pero cuando en lugar de un solo pecado se contempla ese océano de maldades que cubre la marcha de los hombres por los caminos de la vida, es más fácil comprender que para alcanzar el perdón de Dios y restaurar la amistad perdida se necesita otro océano de pureza y un sacrificio de valor infinito que dé

satisfacción a la justicia de Dios y haga sentir de nuevo al hombre que está hecho a imagen y semejanza de Dios, con capacidad para ser su hijo adoptivo y llamarle Padre.

Están los crímenes de tantos Caínes, tantas guerras alimentadas por el odio y la venganza, tanta y tan miserable corrupción que crece y se extiende al amparo de una desvergüenza infame... Y luego el tránsito de los delitos de índole individual a los pecados sociales de muchos pueblos contra pueblos, epulones saciados contra Lázaros hambrientos, desprecios y olvidos hirientes, injusticias clamorosas... Naciones hundidas en la miseria y explotadas inicualemente por los más poderosos... Esa soberbia de hombres y mujeres que convierten sus cuerpos en simples objetos de deseo, los abortos consentidos y presentados como una conquista del progreso, las idolatrías con que se rinde culto a los dioses del dinero, del sexo y la droga, el enriquecimiento salvaje a costa de los demás, esa atroz autosuficiencia con que tantos y tantas se erigen en déspotas que manipulan o apagan hasta el eco de los mandamientos, para que ni siquiera puedan sentirse invitados a un inicio de rectificación humilde.

Para luchar contra esto y rescatar al hombre de tantas tinieblas se ha necesitado la muerte «voluntariamente aceptada» del Hijo de Dios. Muerte por amor, no por consunción, que se acompaña en el que muere de aquellas palabras sublimes con las que pide perdón para quienes le han puesto en la cruz, porque no saben lo que hacen.

Jesús murió, pero no para permanecer en el sepulcro. A su muerte siguió la resurrección, y esto es lo que explica el fenómeno del cristianismo, que resplandece en el mundo como una luz que se propaga sin cesar. No ha sido inútil la muerte de Cristo, no. Hoy mismo, a pesar del peso abrumador de tantos pecados en la sociedad en la que vivimos, son muchísimos los que se benefician del amor y del perdón de Dios. No hemos sido redimidos con oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, y esta conciencia de haber podido ser beneficiarios de tal rescate no se ha extinguido, sino que crece cada día más en multitud de grupos y asociaciones seculares más vivas que nunca.

Hace algunos años que escribí Von Balthasar, uno de los más grandes teólogos de nuestro tiempo: «Ha habido que esperar a nuestro siglo para ver brillar en la Iglesia una tal variedad de movimientos laicales independientes. Algunos han continuado orientándose en función de los grandes carismas del pasado, pero la mayor parte han nacido de impulsos nuevos muy particulares del Espíritu Santo».

Quizá en España se han extendido más que en otros países el miedo y la cobardía a proclamarse sencillamente cristianos, católicos, discípulos del Señor. Como a Pedro en la noche de la Pasión, alguien podría decir a muchos: «Tú también eras de los que estaban con Él». Y muchos contestarían: «Qué dices, mujer. No era así». Y seguirán diciendo lo mismo hasta que algún día, cambiadas las cosas, salgan fuera a llorar amargamente.

Esas frases que se oyen con frecuencia: «Yo creo, pero no practico...». «Cristo sí, la Iglesia no», «Yo obro según mi conciencia», etcétera, no son más que evasivas cómodas para procurarse una falsa tranquilidad. La redención no es una leyenda ni una fantasía producto de imaginaciones calenturientas y

excitadas, efusión del Espíritu en Pentecostés. Pedro, hasta entonces acobardado y huidizo, habla a unos y a otros con intrépida decisión: «Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados... Disteis muerte al príncipe de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos... Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados... Nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído. Jesús es la piedra rechazado por vosotros. En ningún otro hay salvación, pues ningún otro hombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos».

El que habla así es Pedro. Y a mucha distancia, en una isla perdida del océano o en una ciudad populosa, en los tiempos antiguos, en la Edad Media, o en nuestros días discípulos de Pedro, en soledad o en compañía, repiten las mismas palabras serenamente, humildemente, sin gritar, quizás esperando ellos mismos la muerte martirial y contribuyendo a que corra, junto con su sangre, el agua limpia y viva a que se refirió Jesús, según se nos dice en el Evangelio de San Juan. Nada de histeria colectiva ni encendida autosugestión. Es el cumplimiento silencioso y heroico de otra palabra de Jesús: «Seréis mis testigos».

Esta fidelidad inquebrantable de tantos es también un acto de amor, compensatorio de tantas ingratitudes y maldades. Sólo Dios sabe qué actitudes pesan más en la balanza, si las del amor o las del egoísmo.

De hecho, los que perseveran en el amor no caminan solos porque Cristo va con ellos, según la consigna que Él dio para conocer a sus discípulos. Los otros, los que parece que desprecian la redención y no quieren saber nada de ella, la buscan a tientas y, atraídos por otras luces que sus ojos ciegos creen ver, la encuentran con frecuencia, vencidos por el dolor o la alegría que les hace exclamar: «¡Dios mío, Dios mío!»

Es urgente hoy que los cristianos que quedan en nuestra vieja Europa, empeñada en la construcción de la unidad, no tengan miedo y proclamen con firmeza que creen en la redención verdadera, la de Cristo, sin la cual no se realizará la unión de los espíritus. De lo contrario, nuestra amada Europa, nuestra amada España, pueden morir de inanición.

Pero ni siquiera basta el proclamarlo así. Es necesario hablar y explicar. Lo que Jesucristo dice o está escrito en el Evangelio debe ser leído, hablado, comentado. Un poco más de cultura religiosa, que está al alcance de cualquier persona instruida, facilitaría la comprensión de la misión redentora de Cristo y ayudaría a un cambio de mentalidad en nuestra estimación del hecho religioso católico. ¿Por qué no hablamos más de Dios entre nosotros? ¿Quién si no puede dar sentido a nuestra vida y a nuestra muerte?

RECUERDOS DE BARCELONA

Entrevista publicada en el Semanario *Catalunya cristiana*, el 28 de abril de 1994 y concedida el 23 de marzo anterior al Director de este semanario, Manuel Valls y Serra.

En poco tiempo Ud. ha venido dos veces a Barcelona para participar en acontecimientos diocesanos, como han sido las bodas de plata episcopales de Mons. Daumal y de Mons. Capmany, y el 25 aniversario de la casa sacerdotal "San José Oriol" de Les Corts. ¿Podemos hablar de un reencuentro con su antigua diócesis?

Estas visitas mías tienen una explicación muy sencilla y es que se han producido conmemoraciones de hechos de antaño, que por mi parte merecen atención y respeto. Entonces ha sucedido que me han invitado el Sr. Arzobispo actual y los obispos auxiliares a que viniese y he aceptado la invitación con mucho gusto. Porque yo siempre guardo un recuerdo muy grato de Barcelona. Y he dicho públicamente en muchos sitios, que, entre otras cosas, doy gracias a Dios de los seis años que estuve aquí, por haber conocido –creo yo que con bastante aproximación– lo que es Cataluña y lo que es Barcelona. Por eso soy muy sincero al decir que, recibida la invitación, he venido con mucho gusto. Ésta es la explicación.

Su paso entre nosotros no fue nada fácil. La época era turbulenta: los primeros años del postconcilio, la agonía del franquismo, etc. ¿Cómo juzga hoy su actuación pastoral de entonces?

Visto ya con la perspectiva que da el tiempo que ha pasado, se comprende muy bien que tuviera que haber, junto a los gozos, ciertas cruces y molestias. Era el momento del postconcilio. Los documentos conciliares, y más aún los comentarios que se habían hecho en la prensa del mundo, facilitaban una comprensión muy superficial. Tendría que pasar mucho tiempo, para llegar a una reflexión profunda. Pero de momento, se disponía de los documentos promulgados y de los comentarios de las gentes. Entonces, en una ciudad como Barcelona, de tan viva sensibilidad, y en un contacto continuo con la literatura de toda índole, de Francia, de Alemania, de otros sitios, se produjeron reacciones precipitadas. Entonces uno estaba expuesto a que quisieran hacerle pasar como exigencia conciliar lo que no era.

Yo había vivido el Concilio muy intensamente. No falté a ninguna sesión de las cuatro que se celebraron. Conocía la génesis de los documentos. Había hablado mucho con obispos de todas las naciones europeas, y también por supuesto de las americanas, y tenía mi concepto del Concilio y mi atención centrada en las explicaciones que iba dándonos el papa Pablo VI. Entonces, aquí, por virtud de esta sensibilidad y del anhelo que había de renovación, muy explicable, se producían cosas que necesariamente llevaban consigo un poco de ligereza. Yo tenía que hacer frente a eso y tratar de corregirlo.

Había grupos que trataban de difundir lo que, según ellos, el Concilio decía. Entonces se produjeron ciertos choques, que no tenían otra explicación más que ésta. Ni yo me oponía a la renovación, ni estos grupos tampoco dejaban de

cumplir con su deber por el simple hecho de presentar un anhelo, una crítica, un afán grande de renovar las cosas. De haber podido hacerlo con un poco más de calma y sin tanta presión, no habría habido conflictos, porque yo participaba también de esos deseos y de esos propósitos. Y cuando había ocasión de hablar con serenidad y sin que apareciesen conflictos en el horizonte, nos entendíamos muy bien. Y yo nunca jamás, cuando he salido de Barcelona, he comentado con menosprecio o con falta de atención lo que aquí me tocó vivir, porque me lo explicaba perfectamente.

¿Le costó venir a Barcelona?

Sí, me costó mucho. Aunque yo conocía Barcelona, porque había venido aquí a dar tandas de conferencias, precisamente en el Palau de la Música, invitado por las Asociaciones de Padres de Familia. De modo que había tratado con consiliarios de estas asociaciones y con las juntas seculares de las mismas. Hice viajes, por ejemplo, cuando tuve que escribir la vida del sacerdote Enrique de Ossó, que desarrolló aquí gran parte de su vida. Él es el que inició la construcción de la casa de la calle Ganduxer. Se la encomendó a Gaudí, sin tener nada más que una peseta, y la obra salió adelante. De manera que, por las Teresianas, por la figura del fundador de la Compañía, por mi trato con jesuitas catalanes a quienes había conocido en Comillas en los tiempos en que estaba en Santander, también por los contactos de tipo pastoral con los padres de familia, con el Colegio del Arte Mayor de la Seda, etc., conocía algo de aquí.

Ahora bien, aun así, el salto de Astorga a Barcelona era brutal. De una diócesis de población muy escasa, aunque de extensión grande, a otra población muy numerosa, con una gran ciudad como Barcelona, y con ciudades como l'Hospitalet, Terrassa, Sabadell, Badalona, etc. En este sentido, el choque psíquico del sujeto que es trasladado así, es fuerte. Y lo expuse a la Santa Sede. Repetidamente, por lo menos tres veces, insistí ante el Nuncio Mons. Riberi, haciéndole ver que en Barcelona me iba a encontrar con dificultades muy notables, derivadas simplemente de esta consideración cuantitativa –diócesis pequeña/diócesis grande, diócesis rural/ diócesis industrial– y el hecho de que aquí había dificultades muy propias y características de aquí.

¿Puede Ud. precisar un poco cuáles eran estas dificultades?

En primer lugar, había dificultades políticas. Vivíamos en un régimen en que las libertades no eran reconocidas. El Concilio favoreció los derechos de las minorías y el hablar de estos temas. Y la cosa explotó. En el postconcilio, el deseo de convertir en realidad cuanto antes estas aspiraciones, por otra parte tan normales y legítimas, que ya se vivían con normalidad desde hacía tiempo en todas las naciones de Europa, excepto en las que habían sufrido los regímenes de tipo alemán e italiano, fue ya algo imparable. Y el pueblo clamaba ya por estas libertades. Y entonces encontraron en documentos conciliares un motivo para, amparándose en ellos, reclamar estas libertades.

Franco no podía entender, o no entendía, el que poco antes se le hubiera estado diciendo que había ayudado tanto a la Iglesia y que ahora se le considerase casi como enemigo. Él no lo entendía. Y muchos tampoco entendían que él no cediese a las exigencias que se presentaban como propias del Concilio y del ambiente. Entonces, claro, yo me encontré entre esos fuegos y me resistí a venir.

Un hombre de Castilla, concretamente de Valladolid, venir a Barcelona... “Seguro que yo encontraré mucho rechazo. La aspiración de Barcelona es tener un obispo catalán”. Para mí, en el ambiente general en que se vivía aquí, ésta era una aspiración que consideraba normal. “Ruego, en consecuencia, que me dispensen de aceptar”. Y así lo hice por tres veces, y creí que estaba ya despejado el tema, y que yo quedaba libre, y de repente me sentí llamado de nuevo por el Nuncio, que me hizo ir a Madrid una tarde y me hospedó en la Nunciatura, haciéndome ver que era voluntad del Papa, que no dudase, que las dificultades se vencerían, etc. Y ya, ante tanta insistencia, terminé aceptando. Y si se puede hablar de que la voluntad de Dios se manifiesta a través de la de los superiores, yo acepté, porque era expresísima la voluntad del Papa.

¿Llegó Ud. a Barcelona con algún encargo especial?

El seminario de Barcelona estaba padeciendo una fuerte crisis. No echo la culpa a nadie. Producía cierto dolor, a quien contemplase lo que era el antiguo seminario de Barcelona, ver los pocos seminaristas que había y la situación de enfrentamiento, de divergencia profunda entre un grupo de superiores y profesores y otro grupo distinto. Así no podía funcionar una institución. Al marchar hacia Barcelona, como Coadjutor, el Nuncio me dijo: “Ud. se hace cargo del seminario desde que llegue, aunque no sea todavía arzobispo “pleno iure”, pero el seminario tiene que tratarlo usted”.

Desde el principio me puse a trabajar. Hicimos esfuerzos notables. Estuvimos tres meses de estudios, con ponencias que se elaboraron, con mucha competencia por parte de unos y de otros, conversaciones, etc., a ver si acertábamos a marcar un camino. Y bien, algo se consiguió. De modo que es ese primer trimestre del año 1966, porque es en el 1967 cuando cesa el Dr. Modrego, lo invertimos en deliberaciones de todo el claustro de profesores y de algunos sacerdotes, escuchando pacientemente observaciones de unos y de otros –hay una documentación muy abundante y muy rica–, pero no se logró, porque es que después faltaba un ánimo más dócil para llevar las cosas bajo una dirección orientadora.

Es por lo que entonces hizo venir al Dr. Torrella ¿no?

Así es, hice llamar de Madrid para ser rector a don Ramón Torrella (al Dr. Briva le nombraron obispo de Astorga y ya dejó de actuar aquí). Torrella era un hombre a quien nadie podía tachar de falta de espíritu de comprensión sobre Cataluña ni tampoco de espíritu sanamente progresista, que es el que él tenía, muy adecuado a lo que el Concilio venía pidiendo. Yo le había tratado algo por sus trabajos en la Acción Católica, y a él y al Dr. Guix que estaba en Madrid colaborando con don Ángel Herrera les invité a venir aquí y aceptaron. Entonces pensé que íbamos a iniciar un camino nuevo y que traería muchos frutos. Pero no se logró en el seminario el camino nuevo que deseábamos.

Enseguida Torrella es nombrado obispo auxiliar y hay que nombrar nuevo rector. Entonces es nombrado Mn. Ventosa. Y estoy hablando así, con nombres propios, de personas a quién yo he estimado mucho. Estos que digo, muy sinceros tienen que ser si quieren decir la verdad de la estimación que les he tenido y la valoración positiva que de ellos he hecho continuamente. Ventosa, por ejemplo, es una persona, a mi juicio extraordinaria. Creí que estando Mn.

Ventosa como rector, también se lograría una situación de gran concordia y de progreso en la vida académica y espiritual del seminario. Pero no se consiguió del todo.

Se logra el hecho de la Facultad teológica, también entonces. Era un motivo de satisfacción para todos. Pero tampoco dio un resultado completo, porque seguía por un lado la de San Cugat, de los jesuitas, y por otro lado la nuestra. En cambio, aumentaban los conflictos políticos. El gobernador que había entonces, me llamó varias veces a media noche para decirme que había detenido a un cura, o que en tal sacristía la policía había encontrado propaganda “subversiva” o que iba a haber una reunión en Montserrat de gente opuesta al régimen, etc. Todo esto repercutía en el seminario e impedía que se lograra un ideal sereno, constructivo, en el que las cosas que se decían obedeciesen a criterios también normales.

Promovido a la sede primada de Toledo, Ud. ha realizado una labor realmente ingente, pastoralmente hablando. Toda la obra del seminario de Toledo, con tantos seminaristas, la ordenación de tantos sacerdotes, últimamente la puesta en funcionamiento de Radio Santa María, ¿qué dice a esto? ¿Cómo lo ha hecho? Porque en Barcelona todavía tenemos bastantes dificultades.

Hablemos primero del Seminario. Yo había vivido muy de cerca la crisis del Seminario de Barcelona. Llego a Toledo, y naturalmente, aleccionado por lo que había vivido en Barcelona, tracé desde el primer momento unas líneas de acción. Llamé uno por uno a los profesores y superiores, y a los seminaristas. Y les expuse de acuerdo con el Concilio y con los discursos que ya había pronunciado el Papa Pablo VI, y les dije que el que aceptase, por allí iría e iríamos todos juntos hacia adelante, y el que no aceptase tenía que retirarse.

Escribí una pastoral que se tituló *Un seminario nuevo y libre* que se extendió por toda América. Enseguida vinieron obispos americanos pidiéndome traer a sus seminaristas, porque querían este tipo de formación. Así empezó. Además de los seminaristas de Toledo, vinieron otros jóvenes de España, de diversas diócesis, que querían vivir en un seminario sólidamente asentado, con una visión clara, sin dudas. Es la época en que se discute el celibato, se discute la obediencia, se favorece la amistad íntima, casi de noviazgo, de los seminaristas con chicas. Todo esto se vivía en muchos seminarios, y, claro, yo me opuse frontalmente a esto. No coaccionaba a nadie, pero el que estuviera allí, que aceptara la orientación dada por mí. Y esto fue lo que dio resultado. Empezaron a venir jóvenes que tenían vocación y no sabían dónde poder realizarla. Me encontré con 17 seminaristas. Al año siguiente ya eran 30. Pronto, con los americanos y demás españoles, pasaron a 60. Pasamos del centenar a los cuatro o cinco años. Y hemos llegado a tener 180 en el seminario mayor. Actualmente, los diocesanos (llamo diocesanos a los venidos de otras diócesis que quieren incorporarse a Toledo) son 160. Y los americanos, México, sobre todo, y un grupo de Perú, suman actualmente unos 90.

La reciente puesta en marcha en Toledo de una emisora diocesana es algo que nos interesa mucho aquí. ¿Cómo surgió la idea? ¿Cómo ha podido llevarla a cabo?

Había tenido noticias que en Italia existía una red de emisoras en todas las diócesis italianas que se llaman Radio María, y cada una abarca el territorio de la propia diócesis, pero juntas ya dicen que tienen más audiencia incluso que la RAI. Algo muy notable. Por qué no lograr una aquí, nos dijimos. Hemos hecho gestiones, y hemos montado una emisora al estilo de estas de Italia y que hemos llamado Radio Santa María. Toda la emisión es de índole religiosa y está emitiendo día y noche. No hay nada de publicidad comercial. Nada en absoluto. Se sostiene con los donativos de la gente. Conectamos con Radio Vaticano dos veces al día. Cuando yo tengo alguna intervención, algún discurso, pues lo transmiten directamente. También los actos notables de la Catedral se transmiten. Misa diaria, laudes y vísperas. Entrevistas a diversas personas, etc. Y la gente está feliz de encontrar aire fresco y puro. Por esto creo que si Barcelona llega a tenerla, que aquí podría ser una emisora de gran potencia, harían un bien inmenso. Barcelona tiene muchos medios. Y yo creo que en cuanto se proponga, logrará llevar adelante este proyecto.

La llegada de la democracia a España, y los cambios culturales que desde entonces estamos viviendo, ¿cómo han incidido, según Ud., en la tarea evangelizadora de la Iglesia? ¿En qué la han favorecido, o en qué la están dificultando?

Esto es un problema muy grave. Pero todo tiene sus pros y sus contras, porque en la nueva situación nos hemos encontrado con dos status diferentes, primero el status político de la transición inmediata, y luego el triunfo del socialismo. En el status que se produce inmediatamente después de la muerte de Franco y la aprobación de la Constitución, hubo esos fallos, a mi juicio, desde el punto de vista de pura doctrina católica: el divorcio, el riesgo que corría la vida del *nasciturus*, el aborto, y los problemas para la enseñanza. Yo no me opuse a la Constitución, esto que han dicho algunos. Hubo obispos que consideramos que era un deber advertir que en la Constitución iban esos fallos y que la gente obrase con libertad, pero que se dieran cuenta de que había estos riesgos. Y es lo que ha salido después. Advirtiéndolo creo que no faltábamos a nuestro deber, todo lo contrario.

Viene después el triunfo socialista y se acentúan las dificultades sobre todo en el mundo de la enseñanza y de la educación. Las libertades de orden práctico en la vida de relación de unos con otros, el desconocimiento de Dios en la vida pública, un pluralismo con el que se quiere justificar todo, y no es así. Entonces, digo, hay que reconocer los pros y los contras. La nueva situación tiene como contrapeso la ventaja de una mayor libertad para que los ciudadanos puedan realizarse en su función ciudadana libremente; tiene la posibilidad del asociacionismo que agrupa las fuerzas de la sociedad y permite desarrollar muchas energías que antes estaban sepultadas. Tiene un afán de justicia que, si no hubiera tanta corrupción, permitiría distribuir mucho mejor la riqueza, lo cual es una aspiración constante de todo hombre honesto y por lo mismo de todo cristiano, tal como exige la doctrina social de la Iglesia.

Yo todas estas ventajas las reconozco y tienen que reconocerlas todos, pero se ha producido en el orden de las costumbres, en la vida de las familias, en los espectáculos, en el alimento superficial que se da a la juventud en sus modos de vida, etc., ¡se ha producido un desorden tan terrible!

¿Conoce nuestro semanario?

Lo leo con frecuencia. Está bien y va mejorando. Creo que cada día está mejor.

¿Una última palabra, don Marcelo, para nuestros lectores?

Que quede claro que yo vine aquí obedeciendo. Yo amaba a Cataluña. La he amado mientras estuve aquí. Y la amo más después de haber estado aquí. Y me queda nada más el recuerdo de las cosas buenas, las que yo supe valorar y apreciar porque me producían mucho bien. Esto es lo que he dicho y lo diré siempre.